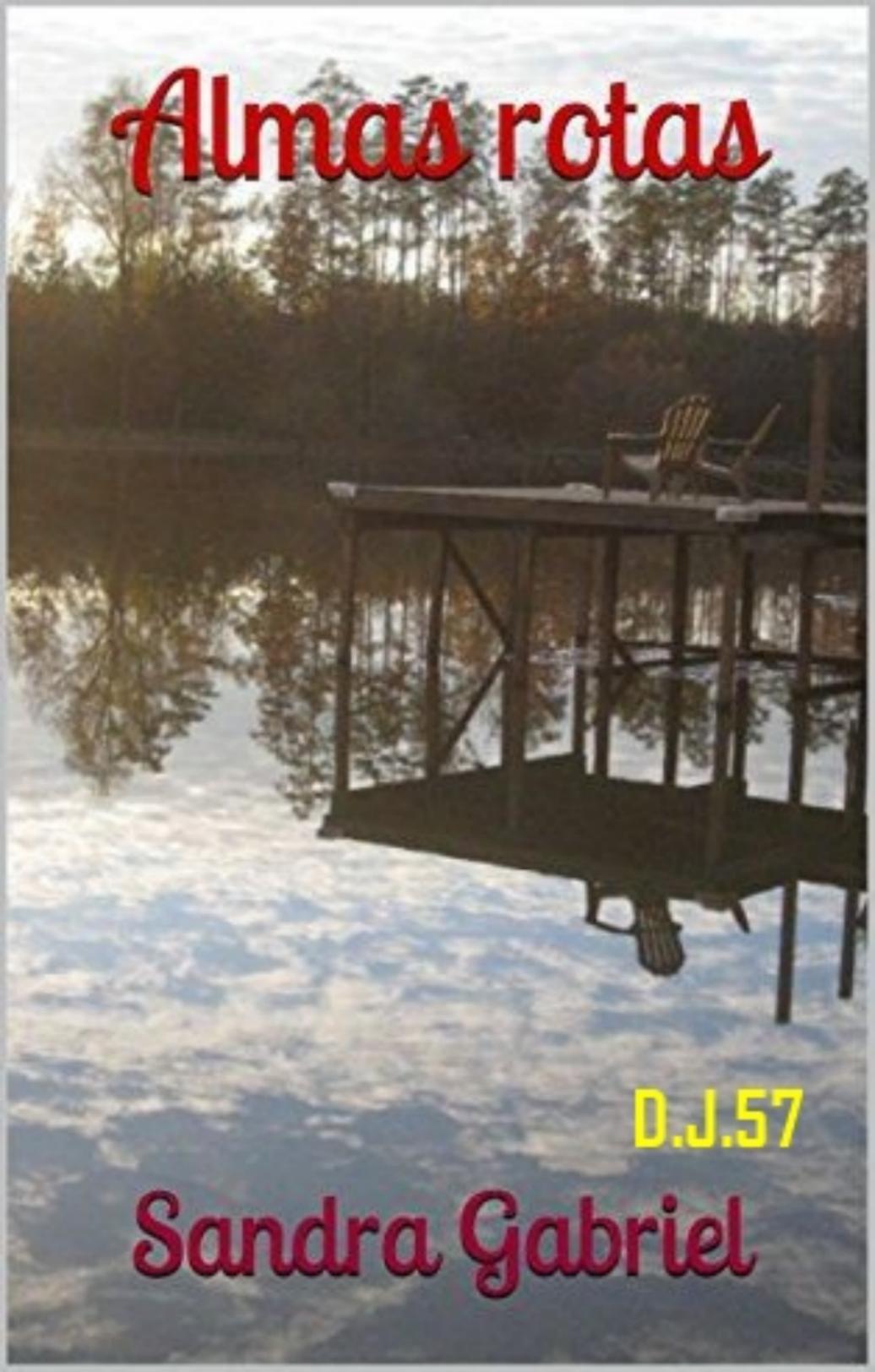


Almas rotas

A photograph of a wooden dock on a lake. The dock has a flat roof and a wooden chair on top. The water is calm, reflecting the sky and the surrounding trees. The background shows a dense forest of tall trees on a hillside.

D.J.57

Sandra Gabriel

1

Nicola acariciaba con ternura el lomo de los libros mientras pensaba. Le había dicho a su primo Adrián que abandonaba la fiesta para irse a casa, pero en realidad, se había refugiado en la biblioteca. No lo había podido resistir. Siempre le gustó estar rodeada de libros, adoraba su tacto.

Aunque se oían de fondo los sonidos de la fiesta, se sentía como si estuviera en una burbuja, iluminada únicamente por una pequeña lámpara, rodeada de los libros de Alexei, en su biblioteca, en su casa, le hacía sentir un anhelo tan profundo que hasta dolía.

Hoy se sentía muy desanimada, mañana era su cumpleaños y no iba a conseguir lo que más deseaba, un beso de él.

Desde hacía meses suspiraba por Alexei como una tonta pero él no le hacía ni caso. Tenía diecisiete años y aunque muchos chicos habían querido salir con ella no había dejado que ninguno la tocara ni la besara, quería que él fuera el primero. El único.

Su primo Adrián se reía de ella, diciendo que estaba enamorada de un gigante y un bruto, con su metro noventa de estatura Alexei era efectivamente un gigante comparado con ella, no sólo era alto, sino fuerte, con un pelo tan rubio que casi parecía blanco y unos extraños ojos de un azul claro. Contrastaba totalmente con ella, tan pequeña en comparación, con su metro cincuenta, su piel color aceituna, su larga melena morena y sus ojos verdes. Eran tan diferentes. Donde él tenía músculos, ella tenía curvas, pero para Nicola sus diferencias eran las que los hacía perfectos el uno para el otro.

Sus diferencias no sólo eran físicas, sino que donde él era ruidoso, abierto, alegre y en ocasiones un poco rudo, ella era silenciosa, educada y rodeada de un aire de melancolía. Santa Nicola, la llamaban a sus espaldas. Por si esto no fuera poco, había una diferencia de edad, que aunque a ella le parecía insignificante, sabía que mucha gente criticaría. Él era diez años mayor y estaba segura de que la veía como una niña. Pero mañana por fin sería mayor de edad.

Tendría que pensar qué hacer pero iba a conseguir que empezara a verla como una mujer.

Alexei y su amigo Iván habían aparecido hacía un año, tras la muerte del padre del primero. Fue una sorpresa para todo el mundo descubrir que el señor Kovac había tenido un hijo, nunca había dicho nada a nadie. Al parecer había ocultado que estaba casado. Había abandonado a su mujer hacía muchos años, pero como no se había divorciado a los abogados no les había costado mucho localizar a su hijo. Su mujer, sin embargo, había muerto hacía unos años.

Tanto Iván cómo Alexei habían aparecido rodeados de un aire de misterio que había vuelto locas a todas las mujeres. Nadie sabía mucho del pasado de ambos, sólo que eran un poco... rústicos sería la palabra adecuada, lo cual resultaba como un soplo de aire fresco en esta sociedad de ricos en la que se movían. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que a pesar de que ahora mismo era evidente que poseían dinero en abundancia, no se habían criado en un ambiente de opulencia.

Cuando Alexei la miraba sentía una emoción tan grande en el pecho y un calor, que le recorría el cuerpo entero y le hacía desear acercarse a él y exigirle que la besara, pero no se atrevía. A veces, fantaseaba con sus besos, pensaba que serían dulces y tiernos. Se imaginaba que se acercaba a ella y le decía lo mucho que la amaba y le pedía que estuvieran siempre juntos. Era consciente de que eran meras fantasías, pero allí en ese momento se juró que haría lo que fuese necesario para hacerlas realidad.

Sumida en sus pensamientos con los ojos cerrados, no oyó cómo se abría la puerta de la biblioteca, ni vio la claridad que se filtró a través de la misma, ni se percató de que alguien había entrado en la habitación hasta que fue demasiado tarde.

Alexei estaba muy borracho. Se había pasado la noche babeando por Nicola. Era una diosa para él, un ángel, lo más puro y tierno que había conocido en su vida y la deseaba, la deseaba tanto que ahora estaba completamente duro sólo por pensar en ella.

Se había criado en las calles de Rusia entre ladrones y prostitutas y no estaba acostumbrado a tratar con alguien como Nicola, no sabía cómo comportarse con una mujer como ella. Era tan educada, tan dulce, le inspiraba una ternura que no creía haber conocido jamás.

Estaba acostumbrado a salir con prostitutas. Cuando le gustaba una, sólo iba y se la follaba, no tenía ni que hablar con ella. Alguna se había quejado de que era un poco bruto, pero tampoco le preocupaba, para eso les pagaba. Pero con Nicola quería hacerlo bien, estaba totalmente loco por ella y quería ser dulce y tierno, aunque no tuviera ni puta idea de cómo se hacía eso.

Desde que los abogados de su padre le habían localizado en Rusia y le habían comunicado, no sólo la muerte de su padre sino que éste era multimillonario y que él como su único hijo era su heredero universal, había entrado en un mundo desconocido de gente rica y educada con la que en ocasiones no sabía cómo relacionarse. Pensar en el hambre que habían pasado él y su madre durante años. Ver como ella había tenido que recurrir a la prostitución para que pudieran llevarse algo a la boca, para descubrir que el cabrón de su padre era rico, hacía que deseara matarlo a pesar de estar muerto.

En realidad no necesitaba el dinero, Iván y él habían alcanzado la riqueza por su cuenta y era algo de lo que ambos se enorgullecían. Había estado a punto de renunciar a la herencia, pero Iván le había convencido para que vinieran a este país. Le había dicho que era una oportunidad de expandir sus negocios y la verdad es que no se arrepentía. No por la parte de expandir los negocios, aunque eso era lo que estaban haciendo, sino porque gracias a eso había conocido a Nicola.

Mañana era su cumpleaños. Cumpliría 18 años y sería mayor de edad. Alexei se había estado conteniendo, fingiendo indiferencia, para que nadie pudiera decir nada a su relación. Tenía diez años más que ella y no quería que le acusaran de corromper a una menor.

En cuanto había empezado la fiesta se había acercado al primo de Nicola, Adrián, y le había dicho que pasaría por su casa al día siguiente para hablar con

ella, también le había pedido que no le contase nada a Nicola, porque quería darle una sorpresa por su cumpleaños.

Seguro que sería una sorpresa porque le confesaría sus sentimientos y rezaría para que no huyera escandalizada, pero antes tenía que dejar salir la frustración sexual que sentía.

Hacía mucho que no echaba un polvo. Había dejado de andar con prostitutas porque no la podía sacar de sus pensamientos. Cuando besaba a otra, cuando la acariciaba, imágenes de Nicola le asaltaban haciéndole sentir incómodo, como si la estuviera traicionando.

Nunca había creído en el amor, pero cuando ella no estaba sentía un constante dolor en el pecho, así que o era amor o un ataque al corazón.

No estaba acostumbrado a tener que reprimir sus deseos, le gustaba el sexo duro y no todas las mujeres aceptaban sus exigencias en la cama, pero con Nicola tendría que aprender a contenerse. Estaba seguro de que Nicola era virgen así que tendría que tratarla con ternura.

Por eso, últimamente la evitaba, porque sólo mirarla hacía que se pusiera duro como una roca. Necesitaba desahogarse para poder hablar con ella de sus sentimientos sin pensar en follársela, pero hacía tantos meses de la última vez, que necesitaba desesperadamente echar un polvo antes de hablar con ella o se encontraría con las faldas levantadas antes de tan siquiera poder decir hola.

Por eso iba hacia la biblioteca. Para echar un polvo y poder tener al día siguiente la capacidad de hablar con ella sin estar nublado por sus deseos. Con esa idea le había pedido a Iván, que le buscara una mujer, pero no le valía una cualquiera, quería una que se pareciera a ella.

Había esperado a que Nicola abandonara la fiesta para avisar a Iván y éste le acababa de mandar un mensaje de que la mujer había llegado.

Se había pasado toda la noche mirando a Nicola y bebiendo, envidiando a todos los jóvenes imberbes que se habían acercado a ella, resistiendo el impulso de gritar que se alejaran, que era suya y de nadie más.

Estaba tan borracho que en cuanto entró en la biblioteca, le pareció estar

viendo a la propia Nicola, le parecía que incluso llevaba la misma ropa. Pero a sabiendas de que era imposible, puesto que se había marchado hacía rato, pensó que en esta ocasión Iván se había superado, no es que se pareciera a Nicola, sino que era totalmente idéntica a ella, por lo menos lo poco que veía, ya que estaba girada un poco de lado y aún no se había percatado de su presencia.

Acercándose por detrás la sujetó por la trenza, la giró sobre sí misma y la estampó contra la pared al tiempo que la besaba fieramente. El parecido con Nicola era asombroso.

Nicola sintió un fuerte tirón de pelo, quien fuera que la tenía sujeta le dio la vuelta y la estampó violentamente contra la pared. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era Alexei el que la sujetaba y antes de que le diera tiempo a procesarlo él empezó a besarla.

Llevaba meses fantaseando con sus besos, pero jamás hubiera imaginado que serían así, dolorosos, porque más que besar la devoraba. Le chupaba los labios con fiereza mordiéndoselos hasta que el labio superior empezó a sangrar. Su aliento alcohólico le daba ganas de vomitar. Esto no era con lo que había soñado, no era lo que deseaba. Nicola empezó a luchar contra él, pero era mucho más fuerte y cuánto más luchaba, él parecía excitarse más.

Dejó de besarla y se apartó brevemente, lo que le hizo pensar que quizás la dejara marchar.

—Nicola... —murmuró.

Le rasgó el escote del vestido dejando sus pechos a la vista para a continuación proceder a morderlos y chuparlos con la misma fiereza que había dedicado a sus labios.

Nicola se sentía paralizada, como fuera de su cuerpo, esto no podía estar pasando, este no podía ser Alexei, gruesas lágrimas arrasaban sus mejillas mientras las fuerzas la abandonaban.

Una mano se introdujo entre sus piernas y violentamente tres dedos se introdujeron en su interior. El dolor fue brutal y la dejó sin respiración. El sonido de una cremallera bajándose la avisó de lo que iba a pasar a continuación.

Cuando ya creía que iba a desmayarse, una puerta se abrió y una voz dijo:

—Cariño, ¿Has empezado sin mí?

Alexei se apartó de ella momentáneamente aturdido y fue todo lo que Nicola necesitó para escapar.

Alexei estaba confuso. Tenía la mente envuelta en una bruma ¿no la estaba besando contra la pared? ¿Qué hacía en la puerta? Debía estar pasándosele la borrachera porque ya no le veía el mismo parecido físico de antes, no le parecía ni que llevase la misma ropa, pero en ese momento ya no le importaba, se pasó la mano por la cara tratando de despejarse un poco.

—Ven aquí —le dijo agarrándola con fuerza. Ya le daba igual el parecido con Nicola, ahora lo único que quería era follársela.

Y así lo hizo.

2

Nicola no supo cómo fue capaz de llegar a casa. En cuanto cruzó la puerta subió corriendo a su habitación y empezó a vomitar en el baño. Las arcadas eran tan grandes que llegó un momento que ya no tenía nada más en su interior y sin embargo las náuseas continuaban. Cuando éstas terminaron, la realidad de lo que había ocurrido la golpeó y los sollozos la inundaron.

¡No podía ser! ¡No podía ser! Alexei no podía haberle hecho esto. Él no.
—¿Qué te pasa?

La voz de su primo Adrián la sorprendió de tal modo que se giró de un salto, sin darse cuenta de que tenía toda la parte superior del vestido rota.

—¡Qué demonios es eso! —gritó su primo— ¡Quién ha sido el animal!

Adrián estaba estupefacto, a través de los jirones del vestido se veían los pechos de su prima llenos de moratones.

—¿Te han violado? —preguntó con seriedad.

Ella negó mientras no paraba de sollozar.

—Pero lo han intentado —respondió por ella.

Ella se derrumbó sobre él, Adrián la acariciaba tiernamente mientras decía:

—No pasa nada, cariño, ya estás a salvo.

La llevó hasta la cama y la tumbó en ella echándose a su lado sin dejar de abrazarla mientras lloraba.

Adrián estaba furioso. Quería saber quién había sido el cabrón para partirla la cara. Los padres de Nicola estaban de viaje y él había ido a vivir a su casa para que no estuviera sola. Sólo tenía 20 años, pero se enfrentaría a quien hiciese falta por su prima.

Los rayos del sol despertaron a Nicola. Por un momento pensó que lo ocurrido la noche anterior había sido una horrible pesadilla de la que por fin se había despertado, pero el dolor palpitante en su labio y en sus pechos, así como

los jirones de su vestido le hicieron darse cuenta de que había ocurrido de verdad.

¿Cómo había podido Alexei? ¿Por qué lo había hecho? Su corazón sangraba de dolor.

—¿Estás despierta?

Nicola se giró y ahí estaba su primo Adrián, sentado en un sillón junto a la cama. Se había pasado toda la noche velando por ella.

—Tenemos que hablar —le dijo mirándola con preocupación.

—Antes quiero darme una ducha —contestó con un graznido. No reconoció su propia voz, sonaba totalmente ronca después de pasarse la noche llorando.

—No deberías ducharte si lo vas a denunciar.

—No lo voy a hacer.

Gruesas lágrimas volvieron a caer por sus mejillas.

—Deberías hacerlo para que no se lo haga a nadie más.

—No puedo —dijo con voz rota.

—¿Quién fue? —Adrián necesitaba saberlo.

—Alexei. —Los sollozos volvieron a invadir su cuerpo.

Adrián se acercó a abrazarla totalmente conmocionado. ¿Alexei? Nunca lo hubiera imaginado. Era verdad que tenía fama de bruto, pero nunca había oído que hiciese daño a nadie, de hecho el día anterior en la fiesta, le había dicho que iba a venir por la mañana a traerle un regalo a Nicola por su cumpleaños ¿y la intentaba violar esa misma noche? Era un comportamiento muy extraño.

—Lo siento, Nicola. Lo siento. —No sabía qué más decir.

Cuando Nicola se tranquilizó lo suficiente le señaló una bandeja que había dejado encima de la mesita.

—Dúchate. Te he traído el desayuno. Cuando salgas hablaremos mientras lo tomas.

Después de una larga ducha y de cambiarse de ropa. Nicola estaba un poco más calmada para poder hablar con su primo.

Más que un primo, era su mejor amigo. Ella era a la única persona a la que le había confesado su homosexualidad. Quería decírselo a sus propios padres, pero temía que estos no lo aceptaran, así como todos sus amigos.

—Entonces ¿No lo vas a denunciar? —le dijo en cuanto salió del baño.

—No.

—Deberías.

—Lo sé, pero ahora mismo sólo quiero olvidar lo que pasó y olvidarle a él.

—Ayer mismo me dijo que iba a venir por la mañana a traerte un regalo de cumpleaños. Yo... tengo que preguntarte... ¿Estás segura de que fue él? Quiero decir... No me has explicado exactamente lo que pasó.

—Sí —contestó Nicola con voz temblorosa—. Ojalá te pudiera decir que no estoy segura, que quizás no fuera él, pero lo fue. ¿Crees que aun así vendrá? ¡No le quiero ver! ¡No le quiero ver! —gritó empezando a ponerse histérica.

—¡Shhh! Cálmate Nicola, si viene no dejaré que te vea.

—Por favor, no quiero que sepa que lo sabes —suplicó angustiada.

—¿Entonces pretendes que finja que no ha pasado nada?

—Sólo quiero que se vaya y no vuelva nunca más.

—Creo que eso lo puedo conseguir.

Alexei estaba pletórico. Anoche había echado un polvo después de un montón de tiempo y hoy iba a ver a Nicola. La noche anterior estaba un poco confusa en su mente, pero desde luego la prostituta que le había buscado Iván había merecido la pena.

No recordaba mucho de la noche anterior pero cuando se había despertado esa mañana, se había asustado un poco, ya que tenía una de sus manos manchada con lo que parecía sangre. Había llamado a Iván con temor de haberle hecho algo a esa mujer, pero éste le había asegurado que ella había quedado totalmente satisfecha. Lo único que recordaba era el asombroso

parecido que tenía con Nicola. Ahora estaba más calmado, lo suficiente para poder verla y hablar con ella sin pensar en follar.

Cuando llegó a casa de Nicola fue Adrián el que le abrió la puerta.

—No pensé que fueras a venir —le dijo Adrián con mala cara, aunque Nicola no había querido contarle exactamente lo que había pasado, lo que tenía claro era que Alexei era un cerdo—. De todas formas has llegado un poco pronto —continuó diciendo—. No te esperábamos tan temprano.

—Quisiera ver a Nicola —dijo Alexei de buen humor.

—Vas a tener que venir un poco más tarde —dijo Adrián fingiendo un bostezo—, estuvimos follando toda la noche así que ahora está agotada y todavía no se ha levantado.

Alexei quedó inmóvil cuando el sentido de las palabras de Adrián penetró en su mente.

—¿Qué has dicho? —preguntó lívido.

—Que estuvimos...

—¡Ya te oí lo que dijiste! —le interrumpió Alexei con furia.

—Pero me has pedido que te lo repitiera —dijo Adrián fingiendo confusión.

—¡Sé perfectamente lo que te he pedido!

Estaba furioso. Tenía a Nicola por un ángel, una diosa. Le parecía lo más puro que había conocido ¿Y se estaba follando a su primo? ¡Cómo podía haber estado tan engañado!

—No te preocupes —le dijo con rabia—. No volveré.

Y se fue por donde había venido.

—¿Por qué le dijiste eso? —preguntó una temblorosa Nicola desde las escaleras.

—Querías que me deshiciera de él ¿No?

—Sí.

—Pues no te volverá a molestar, a los hombres como Alexei no les gusta compartir.

Alexei estaba tan furioso que hasta que no llegó a casa no se dio cuenta de que aún sostenía el regalo que le había llevado a Nicola.

Era igual que todas las zorras que había conocido en Rusia. Con diez años se había jurado que haría lo que fuera necesario para que su madre no tuviera que venderse nunca más por dinero. Y lo había conseguido, aunque unos años más tarde.

Tanto Iván como él descubrieron que pese a que no habían tenido muchos estudios, tenían cualidades innatas para los negocios. Con un poco de dinero inicial que consiguieron ahorrar, montaron un negocio y antes de que pudieran darse cuenta se hicieron ricos. Con el dinero vinieron las mujeres, pero éstas eran peor que las prostitutas, por lo menos en ese caso, sabías lo que esperar de ellas.

Siempre había pensado que las mujeres de la alta sociedad eran diferentes, pero desde que había llegado al país y había entrado en ese mundo, se había dado cuenta de que independientemente de la educación, la mayor parte de las mujeres sólo buscaban el dinero.

Cuando conoció a Nicola pensó que era distinta, especial. Aparentaba inocencia y dulzura, pero era todo fingido, era como las demás mujeres.

Furioso cogió el regalo que aún conservaba en la mano, dispuesto a tirarlo a la basura, pero cuando se disponía a hacerlo, cambio de opinión. Lo conservaría como un recuerdo de lo idiota que había sido.

Pasaron diez días hasta que Nicola volvió a ver a Alexei. Sus padres estaban de viaje, lo que le había permitido reponerse de lo sucedido sin tener que dar explicaciones a nadie.

Era verano, así que no tenía que asistir a clases y Adrián y ella se inventaron un virus estomacal para explicar que no saliera de casa.

Finalmente decidió que tenía que seguir con su vida, Adrián le había contado que Alexei andaba con una y con otra como si nada. Desde que había

aparecido en sus vidas no se le había visto nunca con ninguna mujer y Nicola en su inocencia se había inventado que no salía con ninguna porque la amaba a ella y sólo esperaba una oportunidad para decírselo, ¡qué ilusa había sido! Ahora le parecía todo tan infantil.

—Mira Alexei —dijo Iván— hacía días que no la veía.

—¿A quién? —preguntó Alexei fingiendo indiferencia, aunque ya sabía a quién se refería.

Iván le miro sonriendo.

—No finjas que no sabes de quién te hablo. Bien qué me pediste que aquella prostituta se pareciera a ella.

—Ya no me interesa —dijo antes de meterle la lengua hasta la garganta a la chica que le acompañaba. Desde que había estado en casa de Nicola, cambiaba de mujer cada día, candidatas no le faltaban, pero no lograba apaciguar la rabia que sentía en su interior.

—Entonces no te importará que intente algo con ella ¿No?

—Puedes hacer lo que quieras —dijo finalmente Alexei—. Es una zorra.

—¿Habláis de Santa Nicola? —dijo Mary, la chica con la que estaba en ese momento.

—Sí. Santa Nicola —dijo Alexei con sarcasmo—. Menuda zorra que se acuesta con su propio primo. —Miró a Nicola con desprecio pensando que por lo menos había descubierto cómo era a tiempo. Él que pensaba que era virgen y temía asustarla con su pasión y la muy zorra se cepillaba a su primo, probablemente desde hace mucho tiempo.

Adrián estaba orgulloso de su prima. Cualquiera que la viera pensaría que era la reina del hielo, tan segura, tan orgullosa. Nadie podría adivinar que temblaba por dentro y que sólo unos minutos antes había estado a punto de huir aterrorizada al ver a Alexei. Un Alexei aparentemente indiferente a su presencia.

—Tengo ganas de vomitar —le dijo Nicola con un murmullo.

—Pues te vas a aguantar. Le vamos a demostrar a ese cerdo que lo que te hizo no te ha dejado ni un recuerdo. Te va a ver reír, bailar y ligar.

Una temblorosa sonrisa se dibujó en el rostro de Nicola cuando preguntó:
—¿Y con quién va a verme ligar? ¿Contigo?

—No. Con mi amigo Dereck. A él no le va a venir mal que le vean ligar contigo. Corren rumores de que es homosexual —le susurró con fingido horror.

A pesar de los nervios que la atenazaban Nicola no pudo evitar reírse al oír a su primo. En el ambiente en el que se movían ser homosexual era una de las peores cosas que se podía ser. Era mejor ser drogadicto, ladrón o incluso... violador, pero jamás homosexual.

Cuando ya se dirigían hacia su amigo, Nicola le detuvo agarrándole por el brazo.

—¿No deberías decírselo a tus padres? Algún día se van a enterar y no deberías tener que esconderte.

—Ya lo he hecho —contestó Adrián con tristeza.

—¿Y?

—Crean que si me acuesto con las suficientes mujeres se me curará.

Nicola se sintió horrorizada y apenada por su primo.

—Lo siento Adrián.

—No lo sientas. No importa —le dijo con una sonrisa—. Ven. “Convirtamos a Dereck en un hombre” —dijo imitando la voz de su padre.

Alexei miraba a Nicola con desprecio y odio. Quizás había llegado el momento de volver a su casa en Rusia. Nunca había sido su intención quedarse en el país, pero cuando conoció a Nicola enloqueció tanto por ella que decidió no volver a casa, pero ahora no tenía sentido permanecer aquí.

Dejaría a Iván al frente de todo y se iría. No la quería ver ni un minuto más, pero antes tenía que hacerle saber cómo se sentía. No podía acusarla de haberle traicionado puesto que realmente nunca habían sido pareja, pero le había engañado con su actitud, con sus miradas, que le habían parecido cohibidas y que la hacían merecedora de un Óscar. Necesitaba sacar parte del veneno que le estaba carcomiendo por dentro.

—Hola Nicola —le dijo con fingida dulzura acercándose hasta ella.

Nicola se giró hacia él temblando por dentro, estaba aterrada pensando lo que haría si intentaba tocarla.

Una vez más Alexei quedó sin aliento al mirarla. Era todo lo que había soñado en una mujer, pero era un espejismo. Hermosa por fuera pero fea por dentro.

—¿Qué vas a practicar? ¿Un trío? —le dijo cruelmente— porque mi amigo Iván quizás quiera participar. A mí no me interesa porque no me gustan las cosas usadas pero a él le da igual.

Nicola se quedó lívida al escuchar las horribles palabras que le había dirigido, ¿Cómo podía haber estado tan engañada? El orgullo fue el que le instó a responder.

—Si viniera Iván sería un cuarteto y con Dereck y mi primo tengo bastante. Quizás en otra ocasión.

—Se lo diré para que se ponga a la cola —contestó Alexei con maldad.

—Quizás tenga que esperar mucho, si se parece a ti en algo, no me interesa mucho.

Su respuesta fue como una bofetada para Alexei. Sintió un odio tan profundo que decidió irse en ese momento. No respondía de sí mismo y de lo que sería capaz si continuaba mirándola.

Nicola vio a Alexei irse sin decir una palabra. Temblaba y tenía el corazón roto. En ese momento le odió con la misma intensidad con la que le había amado.

3

Diez años después...

Nicola estaba emocionada. Siempre que inauguraba una exposición sentía la misma emoción de la primera vez, así como el dolor de pensar que sus padres habían muerto antes de que empezara a exponer sus cuadros y nunca los podrían ver.

A veces, pensaba que si no hubieran muerto en aquel accidente hacía ocho años, probablemente hubiera continuado sus estudios en la facultad y sólo pintaría como un hobby, pero el apoyo incondicional de su primo Adrián era lo que le había animado a perseguir sus sueños, no creía que sus padres lo hubieran comprendido.

Era una pena que él no siguiera sus propios consejos y hoy día, aún ocultara su homosexualidad.

—¿Estás lista? —le preguntó Adrián con cariño.

Nicola se giró hacia él y como siempre quedó impactada por su belleza. Su primo había crecido, atrás habían quedado los granos y ese vello ridículo que cubría su rostro con veinte años. Se había convertido en un hombre muy atractivo que atraía por igual tanto a hombres como a mujeres.

Era el prototipo de latino. Mandíbula cuadrada, piel aceitunada como la de ella regalo de sus ascendientes italianos y ojos negros como la noche. Y por supuesto, un cuerpo de gimnasio, que se encargaba de esculpir durante horas. Como si eso no fuera suficiente, tenía una personalidad que atraía a todo el mundo. Trabajaba en la empresa de su padre como relaciones públicas. Cuando había un cliente difícil o un acuerdo que no conseguían finiquitar, le llamaban a él, ejercía su magia y todo se solucionaba favorablemente. Nicola siempre decía que sería capaz de vender arena en el desierto.

—Dios mío, Adrián. Steven se va a morir cuando te vea. Estás guapísimo.

Adrián le lanzó una de sus sonrisas torcidas antes de murmurar:

—Esa es la idea, preciosa.

Nicola no pudo evitar echarse a reír.

—Eres imposible.

—Vamos querida —dijo Adrián también riendo—, tu novio nos espera.

En realidad era el novio de Adrián, pero para que nadie sospechase de la relación que tenían, él y Steven fingían que salía con Nicola. Llevaban años haciéndolo. Para la sociedad Nicola había tenido un montón de amantes, pero en realidad no eran los de ella, sino los de su primo.

Desde “el incidente”, no había podido estar con ningún hombre. Lo había intentado, pero en cuanto la tocaban empezaba a temblar y el terror la invadía. Por eso no le importaba fingir que salía con los amigos de su primo. Eran los únicos hombres que la podían tocar sin que sufriese un ataque de ansiedad, quizás el saber que eran homosexuales era lo que hacía que soportara su contacto.

En ocasiones se sentía sola. Siempre había querido casarse y tener hijos, pero después de diez años, no creía que lo fuera a superar nunca. Adrián había intentado convencerla de que acudiera a un sicólogo, pero le aterrorizaba que alguien se pudiera enterar de lo que había ocurrido.

—No hagamos esperar a mi pareja —dijo Nicola besando a su primo en la mejilla.

—Por ti, esperará lo que haga falta.

—Querrás decir por ti —replicó Nicola riendo.

Alexei estaba arrepentido de haber acudido a la exposición. No sabía por qué lo había hecho. Quizás era por su futura boda. Necesitaba volver a ver a Nicola para darse cuenta de que la había olvidado.

Miró a su novia Maya y se sintió orgulloso. Ella si era una mujer perfecta para él y tan distinta de Nicola como la noche y el día. Alta y espigada, con el

cuerpo de una modelo, rubia y de ojos azules como él. Era hija de una prima lejana y amiga de la infancia de Iván. Se había comprometido con ella hacía unas semanas. Después de años sin verla, había coincidido con ella en casa de Iván, en una de las ocasiones en las que Iván había vuelto a Rusia, ya que vivía a caballo entre Estados Unidos y Rusia. En cuanto la vio se dio cuenta de que era la mujer que quería como esposa. Se lo había comentado a Iván, pensando que quizás él tuviese algún interés en ella, pero este le había dicho que sólo la veía como una hermana, así que tras unos meses plagados de citas, en las que la fue conociendo poco a poco, le propuso matrimonio y ella aceptó. No hablaba mucho y quizás le faltaba un poco del fuego que había visto en Nicola, pero sería una buena esposa.

Con los años tanto Iván como él se habían pulido. Ya no eran los jóvenes rudos y sin educación que se habían criado en las calles.

Alexei a sus treinta y siete años era un hombre culto y sofisticado. En estos años se había pulido. Su relación con las mujeres también había cambiado, se había dado cuenta de que no todas las mujeres eran como Nicola, una perra traicionera. Ahora era un amante más experimentado, capaz de tratar a sus parejas con ternura y sin la brutalidad que había caracterizado sus relaciones anteriores.

Mantecía contacto diario con Marco e Iván, pero este contacto siempre era telefónico o a través de internet y si tenían que verse personalmente, era Iván el que se desplazaba a Rusia. Nunca había querido volver al país.

En dos meses iba a casarse con Maya y le había ofrecido llevarla de viaje antes de la boda. Había sido idea de él venir a Estados Unidos, oficialmente le había dicho a Maya que era una oportunidad para que conociese a Marco, así como los negocios y las propiedades que tenía en el país, ya que pronto sería su esposa. Pero si bien podía mentirle a Maya, no se podía mentir a sí mismo. Sabía que el recuerdo de Nicola era una espina que tenía clavada en el corazón. Era la única razón por la que había vuelto tras diez años. Necesitaba verla antes de casarse para poder exorcizarla. La vería de nuevo y se daría cuenta de que

seguramente había magnificado su recuerdo.

Iván le había mantenido al tanto de su vida. No lo podía evitar y normalmente preguntaba por ella. La conversación solía ser del tipo:

—¿Qué sabes de la zorra? —Entonces Iván le decía el nombre de su último amante. Por lo que sabía seguía manteniendo una relación con su primo que alternaba con la de otros hombres.

Iván era el que le había conseguido las invitaciones para la exposición. Aunque no se relacionara directamente con ella, tenían amigos en común, así que no le había resultado difícil conseguirlas. Había quedado con él aquí, pero llegaba con retraso, así como Nicola.

Los murmullos le avisaron de que Nicola había llegado. Se dio la vuelta para verla y sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho dejándole sin respiración.

Si hace diez años, era preciosa, estos años transcurridos habían acentuado su belleza. El recuerdo que tenía en su mente era de una niña y la mujer que tenía frente a él era una diosa. Labios carnosos que invitaban a ser besados, con una pequeña cicatriz en su labio superior que hacía que uno se preguntase qué habría hecho para conseguirla. Pechos generosos que desbordaban por el escote del vestido, que a su vez delineaba el cuerpo de una sirena, con unas piernas tonificadas subidas a unos tacones de vértigo que la hacían parecer mucho más alta de su metro cincuenta. Y esa piel de color oliva que ya hace diez años le volvía loco.

Alexei no pudo evitar compararla con Maya de pie a su lado y está última se veía tan pálida, tan desdibujada a su lado. Era como comparar una selva tropical con un árido desierto.

Alexei se puso furioso, consigo mismo y con ella ¿Cómo se atrevía a estar más bella que en sus recuerdos? ¿Y cómo era tan imbécil como para que lo único que deseara fuera besarla una y otra vez?

Aunque fuera por sacarse la espina, antes de que acabase la noche la besaría, sería la manera de expulsarla de su mente y de su corazón. La deseaba

tanto porque nunca la había tenido, en cuanto la tuviera, en cuanto besara esos labios traidores que ya habían besado a mil otros, se daría cuenta de que no era para tanto.

Nicola sintió que se iba a desmayar. En cuanto entró en la galería le vio y le reconoció, era imposible no verle, con su metro noventa destacaba por encima de todas las cabezas.

Estaba más guapo que hace diez años. Si con veintisiete años era apuesto, con treinta y siete era todo un hombre. La mirada acerada de sus ojos azules la desestabilizó durante un momento, leyó en ellos odio y deseo a partes iguales. Una miríada de sensaciones la bombardearon bajo su mirada, haciéndola temblar.

Adrián que no era consciente de lo que le estaba pasando a Nicola, le pasó la mano por el brazo cariñosamente al notar que temblaba.

—¿Tienes frío?

—No, no —contestó aún conmocionada—. Yo... necesito un momento. No me encuentro muy bien. Tengo que ir al baño.

—Está bien. No te preocupes, los entretendré en tu nombre —le dijo con una sonrisa.

Nicola se dio la vuelta y lo más discretamente que pudo se dirigió al cuarto de baño, esquivando a todas las personas que se acercaron a saludarla, sujetándose el estómago con la mano intentando detener las náuseas. Aguantó hasta que llegó al baño, pero una vez allí no pudo más y sin poder evitarlo vomitó la cena, incluso cuando ya no tenía nada en el estómago, las náuseas seguían sacudiéndola.

Después de diez años sin verle, y su sola presencia la afectaba de esa manera. Nunca lo iba a superar, era la triste realidad, finalmente logró calmarse un poco y las náuseas remitieron. Se dirigió al lavabo y se miró en el espejo con manos temblorosas. Bebió un poco de agua, se retocó el maquillaje y después de unas cuantas inspiraciones profundas, encontró la suficiente calma como para salir. Las náuseas ya no la atenazaban, pero sentía como si se ahogase, le faltaba

el aire. Salió del baño dirigiéndose a toda prisa a la terraza. Necesitaba aire fresco para poder respirar.

Alexei se distrajo unos segundos con algo que le dijo Maya y cuando se quiso dar cuenta Nicola había desaparecido. Decidió que no importaba. La noche era larga, tendría tiempo de sobra para llevar a cabo sus planes.

La gente se asombraba al verle después de diez años y cada poco se tenía que detener a saludar y presentar a Maya.

—¿Qué te parece la exposición? —le preguntó Iván cuando finalmente apareció a su lado.

—La verdad es que tiene talento. —No lo podía negar. A lo largo de los años había adquirido algo de conocimiento sobre el arte y no podía evitar reconocer que sus cuadros tenían algo que conmovía. No te dejaban indiferente.

—¿Has conseguido lo que querías? ¿Mereció la pena venir a la exposición? —preguntó Iván con fingida indiferencia.

—No, no he conseguido lo que quería y todavía no te sabría decir si ha merecido la pena venir o no —contestó Alexei mientras veía a Maya hablar educadamente con alguna de las personas que le había presentado. Cada vez estaba más convencido de que sería la esposa perfecta.

—Ocúpate de Maya —le dijo a Iván cuando divisó a Nicola a través de la multitud y la vio dirigirse sola hacia el exterior. —Ahora vuelvo.

Cuando entró en la terraza la vio de espaldas. Parecía como si... ¿llorara? ¿Qué podía hacer que una mujer como ella llorara? Lo tenía todo, dinero, belleza... no sabía si amor, pero seguro que pasión. Durante un momento sintió alegría pensando que quizás no fuera tan feliz como se la había imaginado a lo largo de estos años.

—¿Lágrimas de tristeza o de alegría? —preguntó con toda la indiferencia de la que fue capaz.

Los hombros de Nicola se pusieron rígidos al oír su voz. Se giró lentamente mirándole con miedo.

—¿Qué quieres? —susurró con voz ronca.

—Lo que no me diste hace años —contestó con deseo. Se acercó a ella con la intención de robarle un beso, le parecía la única manera de ser capaz de olvidarla.

Sin embargo sus palabras y el hecho de verle aproximarse a ella pareció como si le aterrorizara. Empezó a temblar y a alejarse de él trastabillando al tiempo que extendiendo una mano temblorosa le suplicaba:

—¡No te acerques a mí! ¡No te acerques!

A Alexei le pareció una reacción exagerada por su parte, pero cuando ya iba a alcanzarla, puesto que la pared había detenido su intento de alejarse de él, la voz de Adrián le detuvo:

—¡Ni se te ocurra acercarte a ella, Alexei!

Esas palabras le llenaron de furia ya que le hicieron darse cuenta de la tontería que estaba punto de cometer. Allí mismo estaba Maya, su futura esposa y durante unos instantes estuvo a punto de destrozar su relación por probar los labios de una zorra que no merecía la pena.

—No te preocupes, Adrián —dijo con una sonrisa tensa—. Ya me voy, disfruta de tu prima.

Salió de la terraza sin lanzar una sola mirada en dirección a Nicola. No merecía la pena, en realidad no valía nada, no le llegaba a Maya ni a la suela de los zapatos. Se metió por un pasillo lateral para tranquilizarse antes de volver con Maya.

—¡Alto ahí! ¡Cabrón! —Oyó que Adrián le gritaba— Llevo diez años deseando darte de hostias y hoy es tan buen momento como cualquier otro.

Alexei se detuvo al oír las palabras de Adrián.

—¿Qué tú me has querido dar de hostias desde hace diez años? Eso tiene gracia. Si quieres que te rompa la cara no tengo ningún inconveniente —le dijo desde los más de veinte centímetros que le sacaba de estatura.

—¿Crees que me intimidas, cabrón? Si no te dije nada hace diez años fue porque Nicola me lo pidió, ¿te jodió que te dijera aquel día que follamos? Pues, ¡jódete!, más me jodió a mí ver como llegó a casa después de lo que le hiciste y

encima tuviste los cojones de presentarte al día siguiente como si nada. ¡Eres un hijo de puta! ¡No te vuelvas a acercarse a ella nunca más!

Alexei estaba estupefacto, en algún momento de toda esa perorata, se había perdido.

—¿De qué cojones estás hablando? ¿De lo que le hice? ¿De qué noche hablas? Yo a tu prima JAMÁS le he hecho nada nunca, ni siquiera la he tocado.

Adrián trató de calmarse contando hasta diez antes de hablar.

—Mira yo no sé si la noche de la fiesta en tu casa, el día antes del cumpleaños de Nicola, estabas fumado o borracho, pero vi el estado en el que llegó a casa, la ropa rota... ¡joder!, yo mismo vi las marcas en su cuerpo.

—¿Marcas en su cuerpo? ¿Qué marcas en su cuerpo? No sé de qué me hablas.

De pronto un sudor frío inundó su cuerpo. Era verdad que la noche anterior al cumpleaños de Nicola, en la fiesta en su casa, estaba tan borracho que apenas recordaba nada. El único recuerdo claro en su mente era el increíble parecido de aquella prostituta con Nicola, recordó la sangre en su mano que le había asustado tanto. Una terrible sospecha creció en su interior. Horrorizado y temiendo ver confirmadas sus sospechas preguntó en un murmullo:

—¿Por qué piensas que fui yo el que le hizo algo a tu prima?

—¿Por qué crees? Porque ella me dijo que habías sido tú.

Alexei cerró los ojos horrorizado. Todo empezó a girar a su alrededor y tuvo que apoyarse en la pared para estabilizarse.

—¿Qué estás diciendo? —Tragó saliva antes de continuar— ¿Qué la violó?

—¿No lo recuerdas? —le pregunto Adrián extrañado y sorprendentemente más calmado.

—Yo... en algo tienes razón —reconoció con cierto temblor en la voz—. Aquella noche estaba tan borracho que apenas recuerdo nada. Yo... le pedí a Iván que... —Tuvo que tragar saliva para poder continuar—, me buscara una prostituta, una que se pareciera a Nicola. Sólo recuerdo el increíble parecido que

tenía con ella.

—Ella me dijo que no la habías violado, pero no sé si es la verdad, nunca me ha querido contar lo que pasó aquella noche, pero no lo ha olvidado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alexei cerrando los ojos abrumado por la culpa.

—¿No es evidente? Por qué crees que ha reaccionado así cuando te has acercado? No puede soportar que ningún hombre la toque sin echar a correr aterrorizada.

—Pero... ¿tú y ella? ¿Todas las relaciones que ella ha tenido a lo largo de estos años?

—Veo que te han mantenido informado. Pero creo que te falta un dato muy importante por saber, Alexei. Soy homosexual. Sus supuestas parejas en realidad eran las mías. Nos inventamos que son sus novios para que nadie sospeche y a mis parejas también les viene bien disimular.

La cabeza de Alexei daba vueltas con todo lo que le estaba contando.

—¿Se puede saber por qué me cuentas todo esto después de diez años?

— Porque estoy harto de fingir que no pasó nada y es evidente que ella no lo ha superado.

—Yo... tengo que irme —dijo Alexei dejando a Adrián con la palabra en la boca y huyendo como un cobarde.

Salió de la fiesta a toda prisa, esquivando a cualquiera que intentó acercarse a hablarle. No podía. El dolor y la impotencia por lo que podía haber sucedido le dominaban. Una vez fuera se subió a su coche y aceleró por la carretera, cada vez iba más y más rápido, hasta que superó los doscientos kilómetros por hora, pero el dolor en su pecho no sólo no se había atenuado sino que había ido creciendo junto con la velocidad, sentía como si le estuvieran taladrando el corazón, hasta que la magnitud de lo que temía haber hecho hace diez años le golpeó tan fuerte que frenó bruscamente el coche provocando que derrapase y a punto estuvo de volcar y despeñarse al vacío.

Alexei no podía controlar los violentos latidos de su corazón, sentía

como si fuera a salirse del pecho. Parado en mitad de la carretera, salió temblando del coche tratando de coger más aire, pero no podía, sentía como si se ahogase, hasta que sin poder soportarlo más, se derrumbó cayendo al suelo de rodillas y rompiendo a llorar.

¡Cómo había podido! Había cogido lo más puro que había conocido en su vida y lo había mancillado y como si eso no fuera suficiente después la había menospreciado como a un juguete roto.

Las últimas palabras que le había dirigido hace diez años volvieron a su mente y se sintió horrorizado ¿Cómo iba alguna vez a poder perdonarle? Diez años despreciándola y era él el que no merecía pisar el suelo por el que ella caminaba.

Tenía que saber exactamente lo que había hecho aquella noche. La había abandonado hace diez años, pero no volvería a cometer el mismo error. Con ese pensamiento llamó a Marco para que le diese el teléfono de Adrián. No quería pedirselo a Iván, iba a tener que dar explicaciones y ahora mismo no se sentía capaz de darlas.

—Soy Alexei. Necesito hablar con ella —le dijo a Adrián en cuanto le cogió el teléfono.

—De momento no va a ser posible, aún no sabe que he hablado contigo.

—Mañana entonces. Habla con ella y dime un sitio para vernos.

—No creo que quiera verte. Te tiene miedo, por si no lo habías notado.

La rabia hizo que agarrara el móvil con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Lo sé —contestó tratando de mantener la calma—. Pero creo que si me lo contaste es porque querías que hiciera algo al respecto. No puedo hacer nada si no hablo antes con ella. Dile que nos veremos en un sitio público, un restaurante, por ejemplo. No la voy a atacar en pleno día delante de todo el mundo. Por favor, necesito saber exactamente lo que pasó esa noche y sólo ella me lo puede contar.

—Está bien, haré lo que pueda para convencerla, te llamaré mañana con

lo que sea.

—Está bien. Adrián... gracias —murmuró antes de colgar.

4

Cuando volvió a su casa horas después, Iván estaba esperándole en el salón. Había tenido tiempo para pensar en lo que iba a hacer y ya lo tenía claro.

—¿Dónde has estado? —le interrogó Iván en cuanto cruzó la puerta—. Maya estaba preocupada por ti. ¿Hablaste con la zorra?

Oír a Iván llamar así a Nicola fue más de lo que pudo soportar y le pegó un puñetazo que lo lanzó al otro extremo de la habitación.

—¡Qué cojones te pasa! —gritó Iván levantándose del suelo con dificultad.

—Nunca jamás vuelvas a hablar así de Nicola —le dijo Alexei con los dientes apretados de la rabia.

Iván no sabía lo que había pasado desde la última vez que le había visto, pero no le gustaba un pelo.

—Llevas años llamándola así tú mismo —le dijo con dureza.

—Pues eso se acabó. No es ninguna zorra.

—¿Se puede saber que te ha hecho? ¿Tan bien hace las mamadas?

Alexei se dirigió hacia él apretando los puños de forma amenazadora.

—Estás buscando que te parta la cara —le dijo con mirada asesina— A partir de ahora hablarás de Nicola con respeto o no hablarás, porque te sacaré todos los dientes.

—Está bien, está bien —dijo Iván conciliadoramente mientras levantaba las manos en señal de paz—. Está claro que hablaste con ella y te convenció de que es la madre Teresa de Calcuta.

—No hablé con ella —contestó Alexei.

—Entonces no entiendo nada. ¡Qué cojones pasó en esa exposición! —preguntó con furia.

—Nada que sea de tu incumbencia.

No pensaba contarle nada a Iván. Hacerlo sería como someter a Nicola a

una humillación más, aparte de las que ya había cometido con ella. Recordó las conversaciones que había mantenido con Iván a lo largo de estos años, en las que cada vez que salía el nombre de Nicola era para denigrarla. Pensarlo ahora le provocaba náuseas.

—Quiero que acompañes a Maya a Rusia.

—¡Queeé!

—Que quiero que acompañes a Maya a Rusia —repitió Alexei con firmeza.

—Ya te oí la primera vez. Pero...

—Ya he hecho los arreglos —le dijo interrumpiéndole—, tendrás que hacerte cargo de nuestros negocios allí.

—Está bien —contestó Iván con resignación— ¿Cuándo vas a volver? ¿Para la boda?

—No va a haber boda. De momento no voy a volver en un tiempo.

Iván se puso lívido. No sabía lo que había ocurrido, pero era evidente que estaba relacionado con la zorra de Nicola. Alexei se estaba comportando de una forma muy extraña. Sin decir una palabra más se dirigió a la cocina para ponerse hielo en la mandíbula. Le dolía horrores.

—Espero que no me hayas roto la mandíbula. Si es así no voy a poder coger el avión.

—Deja de quejarte y ve a hacer la maleta.

—¿Qué le vas a decir a Maya?

—La verdad.

—¿Y esa es?

—Nada que te incumba.

Iván se fue furioso de la casa. No es que le importase volver a Rusia, pero la actitud de Alexei no tenía ninguna justificación. Decía que no había hablado con Nicola, pero algo tenía que haber pasado.

Alexei se sirvió un whisky y se derrumbó en el sofá. No sabía lo que iba a hacer, pero no se iría del país, por lo menos no hasta que arreglase la situación

con Nicola.

—¿Alexei? —preguntó Maya apareciendo en el salón. Las voces le habían despertado—. ¿Qué ocurre?

Alexei la miró con tristeza.

—Lo siento, Maya.

—¿Qué sientes?

—No me puedo casar contigo.

Maya al principio le miró con sorpresa, pero luego con un suspiro preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no te amo.

—Bueno. —Una sonrisa triste se dibujó en su rostro —Yo tampoco te amo.

Alexei tardó un momento en asimilar lo que le había dicho

—¿No me amas? Entonces, ¿por qué te ibas a casar conmigo?

Maya se encogió de hombros sentándose a su lado.

—Supongo que por lo mismo que tú. La persona a la que amo no me corresponde.

—¿Lo sabías?

—¿El qué?

—Que no te amaba.

—Siempre lo he sabido, Alexei. Lo que no sabía era que amabas a otra, y por lo que veo no la has olvidado.

—Si sabías que no te amaba ¿Por qué nunca dijiste nada?

—Pensé que lo preferías así.

—Lo siento Maya —dijo con tristeza.

—No pasa nada. Sólo espero que seas feliz, ¿Ella está aquí?

—Sí.

—¿Vas a volver con ella?

Alexei se rió sin humor.

—No es tan sencillo. Para empezar nunca he estado con ella.

—Pues deberías.

—Gracias Maya. No pensé que fueras a reaccionar así, no sabía cómo decírtelo.

—De nada. Supongo que esto significa que vuelvo a Rusia.

—Sí, le he pedido a Iván que te acompañe.

—De acuerdo —dijo Maya con tranquilidad al tiempo que se levantaba para dirigirse a su habitación—. Voy a hacer la maleta.

—¿Quién es él? —La voz de Alexei detuvo a Maya antes de abandonar el salón, provocando que se detuviera.

—¿A quién te refieres?

—Al hombre del que estás enamorada, el que no te corresponde.

—Iván —respondió Maya con tristeza.

—¡Queeé! —Estaba totalmente sorprendido, nunca lo hubiera imaginado.

—Sabes que nos conocemos desde niños, siempre le he amado.

—Sí, pero... —Interrumpió lo que fuera que estaba pensando, para decir con firmeza—, si quieres puedo pedirle a otra persona que te acompañe. No quiero que te sientas mal.

—No, no pasa nada.

—Le he pedido que se haga cargo de los negocios en Rusia, así que le verás más a menudo. Quiero que te quedes con la casa de Moscú y que no te preocupes por el trabajo, si no quieres no tendrás que trabajar. Voy a disponer que tengas una pensión vitalicia para que puedas vivir con comodidad sin tener que preocuparte por el dinero.

—Alexei, nunca te he pedido nada.

—Por eso te lo doy. Maya. Siempre has sido una buena amiga y eres parte de la familia, que no me case contigo no quiere decir que no me preocupe por ti.

—Está bien, prepararé la maleta.

Adrián no se había atrevido a decirle nada a Nicola de lo que había hablado con Alexei la noche anterior. Después de que éste huyera de la exposición, había vuelto junto a ella, la había encontrado tan nerviosa que no se había atrevido a decirle nada. Después de asegurarle que Alexei se había ido, se había tranquilizado lo suficiente para disfrutar de la exposición. Pero ahora, por la mañana, tendría que hablar con ella.

—Buenos días —dijo Nicola cuando bajó a desayunar y le encontró en la cocina.

—Te he hecho tortitas —dijo Adrián con una sonrisa colocando un plato frente a ella.

Nicola le miró con extrañeza.

—¿Qué ocurre?

—No ocurre nada, ¿por qué lo preguntas?

—Porque tú sólo me haces tortitas cuando tienes una mala noticia que darme.

—¡Qué dices! —protestó Adrián indignado— eso no es cierto.

—¿No? —dijo Nicola con escepticismo— ¿Cómo cuando después de hacerme tortitas me contaste que habías hecho un experimento científico con mi vestido favorito y lo habías carbonizado?

—Eso fue una vez, no lo convierte en una regla.

—¿O cuando me contaste que por accidente envenenaste a mi gato? ¿O cuando confesaste...?

—Esta bien, está bien, no hace falta que sigas —dijo Adrián interrumpiéndola mientras reía.

—¿Entonces...? —preguntó Nicola escondiendo una sonrisa.

Adrián pensó que lo mejor sería decírselo a bocajarro.

—Ayer hablé con Alexei de lo que ocurrió hace diez años y creo que deberías hablar con él.

Nicola se quedó inmóvil con el tenedor con el que iba a comer las tortitas suspendido en el aire mientras miraba a Adrián con auténtico horror en su rostro. Pasados unos segundos, lo dejó caer en el plato con fuerza.

—¿Y se puede saber de qué exactamente, quieres que hable con ese cabrón? —replicó furiosa.

—De lo que pasó aquella noche —contestó Adrián con calma—. Nunca me has querido contar exactamente lo que sucedió, pero anoche hablé con él, le recriminé lo que te había hecho y no tenía ni idea.

—¿Qué no tenía ni idea? ¡Qué se supone que significa eso! —Estaba furiosa. Ella no lo había podido olvidar en estos diez años y el cabrón ni siquiera lo recordaba.

—Necesito que te calmes. Por lo que me explicó aquella noche... estaba completamente borracho y... parece ser que te confundió con una prostituta.

Nicole empezó a reírse de forma histérica.

—¿Esa fue su justificación? ¿Y tú le creíste? —Se le quebró la voz mientras le decía:

—¡Joder! Me llamó por el nombre. No me digas que me confundió con otra.

—Verás... por lo que me explicó... pidió una prostituta... que se pareciera a ti. Dice que lo único que recuerda de aquella noche es el increíble parecido que la prostituta tenía contigo.

Nicola no pudo evitar volver a aquella noche, el sonido de la cremallera bajándose y aquella mujer interrumpiéndoles. Aquella voz diciendo: *¿has empezado sin mí?* ¿Y si ella era la prostituta a la que se refería? De pronto la historia le pareció que tenía un viso de credibilidad.

—Incluso aunque fuera verdad —dijo con tristeza—. ¿Qué sentido tiene hablar de algo que sucedió hace diez años?

—Que no lo has olvidado Nicola. ¿No crees que ha llegado el momento de intentar superarlo? Quizás si hablas con él, puedas seguir adelante.

—No creo que hablar con él me ayude a seguir adelante.

—Puedes intentarlo —dijo Adrián acariciando su mano a través de la mesa—. Me ha pedido que os veáis en un sitio público, sólo quiere hablar contigo, yo estaré allí, no dejaré que te toque, pero de verdad, creo que necesitas hablar con él.

—Está bien —dijo Nicola tras unos segundos de silencio—. Concierta una cita con él, pero a la mínima que no me guste cómo me mira, nos vamos.

—Por supuesto.

Alexei se sentía desesperado, Maya e Iván se habían ido al aeropuerto hacía horas y aún no había tenido noticias de Adrián ni de Nicola. No sabía lo que haría si ella se negaba a verle. Cuando ya había decidido que sin importar lo que pasara iría a su casa a hablar con ella, sonó el teléfono. Al mirar quien era y ver que era Adrián, un sudor frío recorrió su cuerpo.

—Temía que no me llamas —le dijo al descolgar el teléfono.

—Me costó un poco convencerla, pero está dispuesta a hablar contigo, tiene que ser en un sitio público.

—Donde ella quiera —dijo con rapidez mientras el alivio invadía su cuerpo.

—Al otro lado de la ciudad, frente al parque Flower, haciendo esquina hay una hamburguesería, te estará esperando en la terraza dentro de una hora. Yo estaré allí también pero me quedaré en otra mesa.

—No hay problema, allí estaré.

Aún no sabía lo que haría o lo que le diría, lo único que tenía claro era que necesitaba que le perdonase. Suplicaría, se arrastraría, haría lo que hiciera falta para conseguir su perdón.

Una hora después estaba sentado en la terraza esperando. Divisó a Nicola cruzando la calle antes de que llegara frente a él. Iba acompañada de Adrián quien le hizo un gesto con la mano para que no se levantara.

—Antes de que digas nada, vamos a establecer unas reglas. Nicola ha accedido a hablar contigo, pero te quedarás sentado en tu sitio, no te acercarás a

ella ni intentarás tocarla de ninguna forma.

Alexei asintió incapaz de decir nada. No podía apartar la mirada de Nicola. Estaba hermosísima. Llevaba un vestido que la cubría por completo, de la cabeza a los pies, de manga larga y cuello cerrado, sin dejar ni un solo trozo de piel al descubierto. Ella no era consciente de cómo al caminar el vestido abrazaba su figura, resaltando aún más su belleza.

No pudo dejar de notar que temblaba como una hoja y que respiraba con dificultad. Con cada inspiración, se tensaba la tela del vestido marcando sus pechos.

El darse cuenta de que estaba aterrorizada por verle, afectó a su libido, actuando como un jarro de agua fría para el profundo ardor que había sentido al verla cruzar la calle y pararse frente a él.

—Voy a sentarme en la mesa de la esquina —continuó Adrián señalando una mesa más alejada—. Si veo cualquier cosa que no me gusta, nos iremos. ¿Está claro?

—Sí. —contestó Alexei con voz ronca.

Adrián se marchó y Nicola se sentó frente a él sin decir nada.

—Yo... lo primero que quiero es agradecerte que hayas venido. —Tenía miedo de hacer o decir algo que la impulsara a marcharse—. Sé que no merezco la oportunidad que me estás dando, sobre todo después de todos estos años.

—Adrián me dijo... —El temblor evidente en su voz la hizo detenerse. Respiró profundamente y volvió a empezar más calmada—. Adrián me dijo que no recuerdas nada de aquella noche.

Estaba muy borracho —reconoció avergonzado—, yo... le había pedido a Iván que me buscara una prostituta, le pedí que la mandara a la biblioteca... no recuerdo mucho... pensé... que eras ella.

—Me llamaste por el nombre. —El dolor en su voz era evidente.

—No me acuerdo de nada —dijo apesadumbrado.

—¿Cómo pudiste pensar que era una prostituta si me llamaste por el nombre? —replicó furiosa.

—Yo te amaba.

Con esas sencillas palabras Nicola sintió como si le hubieran clavado un hierro al rojo vivo. El dolor fue tan agudo, tan inesperado que la dejó sin aliento.

—¿Qué has dicho? —murmuró mientras lágrimas de rabia acudían a sus ojos anegándolos—. ¿Te estás burlando de mí?

—Yo te amaba —repitió Alexei—. Para mí eras lo más puro que había conocido, pero te deseaba tanto que temía lastimarte con mi pasión, así que traté de apagarla con otra mujer. Pero quería que se pareciera a ti, así que supongo que cuando te vi... yo... creo que el alcohol no me dejó pensar racionalmente.

Nicola parpadeó permitiendo que las lágrimas retenidas cayeran por su rostro. Esto era una broma del destino

—Así que al final me hiciste el daño que según tú pretendías evitar.

—Supongo —dijo Alexei con tristeza—. Si me dijeras exactamente lo que pasó esa noche... Adrián dice... —Tragó saliva antes de continuar— que no te violé.

Nicola se rió ásperamente.

—Depende de lo que entiendas por violación ¿A qué te refieres? Si lo que me preguntas es si me metiste la polla en el coño la respuesta es no.

Alexei palideció ante la crudeza de sus palabras.

—¿Qué sucedió entonces?

—No importa —dijo Nicola secándose las lágrimas con la mano—. Si eso era todo lo que querías saber, creo que no tenemos nada más de que hablar.

—¡Espera, por favor! —pidió Alexei cuando la vio levantarse dispuesta a irse.

Con un suspiro Nicola se detuvo sin mirarle a la cara.

—¿Qué más quieres?

—Quiero tu perdón.

—Me pides más de lo que te puedo dar.

—¿Qué quieres tú?

—¿A qué te refieres? —preguntó Nicola mirándole a los ojos.

—Has venido. Algo esperarías de este encuentro.

Una vez más ella se rió sin humor.

—Tienes razón. Esperaba volver a sentirme normal, poder dejar de temblar cuando un hombre me toca.

—Yo puedo conseguir eso —le dijo con firmeza

—¿De verdad? ¿Y cómo planeas conseguirlo?

—Mañana por la mañana acude conmigo al gimnasio en el que entrenábamos Iván y yo. Te lo demostraré.

—No pienso ir contigo a ningún lado.

—Ve con tu primo. Nos vemos allí mañana a las diez de la mañana. Lleva ropa de deporte —dijo al tiempo que se levantaba alejándose de ella.

—¿Para qué? —preguntó Nicola mientras se alejaba.

—Acude mañana y lo sabrás —dijo sin girarse.

Se arriesgaba a que no acudiera, pero no se le ocurría que más hacer. Estaba claro que con palabras no iba a corregir el tremendo error que había cometido. Sólo rezaba por no estar cometiendo un error mayor.

5

Maya miraba por la ventanilla del avión con tristeza, Iván a su lado no había parado de beber desde que habían subido. Una solitaria lágrima cruzó su rostro y trató de borrarla con la mano sin que él la viera.

—Es un cabrón —masculló Iván.

Maya se rió sin humor.

—Por lo menos fue sincero.

—¿Sincero? ¡Y un huevo que fue sincero! ¡Cómo se atreve a dejarte por esa zorra!

—¿La conoces?

—Por supuesto que la conozco. Hace diez años lo tenía babeando por ella hasta que descubrió que se acostaba con su propio primo.

Maya palideció al oírle, pero ¿quién era ella para juzgar a nadie?

—Si tiene una posibilidad de ser feliz con ella, hace bien en aprovecharla.

—¿Por qué no estás enfadada? —gritó Iván totalmente cabreado.

—¿Y por qué lo estás tú? ¿A ti que más te da?

—¿Qué a mí que más me da? —Iván estaba cada vez más cabreado—
¿Cómo puedes preguntarme eso?

—Prefiero que me lo haya dicho ahora, antes de que nos casemos. Ya sabía que no me amaba, lo que no sabía era que amaba a otra.

—Pues bien que no se acordaba de ella cuando te follaba —dijo Iván con amargura.

Maya enrojeció de indignación al oírle hablar con esa crudeza.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? No tienes ni idea de la relación que teníamos Alexei y yo. —Ahora la que estaba cabreada era ella—. No es de tu incumbencia pero jamás me he acostado con Alexei.

—No, claro —dijo Iván riéndose de forma cínica—. No follasteis,

hicisteis el amor mientras él pensaba en otra.

Maya le cruzó la cara de una bofetada rígida de furia.

—El único cabrón que hay aquí eres tú. No me vuelvas a dirigir la palabra en lo que queda de vuelo. Cuando llegemos a Moscú quiero que te largues y no volverte a ver nunca más.

Iván estaba borracho, desde que habían subido al avión no había parado de beber. No pensaba con claridad, pero la mirada que le lanzó Maya le dejó helado, se dio cuenta de que había ido demasiado lejos.

No sabía por qué estaba tan cabreado, pero que Alexei hubiera desechado a Maya como si de un objeto inservible se tratase le había enfurecido y la tranquilidad con la que ella se lo había tomado aún más.

Cuando Alexei le había dicho que quería casarse con Maya, su primer instinto había sido decirle que no, que no podía, pero luego se dio cuenta de que era mejor, en ocasiones, le parecía que ella seguía teniendo sentimientos por él, que esperaba de él más de lo que estaba dispuesto a darle, si aceptaba casarse con Alexei, querría decir que por fin le había superado. Y así quizás él también dejase de tener esos extraños pensamientos que a veces le asaltaban, a veces, cuando le miraba se preguntaba... a qué sabría su boca, pero en cuanto era consciente de ello, aplastaba esos deseos, porque no quería tenerlos, la quería ajena, para así no desearla, pero cuando Maya aceptó casarse con Alexei, en vez de la alegría que debería haber sentido, sintió como si ella le hubiera traicionado. No se entendía a sí mismo, ni comprendía por qué estaba tan cabreado.

Maya tampoco entendía la reacción de Iván. Él siempre se comportaba tan frío, tan indiferente, como si nada le afectara. Cuántas veces le había dicho que parecía de hielo. Eran amigos desde hacía años pero jamás la había tratado así, ni le había hablado con esa crudeza.

Decidió ignorarle el resto del viaje. Él siguió emborrachándose hasta que se quedó dormido. No estaba dolida por lo sucedido con Alexei ¿cómo podría? A fin de cuentas ella tampoco le amaba, ella amaba a este hombre que estaba a su lado. El hombre al que hace muchos años había intentado declarar su amor,

ingenuamente había pensado que él le correspondería, pero en vez de eso la humilló.

Recordó aquella tarde. Le había costado tanto encontrar el valor para confesarle sus sentimientos. Había ido a su casa a buscarle para decírselo, estaba segura de que si no lo hacía en ese momento, nunca más se atrevería, pero cuando llegó él no estaba. Se había vestido y maquillado para seducirle. Estaba muy orgullosa de su aspecto, pensaba que el vestido que llevaba la hacía hermosa y que cuando Iván la viera caería rendido a sus pies. Pasaron horas hasta que apareció y cuando lo hizo iba acompañado de una mujer. Ya le había visto anteriormente con mujeres, pero se había convencido de que la amaba, de que esas mujeres eran sólo un entretenimiento, esperando a que ella creciera y pudieran estar juntos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Iván con sorpresa.

—Te esperaba —respondió Maya con lo que pretendía ser una voz seductora pero que sonó como si sufriera algún tipo de ataque de asma.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué hablas tan raro? ¿Y esa ropa que llevas? — Iván estaba aturdido. La imagen que tenía ante sí no era de una niña, sino de una mujer muy hermosa y no le estaba gustando nada, le tenía totalmente descolocado.

Maya siempre iba vestida con ropa recatada, pero el vestido que llevaba en ese momento se pegaba a su cuerpo como una segunda piel y a través del escote se veía el nacimiento de sus pechos.

—Querido, creo que la niñita viene a demostrarte que ya es una mujer — dijo con maldad la mujer que le acompañaba.

Iván estaba pasmado. Quería mucho a Maya, pero nunca la había mirado más que como una hermana, pero en ese momento frente a él se dio cuenta de que efectivamente ya no era una niña, era una mujer. Una ola de deseo le arrasó dejándole sin aliento. A él las mujeres sólo le servían para una cosa, fuera de eso no tenía mucho interés. Sabía que el ejemplo de su madre había afectado su relación con las mujeres. No quería que le amasen. El amor hacía que

abandonases la dignidad. Llevaba años viendo a su madre mendigar amor de todos los hombres con los que se había relacionado. La trataban como a una furcia, le decían cuatro palabras cariñosas y ella los metía en casa, se la follaban y se aprovechaban de ella hasta que se cansaban dejándola destrozada y hecha un mar de lágrimas. Era repugnante, Iván se ponía enfermo viendo como su madre les suplicaba que no la abandonasen.

Hasta que llegó su padrastro, una fila interminable de hombres pasaron por su cama, tratando de encontrar el amor. Por lo menos él le propuso matrimonio y no la abandonó, se acostaba con otras cuando le apetecía y ella fingía que no lo sabía, pero continuaban juntos. Cuando Iván consiguió algo de dinero a raíz de su asociación con Alexei, le pidió a su madre que abandonase a su padrastro, pero ella se negó, le dijo que ningún hombre la había tratado tan bien y que le amaba. A Iván le dieron ganas de vomitar, se juró que eso no le iba a pasar a él, se negaba a darle a ninguna mujer tanto poder sobre él.

Y ahí estaba esa chiquita, a la que quería como una hermana, tratando de impresionarle para que se fijase en ella como una mujer y lo peor de todo era que no le había costado mucho conseguirlo, no creía que pudiera volver a verla como una niña, por eso decidió que tenía que aplastar cruelmente cualquier ilusión que ella se hubiera podido imaginar.

—La próxima vez que te vayas a maquillar y vestir como una adulta, procura hacerlo mejor —le dijo con crueldad—. Pareces una buscona.

La crueldad de sus palabras impactó en Maya produciendo que se encogiera de dolor como si la hubiera golpeado. Él también sufrió cuando las pronunció, pero quería desilusionarla, que no le amara, ella se merecía algo mejor.

Maya sintió su corazón resquebrajarse y sin pronunciar palabra trató de marcharse con dignidad, aunque resultó muy difícil al oír las crueles risas de la mujer que acompañaba a Iván.

—Pobrecita —le decía a Iván mientras se reía—. Creo que le has roto el corazón.

Iván esperó hasta que Maya desapareció de su vista para girarse hacia la mujer.

—Lárgate. No estoy de humor.

Ella le miró con sorpresa.

—¿Te ha afectado la actuación de la mosquita muerta?

—Eres una zorra —le dijo con crueldad.

—Creía que era eso lo que te gustaba de mí —le replicó insinuante, pegándose a él y rozándose contra su polla—. Venga, cariño, no desaprovechemos la noche.

El recuerdo de Maya y no la zorra que se frotaba contra él fue lo que le inflamó de tal manera que su polla cobró vida. No podía tener a Maya, pero podía imaginarse que era ella.

Maya lloró todo el camino de vuelta a casa. Tuvo la suerte de que su madre aún no había vuelto del trabajo, porque si la hubiera visto llegar de esa forma, habría pensado que le habían hecho algo malo, cuando lo único herido era su corazón.

Se dirigió a su cuarto y se miró en el espejo quedando horrorizada por su imagen. Las lágrimas habían corrido el maquillaje de tal forma que parecía un mapache, y el vestido que en su momento le había parecido que le favorecía, ahora le parecía ordinario y de mal gusto, con razón Iván le había dicho que parecía una buscona.

Se arrancó el vestido entre lágrimas y se juró que jamás volvería a humillarse de esa forma. Y lo cumplió. Ahora vestía de forma sobria y recatada, sin apenas maquillaje. Desde aquel horrible día en el que había intentado confesarle su amor y él se había reído de ella, su relación no había vuelto a ser la misma. Poco tiempo después Iván se había ido a Estados Unidos con Alexei, seguían viéndose cuando volvía a Rusia, pero su relación se había enfriado, aunque no su amor, éste continuaba tan vivo como el primer día, la única diferencia era que había aprendido a disimularlo.

Hacía o menos un año había coincidido con Alexei en casa de Iván.

Maya tenía un vago recuerdo de Alexei, pero muy lejano. Su madre y la de Alexei eran primas lejanas, pero ésta última había abandonado el pueblo en el que ambas vivían cuando era una jovencita y posteriormente sólo había vuelto en contadas ocasiones llevando a Alexei con ella.

Pocos meses después de encontrarse con Alexei, e iniciar una amistad, éste le había pedido que se casase con él. Al principio había dudado puesto que el amor que sentía por Iván, se había hecho más fuerte con el paso del tiempo, pero finalmente comprendió que jamás sería suyo, así que cuando Alexei le propuso matrimonio, a pesar de saber que no la amaba, decidió aceptar. Cuando le dijo a Iván que Alexei le había propuesto matrimonio, la miró con total frialdad.

—Él te hará feliz. —Fue lo único que le dijo, destrozándole el corazón con su indiferencia.

A veces pensaba que lo que le había atraído a Alexei de ella, era la imagen de la esposa perfecta que representaba. Se preguntaba cómo sería la mujer que él amaba, algo le hacía sospechar que no se parecía en nada a ella.

Sumergida en sus pensamientos no se dio cuenta de que habían llegado a su destino. Iván aún dormía, de lo cual se alegró. Pidió al personal del avión que no le despertaran hasta que se hubiera ido. No quería volver a verle, no se sentía capaz.

Media hora después, Iván se despertó de su sueño etílico cuando sintió una mano que le zarandeaba.

—Despierte, señor Romanov despierte.

—¿Qué ocurre? ¿Ya hemos llegado? —Notaba la boca pastosa y tenía un dolor de cabeza terrible—. ¿Dónde está Maya? —preguntó a la azafata que le había despertado al darse cuenta de que se encontraba solo en el avión.

—La señora Maya se ha ido —contestó la azafata enrojeciendo.

Esto hizo que Iván se espabilase rápidamente, pasándosele parte de la borrachera.

—¿Se ha ido? ¿A dónde?

—No lo sé señor. Nos pidió que no le despertásemos hasta que se hubiera marchado.

—Mierda. —Según se le pasaba la borrachera recordaba las cosas que le había dicho, no le extrañaba que se hubiera ido sin él, tenía que encontrarla y pedirle perdón.

—¿Se ha ido en la limusina?

—Sí señor.

—Bien —dijo con una sonrisa. Tendría que esperar a que volviera, pero por lo menos el conductor le diría a dónde la había llevado.

—Está bien, Maya tranquilízate —decía en ese momento Alexei por teléfono—. Hablaré con el conductor, no te preocupes, no le dirá a Iván que te ha llevado a mi casa, pero ¿qué ha pasado exactamente? ¿Tengo que romperle la cara?

Maya rió entre lágrimas.

—No, aunque te lo agradezco. Sólo ha sido un poco más imbécil de lo que es habitualmente.

—Pásame al conductor.

Maya suspiró ruidosamente y le pasó el teléfono al conductor de la limusina. Sabía que cuando Iván despertase iba a querer averiguar dónde estaba, pero le había hecho demasiado daño, no le quería volver a ver.

6

—No sabía que el gimnasio era suyo —le dijo Adrián a Nicola mientras esperaban a que Alexei apareciera.

—Yo tampoco. Siempre pensé que seguía siendo de Iván. ¿Y por qué quiere que lleve ropa de deporte?

—Lo ignoro. Pero en seguida lo averiguaremos.

Lágrimas de tristeza acudieron a sus ojos recordando lo que le había dicho el día anterior.

—Me dijo que me amaba.

—¿Está enamorado de ti después de todos estos años?

—No —dijo Nicola negando con la cabeza—. Me dijo que me amaba en aquel entonces.

—¿Le creíste?

—¡Qué importa! Hace ya tanto tiempo. Todo se siente tan lejano. Éramos unos críos.

—Tú puede, pero él tenía pocos años menos que tú ahora.

—Lo que él sentía no era amor.

—¿Cómo lo sabes?

—No se daña lo que se ama —dijo con tristeza.

Nicola no entendía por qué estaba allí, pero como le había pedido Alexei, estaba con Adrián en la puerta del gimnasio y vestida con ropa de deporte, la verdad es que la mera posibilidad de que realmente tuviera la facultad de ayudarle a superar lo que había pasado, era lo que le había animado a hacer lo que le había pedido.

La puerta del gimnasio se abrió y la figura de Alexei la cubrió por completo. Sin poder evitarlo Nicola dio un paso hacia atrás, lo que no le pasó desapercibido a Alexei. Apartándose totalmente de la entrada les dijo:

—Pasad, estamos solos.

—¿Por qué? —preguntó Nicola con suspicacia.

—Ahora lo verás.

Sin mirar atrás se dirigió al cuadrilátero que ocupaba la parte central del gimnasio, subió al mismo y depositó en un lateral junto a las cuerdas, unos palos de espuma.

—¿Para qué es eso? —preguntó Adrián intrigado.

—Estos son unos palos filipinos, están hechos de madera y recubiertos de espuma. Se usan para entrenar artes marciales.

—Muy interesante, ¿pero para qué nos has hecho venir? No pretenderás enseñarle artes marciales a Nicola.

—No. Los palos son para que me golpee con ellos —dijo mirando fijamente a Nicola.

Ella no había sido capaz de mirarle a la cara desde que había entrado, pero ahora lo hacía espantada.

—¿Qué has dicho? —Logró decir cuando salió de su asombro.

—Lo que has oído. Los palos son para que me golpees. Estoy seguro de que has deseado hacerlo muchas veces.

—Estás loco —susurró sin poder dejar de mirarlo.

—¡Cógelos! Sé que estás deseando hacerlo. ¿No quieres vengarte? ¡Hazlo! Es tu oportunidad.

Nicola continuaba mirándole inmóvil.

—¡CÓGELOS! ¡JODER! —le gritó Alexei provocando que tanto Adrián como Nicola dieran un salto.

—No —dijo Nicola con firmeza.

—¿Por qué no? Voy a pensar que te gustó lo que te hice después de todo —le dijo Alexei con crueldad.

La rabia inundó a Nicola hasta que lo vio todo rojo. Con rabia subió al cuadrilátero cogiendo con fuerza uno de los palos.

—¡CABRÓN! ¡HIJO DE PUTA! —le dijo acercándose hasta él.

—¡Adelante! —la instó Alexei—. Demuéstrame cuanto me odias.

Adrián comprendió lo que Alexei pretendía. Nicola llevaba mucha rabia dentro, rabia que le había estado carcomiendo durante diez años y ahora él le ofrecía una forma de liberarla.

Nicola estaba furiosa, pero todavía se contenía. Apretaba el palo con tanta fuerza que se le volvieron los nudillos blancos.

—¿Por qué no me cuentas lo que te hice esa noche? —dijo Alexei buscando provocarla—. ¿No estarás en el fondo enfadada porque no te follé esa noche?

Alexei se dio cuenta de que había superado el límite. El primer golpe fue directo a su hombro. No intentó evitarlo y cayó al suelo por el dolor.

—¡CABRÓN! —gritaba Nicola fuera de sí mientras los golpes se iban sucediendo uno tras otro sin que Alexei intentase en ningún momento evitarlos.

—¡HIJO DE PUTA! —continuó gritando y golpeándole. A medida que las fuerzas iban abandonando a Nicola, los golpes fueron perdiendo intensidad hasta que se derrumbó sin fuerzas en el suelo llorando mientras murmuraba:

—Yo te amaba, cabrón, yo te amaba.

Fue lo último que Alexei oyó antes de desmayarse.

Cuando se despertó continuaba tendido en el ring, Adrián a su lado le miraba con alivio en su rostro.

—Menos mal que despiertas, por un momento temí que te hubiera matado.

—¿Cómo está ella? —gimió intentando incorporarse.

—Mejor que tú. ¡Estás como una cabra!

Le dolía todo el cuerpo. Gracias a Dios no le había dado ningún golpe en la cabeza, pero por los dolores que tenía simplemente por respirar, suponía que tenía rota alguna costilla. Intentó ponerse en pie y cuando su pierna derecha no le sostuvo, se temió tenerla rota, pero merecía la pena si había servido para ayudar a Nicola.

—¿Cómo está Nicola? —Volvió a preguntar sin resuello.

—No lo sé. Cuando te desmayaste la llevé a uno de los cuartos de arriba

y la eché en una de las camas. Lleva durmiendo desde entonces. A ti traté de moverte, pero pesas una tonelada, así que me senté a esperar que despertaras.

—Bien —musitó Alexei—. Ten —dijo tendiéndole unas llaves—. Son las llaves del gimnasio, cuando despierte llévala a casa.

—¿Tú adónde vas?

—A mi casa.

—Pero en esas condiciones, no puedes.

—No te preocupes, voy a llamar a un taxi, es mejor que Nicola no me vea cuando despierte. Necesita procesar lo que ha pasado.

—¡Estás loco! ¿Lo sabías? Podía haberte matado.

—Quizás es lo que merezca por lo que le hice.

—¡Pero si no siquiera sabes lo que hiciste!

—Espero que ella me lo cuente. Cuando se encuentre mejor, dile que mañana por la tarde iré al club, si quiere que hablemos, nos veremos allí.

Adrián observó como se alejaba cojeando.

Nicola se despertó asustada. Al principio no se dio cuenta de dónde estaba, hasta que recordó todo.

Se sintió horrorizada de sí misma, de lo que había sentido y aunque pareciera sorprendente, ahora mismo se encontraba mejor, parte de la rabia que llevaba diez años acompañándole se había ido y se lo tenía que agradecer a su agresor.

Se levantó preguntándose dónde estarían Adrián y Alexei. Cuando Adrián la había llevado hasta esa habitación estaba tan alterada, que no se había fijado en nada, pero ahora que estaba más tranquila, se detuvo a observar todos los detalles.

El cuarto en el que se encontraba era bastante espartano, una cama, una mesita, un pequeño armario y un sofá eran los únicos muebles que componían la habitación. Salió de la misma y se encontró con un pequeño pasillo con varias puertas a cada lado, fue comprobando cada una de ellas y todas daban a habitaciones con el mismo tipo de mobiliario. Al final del pasillo unas escaleras

conducían a la planta inferior del gimnasio, donde estaba el cuadrilátero y la zona de entrenamiento.

En las escaleras, colgadas de las paredes, había escenas de peleas inmortalizadas en fotografías, pequeños fragmentos de la vida. Una de ellas le llamó poderosamente la atención puesto que salían Alexei y ella, en aquel momento no había sido consciente de que les habían fotografiado.

Acarició la fotografía con ternura cuando la invadieron los recuerdos de aquel día. Sintió una gran tristeza por esa Nicola, la de la foto. Era una niña. Enamorada de alguien que no existía en realidad. Pensaba que Alexei era el mejor hombre del mundo. ¡Qué ciega había estado! Alexei les había invitado a todos a una pelea, que había ganado, por supuesto. La fotografía immortalizaba el momento en el que le habían proclamado campeón. Se le veía pletórico, mirando al lugar entre el público en el que ella se encontraba. Nicola a su vez le miraba con adoración, le sorprendió que Alexei conservara la fotografía.

Siguió bajando la escalera, y cuando llegó a la planta de abajo, vio a Adrián sentado en una silla con aire melancólico.

—¿Adrián?

—Hola princesa, ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, mejor de lo que esperaba. ¿Dónde está? —preguntó mirando alrededor.

—Se fue para su casa, aunque estaba en muy malas condiciones. Me dijo que si todavía querías hablar con él, mañana por la tarde iría al club y que os vierais ahí.

Nicola se quedó pensativa. Por un lado se sentía avergonzada por lo que había sucedido y por otro lado aliviada.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—¿Sinceramente? —dijo Adrián—. Porque cree que se lo merecía.

A la tarde siguiente, Alexei entró en el club cojeando. La venda que le cubría las

costillas le había aliviado un poco y por lo menos ya no le dolía respirar. Tenía un hombro dislocado por lo que llevaba un brazo en cabestrillo y a pesar del dolor de la pierna, se había atenuado su cojera. Esperaba que hubiera servido de algo, porque si no estaba jodido.

—¡Ufff! No quiero ver cómo ha quedado el otro —le dijo Marco al acercarse.

Junto con Iván era uno de sus mejores amigos, Iván y él se habían criado juntos en Rusia. La madre de Alexei le pagaba a la de Iván para que le cuidase mientras ella se prostituía. Cuando la madre de Iván se casó con su padrastro, ambos empezaron a trabajar para él, haciéndole determinados trabajos hasta que reunieron el suficiente dinero para independizarse y convenció a Iván para que juntos emprendieran un negocio. Les había ido muy bien. Tardaron un tiempo, pero acabaron amasando una pequeña fortuna.

Cuando Alexei llegó a Estados Unidos, él e Iván compraron el gimnasio en el que había estado con Nicola y allí conocieron a Marco, éste iba todas las tardes a entrenar. Llevaban tiempo pensando en introducirse en el mundo de la programación, así que cuando descubrieron que Marco era programador informático, le hicieron una propuesta que no pudo rechazar y desde entonces se habían convertido en socios.

A pesar de que se veían pocas veces en persona, mantenían contacto constante a través de internet, sin embargo, al igual que con Iván no tenía ningún interés en que se enterase de lo que había pasado con Nicola, eso sólo les incumbía a él y a ella.

—¿Qué te ha pasado? ¿Tiene algo que ver la pinta que tienes con lo que ha pasado con Iván? —le preguntó Marco—. Estaba muy cabreado contigo. No me ha querido contar nada, pero me ha dicho que te quieres quedar en Estados Unidos y que has roto tu compromiso con Maya.

—No, no tiene nada que ver.

—¿Tampoco me vas a contar a mí lo que te pasa? Si no tiene nada que ver Iván, ¿se puede saber quién te ha dado esa paliza? No me puedo creer que te

hayan vencido en una pelea.

—No me he peleado con nadie. No me preguntes más porque no te voy a contestar.

El tono seco de Alexei le dio a entender que no iba a contarle nada, así que prefirió no insistir.

Alexei no paraba de mirar alrededor buscando a Nicola. Esperaba que acudiese. Necesitaba verla, hablar con ella.

—Ya llegó la zorra —dijo Marco en tono de desprecio señalando hacia Nicola que acababa de entrar por la puerta acompañada de Adrián.

Alexei no pudo evitarlo y agarrando a Marco por la corbata lo empotró contra la pared estrangulándolo con ella con su brazo bueno.

—¡Que sea la última vez que te diriges a Nicola en esos términos! —le dijo con furia.

—Está bien, está bien, tranquilízate hombre —dijo Marco con voz ahogada y levantando las manos en señal de rendición—. No entiendo lo que te pasa. Nos hemos referido a ella en esos términos durante años.

Alexei aflojó su agarre sobre Marco, sintiéndose nuevamente culpable. Tenía razón. Cuando preguntaba por ella, siempre lo hacía llamándola zorra. El peso de la culpa le atenazó el corazón.

—Sólo... no la llames así —masculló con dificultad. Y sin darle tiempo a decir nada más se alejó de él para dirigirse hacia Nicola.

Nicola le vio nada más entrar. Tenía a su amigo Marco contra la pared y parecía que estaban discutiendo. Pasados unos segundos le soltó y se giró dirigiéndose hacia ella. Al ver el estado en el que se encontraba, Nicola quedó horrorizada. Tenía un brazo en cabestrillo, cojeaba y por la expresión de su rostro estaba sufriendo fuertes dolores.

Cuando se encontraba como a un par de metros de ella, se detuvo apoyándose en la pared, desde que había comenzado a acercarse a ella, le había estado mirando a los ojos sin apartar la vista de ella ni una sola vez, Nicola comprendió que no se iba a acercar más, le estaba dando la posibilidad de

acercarse o alejarse de él.

—Voy a hablar con él —le dijo a Adrián que se encontraba a su lado.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. —Intentó que su voz pareciese segura pero un ligero temblor la traicionó—. No creo que vaya a hacerme nada delante de todo el mundo.

—No, no lo creo. —La retuvo unos segundos con la mano en su brazo—. No creo que en realidad haya querido hacerte daño nunca.

—Puede ser —dijo Nicola soltándose de su agarre.

Nicola no confiaba plenamente en Alexei o en sus intenciones, pero sabía que lo ocurrido el día anterior había sido la única manera que se le había ocurrido para conseguir su perdón, aunque sólo fuese por eso, merecía al menos que hablara con él.

—Hola —susurró Alexei con voz ronca cuando la tuvo frente a él—. Gracias.

—Gracias ¿Por qué?

—Por acercarte a mí. Por hablarme. Yo... ¿podemos sentarnos en una mesa? —La pierna le dolía terriblemente, finas gotas de sudor aparecieron en su frente. Necesitaba sentarse.

Nicola miró dudosa a su alrededor, hasta que encontró una mesa que si bien estaba un poco apartada, era visible desde cualquier ángulo. Sin mirar atrás para comprobar si le seguía o no, se dirigió con paso decidido hacia la mesa. Una vez allí se sentó colocando las sillas lo más alejadas una de otra, de forma que cuando él se sentase no pudiera ni siquiera rozarla.

Alexei observó todo sin decir nada y se dirigió trabajosamente hacia la mesa. El dolor había hecho que su cojera se acentuara, pero estaba agradecido, había valido la pena si por lo menos estaba dispuesta a hablar con él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nicola en cuanto estuvo sentado.

—Ahora... quisiera... —Inspiró profundamente antes de continuar— quiero que me digas exactamente lo que te hice esa noche.

Nicola se quedó pálida. No quería contarle. Pero a su vez quería que él

supiera exactamente lo que le había hecho, quería que se sintiera mal, que sufriera y si ni siquiera lo recordaba, eso no iba a ser posible. Mirando a la distancia comenzó a recordar. Al principio habló en voz tan baja que Alexei apenas podía oírla por encima de los sonidos que les rodeaban.

—Acudí a la biblioteca, porque estaba un poco mareada, hacía mucho calor y no quería irme a casa. No oí la puerta abrirse, sólo sentí cómo alguien me agarraba del pelo y me estampaba contra la pared. —Notó que le temblaban las manos y las escondió bajo la falda antes de continuar—. Tardé unos segundos en darme cuenta de que eras tú y aunque no me pareció gracioso, pensé que era algún tipo de broma. Fue entonces cuando me besaste.

Alexei no se atrevía a respirar. ¿Cómo era posible que no recordara nada de eso? ¿La había besado? Había fantaseado durante meses con hacerlo y ni siquiera era capaz de recordarlo. Apenas recordaba nada de aquella noche, sólo haber estado con una mujer, pero nada más, estaba todo borroso en su mente. La risa seca de Nicola interrumpió sus pensamientos.

—¿Sabías que me había imaginado muchas veces que me besabas? Aunque lo que tú me hiciste no lo llamaría besar —dijo con frialdad mirándole a los ojos y tocándose la cicatriz del labio.

—¿Te lo hice yo? —susurró Alexei horrorizado.

—Me mordiste hasta que me hiciste sangrar. Empecé a luchar contigo, pero eras demasiado fuerte, cuanto más peleaba, más te excitabas. Justo antes de romperme la ropa fue cuando pronunciaste mi nombre.

Alexei cerró los ojos fuertemente, la vergüenza no le permitía mirarla a la cara. Pero para Nicola, esto estaba suponiendo una liberación, a medida que iba contando lo que había ocurrido y veía la mirada horrorizada y avergonzada de Alexei, se iba sintiendo más tranquila, más fuerte.

—Me rompiste el vestido y empezaste a... —Vaciló brevemente antes de continuar— a morderme los pechos.

Alexei sentía que se estaba poniendo enfermo.

—Nicola... —susurró— No sigas, por favor.

—¿Por qué no? —le preguntó con una sonrisa cínica— ¿No querías saber? Aún no he acabado.

Alexei se sujetó a la mesa, la cabeza le daba vueltas.

—Ya no tenía fuerzas para luchar contra ti. —Continuó contando Nicola desapasionadamente—. Me levantaste la falda y me metiste tres dedos en mi interior. Yo era virgen ¿sabes? El dolor fue brutal. Oí el sonido de una cremallera bajándose y en ese momento se abrió la puerta y llegó una mujer. Quedaste durante unos segundos desconcertado y aproveché para escapar.

Alexei estaba pálido, se sentía enfermo.

—Nicola...

—¡Qué! ¿No querías saber lo que había pasado? ¡Ahora vuelve a decirme que no lo recuerdas porque estabas borracho! —le dijo con todo el rencor acumulado durante estos años.

Alexei tragó saliva. Era cierto que estaba borracho, pero ¿cómo justificar lo que le había hecho a la mujer que amaba?

—Desde entonces no soporto que ningún hombre me toque. Me has jodido la vida. ¿Sabes que nunca había dejado que ningún chico me besara? Quería que fueras tú el primero. Pero tú no sabes besar, no se podría clasificar así lo que me hiciste.

—Pensaba que estaba con una prostituta... —dijo Alexei con voz débil antes de que Nicola le interrumpiera.

—¿Y así tratas a las prostitutas? Eres un cerdo —dijo echando la silla para atrás dispuesta a irse.

—Por favor, Nicola —suplicó Alexei con voz ahogada—. No te vayas.

—¿Qué más quieres? Ya te conté lo que pasó. Ahora puedes largarte y dejarme en paz.

—No, no puedo. Te dije que te ayudaría a superarlo y creo que aún puedo hacerlo. —Haría lo que hiciese falta, no era merecedor de su amor, pero por lo menos conseguiría su perdón—. Eres consciente de que las relaciones no tienen que ser tan... brutales. —Casi se atragantó al pronunciar la palabra, pero no cabía

otra definición para lo que Nicola le había descrito.

—Por supuesto que lo sé —dijo riéndose amargamente—. No soy una niña, Alexei. Soy consciente de que hay hombres que no son como tú, que son amables y tiernos. Pero una cosa es la voz de la razón y otra el miedo irracional que me invade cada vez que intentan tocarme.

Los celos carcomieron el alma de Alexei al pensar en la cantidad de hombres que habría intentado besar a Nicola a lo largo de estos años.

—Yo creo... —dijo lentamente— que si eres capaz de tolerar mi presencia, de que te pueda tocar, podrás dejar que otros hombres también lo hagan.

Nicola le miró a los ojos con una frialdad que le heló el corazón.

—Jamás dejaré que me toques —murmuró con desprecio.

—No me refiero a eso. Me refiero a tocarte como un amigo. Una vez lo fuimos.

—Nunca fuimos amigos Alexei —dijo Nicola riendo sin humor—. Yo estaba enamorada de ti. Creía que el sol se ponía porque tú lo ordenabas, pero gracias a ti, esas tonterías se me pasaron.

Alexei no podía creer que eso fuera todo, después de saber la verdad de lo que había pasado no lo podía dejar así. Se estaba echando un farol pero necesitaba que ella le creyera.

—Si no amigos, por lo menos que me toleres como a un conocido. Si puedes estar a mi lado sin temblar, siendo yo tu agresor, ¿no crees que podrías permitir que otros hombres te tocasen?

Nicola no quería saber nada con él, pero estaba cansada de estar sola. Quería poder tener una relación con un hombre sin huir aterrorizada. Tenía razón, si era capaz de tolerarle a él, podría tolerar a cualquiera.

—De acuerdo —dijo finalmente—. ¿Qué tienes en mente?

—Nada muy difícil. Que quedemos de vez en cuando para hablar, para vernos. No espero que confíes en mí de la noche a la mañana, pero quiero que sepas que jamás volveré a hacerte daño. ¿Qué te parece si mañana por la mañana

venís Adrián y tú a comer a mi casa? No estaremos solos —se apresuró a decir al ver que Nicola iba a protestar—, estará el servicio, en ningún momento nos quedaremos tú y yo a solas si eso es lo que temes.

—¿Sigues teniendo la casa? Pensé que la habías vendido. —Nunca había vuelto. Quizás fuera el siguiente paso que necesitaba, volver al lugar donde había sucedido todo.

—Piénsalo —le dijo Alexei—, dejémoslo para pasado mañana y lo piensas todo el día. Si al final queréis venir dímelo por la noche.

—Está bien.

Nicola se levantó alejándose de él. Al igual que el día anterior, se sentía algo mejor, contarle lo que había pasado en cierta medida también la había liberado, quizás fuera verdad y todo esto le ayudaría a superarlo.

7

Nicola se había pasado toda la noche y todo el día siguiente pensando en lo que había sucedido en el club. No entendía a Alexei. Y tampoco se entendía a sí misma. Después de diez años de odio, sentía como si los muros que rodeaban su corazón se estuvieran desmoronando.

Primero lo del gimnasio que le había servido para soltar gran parte del rencor que tenía acumulado y luego contarle lo que había sucedido. En estos diez años no se había permitido recordarlo, ni contárselo a nadie, ni siquiera a su primo Adrián, por más que él se lo había pedido, pero no se había visto capaz. Sin embargo decírselo a Alexei la había liberado también. Y ahora volver a la casa en la que había sucedido todo.

—Llámale o mándale un mensaje—le dijo a Adrián en la tarde—. Dile que iremos.

—¿Estás segura?

—Sí. En algo tiene razón, si soy capaz de tolerar su presencia, seré capaz de tolerar la de cualquier otro hombre.

Adrián no estaba muy seguro de si estaba haciendo bien, pero deseaba que Nicola fuera feliz, así que la apoyaría en todo lo que hiciera falta, le escribió un mensaje a Alexei, informándole de que acudirían a comer al día siguiente. Él le contestó fijando la hora de la comida a las dos de la tarde.

Alexei estaba muy nervioso. No quería que nada saliera mal. A las dos en punto sonó el timbre de la puerta aunque no dejó que la doncella abriera, quiso hacerlo él mismo. La verdad era que no tenía servicio en la casa, únicamente una mujer que acudía a hacer la comida y a limpiar un par de días a la semana, pero se inventó lo del servicio para que Nicola no tuviera reticencias a la hora de acudir a la casa, si hubiera pensado que iban a estar solos en la casa, seguramente no hubiera aceptado acudir, así que había llamado a una agencia para que le mandasen gente únicamente para ese día.

—Bienvenidos —les dijo al abrir la puerta—. Pasad, la comida ya está lista.

—Pensé que habías vendido la casa. Lleva mucho tiempo cerrada —dijo Adrián mientras entraba—. Me sorprendió cuando Nicola me dijo que seguía siendo tuya.

Era la misma casa que había adquirido cuando había llegado de Rusia hace diez años. En su momento había fantaseado con una vida con Nicola en esa casa. Cuando se había comprometido con Maya había decidido venderla porque no quería tener nada que le recordara a Nicola, de hecho cuando había planificado este viaje lo había hecho con la idea de exorcizar el demonio de Nicola y deshacerse de esa casa.

Les condujo al comedor evitando deliberadamente el camino que conducía a la biblioteca, Nicola fue consciente de ello y en silencio se lo agradeció. No quería volverá allí.

El personal, siguiendo indicaciones suyas había dispuesto la mesa de tal forma que el lugar que ocuparía Nicola estaba lo más alejado posible de Alexei.

Una vez que estuvieron sentados, Alexei le hizo una seña a una de las doncellas que esperaban para servirles y ésta le entregó un paquete a Nicola.

Nicola lo miró con extrañeza.

—¿Esto qué es?

—Te lo compré hace diez años —dijo Alexei mirándola a los ojos—. Te lo iba a dar el día de tu cumpleaños, pero después de hablar con Adrián, me fui llevándomelo conmigo.

Ninguno mencionó la conversación que habían mantenido Adrián y él aquella mañana y que había provocado que se fuera.

—Ábrelo más tarde —le dijo al ver que miraba el paquete como si fuera una serpiente venenosa—. Cuando estés a solas —agregó.

—¿Me estás diciendo que conservaste este regalo durante diez años? ¿Y casualmente lo has traído contigo? No te creo —dijo Nicola con desprecio.

Alexei trató de no ofenderse, Nicola tenía todos los motivos para

desconfiar de él.

—No lo he traído conmigo. Nunca abandonó esta casa. Lo metí en un cajón y no había vuelto a pensar en él hasta que lo vi esta misma mañana, pero desearía que lo tuvieses.

Nicola deseaba tirárselo a la cara, pero se había prometido a sí misma que iba a intentarlo, así que lo guardo en el bolso que había traído sin decir nada más.

—Así que vas a quedarte una temporada en Estados Unidos —dijo Adrián tratando de romper la incomodidad que se había formado.

—Sí. He mandado a Iván a Rusia para que se haga cargo de los negocios allí y me quedaré una temporada.

—¿Y tu novia?

Alexei se sorprendió de que Adrián conociese la existencia de Maya, aunque había ido con ella a la exposición, no habían llegado a coincidir juntos.

—El círculo en el que nos movemos es muy pequeño —dijo Adrián al ver su cara de sorpresa.

—Maya y yo rompimos nuestro compromiso hace casi una semana. El mismo día de la exposición. Ha vuelto a Rusia con Iván.

—Entiendo —dijo Adrián pensativamente mirando hacia Nicola, que parecía ajena a la conversación.

Nicola no podía dejar de pensar en el regalo que había guardado en el bolso, ¿por qué se lo había dado ahora? Estaba tan enfrascada en sus pensamientos que no fue hasta un rato después que se dio cuenta que tanto Alexei como Adrián la miraban fijamente como esperando una respuesta de su parte.

—¿Qué pasa?

—Alexei te preguntaba qué quieres beber.

—Agua estaría bien.

Alexei casi sin ser consciente de ello se inclinó hacia Nicola para alcanzarle el agua. El miedo irracional hizo que Nicola se echase para atrás

levantándose de un salto y tropezando con uno de los criados, provocando que a éste se le cayera la bandeja con la comida. Totalmente avergonzada por el accidente, Nicola se sentó, retorciéndose las manos

—Lo siento, lo siento —dijo con voz llorosa. Sentía tanta vergüenza. Ni siquiera había intentado tocarla, aunque ella había pensado que era lo que pretendía, y había entrado en pánico.

Alexei se puso furioso consigo mismo, él era el culpable de que esa hermosa mujer estuviese aterrorizada y verla disculparse por algo que no podía controlar fue más de lo que podía soportar.

—No vuelvas a disculparte por algo que no es culpa tuya —dijo con voz helada—. Si hay algún culpable aquí, soy yo. Sé que te hice daño, no sólo físico —dijo mirándola a los ojos—, pero necesito que entiendas que jamás te lo volveré a hacer.

Nicola no dijo nada, no se veía capaz.

Adrián trató de aligerar el ambiente contando cotilleos sobre la gente que conocían. Al principio tanto Nicola como Alexei estaban muy serios, afectados por lo que acababa de suceder, pero al final el humor descarado con el que Adrián les contaba las cosas hizo que se relajaran y participaran en la conversación.

Terminada la comida aunque a Alexei le hubiera gustado que se quedarán más tiempo, decidió no forzar la situación, así que cuando Adrián dijo que tenían que irse, no trató de detenerles ni dijo nada, limitándose a acompañarles a la puerta.

—Abre tu regalo —dijo al despedirse mirando a Nicola a los ojos.

En cuanto llegó a casa Nicola subió corriendo a su habitación para abrir su regalo a solas. Adrián no hizo ningún comentario y la dejó ir, tenía que abrirlo, saber lo que era.

Cuando lo hizo un montón de pétalos de rosa secos cayeron a sus pies. Las rosas eran sus flores favoritas. Al terminar de desenvolverlo, se encontró con un ejemplar de la novela “Persuasión” de Jane Austen, por las manchas que

habían dejado los pétalos en el libro, supuso que cuando los habían metido en él estaban frescos. Recordaba que en una ocasión le había dicho a Alexei que ésta era una de sus novelas favoritas.

Abrió la primera página del libro y leyó la dedicatoria. Estaba fechada diez años atrás.

Renuncio a la lucha que he mantenido tras conocerte.

A brazo partido me he revuelto contra mis sentimientos, tratando de aplastarlos.

Pero he fracasado en esta batalla y no lo lamento.

Aquí me presento sin lucha, inerme, me declaro vencido.

Si vencerme es estar frente a ti, con el corazón en la mano, suplicando que me ames como yo te amo a ti.

Nicola sintió como el corazón se le desgarraba, ¿Qué pretendía Alexei entregándole esto? Era imposible que no recordara la dedicatoria. ¿A qué estaba jugando? ¡Era un cabrón! Furiosa bajó las escaleras buscando a Adrián hasta que lo encontró en la cocina.

—Dime el teléfono de Alexei —le dijo nada más entrar—. Voy a llamar yo misma a ese cabrón.

—¿Abriste el regalo?

—Sí —masculló furiosa—. Dime el dichoso teléfono, que le voy a decir lo que opino de su estúpido regalo.

Adrián la miró durante unos instantes en silencio, miró en su teléfono y le dictó el de Alexei.

—¿Qué le vas a decir?

—No lo sé. ¿Qué es un cabrón? ¿Qué se vaya a la mierda? Lo pensaré sobre la marcha —dijo yendo a su habitación.

Una vez allí, trató de calmarse antes de mandarle el mensaje. Estaba tan furiosa que le temblaban las manos y no era capaz de teclear.

Nic_18:00

¿Por qué me has dado el libro?

¿Qué pretendes?

Sólo trascurrieron unos segundos hasta que Alexei contestó, como si hubiera estado esperando que ella le escribiera.

Alex_18:00

Nada.

Sólo quería que supieras lo que sentía por ti hace diez años.

Nic_18:01

No me interesa.

Vete a la mierda.

Alex_18:01

Y quería que te enfadaras lo suficiente para hablar conmigo directamente, sin usar a Adrián de intermediario.

Pasaron unos minutos hasta que llegó su respuesta.

Nic_18:06

En eso has acertado.

Alexei sonrió. Era un paso muy pequeño, pero muy necesario, tenía que eliminar a Adrián de la ecuación si quería tener alguna oportunidad con ella.

Decidió esperar unos días antes de volver a contactar con Nicola, quería darle tiempo.

En los días que trascurrieron, aprovechó para ponerse al día con los negocios, si bien tanto Iván como Marco le mantenían al tanto, no era lo mismo que llevarlos personalmente y llevaba mucho tiempo alejado.

—¿De verdad vas a quedarte? —le preguntó Marco una mañana.

Llevaban todo el día con reuniones para ponerle al tanto de todo.

—Sí, me voy a quedar de forma indefinida.

—¿Iván está de acuerdo con permanecer en Rusia?

—No le di muchas opciones, pero sabes que si quisiera volver no habría nada que pudiera hacer para impedirselo.

—Te conozco hace muchos años ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada.

—No llevas ni un día en Estados Unidos después de diez años negándote a volver, ves a Nicola en una fiesta, rompes tu compromiso con Maya y decides quedarte de forma indefinida. No me digas que no ha pasado nada. Sé que Nicola y su primo comieron el otro día en tu casa.

Alexei le miró con sorpresa.

—No sabía que me espieras.

—No te espío, pero el círculo en que.....

—Nos movemos es muy pequeño. —Terminó Alexei por él—. Ya me lo han dicho.

—Mira, no me lo expliques si no quieres, pero no insultes mi inteligencia diciendo que no tiene nada que ver con Nicola.

Alexei sintió la necesidad de descargar su conciencia, se giró hacia la ventana cruzándose de brazos y mirando a la distancia.

—He estado tan equivocado —dijo con tristeza.

—¿Equivocado en qué?

—En Nicola.

—¿Qué te dijo para comerte la cabeza?

Una sonrisa triste cruzó su rostro.

—Ella no me dijo nada. Fue Adrián

—¿Y se puede saber lo que te dijo Adrián? Sabes que son amantes desde hace años.

—Adrián es homosexual —contestó sin girarse.

—¡Queeé! ¿Y le creíste? ¿El hijo de Nico Ferrani homosexual? ¡Estás

loco!

Alexei se giró hacia Marco mirándole irónicamente

—¿Tú crees que se inventaría que es homosexual?

Marco estaba impactado por la noticia, no podía ser verdad. Nico Ferrani, el padre de Adrián, era socio de negocios de su propio padre, ambos eran hombres muy tradicionales, que tenían muy claro lo que podía hacer un hombre y lo que no y desde luego la homosexualidad no era una de ellas.

Pero por lo que más le impactó fue el hecho de que llevaba años luchando con los extraños sentimientos que sentía por Adrián, no es que le atrajese de ningún modo, por supuesto que no, él no era homosexual. Sólo que a veces, no sabía por qué, Adrián se colaba en sus pensamientos.

Hubo un tiempo, hace años, incluso antes de que Alexei entrase en sus vidas, en los que Adrián y él se habían vuelto inseparables, se conocían desde la infancia. Añoraba aquellos años y añoraba su amistad, que se rompió cuando Alexei le contó que Nicola y Adrián eran amantes. En aquel entonces sintió como si él le hubiera traicionado, así que al igual que Alexei rompió cualquier relación con ellos, y la verdad es que nunca más se habían vuelto a hablar, pero a veces... algunas noches... tenía sueños y Adrián siempre era el protagonista de los mismos, se levantaba excitado y sudando. No se entendía a sí mismo y prefería no indagar en ello. Cuando le pasaba eso, se vestía y se iba a un club a buscar una mujer para follársela. Todavía no había encontrado ninguna mujer que le satisficiera, pero estaba seguro de que si se follaba las suficientes, algún día la encontraría.

Pero el hecho de que Adrián fuera homosexual era algo que no se podía creer.

—¿Adrián homosexual? —Empezó a reírse, tenía que ser una broma.

—Los falsos novios de Nicole eran en realidad las parejas de Adrián.

Marco le miro con la boca abierta.

—¿Me estás diciendo que...? —Se interrumpió así mismo mientras decía con estupefacción— ¿Él también es homosexual?

—¿Él? ¿Quién?

—Steven —Marco sintió malestar, pensando en todos los hombres con los que Adrián había estado, si lo que decía Alexei era cierto. —¿Ninguno ha sido novio de Nicola? ¿Cómo lo sabes?

—No importa como lo sé, lo único que importa es el hecho de que Adrián me mintió hace diez años.

—Pero ¿Por qué lo haría? ¿Con qué finalidad? No lo entiendo.

Alexei apoyó la frente en la ventana mientras decía con pesar.

—Porque le hice algo horrible a Nicola y quería que me alejara de ella.

—¿Algo horrible? ¿El qué? Nunca me dijiste que hubieras hecho algo.

—Pero lo hice, sólo que... no lo sabía.

—¿Cómo es eso posible? No entiendo nada Alexei, explícate de una vez —dijo Marco con exasperación.

—La noche de la fiesta... el día antes del cumpleaños de Nicola, ¿recuerdas que estaba muy borracho?

—Recuerdo que te pasaste la noche suspirando por ella. Me daban ganas de vomitar al oír tus suspiros.

—Yo... le pedí a Iván que me buscara una prostituta que se pareciera a Nicola.

—¿Qué hiciste qué! Y supongo que el imbécil de Iván te hizo caso, ¿no? ¿Y qué pasó? ¿Nicola te vio con ella? Si me lo hubieras dicho a mí te hubiera impedido hacer esa idiotez.

—Sí. —Sonrió sin gracia— Te lo tenía que haber dicho. Ojalá sólo me hubiera visto con ella, sería más fácil de justificar, que lo que pasó en realidad.

—¡Por Dios Alexei! ¿Qué demonios pasó?

—¡LA CONFUNDÍ CON UNA PROSTITUTA, JODER! —gritó Alexei con desesperación girándose hacia Marco mientras golpeaba la pared con la cabeza.

—¡Queeé! ¿Qué hiciste?

—¿Tú qué crees?

—¿La violaste? —preguntó Marco horrorizado.

—No, la verdadera prostituta nos interrumpió, pero... digamos que tardó un rato en aparecer...

—Joder, Alexei ¿Y al día siguiente fuiste a su casa como si nada?

—¡NO LO RECORDABA! —gritó furioso golpeando la pared con los puños.

—Vale, vale —dijo Marco de forma conciliadora levantando las manos—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Intentar que me perdone —dijo con aire cansado sentándose en la silla del despacho—. Tengo un plan.

—¿Un plan?

—Sí, quizás puedas ayudarme —dijo mirando a Marco de forma especulativa—. ¿Tienes planes para mañana por la noche?

8

Alex_13:22

Salimos hoy por la noche.

Os veo a Adrián y a ti en el club Space a las ocho de la tarde. Seguro que Adrián lo conoce.

Cuando Nicola leyó el mensaje lo primero que pensó fue en mandarle a la mierda. ¿Quién se creía que era? Que hubiera aceptado intentar tolerarlo no quería decir que tuviera que hacer lo que él le dijese, porque mandase una mensaje no iba a correr a obedecer sus órdenes, aunque por otra parte, le llamó la atención lo de que seguro que Adrián conocía el club, a ella no le sonaba de nada.

—¿Qué club es el Space? —le pregunto a Adrián mientras comían.

Adrián se atragantó escupiendo parte de la comida que tenía en la boca.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Alexei me ha mandado un mensaje. Quiere que nos veamos allí esta noche, dijo que seguro que tú conocías el local.

—Es un local de transformismo —dijo Adrián tras unos segundos de silencio.

—¿Y por qué pensó que lo ibas a conocer? —dijo con una sonrisa hasta que vio la cara que ponía Adrián—. ¡Oh! —Fue lo único que atinó a decir, cuando comprendió por qué lo conocía.

—Me parece que Alexei me ha estado espiando —dijo Adrián con una sonrisa.

—Tú... ¿actúas en él?

Adrián afirmó con la cabeza.

—¿Te vistes de mujer? —preguntó totalmente sorprendida.

—No. Actúo, pero de hombre. He hecho muchos amigos allí, gente que

no es... de nuestra clase social

—¿Cantas? ¿Bailas? —Nicola no salía de su asombro.

—Un poco de todo.

—Pero, ¿por qué nunca me has dicho nada?

—Me daba vergüenza.

—¿Pero... ¿Por qué? Nunca me ha importado que seas homosexual.

—Lo sé, pero esto es distinto, allí puedo ser yo mismo, nadie me conoce.

Cuando Nicola había leído el mensaje de Alexei, ni se había molestado en contestar. No tenía pensado acudir a la cita, pero ahora, después de lo que le había dicho Adrián, estaba deseando ir.

—Quiero ir —dijo con firmeza. Estaba segura de que si no hubiese sido por la invitación de Alexei, Adrián jamás la hubiera llevado a ese club y no creía que se fuera a atrever nunca a ir sola.

Adrián estuvo un rato mirando atentamente su comida, hasta que sin levantar la vista le dijo:

—Está bien, iremos. Hoy iba a ir de todas maneras.

—¿Hoy? Pero si hoy es miércoles y todos los miércoles vas a clase de... —Su voz se fue apagando al darse cuenta de la verdad— violoncelo. —Terminó diciendo para luego añadir—. Aunque ahora que lo pienso nunca te he visto tocar el violoncelo.

Adrián le lanzó una sonrisa torcida.

—Ni nunca me verás.

—¡Adrián! —exclamó indignada— Me has estado mintiendo durante años.

—Perdóname Nicola, pero sabía que si te lo contaba ibas a querer ir a verme y no me consideraba preparado.

—Pero ¿Por qué?

—Porque es algo que hago por placer. Supongo que algún día te lo iba a decir, pero aún no había encontrado el momento.

—Pues creo que el momento ha llegado. Me ha dicho que nos veamos a

las ocho.

—Está bien, yo suelo ir a las siete. Iremos un poco antes y así te presento a todo el mundo.

Nicola estaba asombrada, no se podía creer que Adrián llevará años ocultándole una doble vida.

Llegaron al club a las cinco de la tarde. A esa hora todavía estaba cerrado al público así que entraron por detrás. Un portero custodiaba la puerta, pero en cuanto vio a Adrián le saludó con familiaridad.

—Hola Adrián, hoy vienes muy temprano.

—Es que hoy vengo con mi prima Nicola, quería enseñarle el club y presentarle a todo el mundo antes de que abriéramos, luego se vuelve una locura. Girándose hacia Nicola señaló al portero.

—Nicola, te presento a Mike, como verás trabaja de portero y es el encargado de seguridad, es a quién tendrás que recurrir si alguien trata de propasarse contigo.

—Aunque en este club no creo que muchos lo vayan a intentar —dijo Mike riendo.

—No creo —dijo Adrián con una sonrisa—, pero en cualquier caso si tienes cualquier problema le avisas.

—Gracias —dijo Nicola pasando a su lado para acceder al interior del local.

Cruzaron un pasillo hasta llegar a una especie de enorme salón que en el centro y a los lados estaba lleno de tocadores con espejos y cada espejo a su vez tenía pequeños focos. Supuso que era donde se vestían y maquillaban, aunque como era tan pronto, aún no había nadie.

Adrián le señaló uno de los huecos.

—Este es el mío.

Nicola vio fotos suyas y de Adrián enganchadas en el espejo y se le encogió el corazón.

—Te quiero Adrián —le dijo abrazándole—, eres como un hermano para

mí. No sé que hubiera sido de mí si no te hubiera tenido a mi lado. Me gustaría que fueras feliz.

—Lo soy Nicola.

—No, no podrás ser completamente feliz hasta que no tengas que ocultarte y encuentres a una persona que tampoco se tenga que ocultar, que no tenga que fingir ser mi novio para poder salir contigo.

—Eso no es sólo por ellos, es también por mí, no me siento preparado para que todo el mundo lo sepa.

—Necesitas a alguien que te demuestre que te ama por encima de lo que digan los demás, quizás entonces encuentres el valor para hacer lo mismo.

—Puede ser —dijo Adrián haciendo un gesto para quitarle importancia—. Ahora ven, te voy a presentar al jefe. Aquí nadie sabe que estoy forrado —le dijo en voz baja riendo—. Mi jefe está encantado porque me paga una miseria. Me ha propuesto subirme el sueldo varias veces pero me he negado.

Nicola no pudo evitar reírse.

—Debe pensar que estás loco.

—Un poco sí, supongo.

La condujo por otro pasillo hasta que localizaron una escalera que les llevó a la planta de arriba. Nada más subir, Adrián llamó a la primera puerta.

—¿Philip?

Al abrir la puerta, lo primero que le llamó la atención a Nicola fue el enorme ventanal que se veía al fondo de la habitación, de hecho, el ventanal ocupaba la pared en su totalidad, pero lo curioso es que no daba al exterior, sino que lo que se veía era todo el club, cuando pudo apartar la vista de la enorme ventana, se fijó en el hombre sentado detrás del escritorio.

Era un hombre enorme, Alexei era muy alto y fuerte pero este hombre aparentaba ser el doble de grande. Adrián le había contado que hacía mucho años le habían rajado la cara por su condición sexual, fue cuando decidió crear este club, para que las personas como ellos tuvieran un lugar al que acudir en el que ser ellos mismos.

—¿Personas como vosotros? —le había dicho Nicola indignada—. No eres diferente por ser homosexual, Adrián, las preferencias sexuales no definen a una persona.

—Lo sé, princesa, pero aún hay muchos prejuicios.

—Lo entiendo, pero me gustaría que encontraras el valor para que no te importe hacerles frente.

Ahora viendo a Philip sintió una gran tristeza. Si no fuera por la cicatriz que le atravesaba el rostro, sería un hombre muy atractivo. La cicatriz le cruzaba uno de los ojos y por el tono blanquecino del mismo era evidente que había perdido visión.

—Adrián ¿Qué haces aquí tan temprano? Aún no ha llegado nadie —dijo Phillip poniéndose en pie.

—Quise venir temprano para que mi prima conociera el lugar sin mucho barullo.

—¿Tu prima? ¿Esta es la famosa Nicola? ¡No me lo puedo creer! Ya era hora de que la trajeras después de todo lo que nos has contado de ella —dijo extendiendo su mano hacia Nicola para saludarla.

—Me siento halagada y avergonzada. A mí lleva años haciéndome creer que estaba aprendiendo a tocar el violoncelo.

Una carcajada resonó en la habitación.

—¡Esa sí que es buena! ¡No sabía que ahora se llamaba así! —dijo sin parar de reírse. Cuando por fin pudo hacerlo le preguntó:

—¿Qué te parece el club? ¿Ya te lo ha enseñado todo?

—No sabría decirte, apenas he visto nada. La zona que usan para maquillarse y este despacho.

—Entonces permíteme que te lo enseñe yo mismo y que te presente a la gente—le dijo al tiempo que le ofrecía su brazo.

Cuando Alexei y Marco llegaron al club, hacía poco que había abierto al público, así que aún no estaba muy lleno. Marco estaba muy incómodo, no dejaba de mirar a todos lados, temeroso de que alguien le reconociera.

—¡Por Dios, Marco! relájate —le dijo Alexei cuando le vio mirar alrededor por quinta vez—. Si alguien piensa que eres homosexual por verte aquí, también lo pensarán de mí. —Luego continuó con humor—. Ahora que lo pienso igual piensan que somos amantes.

—Ja, ja —contestó Marco sin humor—. No tiene ni gota de gracia.

—Vamos, Marco. Aquí no creo que vayamos a encontrar a ninguno de nuestros conocidos.

Eran las ocho en punto, pero no se veía ni a Adrián, ni a Nicola por ningún lado. Alexei había mandado investigar a Adrián, porque aunque él mismo se lo había confesado, necesitaba una confirmación de que efectivamente era homosexual. Cuando le habían informado de que actuaba en el Space todos los miércoles, había visto su oportunidad para que Nicola aceptase acudir.

En ese momento se apagaron las luces para dar comienzo a la primera actuación. El Space era un local muy ecléctico, en el que se podían ver actuaciones de todo tipo de géneros musicales. Cada noche la dedicaban a un tipo de música diferente.

—Con todos ustedes Frank Sinatra, interpretando “New York, New York” —decía en ese momento el presentador.

La sorpresa de Alexei y de Marco fue mayúscula cuando Adrián salió al escenario. Iba caracterizado como el cantante que interpretaba, pero lo más impresionante fue cuando comenzó a cantar. Tenía una voz preciosa, de ricos matices y que imitaba muy bien la de Frank Sinatra. En el coro le acompañaban unas bailarinas que en seguida comprobaron que eran hombres caracterizados como mujeres, pero si no fuera por la altura y la complexión de sus cuerpos, no se hubiera notado.

Nicola estaba entre bambalinas viendo la actuación de su primo. Era un artista, ojalá aplicara en sí mismo todos los consejos que le había dado a ella a lo largo de los años. En el fondo sabía el motivo por el que llevaba una doble vida, todo era por su tío Nico, a quien ella debía su nombre. Le quería mucho, pero era un italiano muy tradicional, no aceptaba la posibilidad de tener un hijo

homosexual y por amor y respeto hacia él, Adrián no podía llevar la vida que realmente le gustaría.

Incluso aunque le gustasen las mujeres, esa vena artística tampoco sería aceptada. Adrián trabajaba de relaciones públicas en la empresa de importaciones de la familia y que renunciase a eso para actuar en un escenario era algo que su tío no iba aceptar jamás. A ella como mujer, ya que no se podía esperar que tuviera cerebro para los negocios, se le podían admitir sus excentricidades artísticas, pero a Adrián no.

Desde dónde se encontraba localizó fácilmente a Alexei, estaba acompañado de Marco, le sorprendió ver allí a éste último, hacía mucho que no coincidía con él, de hecho hacía años que les evitaba como la peste tanto a ella como a Adrián, aunque hubo un tiempo en el que Adrián y él habían sido inseparables ¿Por qué habría venido con él?

Cuando acabó su actuación, Adrián salió del escenario y se dirigió hacia ella sonriendo.

—¿Que te ha parecido? —preguntó entusiasmado.

Nicola le abrazó a su vez emocionada.

—¡Me ha encantado! Eres un artista. Tienes una voz increíble.

—¿Viste a Alexei? Está sentado con Marco, es una pena que esté sea hetero porque siempre he pensado que tenía un polvazo, de hecho fue gracias a él que descubrí que era homosexual, no podía parar de pensar en follármelo.

—¡Adrián! —exclamó Nicola escandalizada.

—¿No me dices siempre que quieres que te cuente mis cosas? —dijo riendo—. Deberías saber que siempre ha sido mi amor platónico —le dijo abrazándola—. Espérame cinco minutos. Voy a cambiarme y te acompaño hasta la mesa de Alexei.

—De acuerdo, voy al baño mientras tanto —dijo Nicola dándole un beso.

Se dirigió por el pasillo hacia el baño se mujeres, pero justo cuando iba a entrar oyó una voz que le decía:

—¿Por qué estás con un marica como ese cuando podías estar con un

verdadero hombre?

Sorprendida se dio la vuelta y se encontró con un hombre que le recorría el cuerpo de arriba abajo con una mirada obscena, antes de que pudiera escapar la agarró del brazo inmovilizándola contra la pared.

Nicola estaba paralizada por el terror, de repente estaba de nuevo en la biblioteca con Alexei. Aquel hombre iba a hacerle las mismas cosas y no había nada que pudiera hacer para evitarlo porque su propio terror se lo impedía, ni siquiera podía gritar. Lo odiaba, odiaba la impotencia que estaba sintiendo y que la había dejado paralizada.

El hombre olía a alcohol y a sudor. Pasó la lengua por su mejilla lamiéndola, mientras decía:

—Te voy a enseñar como folla un hombre de verdad.

Nicola cerró los ojos e intentó imaginar que estaba en otro sitio, que esto no estaba pasando, mientras gruesas lágrimas caían por sus mejillas.

De pronto se sintió libre del peso del hombre. Abrió los ojos justo a tiempo para verlo estamparse contra la pared. Un furioso Alexei lo mantenía sujeto por el cuello ahogándole.

—¿Qué coño se supone que estabas haciendo? ¡Hijo de puta! —rugió con furia.

El hombre trató de pegarle un puñetazo para liberarse, pero Alexei detuvo el puño con su propia mano, empujando su brazo hasta que sonó un crujido y este quedó colgando en un ángulo anormalmente extraño.

El escándalo alertó a varias personas, entre ellas Adrián que apareció corriendo y al percatarse de la situación se acercó a Nicola que temblaba, ella no se había movido del sitio, no era capaz.

—Nicola —susurró mirándola a los ojos pero sin tocarla—. Nicola —repitió al ver que no le respondía—. ¿Estás bien?

Nicola fijó la vista en Adrián

—¿Adrián? —dijo con voz temblorosa.

—Sí, princesa soy yo.

Nicola sintió como se le aflojaban las rodillas, pero antes de que pudiera tocar el suelo, Adrián la levanto en brazos.

—Ven cariño —le dijo—, será mejor que te sientes un rato. Mike echa a ese imbécil a la calle. Alexei suéltalo —le dijo a este último ya que aún lo sujetaba por el cuello.

—Me has roto el brazo, cabrón —gemía el hombre.

—Sal de aquí si no quieres que te rompa el otro —gruñó Alexei soltándole. Se sentía enfermo. Ver a Nicola siendo atacada por ese cerdo le hizo darse cuenta de que lo que él le había hecho había sido incluso peor.

Nicola estaba en estado de shock. Adrián la llevó a un cuarto, la echó en un sofá y pidió que le trajesen una bebida fuerte.

—No quiero beber —dijo Nicola reaccionando débilmente— sabes que no bebo alcohol.

—Pues esta vez lo vas a beber —replicó Adrián con firmeza tendiéndole un chupito de tequila—. Bébelo, te calmará los nervios, no paras de temblar.

Finalmente Nicola cedió y se tomó el chupito. Casi instantáneamente el calor invadió su cuerpo y efectivamente se encontró algo mejor.

—¿Está bien? —La ronca voz de Alexei resonó en la habitación.

Adrián se giró hacia él.

—Lo estará. Gracias.

—Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó Adrián con extrañeza—. No fue tu culpa.

—Fue idea mía traer a Nicola a este club.

—En todo caso sería culpa mía por haberla dejado sola, jamás hubiera imaginado que aquí precisamente iba a encontrar a un cerdo que intentara abusar de ella.

Esas palabras hicieron que Alexei se sintiese peor que nunca. ¿Cómo iba a conseguir que Nicola le perdonase si ni siquiera él era capaz de perdonarse a sí mismo?

Marco observaba toda la escena sin decir nada. Entendía cómo se sentía Alexei, ver a Nicola el estado en que se encontraba le estaba rompiendo el corazón.

—Quizás sería mejor si nos marchásemos —sugirió con voz insegura dirigiéndose a Alexei.

En ese momento Adrián le miró por primera vez en toda la noche.

—No deberíamos dejar que un cerdo nos arruine la noche, pero es Nicola la que debe decidirlo. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó con dulzura—. ¿Quieres irte a casa?

Nicola que ya sentía el efecto del tequila que se había tomado empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Shhh! No pasa nada, cariño —le dijo Adrián con ternura—. Nos iremos a casa.

—¡No! —dijo Nicola con furia sorprendiéndoles a todos—. Lloro porque estoy furiosa conmigo misma —dijo entre sollozos.

—Pero, ¿por qué? Tú no has hecho nada.

—Por eso, mientras ese cerdo me tocaba me paralicé por el terror, no fui capaz de hacer nada. Y lo odio ¡lo odio! Quiero hablar a solas con Alexei —dijo envalentonada por la furia y el alcohol.

Los tres se quedaron paralizados al oír sus palabras.

—Dejadnos—dijo Alexei con firmeza. No iba a darle tiempo para que se arrepintiera.

Adrián dudó mirando a Nicola.

—¿Estás segura?

—Sí—dijo secándose con furia las lágrimas que empañaban su rostro—. Alexei no me va a hacer daño.

Finalmente Adrián y Marco salieron de la habitación dejándoles a solas.

—Gracias—dijo Alexei mirándola a los ojos.

—¿Gracias por qué?

—Por lo que le has dicho a Adrián de que no te voy a hacer daño.

—Te odié muchos años Alexei, no sólo por el daño físico. —Un ligero temblor en la voz le acompañó mientras continuaba hablando—. Yo te amaba. — Levantó una mano para indicarle que se mantuviera en silencio cuando vio que iba a replicar—. Era una niña. No sabía lo que era el amor.

—¿Y ahora? —susurró Alexei.

—Ahora ¿Qué?

—¿Sabes lo que es el amor?

—Sé que no es lo que sentía por ti —dijo con una risa amarga.

Alexei sintió como si le apuñalaron el corazón, porque a pesar de los años transcurridos, a pesar de las mentiras que se había estado diciendo a sí mismo, seguía enamorado de Nicola, la Nicola que era amable con todo el mundo, la que adoraba pintar, la que le gustaban los animales, la que leía novelas de amor a escondidas, la Nicola dulce y tierna que le miraba como si fuese un dios cuando creía que no la veía, que se sonrojaba cuando la miraba y que sin que supiera cómo, hace ya tantos años le había robado el corazón. En definitiva, la Nicola que ya no existía porque él mismo se había encargado de destruirla.

—Te creo —dijo Nicola pasados unos minutos.

—¿Me crees? —No sabía de qué le hablaba, todavía estaba aturdido pensando cómo podía haber tenido el amor de Nicola y haberlo perdido.

—Lo que pasó hace diez años. —Aclaró Nicola—. Te creo. Hoy me he dado cuenta.

—¿De qué?

Nicola miró a la distancia mientras decía:

—Cuando ese cerdo empezó a tocarme, recordé aquella noche, la forma en que actuabas, el olor de tu aliento, ahora me doy cuenta de que efectivamente debías estar ebrio ¿Qué necesidad tenías de robar algo que te hubiera entregado voluntariamente?

Pasados unos segundos le miro a los ojos.

—¿Qué quieres Alexei? ¿Por qué has vuelto?

Alexei decidió ser sincero con ella.

—Porque aunque te odiaba por lo que creía que habías hecho. No he podido olvidarte. Necesitaba exorcizar tu recuerdo para poder empezar mi vida con otra mujer. —Al ver que Nicola le miraba con furia aclaró—. Al decirme Adrián que os acostabais pensé que me habías engañado con tu falsa inocencia para que me enamorara de ti.

—¿Y lo hiciste?

—¿El qué?

—Enamorarte de mí.

—Ya te lo dije el otro día. Me enamoré de ti de tal forma que diez años no me han servido para olvidarte.

Nicola se rió amargamente.

—¿Y ahora qué pretendes? ¿Recuperar los años perdidos? La Nicola que tú amabas ya no existe y aunque existiera, si esa noche es una muestra de cómo tratas a las mujeres, gracias, pero no.

Alexei trató de no mostrarse ofendido por sus palabras, a fin de cuentas se lo merecía.

—Te guste o no te estoy ayudando —le dijo Alexei con tranquilidad.

—¿En qué me has ayudado si se puede saber?

—Estamos en una misma habitación los dos solos y no has tenido un ataque de pánico, es más de lo que hubieras tolerado hace un par de días.

—Tienes razón —dijo Nicola tras unos segundos de silencio—. Hoy más que nunca, me he dado cuenta de que quiero superarlo. —Le miró a los ojos diciendo con firmeza—. Quiero superarte.

—De acuerdo entonces. Mañana nos veremos tú y yo solos, sin Adrián —replicó Alexei con voz ronca.

—¿Dónde? —dijo Nicola con voz tensa. Aún no confiaba en él del todo.

—En el refugio de animales. Sigues yendo de voluntaria, ¿no? —No sólo había obtenido información de las actividades de Adrián, sino también de las de Nicola.

—Tus espías te mantienen informados —sonrió Nicola sin alegría.

—Mañana a las doce en punto nos vemos allí.

Y sin darle tiempo a objetar nada salió de la habitación para irse del club.

9

—¿Así que Frank Sinatra? —dijo Marco mirando hacia el suelo. Estaban afuera de la habitación esperando, mientras Nicola y Alexei hablaban.

—¡Joder! Marco ¿No me diriges la palabra en diez años y eso es lo primero que se te ocurre decirme? —dijo Adrián riéndose—. Eres de lo que no hay.

—Yo... —Marco estaba avergonzado, no sabía por qué pero el descubrir que Adrián era homosexual le afectaba, no sabía definir lo que sentía.

—No me des explicaciones, no hace falta. —dijo Adrián despreocupadamente— ¿Vas a contarlo?

—¿Contar el qué? —preguntó Marco extrañado.

—Que soy homosexual.

—No es algo que me corresponda contar. Es decisión tuya como quieras vivir tu vida —Tras unos minutos de silencio incómodo, se giró hacia Adrián mirándole a los ojos para preguntarle—. ¿Qué se siente?

—¿En el escenario?

—No. Cuando eres tú mismo sin importarte lo que piensen los demás. Adrián no pudo evitar reírse.

—Llevo años fingiendo ser lo que no soy. Esto son sólo breves momentos.

—Ya —dijo Marco pensativamente volviendo a mirar al escenario—. Pero, ¿qué se siente?

—De puta madre —dijo Adrián mirándole fijamente—. ¿Por qué lo quieres saber?

—Te envidio —dijo a su vez Marco sin contestar a su pregunta y sin mirarle—. Al menos durante unos momentos puedes ser tú de verdad.

Adrián le miró extrañado, no entendía muy bien esta rara conversación. Abrió la boca para preguntarle cuando Alexei pasó a su lado como una

exhalación.

—Nos vamos —dijo dirigiéndose a Marco—. Adiós Adrián.

—Adiós —murmuró Adrián sorprendido viéndolos alejarse. Cuando ya pensaba que Marco se iba a ir sin decir nada, éste se giró hacia él y dándole una extraña mirada le dijo:

—Adiós, Adrián.

Adrián entró en el cuarto y se encontró a Nicola mirando pensativa por la ventana.

—Alexei y Marco se han marchado.

—Lo sé. Hemos quedado mañana.

—Espero que no muy temprano, no me apetece madrugar.

—He quedado yo sola con él.

Adrián la miró con sorpresa.

—De acuerdo —dijo lentamente—. ¿Estás segura?

Nicola se giró hacia él tratando de que su voz sonase firme, aunque fracasando estrepitosamente.

—No, de lo único que estoy segura es de que no quiero seguir así, no pienso permitir que el temor siga gobernando mi vida.

—Está bien, sabes que yo te apoyaré en todo lo que haga falta —le dijo acercándose a ella y abrazándola—. ¿Nos vamos?

—Sí. Vámonos —murmuró Nicola sin dejar de abrazarle.

Horas después estaban tumbados en el sofá viendo una película. Adrián no podía apartar a Marco de sus pensamientos. Hubo un tiempo cuando eran unos críos en el que fueron inseparables, fue gracias a él que descubrió que era homosexual. Se pasaba el tiempo imaginando que le acariciaba, que le besaba, algo que nunca le había pasado con ninguna mujer, se había planteado incluso decírselo o insinuarle algo, pero al final nunca se atrevió, tenía miedo a su rechazo. Cuando Marco dejó de hablarle, después de lo de Nicola, le dolió al

principio, pero luego se dio cuenta de que era mejor así, tenía un enamoramiento con él que no iba a acabar en nada, el resultado final hubiera sido el mismo, el de la pérdida de su amistad.

Le admiraba porque había salido adelante por sí mismo, había huido del destino que tenía planificado para él su padre ya que se había negado a entrar en la empresa familiar, se había ido de su casa y había estudiado mientras trabajaba. Cuando había acabado los estudios se había asociado con Alexei y junto con Iván habían creado una empresa de programación de la que era el director general y por lo que había oído, le iba muy bien, no le había perdido la pista en todos estos años. De vez en cuando se le veía con alguna mujer, pero por lo que sabía nunca había mantenido una relación seria con nadie.

Aunque era muy guapo y tenía un cuerpo esculpido en el gimnasio, siempre había sido un poco nerd, con una timidez que a él en aquel entonces le había parecido muy dulce, al contrario que él que era tan extrovertido, Adrián siempre estaba pensando tonterías para arrancarle una sonrisa y metiéndoles en líos. Si de algo se había arrepentido estos años era de no haber probado sus labios cuando tuvo la oportunidad, aunque luego le despreciara por ello. Por lo menos tendría ese recuerdo.

—¿Por qué Alexei habrá ido con Marco al Space? ¿Crees que le contará a alguien? —le preguntó a Nicola.

—No sé por qué habrá ido con él, en cuanto a que se lo cuente a alguien ojalá lo hiciera.

—¡Nicola! —exclamó Adrián indignado— Es de mi vida de lo que estamos hablando.

—Exactamente, de tu vida que estás desperdiciando fingiendo ser lo que no eres.

—Le envidio.

—¿A quién?

—A Marco. Tuvo el valor de renunciar a la vida que tenían planificada para él. Sin embargo... hoy...

—¿Hoy qué? —preguntó Nicola al ver que no continuaba.

—No sé —dijo Adrián pensativamente—, me hizo una pregunta muy rara.

—¿Qué te preguntó?

—Qué se sentía.

—¿En el escenario?

—Eso pensé yo, pero no, me preguntó que se sentía siendo uno mismo, sin fingir ser lo que no era. Como si yo no me pasara el tiempo fingiendo —dijo con una sonrisa triste.

Continuaron viendo la película en silencio, no viéndola en realidad. Cada uno sumergido en sus propios pensamientos.

Cuando Marco llegó a casa esa misma noche no podía apartar a Adrián de sus pensamientos. Llevaba años evitándole, viéndolo de lejos, pero esta noche, después de verle en el escenario, después de hablar con él, no podía arrancarle de su mente.

Se dio una ducha de agua fría tratando de tranquilizarse, pero no le sirvió de nada. Sentía una zozobra interior que no podía calmar, se tumbó en la cama e imágenes de Adrián mirándole, acariciándole, invadieron su mente sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Estaba totalmente excitado, cogió su polla y se acarició una y otra vez pensando en él. No le hizo falta mucho para correrse. Sólo imaginar que le besaba, que se agachaba y le chupaba hizo que sintiera un orgasmo como nunca antes lo había sentido, pero una vez que acabó no se sintió mejor, sino peor. Se sintió sucio. Era asqueroso, él no era homosexual. No sabía cuál era su problema, pero lo que necesitaba era echar un polvo con una mujer.

Se levantó y se duchó de nuevo, frotándose todo el cuerpo tratando de librarse de la suciedad que sentía, se frotó y se frotó hasta que tuvo todo el cuerpo enrojecido, pero no le sirvió para librarse del malestar que sentía, dándose de cabezazos contra la pared murmuró una y otra vez ¡No soy

homosexual! ¡No soy homosexual! Al final tuvo que salir de la ducha, con la piel en carne viva y el cuerpo tembloroso.

Cuando se disponía a vestirse le sorprendió el sonido del timbre de la puerta, se puso rápidamente una bata para cubrir su cuerpo desnudo. Al abrir se encontró con Juliette, la mujer con la que su padre llevaba años intentando enredarle para que se casara y con la que follaba ocasionalmente.

—¿Estás ocupado? —preguntó Juliette con voz insinuante.

—Iba a acostarme.

—¿Solo?

Marco la miró de arriba abajo, era evidente lo que quería.

—Pasa —le dijo cogiéndola por el cuello y besándola. Quizás así conseguiría que desapareciera el malestar que sentía.

Follaron como locos. Él con desesperación, pensando que ésta era la solución a sus problemas, pero cuando acabaron no sólo no se sintió mejor, sino que se sintió peor.

Se levantó al baño y vomitó, sentía asco de sí mismo, se miró en el espejo no reconociéndose a sí mismo, sentía una desesperación tan grande que parecía que nada le podía aliviar. Salió del baño con los últimos restos de dignidad que le quedaban y se dirigió a la cama.

—Vístete y lárgate —le dijo. Sabía que se estaba portando como un cerdo, pero ahora mismo no podía soportar mirarla.

Si ella se sorprendió, no lo manifestó, se levantó despacio, insinuante, como mostrándole todo lo que se estaba perdiendo.

—Algún día comprenderás que nuestra relación es lo mejor que tendrás nunca —dijo con una sonrisa lobuna antes de vestirse y marcharse.

Lo peor de todo es que probablemente fuera cierto. Estaba jodido y ella lo sabía. Fue al salón a coger una botella del minibar y se sentó en el sofá para emborracharse, ¿cómo podía ser que sólo con soñar con una mamada había sentido más placer que echando un polvo de verdad? Desesperado continuó bebiendo hasta que se desmayó en el sofá, fue el único momento en el que

encontró la paz.

Había pasado más de una semana desde que Maya había vuelto a Moscú y no había vuelto a ver a Iván, supuso que el conductor de la limusina siguiendo las órdenes de Alexei no le había dicho a dónde la había llevado.

Se preguntaba cuánto tardaría en descubrir que se encontraba en la casa que Alexei tenía en la ciudad y que ahora era suya. Esta misma mañana había llamado el abogado de Alexei para comunicarle que pasaría para que firmase la documentación y hacerle entrega de la propiedad.

No había querido ponerse en contacto con su madre por si Iván le preguntaba, aunque sabía que más tarde o más temprano averiguaría dónde estaba, necesitaba que pasase más tiempo antes de volver a enfrentarle. La discusión que habían tenido en el vuelo sólo había servido para reforzar lo que ya sabía. Tenía que arrancarle del corazón, no merecía la pena.

Apoyó la frente en el cristal de la ventana con pesar, miró el cielo estrellado mientras silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas ¿cuándo dejaría de doler? Su compromiso con Alexei le había dado la falsa esperanza de que quizás pudiera hacer su vida con otro hombre, pero ahora se daba cuenta de que su matrimonio hubiera sido un error. En el fondo Alexei le había hecho un favor.

Iván estaba como loco. Hacía casi diez días desde que Maya había desaparecido sin dejar rastro. Había llamado a Alexei para decírselo y a éste no le había preocupado.

—Déjala en paz, Iván —le había dicho.

—¿Por qué le has dicho al conductor de la limusina que no me diga su paradero!

—Porque ella me lo ha pedido.

—¿Y cuándo has hablado con ella para que te dijera eso?

—En cuanto aterrizó.

—¿Sabes dónde está? —gritó furioso.

—Sí lo sé, y no te lo voy a decir.

—¡Eres un cabrón! ¿Ahora te importa ella? ¿Después de que la dejaste tirada por una zorra?

Alexei tomó un par de inspiraciones profundas antes de responder con voz helada.

—Voy a suponer que estás borracho y por eso voy a hacer como que no te he oído. Por lo menos yo no he ignorado a Maya durante años.

—¡Y qué coño se supone que significa eso!

—Esto tendrás que averiguarlo tú por tu cuenta —le dijo colgando el teléfono.

Iván se quedó mirando estúpidamente el teléfono sin creerse que Alexei realmente le hubiera colgado.

En una cosa tenía razón. Estaba borracho. Llevaba toda la noche bebiendo. Pasaban las doce de la madrugada y no había podido dejar de pensar en Maya, se la imaginaba sola, en una habitación cutre de hotel, sin dinero y pasando frío.

En el fondo sabía que estaba exagerando, si realmente Maya no tuviera a dónde ir hubiera ido a casa de su madre y ésta le había asegurado que no había sabido nada de ella en todos estos días, pero no podía evitar preocuparse.

Una idea empezó a rondar por su mente, Alexei sabía dónde estaba ¿Y sí...? Tenía que confirmarlo. No iba a poder dormir en toda la noche si no lo hacía. Se dio una ducha rápida para espabilarse un poco y quitarse la borrachera, cogió las llaves del coche y se dirigió a la casa que Alexei tenía en la ciudad. No sabía cómo no se le había ocurrido hasta ahora, esperaba no equivocarse.

Los golpes en la puerta despertaron a Maya. Abrió los ojos con somnolencia y miró el reloj. La una de la madrugada. ¿Quién podía estar llamando a esta hora?

La sospecha de que pudiera ser Iván la espabiló totalmente, se puso una bata y bajó las escaleras.

—¡Maya! ¡Abre la puerta! —gritaba Iván desde fuera.

Se acercó despacio a la puerta con el corazón en un puño, apoyó su mano en la puerta y notó las vibraciones que producía la mano de Iván al golpearla. Reclinó su cabeza contra la misma y suspiró con tristeza. Sabía que iba a acabar encontrándola, pero esperaba que para entonces el dolor que sentía en su corazón se hubiera calmado, pero no era así, si no que ardía con más intensidad.

Iván sabía que estaba allí, tras la puerta, había visto encenderse la luz de la habitación, nadie más podía estar en la casa, pero aun así no le abrió, ni dijo nada, pero él podía sentir su presencia. Con un gemido apoyó la cabeza en la puerta.

—Maya, por favor, ábreme —susurró con desesperación—. Perdóname.

Estuvo esperando unos minutos, pero al ver que no le abría apoyó la espalda contra la puerta y se dejó deslizar por la misma hasta que acabó sentado en el suelo.

—Perdóname Maya. —Volvió a susurrar.

Al otro lado de la puerta, Maya lloraba silenciosamente. No podía abrir, era el primer paso para sobrevivir. Sin decir una palabra se alejó de la puerta y volvió a su habitación

Los primeros rayos de luz despertaron a Maya. Había tardado horas en poder dormirse pensando en Iván. No se engañaba a sí misma, le gustaría pensar que había descubierto que la amaba locamente, pero no lo creía posible. No sabía lo que quería decirle la noche anterior, pero seguro que no era jurarle amor eterno.

Se vistió rápidamente, con una sensación de urgencia, bajó las escaleras y abrió la puerta de la casa para salir al exterior, le faltaba el aire. Tropezó con lo que había en la entrada y cayó de bruces sobre algo blando.

—Maya —murmuró una voz.

Con espanto vio que había caído sobre Iván que debía haber pasado la noche en la puerta de la casa.

—Iván —gimió con angustia. No podía ser, cerró los ojos para no verle.

Una mano acarició su rostro.

—Maya, por favor —suplicó Iván.

Trató de levantarse tocándole lo mínimo posible. Una vez que estuvo de pie le echó un vistazo y quedó horrorizada con lo que vio.

Iván siempre iba perfectamente arreglado, con ropa hecha a medida y recién afeitado, sin embargo el Iván que estaba frente a ella, tenía barba de varios días, el pelo despeinado como si se hubiera estado pasando continuamente la mano por el mismo. A través del abrigo se veía que llevaba un pantalón de chándal y una camiseta y tenía profundas ojeras.

Se sintió mal, verle tan vulnerable era como sentir un hierro al rojo vivo hurgando en su alma.

—Estás loco. ¿Cómo se te ocurre quedarte aquí en la calle toda la noche? Menos mal que es verano, si no te hubieras congelado —le dijo con acritud—. Pasa, te haré un café.

Mientras ella hablaba, Iván no se había movido del sitio donde había pasado la noche, en el suelo delante de la puerta. Al pasar Maya a su lado cogió su mano y la acercó a su rostro

—Perdóname —susurró.

Quería que le soltase la mano que le ardía por su contacto, pero no tuvo valor. Apoyó la frente en la puerta cerrando los ojos mientras murmuraba:

—¿Qué quieres de mí, Iván?

—No lo sé Maya, te juro que no lo sé

Maya entró en la casa obligándole a soltar su mano sin comprobar si le seguía y fue a la cocina. Sacó la cafetera y se puso a hacer café sin decir nada y sin mirarle. Cuando terminó se dio la vuelta, colocó una taza de café delante de Iván sirviéndola como a él le gustaba y se puso de espaldas a él mirando por la ventana. En todo ese proceso Iván tampoco dijo nada.

Cuando Maya ya no pudo soportar más el silencio, le dijo sin dejar de mirar la ventana.

—Siempre supe que Alexei no me amaba, y yo tampoco le amaba a él

—¿Entonces por qué?

—¿Por qué, qué?

—Por qué te ibas a casar con él.

—¿Acaso importa?

—A mí me importa.

—No es que sea de tu incumbencia, pero nunca tuvimos sexo. Así que no tienes que preocuparte por mí honor —dijo sarcásticamente—. No se aprovechó de mí de ninguna manera, al contrario, fui yo la que le engañó a él, porque mientras él pensaba que le amaba yo era consciente de que él a mí no. Fue sincero conmigo, ha puesto esta casa a mi nombre y ha dispuesto una pensión vitalicia para mí, para que no tenga que trabajar si no lo deseo —se giró hacia él mirándole con orgullo mientras añadía—. Como ves, no necesitas batirte en duelo con nadie por mi honor. Ahora si no te importa, te agradecería que te fueras.

Iván había sentido alivio por sus palabras, se alegraba saber que nunca había amado a Alexei y agradecía que éste le hubiera dado independencia económica, lo que no le gustaba era la forma en que ella le miraba y le hablaba.

Incluso después de aquel lejano día en el que trató de alejarla, burlándose de sus sentimientos, sabía que ella aún le quería. No se entendía a sí mismo. Por un lado era consciente de que quería que ella le buscara, le necesitara, pero por otro lado necesitaba que ella perteneciera a otro, porque así no se sentiría tentado de tomarla para sí mismo, como le estaba ocurriendo en este instante en el que las ganas de besarla, de acariciarla, de hacerle el amor, eran tan poderosas que tuvo que agarrarse firmemente a la barra de la cocina para impedir que sus manos temblaran.

—Maya —murmuró sin poder evitar acercarse hacia ella.

—¡Queeeé! ¡Iván! ¡Queeeé! ¡Qué demonios quieres de mí! —gritó furiosa.

—No lo sé —dijo con derrota—. Aunque en realidad sí lo sabía.

—Pues hasta que lo sepas no quiero volver a verte.

10

Al día siguiente a las doce en punto, Nicola acudió al refugio de animales donde había quedado con Alexei. Todos los jueves iba allí como voluntaria, supuso que Alexei ya lo sabía, no creía que fuera casualidad que le propusiera ir allí precisamente un jueves.

—Hola Nataly —dijo cuando entró dirigiéndose a la chica de la entrada.

—Hola Nicola —le respondió ésta con alegría—. Alexei te espera.

—¿Qué? —preguntó sorprendida por la familiaridad con la que se había referido a Alexei. Justo cuando iba a señalarlo, la sorprendió más todavía con su siguiente afirmación.

—No sabía que fueras amiga del jefe.

—¿El jefe? ¿De quién hablas? —En algún punto de la conversación se había perdido.

—De Alexei, por supuesto. ¿No sabías que era el dueño del albergue?

Con razón sabía los días que acudía.

—Pero... —dijo sin salir de su asombro— Siempre pensé que la dueña era Margot.

—No, ella es la que está al cargo, pero el dueño es Alexei, aunque nunca había venido. Lleva diez años fuera de Estados Unidos, aunque supongo que eso ya lo sabes puesto que eres amiga de él —dijo mirándola con curiosidad, como esperando que le contase algo de su relación con Alexei.

Nataly era una persona estupenda, pero era una cotilla irremediable y sabía que si no le daba nada, la perseguiría como un sabueso a un hueso, así que decidió decirle parte de la verdad para calmar su curiosidad.

—Nos conocimos hace diez años. Luego él se fue a Rusia y perdimos el contacto, lo hemos recuperado recientemente.

—Ya veo —dijo Nataly mirándola con suspicacia, intentado averiguar si

había más de lo que le había contado.

Nicola trató de esbozar una sonrisa convincente.

—¿Y dónde está Alexei? —preguntó con aparente despreocupación pero con el corazón latándole a un ritmo, que estaba segura de que Nataly tenía que estar oyéndolo.

—Está en el baño con los perros, decidió empezar sin ti.

—Bien, voy a ayudarle —dijo despidiéndose con una sonrisa, aunque por dentro temblaba.

La noche anterior se había sentido envalentonada por el alcohol y le había parecido muy sencillo encontrarse con él a solas, pero ahora estaba aterrorizada. Según se fue acercando a los baños oyó los ladridos. Los jueves y los viernes eran los días que bañaban a los perros ya que en un sólo día no les daba tiempo a lavarlos a todos, solían ser dos personas las que realizaban la tarea, pero la persona que normalmente lo hacía con ella, estaba de vacaciones, por eso le debía haber propuesto Alexei lo del albergue.

Cuando llegó a la puerta del baño quedó impactada por lo que vio. Alexei estaba completamente empapado, lucía unos vaqueros que se ajustaban a su cuerpo como un guante, aunque por lo mojados que estaban no podía estar nada cómodo con ellos. El pecho estaba cubierto por una camiseta blanca, aunque en ese momento, a consecuencia del agua, podría decirse que era totalmente transparente, permitía ver que apenas tenía pelo en el pecho y que sus músculos estaban totalmente definidos. Si con veintisiete años le había parecido que tenía un cuerpo magnífico, no era nada comparado con el que tenía ahora.

Se sorprendió a sí misma al notar una ola de deseo recorriéndola, hacía tanto tiempo que no sentía esa sensación que al principio no supo reconocerla y cuando lo hizo se sintió totalmente avergonzada. ¿Por qué sólo lo sentía con él? ¿Qué estaba mal en ella?

Alexei tardó un poco en darse cuenta de su presencia, cuando la vio le lanzó una mirada que la hizo arder en llamas, se levantó del suelo donde estaba arrodillado secando a uno de los perros y se acercó a ella.

Nicola instintivamente dio un paso atrás para alejarse de él, esto detuvo a Alexei que la miró con lo que le pareció ¿culpa? ¿dolor?

—Hola —le dijo con voz ronca—. He empezado sin ti.

—No sabía que eras el dueño del albergue —dijo Nicola no reconociendo su propia voz.

—No estaba seguro de que fueses a acudir si lo supieras.

—Llevo viniendo muchos años, no iba a dejar de hacerlo por eso.

Alexei sólo hizo un gesto de asentamiento antes de preguntar.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Uno lava y otro seca? o ¿lavamos un perro cada uno?

—Normalmente lavamos un perro cada uno, es más rápido.

—De acuerdo. Yo ya lavé uno.

Las siguientes horas trascurrieron rápidamente, estaban demasiado ocupados con los perros para permitirse distracciones y pronto se estableció una pequeña tregua entre los dos. Nicola consiguió no saltar cada vez que Alexei se acercaba un poco a ella, mientras lavaba o secaba a alguno de los perros.

Alexei estaba contento, aunque apenas habían intercambiado más de dos o tres palabras en todo el rato, por lo menos parecía que ahora Nicola ya no pensaba que se iba a abalanzar sobre ella a la mínima oportunidad.

Al final de la mañana ambos estaban agotados. Alexei quería verla por la noche, no quería perder el terreno ganado con ella.

—¿Quedamos con Marco y Adrián por la noche para cenar? Podemos ir a la ciudad a algún sitio donde no nos conozcan a ninguno —sugirió cuando ya estaban acabando con el último de los perros.

Si le hubiera dicho verse ellos dos solos, Nicola le hubiera dicho que no, aunque la mañana había transcurrido con normalidad, no era lo mismo ellos dos solos en el albergue lavando a los perros que ir a cenar juntos, pero al mencionar a Marco se acordó de lo que había hablado por la noche Adrián y ella.

—¿Qué pasa con Marco? —preguntó con curiosidad.

—¿Qué pasa con qué? No entiendo la pregunta.

—Anoche le dijo cosas muy extrañas a Adrián, sobre fingir ser lo que no es. Adrián está preocupado de que le cuente a la gente que es homosexual.

—No te preocupes Marco no dirá nada, a fin de cuentas él y Adrián eran muy amigos, aunque su relación se resintió por mi culpa, no creo que le vaya a traicionar.

Este era otro motivo más para sentirse culpable por lo que había ocurrido en el pasado, él sabía que había destilado mucho veneno contra Adrián y se había alegrado cuando Marco rompió su relación de amistad con él, pero ahora se arrepentía.

—¿Escojo un sitio para vernos o lo escogéis Adrián y tú? —le preguntó cambiando de tema.

—Si la idea es un sitio donde no nos conozcan, lo escogemos nosotros, no creo que tú vayas a saber dónde nos conocen o donde no.

—Es verdad. Entonces mándame un mensaje con el lugar y nos vemos allí ¿A las nueve te parece bien?

—De acuerdo.

—Me voy entonces —dijo Alexei que ya había acabado de secar al último de los perros y en lo que se estaba convirtiendo en una costumbre se fue antes de que le diera tiempo a decir nada, dejándola sumida en una gran confusión.

Alexei quiere que volvamos a quedar esta noche —le dijo Nicola a Adrián mientras comían.

—¿Dónde?

—En un sitio donde no nos conozcan a ninguno.

—En ese caso mejor quedamos al otro lado de la ciudad ¿conoces algún buen restaurante en esa zona?

—Todos los que conozco me los ha recomendado alguien porque ya ha estado allí, así que correríamos el riesgo de encontrar a algún conocido.

—Bueno, entonces dejémoslo en manos del azar. ¿Qué tipo de comida quieres?

—Un italiano, por supuesto —dijo Nicola con una sonrisa.

Cogiendo el móvil Adrián buscó en google un restaurante de comida italiana por esa zona de la ciudad.

—La Casa de Adriano ¿qué te parece?

—No me suena, así que será perfecto, le mandaré un mensaje a Alexei. Si él tampoco lo conoce quedamos allí.

—Nicola... —Adrián la detuvo antes de que saliera de la habitación para mandar el mensaje—. ¿Estás segura?

—Sí, Adrián, lo estoy.

—De acuerdo, no quiero que te hagan daño.

—Lo sé.

No sabía por qué había querido estar a solas para mandarle el mensaje a Alexei, sólo sabía que no quería hacerlo delante de Adrián.

Nic_17:00

¿Conoces un restaurante que se llama La Casa de Adriano?

Podemos quedar allí a las nueve.

Alex_17:02

No me suena.

Voy a preguntarle a Marco.

Un poco más tarde llegó su respuesta.

Alex_17:15

Marco dice que tampoco lo conoce.

Nos vemos allí a las nueve.

No pude dejar de pensar en ti.

Las últimas palabras de su mensaje la descolocaron totalmente, no quería que le dijera esas cosas, pero no se atrevió a ponérselo en un mensaje, no quería darle pie a que le dijera nada más.

Horas más tarde se encontraba en su habitación sin ser capaz de

encontrar qué ropa ponerse. No quería arreglarse demasiado para que no pensara que le quería gustar, pero por otro lado deseaba que se diera cuenta de la mujer que había perdido. Al final se decidió por un vestido de terciopelo verde que destacaba el color de sus ojos, tenía un escote que permitía ver el nacimiento de sus pechos pero sin resultar vulgar, entallaba en la cintura y bajaba formando un vuelo que abrazaba sus caderas al caminar, era un poco años sesenta.

Lo complementó con unos pendientes y un collar de esmeraldas, ella no era consciente de ello, pero esto junto con el vestido hacía que sus ojos verdes relucieran más aún, como si de gemas se trataran. Cuando Adrián la vio no pudo hacer más que silbar.

—¡Guau! Estás preciosa.

Nicola enrojeció de vergüenza.

—¿Estoy demasiado arreglada?

—No, querida, pero si lo que quieres es que babeo por ti toda la noche, con ese atuendo lo vas a lograr.

—No quiero que babeo por mí.

—Pues entonces, cambiate de ropa —le dijo totalmente serio. Cuando vio que se daba la vuelta para hacer precisamente eso la detuvo diciendo:

—¿A dónde vas?

—A cambiarme.

—Ni de broma.

—Pero... tú has dicho.

—Nicola eres una mujer muy hermosa, aunque llevaras un saco de patatas Alexei no dejaría de mirarte. Así que a no ser que quieras cancelar la cena, vas a ir así vestida.

Cuando llegaron al restaurante, Alexei y Marco ya estaban esperando en una mesa. Como Adrián había vaticinado, Alexei cuando vio a Nicola quedó impactado por su belleza, cada vez que la veía le parecía más bella que la vez

anterior.

—Adrián —saludó estrechándole la mano. Aunque le hubiese gustado mucho hacer lo mismo con Nicola, darle la mano o incluso un beso en la mejilla, no se atrevió por miedo a incomodarla.

—Hola —le dijo mirándola a los ojos.

Nicola no dijo nada, se limitó a saludarle con la cabeza.

—¿Lleváis mucho rato esperando? —preguntó Adrián.

—No —contestó Marco mirándole de una forma que le resultó extraña.

Adrián y Nicola se sentaron y un silencio incómodo se instaló en la mesa. Ninguno sabía muy bien que decir, si bien hace años habían sido amigos, ahora se miraban como extraños. Tratando de romper el silencio Alexei le pidió a Marco que les contase sobre el nuevo programa que estaba diseñando y antes de que se dieran cuenta estaban enfrascados en una conversación sobre la dependencia que teníamos hacia la informática.

—Así que estáis diseñando a Skynet —dijo Adrián con humor.

—¿A quién? —Alexei no sabía de que le hablaba.

—A Skynet.

Al ver que Alexei seguía mirándole sin entender la referencia cinematográfica, le aclaró:

—Terminator... Schwarzenegger.

Alexei seguía mirándole sin saber de lo que le hablaba.

—Alexei no suele ver películas, no creo que haya visto Terminator —dijo Marco con una sonrisa.

—¿Cómo puede ser? ¡Dios mío! Nicola, este hombre es un sacrílego.

Nicola no pudo evitar reírse, Adrián para algunas cosas era un friki total, había roto con algún novio al descubrir que no había visto Star Wars.

A partir de ahí la conversación derivó en otros temas y sin darse cuenta charlaban los cuatro alegremente. Alexei miraba a Nicola con una sonrisa, dándose cuenta de que la Nicola que amaba continuaba allí, bajo la superficie, no había desaparecido y él se iba a encargar de que volviera.

—Alexei ¿Eres tú?

—¿Mary? —dijo Alexei mirando a la joven que se acercaba. Era muy bonita, rubia, alta y delgada, con el cuerpo de una modelo.

—Dios mío Alexei. ¡Estás cañón! Hace que no nos vemos... ¿nueve años?

—Diez.

—Tenemos que ponernos al día —le dijo con una sonrisa coqueta mientras pasaba la vista por el resto de personas de la mesa, hasta que su mirada quedó fija en Nicola.

—¿Santa Nicola? —preguntó con ironía— ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde está tu último novio? Era... ¿Steven? ¿Ya se cansó de compartirte con tu primo?

Nicola se puso lívida al oír eso, llevaba años oyendo comentarios de ese tipo y nunca se había molestado en desmentirlos, pero oírlo de boca de esa mujer le dolió. Sabía que se había acostado con Alexei, se lo había contado a todo el mundo en su momento.

—Mary, creo que tu comentario ha estado fuera de lugar y que deberías disculparte con Nicola —dijo Alexei muy serio con voz dura.

Ahora fue el turno de Mary de enrojecer por la reprimenda.

—¿Así que así son las cosas? —dijo mirándole con rabia—. Pues bien que me decías que era una puta cuando follabas conmigo.

Nicola ya no pudo soportarlo más y se levantó de la mesa abandonando el restaurante entre lágrimas. No sabía que le dolía más, que se hubiera acostado con esa mujer en aquel entonces, después de lo que le había hecho, o que la insultara mientras lo hacía.

Adrián se levantó para correr detrás de Nicola, pero Alexei se lo impidió sujetándole por el brazo.

—Por favor —le dijo en tono suave—. Déjame ir a mí. —Y luego dirigiéndose a Mary le soltó:

—Que hace diez años echáramos un par de polvos no te autoriza a

humillar a nadie que esté conmigo, así que haz el favor de desaparecer porque no quiero volver a verte nunca más. —diciendo esto último salió corriendo del restaurante tratando de localizar a Nicola. No tardó mucho en encontrarla. Sólo se había alejado cien metros. Estaba sentada en un banco, con la mirada perdida y lágrimas corriendo por sus mejillas sin que hiciese nada por detenerlas.

—Perdóname —dijo Alexei arrodillándose frente a ella.

Nicola se rió sin humor y replicó sin mirarle.

—¿Y por qué se supone que tengo que perdonarte? ¿Por llamarme puta mientras te la follabas? ¿O por follártela?

—Por ambos. Por todo —dijo Alexei con dolor.

—No sé si pueda, me has hecho mucho daño, durante unos segundos lo olvidé, pero esto simplemente me lo ha recordado. —respondió mirándole a los ojos.

—Nicola —llamó Adrián que en ese momento salía del restaurante con Marco—Vámonos a casa.

Nicola se levantó, al pasar a su lado Alexei intentó tomarla de la mano, pero ella la apartó para que no la tocara y se fue dejándole con sus remordimientos.

11

A la mañana siguiente el timbre de la puerta despertó a Nicola, la noche anterior se había ido del restaurante con Adrián y había dejado a Alexei sentado en el banco mirándola con tristeza. No había podido dormir en toda la noche, se la había pasado llorando. Odiándole a él por lo que le había hecho y a sí misma por no haber sido capaz de olvidarle.

—¡Nicola! —Oyó la voz de Adrián que le llamaba.

Cuando salió de la habitación y bajó por la escalera, se encontró a Adrián apoyado en la pared con cara de resignación mientras tres personas entraban y salían de la casa trayendo ramos y ramos de rosas de todos los colores: rojas, rosas, blancas, amarillas, naranjas e incluso negras.

—¡Qué demonios...! —Nicola trató de que Adrián le explicase, pero éste la mandó callar con un gesto, así que se sentó en las escaleras esperando a que esas personas terminaran. Cuando ya no cabían más en el pasillo, les fueron indicando los distintos sitios donde podían poner las flores hasta que acabaran. Cuando finalmente lo hicieron, habían traído 304 ramos de rosas.

Había rosas por todas partes: en la cocina, en el salón, en el pasillo, en el suelo, en la escalera, Adrián y Nicola no sabían dónde más podían ponerlas.

Uno de los chicos se acercó a Nicola y le dio en la mano dos rosas amarillas junto con una nota.

Con estas dos te entrego 3650 rosas.

Una por cada día que no te he pedido perdón.

Juntas suman diez años de dolor.

Dolor por no tenerte.

Dolor por no ser capaz de olvidarte.

Te he amado durante diez años y estoy seguro de que te amaré hasta el

día en que muera.

Dame una oportunidad.

No de aspirar a tu amor ya que eso es imposible, pero sí de aspirar a tu amistad.

Perdóname.

Alexei

La nota se escurrió entre sus dedos mientras lágrimas de dolor caían por sus mejillas. Soltó las dos rosas que aún sostenía entre las manos y corrió hacia su habitación. Una vez allí dio rienda suelta a su llanto.

—Nicola —llamó Adrián desde la puerta.

Al ver que no respondía y que sólo se oían sus sollozos, entró al cuarto, se sentó junto a ella en la cama y mientras acariciaba su cabello murmuró:

—No pasa nada Nicola, llora si lo necesitas.

Y así lo hizo lloró y lloró, hasta que poco a poco fueron disminuyendo los sollozos y terminó durmiéndose de agotamiento. Sólo entonces Adrián abandonó la habitación.

Alexei le mandó varios mensajes al móvil durante todo el día. No contestó a ninguno de ellos. A los tres días de haber recibido las rosas, Alexei cansado de que Nicola le ignorase decidió llamar a Adrián.

—Soy Alexei ¿cómo está ella? —Fue lo primero que preguntó.

—No sé qué decirte, Alexei, le afectó mucho tu nota.

—¿No le gustó?

—No lo sé, sólo sé que después de leerla se pasó todo el día llorando.

—No contesta a mis mensajes —le dijo Alexei con preocupación.

—Tampoco habla conmigo, sólo se sienta junto a la ventana sin decir nada, tengo que obligarla para que coma.

—Voy a ir hasta allí.

—No Alexei, déjala, es evidente que no te quiere ver.

Alex_09:50

Necesito verte.
Habla conmigo.

El mensaje, junto con otros muchos, estaba en su móvil desde hacía días. No había querido contestarle, estaba muy dolida por todo, pero en ese momento tomó una decisión. Cogió el móvil y le mandó un mensaje.

Nic_20:25

¿Por qué le hablaste a Mary de mí?

Alexei no se esperaba esa pregunta.

Pasaron unos minutos hasta que llegó la respuesta.

Alex_20:28

Porque soy un imbécil.

Porque estaba tan celoso que pensaba
que la única manera de arrancarte de mi corazón era degradarte.

Me pasaré los años que me quedan de vida
suplicando tu perdón, nunca me perdonaré
por mancillar lo más hermoso que tenía.

Tu corazón.

Gruesas lágrimas cayeron por sus mejillas. El dolor que sentía era tan profundo que parecía como si se le rasgase el alma, era como si todos estos años hubiera tenido un tapón en la herida y ahora con sus palabras, se lo hubieran arrancado de cuajo. La sangre le salía a borbotones y se le iba escapando la vida. No le volvió a contestar, no podía, pero estaba cansada de sufrir, así que se vistió, se maquilló y fue a buscar a Adrián.

—Salgamos a algún lado —le dijo.

Si él se sorprendió cuando la vio, después de días encerrada en su habitación, no lo dio a entender. No dijo nada, se limitó a ir a su cuarto para

cambiarse de ropa y se fueron a una discoteca.

Nada más llegar, Nicola empezó a beber y bailar, lo único que quería era embotar los sentidos y no pensar. Al poco tiempo estaba borracha, pero seguía sin poder sacarse a Alexei de la mente ¿por qué no la dejaba en paz? Poco a poco empezó a cabrearse más y más con él, hasta que la rabia era tan grande que sentía que moriría si no la dejaba salir. Se acercó a Adrián trastabillando.

—Me voy —le dijo con voz pastosa.

—Vamosb entonces.

—No —le costaba hablar y pensar a la vez. No quería que Adrián la acompañase. —No voy para cassa —le dijo con esfuerzo, le costaba juntar las palabras.

—Estás muy bebida, si no vas para casa te acompañaré.

—No —dijo Nicola agarrándose a él para no caer— no quiee... ro que vengas. Voy a verrr a ese cabrón.

—¿De quién me hablas? Nicola. No estás para ver a nadie.

—Voy a verrr a Alexei y te... prohíbo que me acompañesss —dijo yéndose hacia los lados.

Adrián la sujetó para que no cayese.

—Nicola, no estás para hablar con nadie, déjalo para la mañana cuando se te haya pasado la borrachera.

—Sueéltame... voya blar con er —dijo soltándose de su agarre y tratando de alejarse de él.

—Nicola, escúchame. —Al ver que no conseguía que le hiciera caso, suspiró con derrota—. Está bien, por lo menos déjame que te acompañe.

—Hazz lo que quierrrass —dijo dando bandazos hacia la puerta.

Mucho después Nicola estaba bajo la lluvia, parada en la puerta de la casa de Alexei. Adrián había insistido en acompañarla, pero ella se había negado a que bajase del taxi, necesitaba hacer esto, era consciente de que estaba borracha, pero sólo así había encontrado el valor para hacerle frente.

Estaba tan nerviosa que le temblaban las manos, la lluvia había cubierto

su cuerpo. Elevó su rostro al cielo abriendo los brazos y se quedó inmóvil, dejándose empapar. Inspiró profundamente y cuando ya se sintió más tranquila, y algo más sobria llamó a la puerta y esperó.

—¿Quién es? —preguntó Alexei desde dentro.

Nicola no dijo nada, cerró los ojos y esperó.

Alexei abrió la puerta y se quedó paralizado cuando la vio. Nicola no era consciente de ello, pero al verla empapada por la lluvia, no sólo no le restaba belleza, sino que le hacía desearla más, estaba preciosa, con las mejillas enrojecidas y los labios temblorosos.

—Tócame —dijo Nicola sin darle tiempo a decir ni una palabra, ella temblaba. Si era producto del miedo o de la lluvia Alexei no lo sabía.

—Tócame —repitió Nicola al ver que no se había movido del sitio.

Alexei levantó la mano y lentamente como si temiera que ella fuera a huir acarició su mejilla. Los temblores de Nicola se incrementaron y gruesas lágrimas empezaron a correr por sus mejillas mezclándose con el agua de la lluvia que cubría su rostro.

Al ver que le permitía tocarla, Alexei acercó su rostro para besarla, pero Nicola se apartó de su lado tambaleándose.

—Te dije que me tocaras, pero no que me besaras —le dijo con voz pastosa.

—Estás borracha —dijo Alexei con voz ronca, añadiendo al ver que hacía amago de irse—. No te vayas, por favor.

Nicola se quedó quieta frente a él. Alexei apoyó la frente en la puerta y cerró los ojos.

—Dime lo que tengo que hacer —susurró con desesperación—, haré lo que haga falta para que me des una oportunidad.

—Quiero hacerlo —murmuró Nicola con tristeza y la cabeza un poco más despejada—, pero no sé si pueda.

Poco a poco se le iba pasando la borrachera y volvía a pensar con cierta claridad.

—Pasa, por favor, estás empapada.

Nicola entró con renuencia dejando que la condujera hasta el salón.

—Espera aquí —le dijo saliendo del cuarto.

Nicola estaba helada, temblaba y ya no sabía si era de frío o de nervios. Al cabo de un rato Alexei volvió con un albornoz.

—Si me das la ropa, te la puedo meter en la secadora, puedes cambiarte en el baño que hay junto a la cocina.

Nicola le miró dudosa, sin atreverse a moverse del sitio.

—Nicola —suplicó Alexei—, confía en mí, no te voy a hacer daño.

Finalmente sin decir nada, cogió el albornoz y se dirigió al baño que le había indicado, una vez allí se despojó de toda la ropa. Al ponerse el albornoz, el aroma de la loción de Alexei la envolvió trayendo a su mente recuerdos de otra época. Una honda tristeza la invadió al recordar lo ilusionada que estaba con él, las noches de insomnio que había pasado pensando en sus besos. Se miró en el espejo y pasó un dedo por la cicatriz de la boca, ¿cómo sería un beso de verdad? Lo de aquella noche no se podía calificar de beso, los besos no eran dolorosos.

Con un objetivo en mente salió del baño con la ropa en la mano, se la entregó a Alexei el cuál salió del salón para meterla en la secadora.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó cuando volvió.

Nicola no dijo nada, no se había movido del sitio, sólo le miraba en silencio, pensativamente.

Alexei no sabía que decir o qué hacer, sólo sabía que no quería que se fuera. Nervioso se preparó una copa y cuando iba a tomársela, Nicola le tomó de sorpresa diciendo:

—¿Sabes besar? —preguntó en un susurro.

La sorpresa fue tan grande, que se le resbaló el vaso al suelo, si bien no se rompió, se derramó todo el líquido sobre la alfombra. Alexei la observaba perplejo.

—¡Por supuesto que sé besar! —contestó anonadado.

—¿Sí? —preguntó Nicola pasando la lengua por la cicatriz del labio—. A

mí no me besaste.

Alexei enrojeció de vergüenza, no recordaba nada de aquella noche, pero pensar que le había hecho daño hasta el punto de dejarle esa cicatriz le provocaba náuseas.

—Sé besar —dijo con voz enronquecida— ¿Me dejarás que te lo demuestre?

—Tengo curiosidad —dijo Nicola—, nunca me han besado.

Justo cuando se inclinaba hacia ella para besarla un susurro angustiado le detuvo.

—Prométeme que no me va a doler.

Cerró los ojos maldiciéndose a sí mismo.

—Te lo juro —le dijo y posó los labios sobre los suyos.

Fue un beso dulce. Primero acarició sus labios con los suyos propios, con suavidad. Quería darle placer, el placer que él mismo le había negado hacía ya tanto tiempo. Los labios de Nicola estaban temblorosos así que trató de calmarlos lamiéndolos con la lengua, con suavidad, para no asustarla. Cuando ya estuvo algo más calmada, la instó a separar los labios e introdujo la lengua en su boca, tentativamente al principio, provocándola para que respondiera.

Con cuidado la acercó a su cuerpo y la abrazó con suavidad, como si fuera una delicada flor. La pasión empezó a apoderarse de Nicola que estaba extasiada con las sensaciones, el cuidado con que la estaba besando contrastaba tanto con la violencia de la otra vez, que sin poder evitarlo empezó a llorar silenciosamente.

Alexei al notar la humedad cayendo por sus mejillas interrumpió el beso alejándose de ella.

—Lo siento —le dijo con tristeza.

—¿Por qué? —preguntó Nicola con voz ronca.

—Te he hecho llorar.

—Lloro porque ha sido precioso. Como siempre había soñado.

—¿De verdad? —Alexei no podía estar más sorprendido.

—Sí que has aprendido a besar —susurró Nicola mirando al suelo con vergüenza.

Alexei no se atrevió a moverse para no asustarla.

—Permíteme demostrarte que no soy ningún animal. Te amo Nicola, nunca he dejado de amarte, aunque te juro que lo he intentado. Por favor, dame una oportunidad.

—Está bien. Lo intentaré —dijo Nicola con una sonrisa temblorosa mirándole a los ojos, no sabía qué más hacer, ella tampoco le había olvidado, por más que se había engañado a sí misma pensando que sí.

Adrián no quería volver a casa, después de dejar a Nicola se sentía triste y melancólico, así que le dio al taxista la dirección de otra discoteca. Estaba preocupado por Nicola, pero no temía que Alexei fuera a hacerle daño.

Cuando llegó a la discoteca, ésta estaba abarrotada. Perfecto para lo que él pretendía que era ligar con algún chico y si tenía suerte, llevárselo a casa para echar un polvo.

Llevaba sólo cinco minutos en el local, cuando vio a Marco. Estaba en la pista de baile, acompañado de una rubia despampanante que no paraba de restregarse contra él. Desde que se habían vuelto a encontrar, los sentimientos que antaño tenía por él habían vuelto con fuerzas renovadas. Durante años había desechado dichos sentimientos, puesto que estaba claro que él no sentía lo mismo. Por lo que había oído se follaba a toda la que se le pusiera por delante.

Una oleada de celos le invadió sorprendiéndole, le encantaría agarrar a esa rubia de los pelos y apartarla de su lado, pero no creía que él se lo fuera a agradecer. Se rió él sólo imaginándose la cara de Marco si hacía lo que deseaba.

Pasados unos minutos en los que no pudo dejar de mirarle, Marco levantó la vista y durante unos segundos quedó paralizado cuando le vio, entonces, apretó a la rubia contra su pecho y empezó a devorarle la boca sin apartar la mirada, como dedicándoselo.

Adrián no comprendía nada, era como si lo estuviera haciendo para que él lo viera, pero, ¿por qué? No queriendo seguir siendo testigo del espectáculo se giró para irse al otro extremo de la discoteca.

Marco vio como Adrián se giraba alejándose de él y soltó bruscamente a ¿Ana? ¿Lucía? No recordaba su nombre, ni le importaba, en realidad ni siquiera le apetecía besarla, pero la forma en que Adrián le había mirado... no lo había soportado, quería incomodarle, que dejara de hacerlo.

—Déjame —dijo a la chica apartándola de su lado.

—¿Qué te pasa, cariño? Estábamos pasándolo muy bien —dijo restregándose contra él.

—No me toques —le dijo apartándole las manos.

Una sensación de ahogo le invadió, tenía que salir de ahí, no lo soportaba, últimamente sentía una desazón tan grande, que no sabía como eliminar. Se alejó casi corriendo y se dirigió a la puerta que conducía al jardín interior de la discoteca. Necesitaba aire.

Cruzó la puerta a toda velocidad y se apoyó contra la pared respirando trabajosamente con los ojos cerrados. Al abrirlos, se sorprendió al ver a Adrián al otro extremo del jardín mirándole fijamente, Marco no se atrevió a moverse ni a decir nada. Adrián empezó a acercarse lentamente sin dejar de mirarle y cuando estuvo frente a él, le besó.

Al principio la sorpresa dejó a Marco paralizado, no sabía qué hacer. Una ola de deseo fue subiendo por su cuerpo hasta que sin darse cuenta de lo que estaba haciendo se encontró respondiendo a su beso con ardor, no era capaz de pensar, sólo de sentir.

Adrián no podía creerse que Marco estuviera devolviéndole el beso, no sabía por qué le había besado, sólo sabía que era eso o morir. No le importaba que estuvieran en un lugar público donde cualquiera pudiera verles o quizás eso mismo era lo que le había impulsado, cuando le vio entrar con una mirada de desesperación en el rostro, lo único que deseó fue abrazarlo y besarle como jamás se había atrevido a hacer, lo que nunca hubiera imaginado era que le fuera

a devolver el beso.

Marco estaba envuelto en una bruma de deseo. Por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz consigo mismo, como si ese fuera su lugar. El sonido de la puerta que daba acceso al jardín abriéndose, le hizo volver a la realidad con estupor, pero ¿qué coño estaba haciendo? Besándose con un tío. Era repugnante ¡Él no era homosexual!

Apartó a Adrián de un empujón, limpiándose la boca con cara de asco y cuando éste intentó acercarse de nuevo, cerrando el puño le dio un golpe que lo tiró al suelo.

—¡Qué coño haces! ¡NO SOY UN PUTO MARICÓN! —gritó totalmente furioso.

Adrián se limpió la sangre que le salía del labio donde Marco le había dado el puñetazo.

—Pues bien que me devolviste el beso —le dijo con ironía al tiempo que se ponía en pie.

Marco palideció al oírle y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no abalanzarse sobre él y darle una paliza.

—¡No te vuelvas a acercar a mí! —le dijo con rabia y dándose la vuelta se marchó totalmente furioso.

Cuando Nicola volvió a casa, se sorprendió al descubrir que Adrián todavía no había llegado. Le mandó un mensaje para asegurarse de que estaba bien, pero se alegró de que no estuviera en casa en ese momento, necesitaba tiempo para procesar lo que había pasado. Subió a su habitación recordando lo que había hablado con Alexei.

—Necesito irme, dame mi ropa —le había dicho limpiándose las silenciosas lágrimas que caían por sus mejillas.

—Está bien —dijo Alexei tras mirarla silenciosamente durante unos segundos que a Nicola le parecieron interminables —. No creo que tengas la

ropa seca.

—No me importa, me la pondré como esté. Me quiero ir —dijo mirándole con firmeza. Ahora que ya estaba completamente sobria se estaba arrepintiendo de lo que había pasado.

Alexei no se atrevió a contrariarla, no después de que había permitido que la besara, así que salió del salón para buscar la ropa que efectivamente estaba húmeda. No había transcurrido el tiempo suficiente para que se secara por completo.

Se la entregó y cuando Nicola volvió del baño ya vestida, cogió las llaves del coche para acompañarla.

—No quiero que me acompañes —dijo Nicola con frialdad—, llámame un taxi. No quería que se acercara a ella, sólo pensar en estar metida en un coche con él le estaba provocando una ansiedad que le cortaba la respiración. Tenía que salir de esa casa lo antes posible.

Alexei apretó la mandíbula con rabia, le daba la sensación de que Nicola estaba alejándose de él poco a poco, pero no le quedó más remedio que aceptar.

—Te llamaré mañana —le dijo desde la puerta cuando llegó el taxi.

Nicola asintió con la cabeza, sin fuerzas para decir nada, aparentaba frialdad, pero por dentro estaba destrozada.

Llevaba diez años odiándole con todas sus fuerzas y ese odio era el que le había permitido continuar adelante a pesar de tener el corazón y el alma rotos. Ahora sentía como si el amor que antaño había sentido por él resurgiese de sus cenizas, pero ella ya no era la misma, no era esa niña ingenua que creía que el sol salía y se ponía a voluntad de Alexei, pero también era verdad que él tampoco era el mismo. Poco quedaba de aquel joven impulsivo que se comía el mundo a su paso, ahora era un hombre paciente con una férrea voluntad, se lo había demostrado al dejarla ir sin protestar a pesar de que era evidente que no era lo que deseaba.

El sonido de la puerta la devolvió al presente, indicándole que Adrián había regresado. Bajó apresuradamente de la habitación para hablar con él, ya se

encontraba más tranquila y quería saber su opinión sobre lo que debía hacer con Alexei, que le aconsejara.

—Adrián, Tengo que contart.... ¡Qué demonios te ha pasado! —exclamó Nicola escandalizada al ver el golpe que oscurecía su mandíbula.

—He hecho una tontería —dijo Adrián con una extraña sonrisa.

—¿Y en la tontería estaba implicado un puño? —preguntó Nicola mirándole con disgusto—. Ven, vamos a poner un poco de hielo.

Cogiéndole del brazo le condujo hasta la cocina y cogió un trozo de hielo del congelador, lo envolvió en un paño de cocina y se lo dio para que lo sostuviera contra la mandíbula.

—He tenido... ¿cómo es eso que se dice? ¿Una epifanía? —dijo Adrián que aún continuaba con esa extraña sonrisa.

—¿Una epifanía? ¿Estás borracho? —preguntó Nicola con exasperación.

—Estoy totalmente sobrio, pero me he dado cuenta de que ya no quiero seguir fingiendo ser algo que no soy.

Nicola se quedó inmóvil mirándole con sorpresa.

—¿Estás seguro? Quiero decir. Me alegro, sabes que hace tiempo que te digo que has de vivir tu vida sin importarte lo que digan los demás, pero ¿por qué ahora? ¿Qué ha cambiado respecto a hace unas horas?

—He visto el reflejo de mi cobardía y no me ha gustado.

Adrián se quedó silencioso, mirando al infinito. Nicola no sabía qué decir, no entendía nada, aunque se alegraba por él. Quería que fuera feliz y solamente cuando pudiera mostrarse al mundo como era realmente lo lograría.

—Bueno ¿y ahora qué? —preguntó al ver que no decía nada más.

—Creo que lo primero que voy a hacer es tener una charla con mi padre, aunque me temo que no va a ser muy alegre —respondió Adrián riéndose con ironía. La mandíbula le dolía horrores, pero sentía una ligereza en el corazón. Hacía años que no se sentía tan bien y todo se lo debía a Marco, lo que había pasado era el revulsivo que necesitaba para comprender que jamás sería feliz ocultando su homosexualidad. Y si a alguien le parecía mal, se podía ir a la

mierda.

Al día siguiente lo primero que hizo nada más levantarse fue mantener con su padre una seria conversación, esta vez no iba a dejar que se escondiera, que fingiera que no le entendía como había sucedido la primera vez que le había querido contar sobre su homosexualidad.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Nicola cuando Adrián apareció en la cocina después de hablar con su padre por teléfono.

—¿Cómo crees? —respondió a su vez Adrián—. Al principio quedé mudo, luego me dijo que si era una broma no tenía gracia y finalmente que ya no era su hijo, que él no tenía ningún hijo maricón. En resumen, ha ido como esperaba.

—Lo siento, Adrián.

—No importa. He estado tantos años disimulando por complacerles, era hora de que lo aceptaran, ¿te puedes creer que me dijo que creía que se me había pasado? Como si fuera una moda o una enfermedad, pero lo más curioso es que en vez de sentirme mal como pensé que me sentiría, me siento mejor que nunca.

—Entonces, me alegro —dijo Nicola con una sonrisa—. Quiero que seas feliz.

—Y lo seré, he dado el primer paso para ello.

—¿Y ahora qué?

—Ahora vamos a celebrarlo —dijo Adrián cogiéndola por la cintura y dando vueltas con ella mientras reía.

—¡Adrián! —gritó Nicola mientras reía—. ¡Bájame! ¡Que me mareo!

Después de unas cuantas vueltas más, finalmente la bajó.

Adrián estaba feliz, se sentía mejor que nunca y eso se lo tenía que agradecer a Marco, si no hubiera sido por lo que había pasado la noche anterior nunca hubiera encontrado el valor para hablar con su padre y aún estaría fingiendo ser algo que no era.

Habían pasado varios días desde que Iván había estado en casa de Maya. No le había vuelto a ver desde entonces. Por un lado estaba aliviada y por otro sentía un dolor sordo en el corazón, no sabía lo que quería de ella, pero estaba harta de sufrir por él, le arrancaría del corazón como fuera.

Se detuvo delante de la puerta de la joyería e inspiró profundamente antes de entrar. Llevaba toda la noche trabajando en los bocetos que iba a enseñarle al dueño. Hacía años que diseñaba joyas como hobby, pero hasta ahora no había tenido el valor que enseñárselos a nadie a nivel profesional, sería la primera vez.

Alexei había visto alguno de sus diseños y le habían parecido muy buenos, o eso le había dicho. Se había ofrecido a concertarle una cita con un diseñador de joyas que conocía. Maya estaba aterrorizada, temía que le dijera que no eran suficientemente buenos.

—Buenos días —le dijo a la chica del mostrador— tengo una cita con el señor Petrov.

—Por supuesto, Nikolay está esperándole, permítame que la acompañe.

La chica le condujo por un pasillo hasta lo que supuso era el taller en el que el señor Petrov realizaba las joyas. Al entrar le sorprendió encontrar a un hombre joven. Cuando habló con él por teléfono había supuesto que se encontraría a un hombre mayor, rondando los sesenta, sin embargo el hombre que estaba frente a ella aparentaba poco más de treinta años, iba vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca.

—Soy Nikolay —le dijo extendiendo la mano— y supongo que tú eres Maya.

—Sí, soy Maya —le dijo ella con una sonrisa estrechando su mano— no eres como te había imaginado.

—¿Y cómo me habías imaginado? —preguntó con una sonrisa.

—Un poco más mayor, como el doble de edad.

Era un hombre muy atractivo, aunque no pudo evitar compararlo con Iván, eran totalmente opuestos, mientras Iván era alto, medía más de metro

ochenta, Nikolay era bastante más bajo, como unos quince centímetros menos y donde Iván era moreno, Nikolay era rubio, mientras Iván era fuerte, Nikolay era delgado como un junco. Era como comparar un oso con un tigre, porque lo que sí transmitía era una energía y una vitalidad que en el caso de Iván estaba atenuada.

—¿Vemos los diseños? —le preguntó Nikolay señalando con la mano hacia una mesa que había en un lateral.

—Sí, por supuesto —dijo Maya agarrando más fuerte los diseños que traía.

Se acercó hasta la mesa, abriendo el portafolios y mostrándole uno a uno cada diseño. Nikolay los pasaba silenciosamente sin decir nada hasta que Maya empezó a ponerse muy nerviosa, no sabía si le estaban gustando o no. Cuando llegó al último y Nikolay seguía sin decir nada, recogió el portafolios avergonzada pensando en marcharse rápidamente.

—¿Tienes más? —preguntó Nikolay mirándola fijamente.

—¿Perdona? —preguntó con sorpresa. ¿Para qué quería saber si tenía más?

—Me han gustado mucho, son muy innovadores. Tienen clase a la vez que son modernos, si tienes más me gustaría echarles un vistazo.

Maya se quedó mirándole estupefacta ¿le habían gustado?

—Por supuesto que tengo más —contestó con entusiasmo—. Llevo años diseñando por hobby, pero es la primera vez que se los enseño a un profesional.

—De lo cuál me alegro —dijo Nikolay con una sonrisa—, si algún otro hubiera visto estos diseños no estarías aquí ahora mismo enseñándomelos. Le voy a dar tus datos a mi abogado para que redacte un contrato que nos satisfaga a los dos, si llegamos a un acuerdo me gustaría que empezáramos a trabajar lo más pronto posible.

La cabeza de Maya daba vueltas. No se podía creer que no sólo le hubieran gustado los diseños, sino que quisiera contratarla. Cuando le dijo la cifra que quería pagarle sintió que se le paraba el corazón, era mucho más dinero

del que se hubiera imaginado. Gracias a Alexei no tenía que preocuparse del dinero, pero saber que conseguiría su propio dinero, y además en una cantidad nada despreciable le hacía sentirse muy bien consigo misma.

—De acuerdo —le dijo tendiendo su mano.

—Estaremos en contacto. Te acompaño hasta la puerta —le dijo Nikolay estrechando su mano con firmeza mirándole a los ojos.

Maya estaba pletórica, caminaba como en una nube. Salieron de taller y cruzaron la tienda, en la que ya había varios clientes a los que Maya no prestó ninguna atención porque iba sumida en sus pensamientos. Nikolay le había abierto la puerta de la tienda y se disponía a despedirla cuando una voz los detuvo.

—¿Maya? Eres tú?

Maya palideció al reconocer esa voz, no podía ser que tuviera tan mala suerte, de todas las personas que peor le caían en el mundo Sonya Lébedev era una de ellas.

—Hola Sonya —respondió girándose hacia ella. No era solo que Sonya fuese una clasista que miraba por encima del hombro a todo el mundo, sino que además era una de las muchas amantes que había tenido Iván y hasta donde sabía todavía se acostaban de vez en cuando, o eso era lo que Sonya daba a entender cada vez que se veían.

—¿Puedes ayudarme? —le dijo Sonya con una sonrisa torcida—. No me decido. Anoche Iván estaba tan agradecido que me va a regalar unas joyas, ya sabes cómo es. Cuando le hago tan feliz como le hice anoche, me ofrece lo que quiero. ¿Tú qué escogerías?

Maya se acercó al mostrador con el corazón lacerado, no pudo evitar que las garras de los celos le atenazaran el estómago, disimulando lo que pudo, se acercó con educación.

—No creo que debieras ponerte lo que escogería para mí, somos muy distintas físicamente, lo que me sienta bien a mí, nunca te favorecería a ti.

Sonya la miró pensativamente.

—Quizás tengas razón, no tienes mi belleza y seguramente nada de lo que tú escogieras le gustaría a Iván—dijo con superioridad.

Nikolay que hasta ese momento no había dicho nada se acercó también al mostrador.

—Señorita Lébedev es un honor tenerla en mi tienda, permítame que le enseñe algunas joyas que realzarán su belleza. Maya por favor no te vayas —le dijo al ver que se dirigía hacia la salida.

Maya no pudo evitar detenerse, aunque lo que más deseaba era salir corriendo por la puerta. Haciendo un gran esfuerzo se quedó donde estaba.

Nikolay estuvo enseñándole joyas a Sonya pero ninguna le convencía. Lo primero que preguntaba era el precio, pero en el momento que oía el coste, rechazaba la joya. Maya no decía nada, hasta que a la décima vez que Sonya dijo que no, no pudo resistirlo más y le espetó:

—Si vas a rechazar las joyas por el precio ¿Por qué no dices cuánto quieres pagar?

Sonya la miró con cierto desprecio y aire de superioridad.

—Querida ¿Cómo se te ocurre pensar que lo voy a pagar yo? Ya te dije que lo iba a pagar Iván, es su forma de agradecerme. —La forma en que lo dijo provocó que a Maya se le revolviere el estómago cuando imágenes de cómo podía haber hecho feliz a Iván invadieron su mente—. Pero en algo tienes razón —continuó diciendo Sonya—. Quiero los pendientes y el collar más caro de toda la tienda.

Nikolay sacó las joyas sin decir una palabra, aunque intercambió con Maya una mirada sabedora. Era el conjunto más caro, pero no el más favorecedor para alguien con la piel morena y el pelo negro como Sonya. Aunque su padre era ruso, su madre era cubana, por lo que había heredado muchos de los rasgos de su madre, dándole un aspecto bastante exótico. Cuando se las probó, Nikolay y Maya intercambiaron sendas sonrisas por detrás de ella, ya sabían lo que iba a decir.

—Es perfecto —dijo ella—. Me lo llevo, anótalo en la cuenta del señor

Iván Romanov y que lo manden a su casa. No voy a quitarle el placer de que me lo regale personalmente.

—Así se hará —dijo Nikolay acompañándola hasta la puerta.

Cuando por fin quedaron a solas hizo un gesto a Maya para que le siguiese, al final del pasillo abrió una puerta, dentro del cuarto vio una enorme caja fuerte.

—Espera aquí —le dijo Nikolay. Se dirigió a la caja fuerte, la abrió y extrajo una bolsa de terciopelo de su interior, depositándola en la mesa que había junto a Maya.

—Ábrelo —le dijo mirándola con expectación.

Maya estaba intrigada por tanto misterio. Abrió la bolsa y al ver su contenido no pudo evitar soltar un jadeo de asombro.

—¿Eso es...? —preguntó con reverencia.

—Sí, es un diamante azul en bruto, quiero que diseñes una joya especial con este diamante y la combines con diamantes blancos. Quiero que sea la estrella de la colección y que la luzcas en la fiesta que voy a organizar para presentar la nueva temporada.

—Pero ¿por qué yo? Además no soy modelo—preguntó aún conmovida por la belleza de la piedra que tenía ante sus ojos.

Nikolay le lanzó una extraña mirada al tiempo que le decía:

—Quiero que esa fiesta sea también una forma de darte a conocer cómo mi nueva diseñadora. El lucir la joya es sólo un añadido, estoy seguro de que te favorecerá.

—¿Y el actual diseñador está de acuerdo?

—No le va a quedar más remedio, porque soy yo —le dijo con una sonrisa.

—¿Y para cuándo quieres que esté listo?

—En dos semanas.

—¿En dos semanas? Te has vuelto loco, eso es muy poco tiempo.

—Lo sé, pero estoy seguro de que serás perfectamente capaz de hacerlo.

—¿Por qué ahora? No me lo ibas a ofrecer hasta que llegó Sonya.

—Es cierto. Pensaba trabajar contigo para la próxima colección. Pero es verdad que aún no he encontrado el diseño perfecto para el diamante azul. Al verte con Sonya, ver cómo estábamos en perfecta sintonía sobre lo que le quedaría bien y lo que no, unido a lo que percibí al ver tus diseños, me ha hecho darme cuenta de que eres la persona perfecta para hacerlo. —Nikolay no puedo evitar reírse mientras recordaba—. Creo que nunca he visto una mujer con unas joyas menos favorecedoras.

—Es verdad —dijo Maya con una sonrisa. Era la única satisfacción que tendría, pensar que por lo menos no estaría hermosa. Cuando se comparaba con ella, se sentía tan vulgar. Ahora que lo pensaba casi todas las mujeres con las que salía Iván se parecían a Sonya, eran completamente distintas a ella. No recordaba haberle visto nunca con ninguna mujer rubia y de piel clara. Ese pensamiento le produjo una gran tristeza.

—Mañana te llamaré para que te hagas una idea de lo que quiero —le estaba diciendo Nikolay.

—De acuerdo. Gracias por la oportunidad, no te defraudaré.

—Estoy seguro de ello.

Maya salió emocionada. Tenía mucho trabajo por delante, no se podía creer que no sólo hubiera obtenido el trabajo, sino que le hubiera hecho el encargo de hacer la pieza estrella de la colección y además pedirle que la luciera. En cuanto llegó a casa se puso a trabajar, eso era lo que necesitaba, estar ocupada para poder olvidarse de Iván.

13

Alex_11:00

Quiero verte.
A solas.

Nicola miraba el teléfono sin atreverse a responder, ahora a la luz del día no estaba segura de ser capaz de continuar adelante con lo que había empezado la noche anterior. Después de unos minutos de duda decidió contestar.

Nic_11:10

¿Dónde y cuándo?

Alex_11:11

¿Te gustan los musicales?
Podemos ir a cenar y luego ver "La bella y la bestia"

Nic_11:11

De acuerdo.

Alex_11:11

Te recogeré a las siete y media.
Gracias.

Nicola soltó el teléfono con un suspiro tembloroso. Esperaba no estar cometiendo un error. Faltaban muchas horas hasta la cita y de pronto sentía una impaciencia y unos nervios tan grandes, que sólo se le ocurría una manera de aplacarlos y hacer que el tiempo pasase más deprisa.

Desde que Alexei había vuelto a su vida, no había vuelto a pintar, no se había sentido capaz, pero ahora mismo necesitaba plasmar sus emociones en la pintura. Se encerró en el taller y canalizó todos los sentimientos de rabia y dolor que había sentido en estos días. Según iba volcando sus emociones se fue encontrando cada vez mejor.

Fue vagamente consciente de Adrián, que en algún momento se acercó a

preguntarle si quería comer, pero ante su negativa, decidió no insistir. Él sabía que cuando estaba dominada por la inspiración permanecía ajena a todo, sumergida en su mundo, así que cuando le dijo que no tenía hambre la dejó en paz.

No fue hasta horas después que se dio cuenta del tiempo transcurrido, eran las cinco de la tarde y había quedado a las siete y media con Alexei.

Salió del cuarto echando un último vistazo a su obra. No creía que fuera a exponerla jamás, era demasiado íntima, mostraba sus sentimientos de forma tan descarnada que se sintió muy vulnerable contemplándola. No, no creía que fuera capaz de exponerla al mundo, pero había sido una liberación pintarla.

Salió del cuarto con el corazón más ligero, se dio una ducha rápida y aunque dudó mucho sobre qué ponerse, al final se decidió por un vestido largo de color negro, que se amoldaba como un guante a su figura.

Mientras se maquillaba frente al espejo no pudo evitar recordar el beso que le había dado Alexei. Se pasó un dedo por los labios, recordando la ternura con la que le había besado y deseando que lo hiciera de nuevo.

¿Por qué con él podía sentir lo que no había podido con ningún otro? En estos años había salido con muchos hombres, en un intento desesperado de pasar página, pero cada vez que alguno de ellos la tocaba o la besaba, una ola de repugnancia la invadía y un miedo irracional. Antes de que siquiera pudiera darse cuenta, se encontraba huyendo temblorosa. Después de múltiples intentos, simplemente dejó de intentarlo y decidió que era mejor espantarlos con una actitud fría que acabó valiéndole el sobrenombre de la reina del hielo.

Por otra parte el fingir ser la novia de muchas de las parejas de su primo Adrián, le valió también para que muchos la considerasen una zorra. Sabía que se rumoreaba que su primo y ella se dedicaban a hacer tríos, y sabía de quién venía ese rumor, de Mary y el odio que le profesaba desde hacía años.

Terminó de maquillarse ligeramente y poniéndose unas joyas discretas se inspeccionó en el espejo, posando una de sus manos en el estómago y otra en el corazón. No sabía que era peor, lo rápido que le latía el corazón o los nervios que

le atenazaban el estómago. No creía que fuera a ser capaz de comer nada. Inspiró y espiró pausadamente tratando de tranquilizarse, y poco a poco empezó a sentir cómo se deshacía el nudo que tenía en el estómago y como se ralentizaban sus latidos junto con su respiración.

—Puedes hacerlo, puedes hacerlo —se repetía una y otra vez.

De pronto el timbre de la puerta le hizo dar un salto.

—Ya está aquí —murmuró para sí misma de forma entrecortada, y sin darse tiempo a arrepentirse, salió de la habitación.

Oyó un murmullo de voces, que le indicó que Alexei ya había llegado y debía estar hablando con su primo Adrián. Se detuvo un momento apoyándose en la pared, las manos le temblaban, y no pudo evitar reírse con nerviosismo pensando que quizás lo que necesitaba era una copa, a fin de cuentas era lo que le había dado valor la noche anterior.

Tras unos segundos de incertidumbre en los que dudó entre si debía bajar o echar a correr en dirección contraria, decidió salir al encuentro de Alexei, pero cuando bajó la escalera se sorprendió al descubrir que quien la estaba esperando era Marco, que parecía estar teniendo algún tipo de discusión con Adrián.

En el momento que se dieron cuenta de su presencia se separaron fingiendo una indiferencia que estaban muy lejos de sentir. Nicola se sorprendió con la escena, pero no lo suficiente como para olvidar su propia angustia, no entendía por qué no había venido Alexei.

—Hola Marco, pensé que eras Alexei.

—Hola Nicola —dijo Marco con una sonrisa—. Estás preciosa, Alexei me pidió que te viniera a buscar, si no, no me hubiera acercado hasta aquí —dijo mirando a los ojos a Adrián.

—¿Y se puede saber por qué no ha venido él personalmente?

—No lo sé. Lo único que sé es el lugar al que te tengo que llevar.

—¿Y eso sería?

—Tengo órdenes estrictas de no decirte nada, pero de asegurarme que lleves ropa de abrigo.

—¿Ropa de abrigo?¿Para qué? —preguntó Nicola con sorpresa—. ¿No íbamos a ver un musical?

—Ya te he dicho que no te puedo decir nada.

—Está bien —dijo Nicola con un suspiro—. Espera aquí —dijo dándose la vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó Marco sorprendido.

—A por un abrigo —respondió sin girarse.

Cuando volvió a bajar con el abrigo puesto, la tensión entre Marco y Adrián era mayor que antes.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotros dos? —dijo mirando a uno y otro.

—Nada —contestó Adrián con una tensa sonrisa—. Marco me hizo un favor y estaba agradeciéndoselo.

—Pues nadie lo diría. Estoy lista —dijo mirando hacia Marco.

—Perfecto princesa, su carroza le espera. —Y tomándola de la mano se dirigió con ella hacía el coche que les esperaba fuera.

Cuando Adrián abrió la puerta lo último que esperaba era ver a Marco. Después de lo que había pasado la última vez que se habían visto, estaba seguro de que Marco prefería tragar serrín que tener que mirarle a la cara, y sin embargo allí estaba. Se notaba que le estaba costando un esfuerzo sobrehumano estar de pie frente a él y Adrián estaba convencido de que si pudiera le pegaría un puñetazo en la cara como la vez anterior, y quizás se lo mereciera.

—¿Está Nicola? —murmuró Marco en cuanto le abrió la puerta, evitando su mirada.

—Sí, está esperando a Alexei, parece ser que han quedado.

—Por eso vengo, tengo órdenes de Alexei de llevarla a un sitio.

—Y tú siempre obedeces órdenes —contestó Adrián con ironía—
¿Cuándo vas a hacer lo que realmente deseas?

Marco palideció al oírle y con toda la frialdad que fue capaz de reunir contestó mirándole a los ojos.

—Si pudiera hacer lo que deseo ahora mismo, estaría rompiéndote la cara.

—¿Estás seguro? ¿Me la romperías? —dijo acercándose a él mientras esté reculaba— ¿o me la comerías?

Al oír esto último Marco sintió que se ponía duro como una roca. ¿Qué estaba mal en él? Tendría que estar asqueado por lo que le había dicho y en lugar de eso había excitado, lo que le puso furioso. Las ganas de partirle la cara se incrementaron, pero antes de que pudiera ponerle una mano encima, una voz le sacó de sus pensamientos

—Hola Marco, pensé que eras Alexei —le dijo Nicola mientras bajaba las escaleras.

—Hola Nicola —dijo Marco con una sonrisa—. Estás preciosa, Alexei me pidió que te viniera a buscar. —Aprovechó la circunstancia para alejarse de Adrián, mientras añadía mirándole a los ojos—. Si no, no me hubiera acercado hasta aquí. —Quería dejarle claro que no tenía ningún interés en él y que lo que había ocurrido el otro día era una aberración que bajo ninguna circunstancia se iba a repetir.

Cuando salió al exterior con Nicola, Marco se detuvo dubitativamente, tenía que seguir las instrucciones de Alexei, pero no estaba seguro de que Nicola estuviera de acuerdo, porque sinceramente, si se negaba, no sabía lo que podría hacer.

—Esto... Nicola —dijo mirándola con nerviosismo—. Antes de que subas al coche... Alexei me ha pedido...

—¿Qué te ha pedido? ¿Por qué estás tan nervioso?

—Es que... me ha pedido que te tape los ojos.

Nicola se quedó inmóvil mirándole con estupor.

—¿Se puede saber a dónde me llevas que tienes que taparme los ojos para que no lo vea? ¿Y con ropa de abrigo?

—No te lo puedo decir, pero te juro que no es nada malo. —Se apresuró en añadir—, si no te fías de Alexei, fíate de mí, jamás le ayudaría a hacer algo

que te perjudicara, yo... quiero que sepas que hasta hace unos días no sabía lo que había pasado con Alexei.

—Lo sé Marco, nunca pensé que estuvieras de acuerdo con lo que pasó, siempre imaginé que no lo sabías.

—Y así era. Yo... no he tenido la oportunidad de decírtelo, pero quiero pedirte perdón.

—¿Por qué? Tú no hiciste nada.

—No, pero estos años te traté como la peste, en mi descargo sólo puedo decir que pensaba que habías traicionado a Alexei con Adrián —le dijo con remordimientos.

—Lo sé. Siempre lamenté que eso estropeará tu amistad con él.

—No te negaré que influyó—continuó Marco mirando a lo lejos—, pero mi amistad con tu primo no se deshizo sólo por eso. Y ahora, hablando de otra cosa, ¿Te voy a poder vendar los ojos?

—¿Qué harías si te dijera que no? —respondió Nicola con una sonrisa.

—Pues iría a buscar a Alexei y le diría que se cancela la cita, ya le avisé de esa posibilidad.

—¿Y él que te dijo? —preguntó Nicola curiosa.

—Que merecía la pena el riesgo.

—Está bien —dijo Nicola tras unos segundos de silencio—. Confío en ti. Véndame los ojos.

Aunque era verdad que confiaba en Marco y no creía que fuera a participar en nada que supusiera un riesgo para ella, estaba asustada, pero a la vez estaba decidida a darle a Alexei una oportunidad y a la vez dársela a sí misma. Alexei decía que podía ayudarla a superar los miedos que él mismo había provocado, y ella estaba dispuesta a dejarle intentarlo. Tras vendarle los ojos, la ayudó a subir al coche e iniciaron el camino.

Tras lo que le pareció un tiempo interminable, notó que el coche se detenía. Lo que más le llamó la atención fue un sonido que parecía como el viento, pero no exactamente. No era capaz de definirlo, era corto pero intenso y

se reproducía cada pocos segundos.

Marco le abrió la puerta ayudándola a bajar y lo que le sorprendió no fue el aire frío de la noche, ya que eso ya se lo esperaba, sino la ola de calor que le alcanzó, como cuando te sitúas frente a una chimenea.

—¿Dónde estamos? —pregunto totalmente intrigada.

—En el campo.

—Ya —dijo riendo—, pero ¿dónde exactamente?

—En seguida lo vas a averiguar, ven —dijo cogiéndola de las manos, guiándola y acercándola cada vez más hacia ese extraño sonido. Según se fueron aproximando, se dio cuenta de que la ola de calor acompañaba al extraño sonido y entendió que era la expulsión de algún tipo de fuego lo que lo producía, pero aún no comprendía lo que podía ser.

—Ahora te encontrarás con tres escalones, te ayudaré a subir.

—¿Dónde está Alexei?

—Aquí mismo, esperándote. — Oyó decir al propio Alexei.

El sonido de su voz sorprendió a Nicola, ya que parecía provenir de delante de ella. No entendía nada.

Marco subió con ella los tres escalones y cuando llegó arriba del todo, oyó la voz de Alexei que le decía:

—Ahora voy a cogerte por la cintura para ayudarte a bajar, no te asustes.

Antes de que pudiera replicar notó las manos de Alexei en su cintura y como si de la más delicada flor se tratase, la posó con suavidad en el suelo frente a él.

Nicola levantó las manos para quitarse la venda, pero Alexei la detuvo con un susurro.

—Aún no —murmuró en su oído.

Nicola se detuvo, bajando las manos al tiempo que decía con frustración:

—¿Cuándo?

—En unos minutos, no te muevas.

Se alejó un poco de ella. Otra vez oyó ese sonido seguido del intenso

calor y Nicola se tambaleó al notar cómo se movía el suelo bajo sus pies.

—¿Alexei? —gritó asustada.

—Ya puedes quitarte la venda —dijo Alexei a su lado.

Cuando Nicola bajó la venda de los ojos, se arrepintió al momento de haberlo hecho y miró horrorizada a Alexei.

—¿Un globo? —dijo con un hilo de voz— ¿Me has subido a un maldito globo? Sabes que odio las alturas.

Empezó a sentirse completamente aterrorizada, no se atrevía a mover un músculo temiendo la posibilidad de caerse abajo.

Alexei la atrajo a sus brazos mientras le susurraba:

—¿A quién le tienes más miedo? ¿A mí o a las alturas?

Nicola se abrazó a Alexei con todas sus fuerzas, hundiendo la cabeza en su pecho al tiempo que respondía con voz estrangulada:

—A las alturas.

—Eso pensé —dijo Alexei abrazándola con fuerza.

—¡Eres un cabrón! —dijo con lágrimas en la voz y aferrada a él.

—Lo sé, pero estoy desesperado y si el poder tocarte y abrazarte ahora mismo va a suponer que luego me odies, habrá merecido la pena.

Nicola se aferraba a Alexei como si la vida le fuera en ello, sin atreverse a mirar alrededor. Siempre le había tenido miedo a las alturas y él lo sabía, hacía años le había contado lo mal que lo había pasado en la única vez que se había subido a la noria.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? —le dijo con voz ahogada.

A Alexei le costaba un poco oírle ya que no apartaba la cara de su pecho, aferrándose a él con desesperación, tal era su miedo que ni siquiera se había fijado en que no estaban solos en la cesta, sino que una mujer era la que capitaneaba el globo.

—Hasta que llegemos a nuestro destino —le susurró al tiempo que la cogía entre sus brazos y se sentaba con ella en el único asiento que había.

—¡Qué haces! —gritó Nicola aterrorizada al ver que se movía,

abrazándose a él con más fuerza—. ¡No sueltes el globo!

Alexei no pudo evitar reírse, la verdad es que estaba disfrutando, no tanto con el miedo de Nicola, sino con el hecho de que ella no era consciente de que no se había separado de él ni un milímetro desde que se había quitado la venda.

—Nicola, yo no sé manejar un globo, para eso está nuestra capitana.

—¿Quién? —preguntó Nicola, incapaz de levantar la cara para mirar alrededor.

—Nuestra capitana —repitió Alexei—. Se llama Denisse y es la que está manejando el globo.

—Hola Nicola —dijo una firme voz que trataba de contener la risa—. Creo que no estás disfrutando mucho con la sorpresa.

—Hola —dijo Nicola totalmente avergonzada—. No pienso ni mirarte.

—No pasa nada, lo entiendo —dijo Denisse riéndose sin poder evitarlo—. No eres la primera persona que conozco que pasa miedo en este globo.

Nicola se sentía totalmente humillada, pero lo peor de todo era que no sólo no se atrevía a soltar a Alexei, sino que se aferraba a él con desesperación por temor a que la soltara. Las manos de Alexei comenzaron a trazar un sendero por su espalda.

—¡No te atrevas! —dijo Nicola que estaba empezando a sustituir el miedo por el enfado. ¿Cómo se atrevía a utilizar su miedo a las alturas en su contra?

Alexei se quedó inmóvil, sabía que había ido muy lejos y que se estaba jugando el futuro de su relación, así que no se atrevió a ir más allá. Se quedó inmóvil con Nicola aferrada a él hasta que finalmente pasado lo que le pareció un tiempo interminable, le dijo:

—Hemos llegado.

El alivio invadió a Nicola, así como el cabreo más absoluto, pero como no se fiaba, prefirió no decir ni una palabra hasta que se hubiera bajado de esa máquina infernal. Tenía todos los músculos agarrotados de la fuerza y la tensión con la que se había aferrado a Alexei.

Se alejó de él en el momento que la ayudó a salir de la cesta y pisar tierra firme.

—¿Nos vamos? —le dijo Alexei tras despedirse de la mujer que había capitaneado el globo.

—¿Y a dónde se supone que vamos? —preguntó Nicola con toda la tranquilidad de la que fue capaz, teniendo en cuenta el cabreo tan monumental que tenía.

—Al teatro, a ver el musical —dijo Alexei que no era consciente del humor de Nicola.

—¿Y se puede saber, ¡hijo de la gran puta! ¿De dónde coño has sacado que después de lo que has hecho voy a ir contigo ningún sitio?

Alexei se quedó helado al oír sus palabras. Esperaba que no le hiciera mucha gracia lo del globo, pero no se esperaba que se cabreara tanto.

—Yo... lo siento, Nicola, pero fue la única manera que se me ocurrió para ayudarte a superar tu reticencia a que te tocara. Sé que te arrepentiste de lo del otro día y no quería que volvieras a alejarme de ti y no me dejaras que te tocara. Al verte frente a dos miedos, inconscientemente tuviste que escoger cuál de los dos podías enfrentar y esperaba ser yo y mi cercanía, lo único que quería era que perdieras el miedo a mi contacto.

Sus palabras apaciguaron parte del enfado de Nicola. Había pensado que era algún retorcido sentido de la diversión el que le había llevado a subirla al globo, pero el saber que en realidad había pretendido ayudarla, hizo que le desapareciera parte del enfado.

—Está bien —le dijo un poco más tranquila—, lo entiendo, pero aún así ahora mismo no estoy de humor para ir contigo a ningún musical.

—Vale —dijo Alexei de forma conciliadora—, pero por lo menos ¿vas a querer cenar?

—Depende.

—¿De qué?

—De a dónde pretendas llevarme.

—Tenía pensado que cenáramos en mi yate.

—¿Tienes un yate? —preguntó Nicola con interés.

—Sí. La idea era cenar allí y luego ir al teatro.

—¿Y por qué no un restaurante? ¿Pretendes tirarme al agua para ver si sé nadar?

—Porque no quería darte la oportunidad de que pudieras alejarte de mí —dijo Alexei sonriendo viendo que se le había pasado parte del enfado.

—Me parece que estás jugando muy sucio —dijo Nicola tratando de mantener vivo su enojo.

—Nicola —susurró Alexei acercándose a ella, pero sin intentar tocarla—. Dame la oportunidad de reivindicarme frente a ti, sé que lo que te hice fue imperdonable, pero por favor, déjame intentarlo.

Nicola se sentía desgarrada en su interior, por un lado quería perdonarlo, ojalá pudiera, pero por otro lado sentía un dolor tan grande que no se veía capaz. Haciendo de tripas corazón, le miró a los ojos y simplemente asintió, en ese momento no se sentía capaz de pronunciar palabra.

Alexei le señaló una limusina que les estaba esperando, le abrió la puerta del pasajero y para su sorpresa, en lugar de sentarse a su lado, se sentó junto al conductor.

Nicola se lo agradeció en silencio, necesitaba unos minutos para serenarse, la noche iba a ser más difícil de lo que había pensado.

Después de dejar a Nicola con Alexei, Marco se fue en el coche y empezó a conducir sin rumbo fijo, sentía un desasosiego muy grande en su interior, de hecho llevaba mucho tiempo sintiéndolo, meses, años incluso, pero en los últimos días, se había incrementado exponencialmente y sentía que iba a explotar.

Paró en un estacionamiento totalmente frustrado y cuando levantó la vista, un cartel le llamó poderosamente la atención El Space, ponía.

Estaba en el estacionamiento de El Space, donde había vuelto a hablar con Adrián después de tantos años. En ese instante comprendió que desde ese día no había vuelto a ser él mismo. Hacía mucho tiempo que se sentía incompleto, pero desde ese día se sentía mucho peor y la culpa era toda de Adrián, ¿Cómo se le ocurría besarle? Como si él fuera un puto maricón.

Cuanto más pensaba en ello más cabreado estaba, así que decidió entrar en el local y mirar si le veía, si era así se iba a enterar, le iba a decir todo lo que no había podido decirle antes, por la presencia de Nicola.

Adrián en la casa, no podía dejar de pensar en Marco y en las pocas palabras que habían intercambiado antes de que llegase Nicola, ¿Qué hubiera pasado si ella no los hubiera interrumpido? Necesitaba un trago. Se vistió decidido a acercarse hasta El Space, buscaría a alguien para echar un polvo y así podría dejar de pensar en Marco.

Cuando llegó al club era pasada la medianoche y aunque aún faltaban un par de horas para el cierre, el hecho de que fuese un día de diario, hacía que no hubiese mucha gente en el local, por eso pudo ver a Marco en el momento en el que entró.

Estaba en una mesa solo, bebiendo y no parecía que fuese su primera copa.

—Hola Marco —le dijo acercándose a su mesa.

Marco que en ese momento levantaba la botella de cerveza para beber un trago, no dijo nada. Se limitó a mirarle inmóvil durante un tiempo que a Adrián se le antojó eterno. Finalmente con rabia depositó la botella de cerveza encima de la mesa con un golpe seco y dijo con furia:

—¡Eres un hijo de puta! —Y se abalanzó sobre él. Adrián le esquivó retrocediendo rápidamente hasta que golpeó la pared.

—Marco, tranquilízate, estás borracho.

—¡Hijo de puta! —Volvió a repetir Marco agarrando a Adrián por el cuello de la camisa.

Cuando éste pensaba que iba a volver a darle un puñetazo, le miró

fijamente y luego sucedió lo último que Adrián hubiera imaginado. Empezó a besarle con una rabia e intensidad que no pudo más que igualar enzarzándose en una lucha de voluntades, deslizándose por la pared mientras se comían la boca uno a otro.

Adrián empezó a tantear en busca de la entrada al almacén que se encontraba justo en esa pared, sin dejar en ningún momento de besar a Marco. Cuando dio con ella abrió la puerta como pudo empujándolos a ambos al interior del almacén.

Marco le miraba enfebrecido, al percatarse de que Adrián quería decir algo, le giró de un golpe de cara a la pared.

—Silencio —le dijo mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Le bajó violentamente los pantalones y separándole las nalgas le penetró, brutal, caliente y hasta el fondo. Adrián jadeó por la sorpresa y el dolor que le produjo, mientras Marco empezaba con un movimiento implacable, las piernas separadas al tiempo que jadeaba en su oído.

—¿Esto es lo que quieres? —le preguntó con voz entrecortada— ¿Qué te rompa el culo? Llevas tiempo pidiéndomelo.

—Sí. ¡Joder! ¡Sí! —dijo Adrián totalmente excitado.

El bombeo continuó violentamente, Adrián apoyó las palmas de las manos en la pared con fuerza, tratando de mantenerse a sí mismo en el sitio. Ya no sabía dónde empezaba uno y donde acababa el otro, hasta que los duros movimientos de cadera se congelaron durante un segundo y tuvieron un orgasmo simultáneo que les dejó agotados y temblorosos.

Marco no podía moverse, todavía sentía réplicas del orgasmo tan brutal que había sentido, pero cuando la excitación que le había dominado comenzaba a apagarse, se apartó de Adrián mientras la vergüenza empezaba a invadirle. Se apoyó en la pared con los ojos cerrados. ¡Qué coño había hecho! Se había convertido en un puto maricón.

Adrián se subió los pantalones en silencio, observando el cambio que se estaba produciendo en Marco.

—Eres un cobarde de mierda —le dijo dándole la espalda para salir del cuarto.

—Y tú eres un puto maricón —soltó Marco con rabia.

Adrián no pudo evitar reírse al oír el insulto.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? —le dijo dándose la vuelta—. ¡Vete a la mierda! ¿Crees que no sé lo que estás pensando? ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡No me gustan los hombres! —le imitó con burla.

Marco estaba lívido, pero no se atrevió a contradecirle, a fin de cuentas eso era exactamente lo de estaba pensando.

—Lamento desilusionarte. —Continuó diciendo Adrián—, pero no te he drogado, ni embrujado, eso que has sentido ha salido de ti y por si no sabías lo que era —dijo acercándose hasta quedar a un centímetro de distancia—, eso era deseo puro y duro. Cuando sientes que si no follas con esa persona te mueres ¿Lo habías sentido alguna vez con una mujer? Seguro que no —le dijo pasándole la lengua por la mejilla.

—¡Yo no soy un puto maricón! —rugió Marco empujándole para alejarlo.

La rabia invadió a Adrián al tiempo que decía:

—No, seguro que no. ¡Vete y fóllate alguna de esas guarras con las que sueles andar! Porque ¿sabes? No fue para tanto, polvos como éste los echo yo todos los días.

Y con toda la dignidad de la que fue capaz se alejó de Marco. No podía decirle que le había destrozado el corazón y que jamás con ninguna otra persona había sentido lo mismo que con él, no le daría municiones para que le hiciera más daño.

14

Nicola miraba el mar que se extendía frente a ella con nerviosismo. En el momento que habían subido al yate, Alexei había dado órdenes de que se dirigieran a mar abierto.

—Discúlpame un momento —le había dicho antes de dejarla en cubierta sumida en sus pensamientos—. Voy a hablar con la tripulación para que nos sirvan la cena.

Saber que no estaban solos en el barco la había tranquilizado un poco, pero aun así sentía la garganta seca por la ansiedad. Hacía un rato se había acercado una joven para preguntarle si deseaba algo y le había pedido un refresco, no quería tomar nada de alcohol. Necesitaba la mente despejada.

—¿Qué piensas? —preguntó Alexei apareciendo por detrás de ella.

—En lo mucho que has cambiado —respondió Nicola con un suspiro—. Cuando te conocí eras más...

—¿Bruto? —dijo Alexei con sequedad— ¿Grosero? ¿Maleducado?

—No, nunca fuiste maleducado, pero sí eras más basto, menos sofisticado.

Alexei se situó a su lado cogiéndose a la barandilla y mirando a la lejanía.

—Creo que nunca te conté sobre mi niñez.

—Me contaste que no habías conocido a tu padre hasta su muerte y que no sabías que era rico.

—Sí, pero no te conté que vivíamos en la pobreza hasta que mi madre empezó a prostituirse para que tuviéramos dinero para comer.

Nicola le miró horrorizada.

—Tampoco te conté que con diez años empecé junto con Iván a trabajar para su padrastro, haciendo recados, pequeños trabajos, hasta que acabamos siendo los encargados de cobrar las deudas que tenían con él.

—¿Qué tipo de deudas? —Nicola estaba totalmente sorprendida con lo que le estaba contando, se dio cuenta de que no sabía nada del pasado de Alexei o de Iván, más allá de lo que ellos habían contando a todo el mundo, que no había sido mucho.

—Prestaba dinero a intereses muy elevados —continuó Alexei sin mirarla—. Si alguien se retrasaba con el pago nos enviaba a nosotros a cobrar la deuda. He hecho muchas cosas de las que no estoy orgulloso, Nicola. No sólo a ti. —La miró a los ojos buscando en su rostro ¿comprensión? Cualquiera cosa menos desprecio. Quería que le entendiera—. La primera vez que eché un polvo tenía trece años y ella cuarenta, fue el regalo de cumpleaños del padrastro de Iván. A ella le gustaba... el sexo duro, me enseñó a follar con violencia y hasta que te conocí no sentí la necesidad de ser delicado con nadie. En realidad, ni siquiera sabía cómo hacerlo, pero quería intentarlo. Por eso... aquella noche... hacía tanto que te deseaba... quería tratarte con ternura, pero temía no ser capaz, así que busqué una prostituta con la que desahogar mis frustraciones.

—¿Por eso actuaste así? —murmuró Nicola tocándose inconscientemente con la mano la cicatriz de la boca.

Alexei le apartó la mano delicadamente y mirándola fijamente a los ojos pasó un dedo con suavidad por la cicatriz.

—No trato de justificar lo que hice, porque no tiene justificación, sólo quiero que sepas por qué actué como lo hice. Con los años he descubierto que el sexo no necesariamente ha de ser violento. Lo último que hubiera deseado jamás era hacerte daño, precisamente eso era lo que quería evitar.

—Era tan ingenua —dijo Nicola con voz ronca— soñaba contigo, con que me besabas, en mis sueños tus besos siempre eran dulces y tiernos, imaginaba que me decías lo mucho que me amabas.

—Y te amaba. Aún te amo —susurró Alexei con ternura—, por favor, déjame demostrártelo.

—¿Y cómo planeas hacerlo esta vez? ¿Vas a echarme arañas por encima? O planeas tirarme al agua rodeada de tiburones? —dijo Nicola apartándose de él

y tratando de aligerar el ambiente. No quería que fuera tierno con ella, ni que le dijera que la amaba, lo único que quería era ser capaz de tener una relación con un hombre, pero no con él. Con cualquiera menos con él.

Alexei la dejó alejarse, no quería presionarla, pero aunque ella aún no lo sabía, estaba dispuesto a volver a conquistarla.

—En esta ocasión tenía pensado que cenáramos y viéramos una película.

—¿La naranja mecánica? —preguntó Nicola con humor.

—Más bien pensaba en Persuasión.

Nicola sintió como si una mano invisible le estrujase el pecho.

—¿Por qué has escogido esa película? —le pregunto con un hilo de voz,

Porque yo tampoco he podido olvidarte —dijo mirándola a los ojos al tiempo que le tendía la mano—. Ven.

Nicola extendió su mano temblorosa y dejó que la guiase hasta el salón del yate donde estaba dispuesta la mesa. Durante la cena Alexei la entretuvo con anécdotas de su juventud, Nicola supuso que las disfrazaba un poco para darle un toque de humor, pero en el fondo percibió lo dura que había sido su infancia.

—Fue Iván el que me convenció de que podíamos aspirar a algo más. Trabajando para su padrastro poco a poco ahorramos lo suficiente para montar nuestro propio negocio. No le hizo mucha gracia que nos fuéramos por nuestra cuenta, aunque finalmente nos lo permitió.

—¿Os lo permitió? No lo entiendo, ¿por qué no os lo iba a permitir?

Alexei la miró con fijeza durante unos segundos. Quería que Nicola le conociese de verdad, que supiera realmente quién era él y quién había sido.

—Él era... es un delincuente —dijo Alexei corrigiéndose a sí mismo—. Si empezabas a trabajar para él te metías en un mundo del que no podías salir. Debido a la relación que mantenía con la madre de Iván nos permitió irnos, así que montamos una pequeña empresa dentro de la legalidad.

Nicola estaba sorprendida por todo lo que le estaba contando Alexei. Si esto se lo hubiera contado hace diez años no sabía cómo hubiera reaccionado, en aquel entonces era muy joven e impresionable, probablemente hubiera huido

asustada.

—¿De qué era la empresa que montasteis?

—Bueno, al principio, era... como una pequeña financiera —contestó Alexei con una extraña sonrisa.

—¿Una financiera? —dijo Nicola sorprendida—, pero ¿qué sabíais vosotros de...?

De pronto calló al darse cuenta del tipo de financiera que debían haber montado.

—Ya —dijo pensativamente—. Cuando hablas de una empresa dentro de la legalidad, ¿qué quieres decir? ¿que en este caso no les dabais una paliza si no pagaban?

—Nunca nadie dejó de pagarnos —respondió Alexei con seriedad.

—Ya, ya me imagino. —Nicola estaba segura de que si la amenazase alguien como Alexei o Iván, no dejaría de pagar ninguna deuda.

—No es lo que piensas —dijo Alexei al ver la cara que ponía Nicola—. No le dejábamos el dinero a cualquiera. Tenían que cumplir una serie de requisitos. Normalmente eran mujeres trabajadoras con hijos a las que los bancos les negaban los préstamos por su precariedad laboral, nosotros les prestábamos el dinero a un interés inferior a los bancos.

Nicola le miraba con la boca abierta.

—No me lo creo, ¿cómo es eso de que dejabais el dinero a un interés inferior a los bancos? ¿Y me estás diciendo que eso era un negocio?

—Iván y yo nos criamos en el mundo de la prostitución y te puedo asegurar que la mayor parte de las mujeres que se dedicaban a ello lo hacían por dar de comer a sus hijos. Los bancos no te suelen prestar dinero cuando tus ingresos tienen un origen oscuro, a no ser que seas multimillonario, en cuyo caso ni te preguntan. Nosotros se lo prestábamos y te puedo asegurar que jamás, ninguna de ellas, dejó de hacer frente a las cuotas. Al principio no teníamos muchos beneficios, pero poco a poco fue aumentando nuestra clientela y al cabo de un año hubiéramos podido vivir exclusivamente de los intereses.

Nicola trataba de asimilar todo lo que Alexei le estaba contando, pero le resultaba muy difícil. Cuando le había conocido se había presentado como el hijo pródigo que llevaba tiempo separado de su padre y que sólo había regresado a raíz de su muerte. Todo lo que le estaba contando le hizo darse cuenta de que en realidad no le conocía, se había enamorado de la imagen que tenía de él, no del hombre de verdad. En su inocencia se había inventado una suerte de príncipe azul, que se le había convertido en rana, pero ahora se daba cuenta de que Alexei era un hombre distinto a como lo había imaginado, más humano.

Algo se removió en su interior, siempre había sido consciente de que era una privilegiada, que no todo el mundo podía vivir como ella y Adrián, sin preocuparse por el dinero, incluso tras la muerte de sus padres, si quisiera podría vivir toda la vida sin trabajar. Comprendía que había que tener una gran fuerza de voluntad para salir adelante cuando tenías todo en tu contra como parece ser que había sido el caso de Alexei y de Iván. No pudo dejar de sentir una cierta admiración por ellos, por todo lo que habían conseguido con su propio esfuerzo.

—Nos volvimos autodidactas —continuó diciendo Alexei—, descubrimos que teníamos cualidades innatas para los negocios. Para otras cosas tengo la mente cuadrículada, pero para los números, me resulta muy fácil entender los entresijos de cualquier negocio. Montamos esa primera empresa, con los beneficios obtenidos otra y luego otra más y antes de que nos diéramos cuenta éramos prácticamente millonarios.

—¿Y Marco como encaja en todo esto? ¿Es verdad lo que me contaste? ¿Qué os conocisteis a través del gimnasio?

—Sí es cierto.

—¿Pero él sabe todo lo que me estás contando?

—Sí, una noche de borrachera Iván y yo se lo contamos, desde entonces nos hicimos amigos y posteriormente socios de negocios. Él quería independizarse de su familia. Pero ya está bien de hablar de mí —dijo con un suspiro poniéndose en pie—. Si ya terminaste de cenar, pediré que lo recojan todo para que podamos ver la película.

De pronto una sospecha cruzó por la mente de Nicola

—¿Por qué tienes esa película? ¿Acaso contabas con que no iba a querer ir al teatro?

—No exactamente. La tengo porque... me gusta

—¿Qué es lo que gusta?

—La película.

—¡Queeé! —exclamó Nicola con incredulidad— No me lo creo.

Ahora fue el turno de Alexei de enrojecer.

—Yo... la vi hace años —dijo sin mirarla a la cara totalmente avergonzado—. Una noche de borrachera, pasé delante de un videoclub y vi el cartel de la película. Pensé en ti y en todas las veces que me habías contado lo mucho que te gustaba, en aquel entonces aún me engañaba a mí mismo pensando que te odiaba, cuando en realidad nunca he sido capaz de dejar de amarte. La compré para verla con otra mujer.

—No entiendo —dijo Nicola con confusión— ¿Para qué la querías ver? ¿Y con otra mujer? Sólo es una película.

—Pensándolo ahora me doy cuenta de que fue algo totalmente infantil —contestó Alexei con una sonrisa triste en el rostro—. Me sentía dividido entre el amor y el odio. Esa película se convirtió en un símbolo para mí, creía que si la veía con otra mujer, te exorcizaría de mis recuerdos, pero cuando la vi, no pude evitar sentirme identificado con el protagonista, con el dolor que debió sentir cuando ella le abandonó y con su incapacidad para olvidarla a pesar de los años transcurridos, así que cada vez que el dolor me desgarraba por dentro, la veía y te odiaba un poco más y te amaba un poco menos.

Nicola le miraba en silencio con los ojos anegados en lágrimas, lo que había descrito Alexei, era lo mismo que había sentido ella durante todos estos años.

—Ven —susurró Alexei tendiendo su mano—. Vamos a verla.

—No puedo —respondió Nicola al tiempo que las lágrimas caían libres por sus mejillas.

—¿Por qué no?

—Porque duele demasiado —dijo con voz ronca ignorando su mano tendida.

—Las heridas deben doler para poder curar. Permíteme que cure el daño que yo mismo he causado.

En esta ocasión Nicola extendió su mano para alcanzar la de Alexei, sin poder evitar que la recorriera un escalofrío. Se dejó llevar hasta el sofá, pero cuando creía que Alexei iba a sentarse a su lado, él lo hizo en otro asiento, lo suficientemente alejado como para que no se tocaran, pero lo suficientemente cerca para que pudiera hacerlo si así lo deseaba.

Como siempre que veía esa película, no pudo evitar llorar de tristeza al principio y luego de felicidad según se iba desarrollando la trama. En un momento determinado Alexei tomó un mechón de su cabello y empezó a acariciarlo. Al principio Nicola se había tensado al sentirlo, pero poco a poco al darse cuenta de que no pretendía nada más, fue relajándose permitiendo que continuara con sus caricias.

—¿Estás bien? —le dijo Alexei cuando terminó la película.

—Sí. Gracias —murmuró Nicola.

—Gracias, ¿por qué?

—Por esto. Por la cena, por la película, por no haber ido más allá.

—¿Y no me das las gracias por el paseo en globo? —preguntó Alexei con malicia.

Nicola le miró durante unos segundos pensativa.

—Creo que tenías razón —dijo finalmente.

—Razón ¿en qué?

—En lo del globo. Me obligaste a acercarme a ti, si no me hubiera visto forzada por la situación quizás no lo hubiera hecho.

—Eso pensé.

—¿Y ahora qué?

—Ahora te voy a llevar a casa. ¡En coche! —se apresuró a añadir riendo.

Nicola no pudo evitar reírse también. Después de todo la noche no había sido tan dura como había imaginado. Quizás al final Alexei le ayudase a superar sus miedos y por fin podría tener un futuro con algún otro hombre.

Marco estaba convencido de que lo de Adrián había sido un puto error, algo le debían haber echado en la bebida, porque él no era ningún maricón. Por eso en ese momento estaba en el callejón de un club cualquiera, follando con una tía cualquiera. Empujaba furiosamente dentro de ella intentando sacarse a Adrián de la cabeza, lo conseguiría, aunque para ello tuviera que follarse a todas las zorras de la ciudad. Intensificó los movimientos, no entendía por qué le estaba costando tanto pero finalmente se corrió dentro de ella.

—Joder, ¡vaya polvo! Me has destrozado —le dijo la rubia sin nombre mientras le acariciaba el brazo con sus manos de manicura perfecta.

Marco no pudo evitar sentir un regusto amargo en la boca. No sabía lo que le pasaba, pero no sé sentía mejor, sino mucho peor. Las náuseas le invadieron y sin poder evitarlo vomitó salpicando los zapatos de la rubia.

—¡Ehh! ¡Cuidado! ¡Casi me manchas los zapatos! —le gritó con asco apartándose de un salto—. Será mejor que no bebas más. Te iba a decir si querías echar otro polvo en tu casa, pero creo que no estás en condiciones.

—No —dijo Marco sintiendo asco de sí mismo—. Será mejor que me vaya.

Adrián sentía como si tuviera un puñal atravesándole el pecho. Al segundo de salir del Space se arrepintió de lo que le había dicho a Marco. A fin de cuentas ¿quién era él para tacharle de cobarde cuando hasta hace dos días él también fingía ser heterosexual? Decidido a disculparse con él dio la vuelta justo a tiempo para verle arrancar con el coche. Creyendo que se dirigiría a su casa le siguió pensando que así era mejor, en su apartamento podrían hablar y aclarar las cosas entre ellos.

Sin embargo pronto tuvo claro que Marco no iba hacia su casa. Cuando

vio el club en el que paraba la bilis le subió a la garganta. Conocía ese club, era famoso porque en él podías conseguir fácilmente sexo anónimo y sin compromiso.

Sintiendo como si llevara una piedra en el pecho, le siguió hasta el interior del local. Una vez allí Marco se dirigió a dos mujeres que estaban en la barra, le susurró algo al oído de una de ellas y cuando ella asintió se dirigieron hacia una puerta trasera.

Adrián observó toda la maniobra como en trance. No se lo podía creer. Hacía sólo unos minutos que había estado en su cuerpo y ahora iba a mancillar ese momento follando con la primera mujer que se había encontrado. Necesitaba cerciorarse, aún tenía la esperanza de que en el último momento no lo hiciera, de que se arrepintiera, de que se diera cuenta de que lo que había sucedido entre ellos había sido inevitable.

Hace diez años se había enamorado de él y hoy se había dado cuenta de que aún no le había olvidado.

Le bastó entreabrir la puerta para oírlo, los jadeos y las embestidas le atravesaron los oídos, el corazón y el alma. Se apoyó en la puerta cerrando los ojos, por un lado quería huir para no oírlo y por otro lado una fuerza invisible le mantenía inmóvil en el sitio, esperando quizás, un arrepentimiento, algo que le demostrara que Marco era consciente del tremendo error que estaba cometiendo, pero nada de eso sucedió. Únicamente el jadeo final cuando alcanzó el orgasmo que le atravesó como un rayo sacándole del sopor en el que estaba sumido y que le permitió apartarse de la puerta para irse del local con el corazón lacerado y jurándose que le iba a arrancar de su mente y de su corazón.

15

Nicola abrazó a Adrián por la espalda, apoyando la cabeza en su hombro

—¿Qué te pasa? Hace días que no eres tú mismo.

Adrián correspondió a su gesto acariciando su brazo con ternura.

—Lo sé, no te preocupes por mí, se me pasará. Más bien cuéntame de tu relación con Alexei, ¿le has perdonado?

Un suspiro sonó a su espalda lo que hizo que se girase para mirarla.

—¿Pregunta difícil?

Nicola le miró con una sonrisa insegura.

—Respuesta difícil más bien. Por un lado quisiera perdonarlo, pero por otro lado no me siento capaz.

—¿Entonces se puede saber qué hacemos en una fiesta en su yate?

—Eso mismo me estaba preguntando yo. Desde el día que me llevó a ese infernal viaje en globo, me dejó en casa y no he vuelto a saber de él, ni una llamada, ni un mensaje y hoy de pronto me llama Marco para invitarme a la fiesta en su nombre. Ni siquiera se digna en llamarme él.

Adrián se tensó al oír el nombre de Marco.

—¿Marco está aquí? No me habías dicho que había sido él el que te había invitado, di por hecho que había sido Alexei.

—No, no fue él y para colmo desde que llegamos ni siquiera se ha acercado a saludarnos ¿Qué pretende? No entiendo nada.

—Quizás te está dando espacio, él ya hizo su movimiento, te pidió una oportunidad, va siendo hora que decidas si se la vas a dar. Piénsalo. Yo ahora mismo me voy a buscar una copa y a relacionarme, ¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias.

—Te dejo entonces para que pienses lo que le vas a decir cuando le veas.

Nicola se quedó sola con sus pensamientos. Llevaba muchos años con un agujero en el sitio donde debía ir el corazón y no sabía cómo hacer que dejara de

doler, aunque era lo que más deseaba, poder perdonarle.

Unas risas llamaron su atención y al girarse vio a Alexei con una rubia colgada de su brazo que le miraba extasiada, era ella la que se había reído. Sintió las garras de los celos cómo la aprisionaban cortándole la respiración, sorprendida notó una humedad por sus mejillas y se dio cuenta de que eran lágrimas, pero ¿Por qué? ¿Por qué lloraba? ¿Qué le importaba que él pareciera tan feliz mientras ella sentía como si se desgarrara por dentro? ¿Qué estaba mal en ella? Ni ella misma lo sabía, sólo sabía que le faltaba el aire, tenía que huir de allí.

Dándose la vuelta ciegamente empezó a correr para salir del yate mientras una voz la llamaba, no sabía quién era ni lo que quería, pero no importaba, lo único que importaba era escapar.

Al llegar a la rampa de bajada al muelle, ralentizó sus pasos y trató de aquietar su corazón, pero cuando ya creía que podría salir, uno de los hombres de seguridad se interpuso en su camino.

—Perdone señorita, pero tengo órdenes estrictas de que no abandone el barco.

—¿Órdenes de quién? —preguntó con toda la dignidad de la que fue capaz, aunque ya sabía la respuesta a su pregunta.

—Órdenes mías —susurró Alexei a su espalda.

Un temblor recorrió su cuerpo sin poder evitarlo.

—Nicola —Oyó que la llamaba al tiempo que tomaba uno de los mechones de su cabello y lo acercaba a sí mismo para olerlo—. Violetas —murmuró con fascinación— ¿Alguna vez te dije que adoro este olor? Me volvía loco cada vez que lo olía en algún lugar, porque me recordaba a ti. ¿Sabes lo que he pedido que planten en el jardín de mi casa?

—Qué —dijo Nicola con voz ronca girándose hacia él para que se viera obligado a soltarle el cabello.

—Violetas. Cientos de violetas de todos los colores.

Nicola se cubrió la cara con las manos.

—¿Por qué me haces esto? —murmuró ahogando un sollozo.

—Ya sabes por qué, pero no lo quieres aceptar. Ven conmigo.

Nicola bajó las manos que cubrían su rostro secándose las lágrimas que lo habían empañado. Alexei la miraba fijamente con ternura en la mirada.

—¿Quieres saber por qué no te he llamado en todos estos días?

Nicola movió la cabeza afirmativamente, no se atrevía a hablar, no sabía si le saldría la voz.

—Quería darte tiempo para que procesaras lo que había pasado, para que descubrieras si estabas dispuesta a darme una oportunidad. ¿Lo estás?

—No lo sé —susurró Nicola que por fin había encontrado su voz—. Quisiera poder decirte otra cosa, pero no lo sé.

Ahora fue el turno de Alexei de suspirar.

—Está bien, no pasa nada. Acompáñame.

—¿A dónde?

—Quiero enseñarte una cosa que quizás te pueda ayudar a decidir.

Y sin decir más comenzó a caminar esperando que ella le siguiera. Durante unos segundos Nicola se quedó paralizada en el sitio, pero al ver que él se alejaba sin siquiera mirar atrás se apresuró a alcanzarle.

Pensó que iban a volver a la fiesta que se celebraba en cubierta, pero en lugar de eso la condujo por un pasillo lateral bajando unas escaleras hasta que Alexei entró en un cuarto dejando la puerta abierta para que Nicola le siguiera.

Nada más entrar lo primero que vio fue la gran cama que presidía el cuarto, por el tamaño de la misma era evidente que era el camarote de Alexei.

Nicola retrocedió unos pasos asustada, esperando para ver qué era lo que Alexei pretendía, pero éste simplemente la ignoró introduciéndose por una puerta lateral a lo que ella supuso que debía ser el baño.

—¿Alexei? —llamó Nicola con voz temblorosa. Al ver que no respondía, se introdujo un poco más en la habitación y volvió a llamarle.

—¿Alexei? ¿Qué haces?

—Buscaba algo —le dijo con las manos en la espalda apoyado de lado en

el quicio de la puerta del baño, mientras la miraba de una manera extraña.

A Nicola le temblaban las manos y notaba la garganta seca, esta situación le estaba asustando, había dado un par de pasos en el interior de la habitación, pero echaba continuas miradas hacia la puerta preparada para huir a la menor provocación.

—Estás asustada —susurró Alexei —no tienes por qué. No te voy a hacer nada.

—¿Entonces por qué me has traído hasta aquí? ¿Qué quieres? —preguntó Nicola nerviosa.

—Quiero que seas tú la que hagas lo que desees. —Y diciendo eso lanzó un par de objetos encima de la cama.

Nicola quedó paralizada y empezó a temblar al darse cuenta de que eran dos relucientes esposas. Se giró rápidamente preparada para huir cuando las siguientes palabras de Alexei la dejaron inmovilizada en el sitio.

—Son para que me las pongas —dijo Alexei a su espalda.

—¡Queeeé! —gritó Nicola que no podía parar de temblar.

—Quiero que me esposes a la cama y hagas lo que quieras conmigo con la seguridad de que no te voy a poder tocar.

Nicola se dio la vuelta rápidamente mirándole con asombro.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído —dijo Alexei quitándose la chaqueta que llevaba para quedarse sólo con la camisa, se acercó lentamente hasta la cama, se quitó los zapatos y se tumbó en ella al tiempo que dejaba las esposas a su lado.

—¿No tienes curiosidad? —le preguntó con voz ronca.

—¿Curiosidad sobre qué? —preguntó Nicola lamiéndose los labios que sentía repentinamente resacos.

—Sobre mí. Sobre los hombres ¿no te gustaría poder tocar a un hombre con total seguridad sabiendo que no te podrá tocar a ti?

Nicola empezó a respirar trabajosamente, de pronto un mundo de posibilidades se abrió ante ella.

—Tú decides, Nicola —dijo Alexei desde la cama—. Puedes cerrar la puerta y quedarte o puedes huir de nuevo.

Nicola le miró a los ojos durante un tiempo, hasta que finalmente se dirigió hacia la puerta y la cerró echando el pestillo.

Alexei suspiró apoyando la cabeza en la almohada y cerrando los ojos. Quería parecer lo menos intimidante posible, sabía que parecía un gigante comparado con ella y no quería asustarla, sólo pensar en lo que le había hecho hace años le daban náuseas, pensar en el miedo que debía haber pasado, en el dolor, le daban ganas de golpearse a sí mismo, pero necesitaba recuperarla, era como el aire, lo necesitaba para vivir.

Estos diez años había malvivido, ahora era consciente de ello, desde que había descubierto la verdad tenía los sentimientos a flor de piel, la deseaba, pero por encima de todo la amaba y haría lo que fuera necesario para que ella le amara también.

Nicola se acercó a él despacio, con temor, no estaba muy segura de que no fuese todo un engaño. Cogió las esposas con manos temblorosas echando continuas miradas a Alexei para comprobar que no se movía para abalanzarse sobre ella.

Sujetó una de sus grandes manos y un temblor recorrió su cuerpo, rápidamente enganchó la mano esposada al cabecero y se apartó a toda velocidad. Sentía como si el corazón se le fuera a salir del pecho por la rapidez de los latidos. Se limpió las manos sudorosas contra el vestido y se acercó por el otro lado para esposar la otra mano.

Cuando hubo acabado se alejó para mirarle, Alexei abrió lentamente los ojos y la miró de una forma que la hizo temblar de pies a cabeza.

—Cierra los ojos —urgió con un graznido. No quería que la mirara, no de esa manera. Él la obedeció sin decir nada. Nicola empezó a buscar en los cajones hasta que encontró lo que buscaba.

—Te voy a vendar los ojos —susurró.

Alexei la miró con sorpresa durante unos segundos para después cerrar

los ojos sin decir nada, dándole su permiso.

Con manos temblorosas se acercó hasta él. Para poder venderle tuvo que inclinarse totalmente, el tintineo de las esposas la asustó provocando que diera un salto y se alejara rápidamente. Alexei se había puesto tenso al notar que ella le tocaba y eso había provocado el movimiento, pero ya estaba otra vez inmóvil.

Nicola posó una mano en su propio pecho, tratando de ralentizar los latidos de su corazón, cuando ya se sintió un poco más tranquila se acercó de nuevo a él y le vendó los ojos. Se alejó un poco para mirarle y quedó impactada. A pesar de estar tumbado e inmovilizado, la imagen era poderosa, era como ver a un tigre enjaulado, en reposo, esperando una caricia, pero un tigre no podía ser acariciado sin arriesgarse a una dentellada.

—¿Y ahora qué? —murmuró Nicola.

—Ahora puedes hacer lo que quieras —respondió Alexei con voz ronca.

Estaba totalmente excitado, a lo largo de su vida había realizado múltiples perversiones con sus compañeras de cama, pero nunca había permitido que ninguna le atara. Sin embargo, en este momento, sabiendo que era Nicola la que ostentaba ese poder sobre él, estaba duro como una roca, si decidía irse dejándole ahí esposado, iba a tener que darse un montón de duchas de agua fría, aparte de la humillación de necesitar ayuda para liberarse.

Nicola se acercó a él despacio. Sabiendo que él no la podía ver, ni tocar, se permitió el lujo de mirarle tranquilamente, de arriba a abajo. Tenía treinta y siete años, pero era evidente que se cuidaba, el día que habían estado en el albergue, cuando se había mojado la parte de arriba, se había transparentado permitiéndole ver sus músculos, pero ahora podía verlos de verdad.

Posó una de sus manos sobre el pecho de Alexei y este se tensó con un siseo, el sonido de las esposas la detuvo, pero en esta ocasión no quitó la mano. Vio como ésta se elevaba al ritmo de la respiración de Alexei que notó que estaba alterada. Muy despacio la fue bajando por su pecho hasta llegar a su cintura, según iba bajando la mano Alexei se iba poniendo más y más tenso, pero en ningún momento trató de moverse.

Eso la animó y acercando la otra mano, botón a botón empezó a desabrochar la camisa.

—Joder. —Oyó que Alexei murmuraba.

Cuando terminó de desabrochar la camisa, la abrió completamente y ahí sí pudo admirar la firmeza de su pecho de músculos bien definidos. Con un dedo empezó a recorrerlos, trazando su forma, mientras pequeños temblores sacudían a Alexei que apretaba los dientes con fuerza tratando de no moverse, pero cada vez le resultaba más difícil. El placer que estaba sintiendo, sabiendo que era Nicola la que se lo estaba dando iba a hacer que se corriera en los pantalones como un adolescente.

Nicola ajena a estos pensamientos, se sentía cada vez más envalentonada, tenía veintisiete años y hacía diez que había dejado de tener fantasías sexuales, aún tenía sueños románticos, soñaba con encontrar un hombre que la amara, pero sin el componente sexual, pero ahora, en este preciso momento, volvía a sentir deseo y se lo debía a él, al hombre que más daño le había provocado.

No se atrevió a bajar más allá de la cintura, no era tan valiente para eso, pero quizás fuera la última oportunidad que iba a tener de disponer de un hombre como él a su disposición, así que no iba a desaprovecharla.

Apoyando las dos palmas en su pecho empezó a acariciarle despacio, sorprendiéndose de la suavidad de su cuerpo, siempre se había imaginado que sería áspero. Observó sus tetillas y al ver que se habían puesto duras, quedó fascinada, acercó su boca a una de ellas y antes de darse tiempo para arrepentirse la lamió.

Alexei dio un brinco que casi la tiró de la cama.

—¡Joder! ¡Nicola! —Jadeó con fuerza.

Sintiéndose envalentonada con su reacción empezó a lamerlas lentamente, primero una y luego la otra, provocando que Alexei se retorciera de placer hasta que se puso a temblar mientras un fuerte jadeo salió de su boca hasta que se quedó inmóvil de nuevo. Alexei temblaba aún conmocionado por lo que le acababa de suceder, se había corrido encima sin poder evitarlo, como

cuando era un crío.

Nicola le miraba extasiada, haber sido testigo de su orgasmo la había excitado de tal manera que sin poder evitarlo empezó a tocarse a sí misma hasta que también se corrió con un fuerte grito, cayendo desmadejada al suelo.

Alexei no se atrevía a decir ni hacer nada. Oírla correrse a su lado había sido más de lo que era capaz de soportar, estaba nuevamente excitado, pero esperaba que ella no se diera cuenta.

—Nicola —susurró tras unos minutos en los que sólo se oía el sonido de sus respiraciones.

—¿Dónde están las llaves? —preguntó Nicola con voz alterada levantándose del suelo.

—En el baño. Nicola... —Oyó como Nicola se levantaba para dirigirse al baño para al cabo de unos minutos notar como le soltaba una de las manos y le daba las llaves.

—Toma —le dijo—, suéltate tú.

Alexei al darse cuenta de que se alejaba se arrancó la venda de los ojos con la mano libre y trató de soltarse el otro brazo lo más rápidamente que pudo, pero estaba tan alterado que no era capaz de meter la llave en la cerradura, sólo pudo verla de espaldas mientras huía a toda velocidad de la habitación.

—¡Nicola! ¡Nicola! ¡No te vayas! —gritó con fuerza.

Cuando por fin logró soltarse echó a correr tratando de alcanzarla antes de que abandonara el yate, sin importarle las voces de sorpresa de la gente al verle correr descalzo, con la camisa abierta y una sospechosa mancha en los pantalones.

Cuando llegó a la pasarela de desembarque la vio meterse en un coche e irse sin mirar hacia atrás. Pensó en perseguirla, pero se dio cuenta de que era mejor así. Necesitaba tiempo para procesar lo que había pasado. Se lo daría.

16

Maya llevaba una semana trabajando en los diseños. Estaba entusiasmada, mil y una ideas bullían en su cabeza luchando por salir. Había acondicionado uno de los cuartos de la casa como estudio para trabajar en sus creaciones y se pasaba allí día y noche, tratando de diseñar una colección completa de piezas para Nikolay. Se había sumergido en el trabajo, dando rienda suelta a su creatividad en un desesperado intento de no pensar más en Iván, y le estaba funcionando.

En estos días había acudido en reiteradas ocasiones a la casa a buscarla, pero en todas ellas no le había abierto la puerta. No entendía lo que pretendía, pero sabía que no le hacía ningún bien verle, sólo servía para alimentar el enfermizo amor que sentía por él y ya estaba harta de ser esclava de sus sentimientos.

Con un suspiro terminó de darle los últimos toques a su diseño y lo observó con orgullo. Era el diseño del diamante azul, esperaba que Nikolay estuviera de acuerdo con ella cuando lo viera.

Desde que había empezado a trabajar para él, habían hablado por teléfono casi todos los días. Para Maya era importante conocer lo que Nikolay quería transmitir a través de su colección puesto que su trabajo consistía en plasmar esa idea en sus diseños. Cuanto más le conocía, más le gustaba como era y parecía que era mutuo. La última vez que habían hablado incluso la había invitado a cenar, pero la imbécil que había en ella se había negado, aunque no iba a volver a cometer ese error, si la volvía a invitar, le diría que sí.

Había decidido que debía seguir adelante y olvidarse de Iván de una vez por todas. Su relación con Alexei había sido su primer intento en ese sentido y aunque no había salido bien, no quería decir que no lo pudiera volver a intentar.

El sonido del timbre la arrancó de sus pensamientos.

—¿Maya? —Oyó la voz de Nikolay llamándola, ya que su taller se encontraba junto a la entrada.

Había escogido precisamente ese cuarto para trabajar, no sólo porque la iluminación y el tamaño eran perfectos, sino por su cercanía a la entrada, ya que cuando se ponía a trabajar perdía la noción del tiempo y en un cuarto más alejado no se hubiera enterado cuando le llamaran.

—Un segundo, ahora te abro —le dijo en voz suficientemente alta como para que le oyera.

Se echó un rápido vistazo en el espejo que presidía la habitación, comprobando que estuviera bien peinada. Pasándose la mano por el pelo con nerviosismo, se alisó la ropa en un vano intento de disimular que no se había cambiado de ropa desde ayer, la verdad es que se había pasado la noche en vela trabajando en sus creaciones.

—Hola Nikolay —dijo con una sonrisa al abrir la puerta—. No te esperaba.

—Me imagino —dijo él sonriendo a su vez—. Supuse que estarías tan enfrascada en el trabajo que te habrías olvidado de comer, así que pensé en pasar por aquí e invitarte a cenar.

A Maya le sorprendió que la conociera tan bien.

—Tienes razón —dijo con una tímida sonrisa—. Necesito cenar, no he comido en todo el día, ¿por qué no pasas y llamo para que nos traigan algo?

—No —dijo Nikolay cortante—. De eso nada.

—¿Por qué? —preguntó Maya con sorpresa— ¿No querías cenar conmigo?

—Sí —respondió con seriedad mirándola a los ojos—. Pero no para que te quedes encerrada en la casa. Vine para que saliéramos a cenar fuera y te cambiaras de ropa, ya que por lo que veo no lo has hecho en días —dijo recorriéndola de arriba abajo provocando que Maya cruzara los brazos avergonzada.

—Quiero que subas, te arregles y salgamos a cenar y quiero que en todo el rato que estemos juntos no hablemos de trabajo ni una sola vez. ¿De acuerdo? —dijo Nikolay levantándole la cara, al situar la mano bajo su barbilla,

acariciándola con un dedo.

Maya estaba petrificada en el sitio, ningún hombre la había mirado con esa intensidad. Un molesto recuerdo de Iván mirándola con desesperación y ardor cruzó por su mente, pero lo desechó rápidamente.

—De acuerdo —le dijo y antes de que le diera tiempo a reaccionar, sintió un dulce beso en los labios.

—Perdona —le dijo Nikolay—. No pude resistirme.

Maya no supo que decir, le había pillado totalmente por sorpresa, con el sabor de Nikolay en sus labios, se preguntó que se sentiría siendo amada y deseada y en ese momento tomó una decisión, antes de que acabase la noche lo sabría.

—Voy a arreglarme, puedes esperar en el salón —le dijo al tiempo que le señalaba hacia el mismo—. No tardaré.

—De acuerdo, tómate tu tiempo —dijo Nikolay con una sonrisa.

Maya se dirigió hacia la escalera pero cuando apenas había subido dos escalones, se le ocurrió preguntar:

—¿Nikolay? ¿Dónde vamos a ir? Tengo que ir muy arreglada?

—No sé, la verdad es que aún no había pensado en ningún sitio, ¿Tienes alguna preferencia?

—Pues sí la verdad, me gustaría ir a una hamburguesería.

Nikolay la miró con asombro.

—¿Una hamburguesería? ¿No te gustaría más un restaurante elegante de esos que pagas mucho y comes poco?

Maya empezó a reírse a carcajadas.

—La verdad es que mis favoritos son más bien de los que comes mucho y pagas poco.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien —dijo Nikolay mirándola con una sonrisa.

Maya se dio la vuelta y subió las escaleras a toda velocidad.

—Seré lo más rápida que pueda.

—Miedo me da cuando una mujer dice eso. —Oyó que Nikolay murmuraba con resignación.

Maya entró en su habitación como una tromba, desvistiéndose a toda velocidad. Se dio una ducha rápida, se vistió y maquilló. Todo ello en unos asombrosos cuarenta y cinco minutos. Cuando volvió a bajar al salón se encontró con Nikolay acomodado en el sofá leyendo una revista.

—Bueno, no está mal —dijo sonriendo al tiempo que miraba el reloj—. Menos de lo que pensé.

—¿Y cuánto pensabas que iba a tardar?

Levantándose con una sonrisa maliciosa dio una vuelta a su alrededor inspeccionándola de arriba a abajo.

—¿Para conseguir este nivel de belleza? —preguntó acercándose por detrás—. Horas —susurró en su oído provocando un escalofrío que la recorrió por entero.

Diez minutos después, tal y como le había pedido a Nikolay, estaban en una hamburguesería para cenar.

En todo el camino, Maya no se había atrevido a decir ni una palabra. Nikolay consciente de su incomodidad empezó a cogerle las patatas del plato, tratando de arrancarle una sonrisa.

—Quita tus manos de mis patatas —le amenazó Maya al ver que no hacía más que robárselas.

—Las mías eran más pequeñas —replicó Nikolay con una sonrisa.

—Mentiroso. Los menús son iguales, éstas son mis patatas y no te pienso dar ni una —dijo Maya poniendo una mano encima del plato para que Nikolay no pudiera coger ninguna.

—Vale, vale —dijo Nikolay conciliadoramente levantando las manos en señal de rendición—. ¡Dios mío! ¡Qué es eso! —dijo señalando algo a la espalda de Maya.

En cuanto ella se giró para mirar a lo que se refería, aprovechó y le cogió todas las patatas del plato para echarlas en el suyo.

—No veo nada —dijo Maya girándose de nuevo hacia él—. ¡Ladrón! —exclamó al ver que le había robado todas las patatas.

—Ahora tendremos que compartirlas —le dijo Nikolay mirándola angelicalmente.

Maya no pudo evitar reírse.

—De acuerdo. Las compartiremos.

Nikolay era un compañero muy ameno que le tuvo toda la noche entretenida contándole anécdotas de su trabajo.

—¿Hace mucho que conoces a Sonya? —le preguntó en un momento determinado, como de casualidad, como si no se muriera de curiosidad por saberlo desde el día que se habían conocido.

A Maya no le extrañó la pregunta, únicamente lo que había tardado en hacérsela.

—Hace un tiempo que la conozco. Tenemos amigos en común.

—¿Y se puede saber quiénes son esos amigos en común?

—Uno es Alexei Kovac, el que me consiguió la entrevista contigo, era mi prometido —dijo con una tímida sonrisa— y otro un amigo llamado Iván.

—Conozco a Alexei hace un tiempo, hemos tenido algún negocio en común, pero no sabía que había estado prometido. ¿Y por quién era la escena del otro día? ¿Por Alexei? o ¿por tu amigo Iván?

—No, por Alexei no —respondió Maya negando rápidamente—. Él no tiene nada que ver con Sonya.

—Entonces es por tu amigo, Iván, que supongo que es Iván Romanov el que paga las facturas de Sonya, ¿No es socio de Alexei?

—Sí. —admitió Maya enrojeciendo.

—¿Y cuál es la historia? O la tengo que adivinar.

—La historia es que Sonya e Iván llevan años teniendo una relación, más sería por parte de ella que por la de él.

—¿Y tu papel en esta historia?

—Yo no tengo ningún papel. Simplemente Sonya está celosa de

cualquier mujer que se relacione con Iván.

—¿Y no tiene motivos para sentir celos de ti?

—No. Iván no siente nada especial por mí —dijo Maya sin poder evitar que un matiz de amargura se trasluciera de sus palabras.

—Pero tú sí sientes algo especial por él —dijo Nikolay con firmeza.

—¿Acaso importa eso?

—No lo sé. ¿Importa?

Al ver que Maya se quedaba silenciosa y pensativa, Nikolay decidió cambiar de tema volviendo a entretenerla con divertidas anécdotas.

El resto de la noche transcurrió en un ambiente de agradable camaradería, hasta que llegó la hora de irse. Después de cenar Nikolay la acompañó hasta su casa dando la noche por finalizada, la acompañó hasta la puerta dispuesto a despedirse de Maya, pero ésta le sorprendió con una petición.

—Quédate.

Nikolay se quedó inmóvil, no sabía qué decir, eso no se lo esperaba.

—¿Qué quieres Maya?

—Quiero saber lo que se siente.

—¿Lo que se siente? No te entiendo. Lo que se siente con qué.

—Yo... —Maya fue incapaz de mirarle a los ojos, con la vista fija en el suelo—. Tenías razón. Estoy enamorada de Iván —reconoció en un susurro.

—Algo así me imaginaba.

—Llevo enamorada de él desde que era una niña, pero él sólo me ve como una hermana, jamás me va a corresponder.

—¿Y Alexei? ¿Te dejó cuando lo supo?

Maya negó con una sonrisa

—Alexei tiene sus propios problemas, él está enamorado de otra persona. Empecé mi relación con Alexei en un vano intento de formar una familia y olvidar a Iván, pero en estos días me he dado cuenta de algo.

—¿De qué?

—He tenido mucho tiempo para pensar, en él, en mí, en nuestra relación

a lo largo de estos años, en su reacción al saber que Alexei y yo habíamos roto y al final me he dado cuenta de que eso es lo que él desea, que pertenezca a otro hombre. —Finalizó levantando la mirada.

Nikolay no entendía a dónde conducía ésta conversación.

—A Iván le gusta colocar a las personas en compartimentos, el amigo, la esposa, la hermana, él necesita que yo pertenezca a otro hombre para poder dejarme en el compartimiento de hermana, pero no se lo voy a permitir, no voy a volver a comprometerme con otro hombre al que no ame, no le voy a facilitar las cosas.

—¿Y cuál es mi papel en esta historia? ¿Qué es lo que quieres de mí? Yo no estoy buscando una relación duradera con ninguna mujer.

—No. No volveré a comprometerme con otro hombre a no ser que me enamoré de él, eso ya lo probé y en realidad no funcionó

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—Sexo sin compromiso —dijo valientemente.

—Eso te lo puedo dar sin problema —dijo Nikolay con voz ronca—. Me parece bien.

—¿Entonces?

—Entonces, acepto. —Y procedió a besarla apasionadamente.

Las sensaciones inundaron a Maya, aunque ya la habían besado anteriormente, nunca con esa pasión. Alexei se había limitado a besos castos y los pocos besos un poco apasionados que había intercambiado con anterioridad había sido con jovencitos inexpertos que sabían tan poco como ella. Pero ese no era el caso de Nikolay, más que besar la devoraba y rápidamente se vio arrastrada por la pasión.

Nikolay interrumpió el beso tan bruscamente como lo había iniciado, dejándola jadeante y ansiosa. La miró unos segundos buscando en su rostro, ¿arrepentimiento, quizás? Al no encontrarlo pareció quedar satisfecho, la cogió en brazos entrando en la casa y subió con ella la escalera. Al llegar al piso superior, sólo preguntó:

—¿Tu habitación? —Maya le indicó una puerta. Nikolay se dirigió a la misma sin soltarla hasta que se encontraron en el interior.

—Es tu última oportunidad —susurró acariciándole la mejilla.

—¿Mi última oportunidad para qué?

—Para echarte atrás

Maya no respondió, de pie frente a él, se limitó a bajar el vestido quedando en ropa interior mientras Nikolay la miraba ardientemente.

—Eres muy hermosa Maya, más de lo que había imaginado.

—Desnúdate —exigió ella.

Nikolay estaba sorprendido y encantado con su atrevimiento, se despojó totalmente de sus ropas ante la mirada curiosa de Maya.

—No te muevas —le dijo ella dando una vuelta a su alrededor acariciándole. Jadeó con asombro al ver su polla dura endurecerse aún más con sus caricias.

—¿Puedo? —le dijo extendiendo la mano para posarla en su masculinidad.

—No —gimió Nikolay con un jadeo ahogado—, a menos que quieras que me corra en tu mano.

Eso hizo que se detuviera.

—Ven —dijo Nikolay—, déjame primero que te de placer.

Maya estaba asustada y excitada a la vez. Nikolay la ayudó a tumbarse en la cama y poco a poco fue recorriendo su cuerpo con besos que la excitaron. Durante un momento, con los ojos cerrados, dejándose llevar por las sensaciones imaginó que era Iván el que estaba en la cama con ella, el que la amaba.

—Di mi nombre —susurró Nikolay con voz dura dejando de acariciarla.

—¿Qué? —Maya estaba confusa. Estaba envuelta en una bruma de sensualidad que no le dejaba pensar.

—Que digas mi nombre —repitió Nikolay con más suavidad—. Abre los ojos y mírame. Quiero que sepas exactamente con quién estás.

Maya abrió los ojos con sorpresa y vio su mirada dolida. Él lo sabía,

sabía que durante un momento estaba pensando en otro hombre. Maya se sintió avergonzada.

—Lo siento, Nikolay —murmuró con pesar.

—Aún puedo irme si quie... —No pudo terminar la frase porque Maya le silenció con un beso.

—No quiero que te vayas. Bésame y no dejes que piense en nadie más que en ti. —le pidió con desesperación.

—Me aseguraré de ello —le dijo Nikolay y procedió a amarla con una pasión que le impidió pensar en nadie más.

—Mírame a los ojos y di mi nombre —le exigió cuando la penetraba por primera vez—. Quiero que sepas que estás conmigo. No permitas que la sombra de ningún otro invada la habitación.

—Nikolay —susurró— Nikolay... —Y ya no pudo pensar en nadie más en lo que quedaba de noche.

La luz de la mañana se filtraba por la ventana. Adrián abrió los ojos con esfuerzo, le pesaban una tonelada. Giró la cabeza lentamente y sintió como si le taladraran el cerebro. No recordaba mucho de la noche anterior.

Después de dejar a Nicole para que pensara sobre su relación con Alexei, recorrió el yate buscando a Marco, pero cuando le encontró, deseó no haberlo hecho. Estaba en un rincón magreándose con una mujer, ella lo tenía contra la pared. Como si le hubiera sentido, Marco abrió los ojos y miró directamente al lugar donde se encontraba, sin apartar la mirada de él, besuqueó el cuello de la mujer y le susurró algo al oído para a continuación desaparecer con ella tras una puerta, todo ello sin apartar la mirada de él ni un segundo.

El corazón de Adrián sangró sin que pudiera hacer nada por evitarlo, pero en esta ocasión no se castigaría siendo testigo de ello, mejor se emborracharía, quizás si embotaba los sentidos lo suficiente dejaría de doler.

Era lo último que recordaba, una sucesión de tragos tras otro, ver salir a

Marco y a la mujer del cuarto en el que se habían metido arreglándose la ropa, ella con una sonrisa satisfecha y él con cara de.... ¿desesperación? que cambió por una sonrisa en cuanto le vio.

No importaba, Marco no se aceptaba a sí mismo ni a sus deseos y Adrián no estaba seguro de que mereciera la pena luchar por él, bastante le había costado a él dar el paso, pero lo que lo diferenciaba de Marco era que él si se aceptaba a sí mismo, sabía quién era y lo que deseaba, aunque disimulara ante los demás, pero Marco no, ¿cómo iban a aceptar los demás lo que no era capaz de aceptar él mismo?

Tratando de alejar los recuerdos de la noche anterior, Adrián se incorporó lentamente, sintiendo un pinchazo agudo en las sienes, lo que le provocó un gemido.

—¿Estás bien?

La sorpresa que le produjo oír esa voz desconocida hizo que moviese la cabeza violentamente haciendo que todo girase a su alrededor.

—¡Dios! ¿Quién coño eres tú? y ¿qué haces en mi habitación?

—Es evidente que tienes resaca. No me extraña, con todo lo que bebiste anoche, pero en algo te equivocas. No estamos en tu habitación, sino en la mía.

Eso hizo que Adrián abriese los ojos que había cerrado para tratar de mirar a su alrededor.

—¿Tú habitación? —Un gemido volvió a salir de sus labios mientras cerraba los ojos de nuevo—. Creo que bebí demasiado anoche.

—Entonces deja que me presente. Soy Lucio Lombardi.

—¿Lombardi? ¿Cómo Marco?

—Sí, soy su infame primo, la oveja negra de la familia.

—¿Nosotros...? —preguntó Adrián al darse cuenta de que lo único que tenía puesto eran los calzoncillos.

—¿...follamos? —terminó Lucio por él—. La verdad es que no, estabas demasiado borracho para eso y no parabas de hablar de Marco, cuando follo con alguien espero por lo menos que piense en mí mientras lo hacemos.

—Entonces, ¿por qué estoy en tu habitación medio desnudo? —gimió Adrián tratando de recordar lo ocurrido sin conseguirlo

—Porque me pediste que te sacara de la fiesta, pero estabas tan borracho que no pude obtener una dirección inteligible para llevarte, así que decidí traerte a mi casa. Justo antes de entrar vomitaste y manchaste toda tu ropa, así que o te desvestía o aguantaba tu mal olor.

—Supongo que tengo que darte las gracias —dijo Marco con un suspiro.

—Pues no estaría mal la verdad. Toma, aquí tienes tu ropa, te la he lavado —le dijo tendiéndosela—. Vístete, mientras tanto te prepararé algo para desayunar.—Y salió de la habitación sin darle tiempo a decir nada más.

Adrián se vistió lentamente ya que cada vez que se movía un poco más rápido de la cuenta miles de agujas le taladraban el cerebro. Salió de la habitación y se dejó guiar por los sonidos y el olor de la comida hasta localizar la cocina.

Lucio estaba de espaldas a él y Adrián por primera vez desde que había despertado, se permitió observarle con tranquilidad. No estaba seguro de su edad, le parecía que rondaba los cuarenta, con un cabello frondoso poblado de canas, le recordaba un poco a Sean Connery, alto y elegante, parecía más inglés que italiano, hablaba de una forma sosegada y por lo poco que había visto de él parecía que iba siempre de punta en blanco. Era un hombre muy atractivo y ahora que sabía la relación, se daba cuenta del parecido físico con su primo.

—Huele muy bien —dijo haciendo que Lucio se girara hacia él al oír su voz.

—Espero que te guste, son tortitas con nata y... ¿Café? —preguntó señalando la cafetera.

—Sí, café estaría bien —respondió Marco mientras partía un trozo de tortita y sonreía mientras la comía.

—Veo que la comida te pone de buen humor —dijo Lucio al ver que empezaba a reírse solo.

—No, no es eso. Es que tengo una prima que tiene la teoría de que cada

vez que tengo que darle malas noticias le hago tortitas, y estaba pensando en lo que diría si me viera aquí, contigo.

—Pues yo la única mala noticia que tengo para darte es que tu amor por Marco te va a hacer sufrir.

—Lo sé, ya estoy sufriendo —dijo mirándole pensativamente—. Marco nunca te mencionó, no sabía que tenía un primo...

—¿Homosexual?

—Sí.

—Quizás sea porque hace años que fui repudiado por la familia, soy un sucio secreto del que prefieren no hablar. No he hablado con mi primo desde que éste tenía seis años

—¿Qué es lo que pasó? —preguntó Adrián con curiosidad.

—Es una historia un poco truculenta, pero creo que es el motivo por el que mi primo no acepta su homosexualidad. Era un niño cuando ocurrió y le debió afectar profundamente.

—Pero ¿qué es lo que pasó exactamente?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, si es la razón por la que Marco no acepta lo que es, por supuesto que lo quiero saber. Cuéntame.

—Ahora no va a poder ser. Aunque me gustaría que siguiéramos charlando, tengo cosas que hacer y tú deberías ir a tu casa a darte una ducha y cambiarte de ropa. Pero si realmente quieres conocer la historia, ven a comer. Te prometo que después de un buen vino te contaré lo que quieras.

—De acuerdo —dijo Adrián levantándose de la mesa. No iba a perder la oportunidad de descubrir lo que pudiera de Marco. —Gracias por el desayuno, estaba riquísimo.

—Pues espera a probar la comida —dijo Lucio con una gran sonrisa—. ¿Quedamos a las dos?

—De acuerdo, creo que tengo que llamar a un taxi para ir a casa, no tengo ni idea de dónde tengo el coche, seguramente lo habrá usado mi prima

para ir a casa después de la fiesta.

Tiempo después Adrián iba en un taxi camino a su casa, echó un vistazo a el móvil y vio que tenía varios mensajes de Nicola. En cuanto entró en la casa subió a la habitación de Nicola para hablar con ella, al no encontrarla supuso que estaría en su taller pintando.

En cuanto abrió la puerta tuvo que agacharse para evitar que un pincel lleno de pintura le alcanzase de pleno, seguido de un grito de frustración.

—Vale, vale, no volveré a desaparecer sin avisar —dijo Adrián levantando las manos en señal de rendición.

—¡Adrián! —gritó Nicola al verle, lanzándose contra él para abrazarlo—. ¡He estado tan preocupada! Temía que te hubiera pasado algo.

—Por favor —suplico Adrián al tiempo que la apartaba con gesto de dolor—. No me grites. Tengo un dolor de cabeza brutal y me estás embadurnando de pintura.

—Agradece que sólo te manche de pintura —dijo Nicola en voz baja amenazándole con un dedo—, me has dado un susto de muerte. No contestabas al móvil.

—Anoche pillé una borrachera tan grande que ni siquiera recuerdo nada. Esta mañana me desperté en casa de Lucio, un primo de Marco.

—¿Lucio Lombardi? —preguntó Nicola con sorpresa.

— ¿Lo conoces?

—Y tú también, o por lo menos su fama.

—¿Su fama? No sé de qué me hablas.

—Es Lucio de “Habla con Lucio”.

—¿El programa de radio? —replicó Adrián con asombro— ¿Es ese Lucio? No sabía que era primo de Marco, nunca me lo habías dicho.

—Me enteré hace poco, lo leí en una revista, le preguntaban si tenía alguna relación con Benedetto Lombardi y él contestaba que era su tío.

—Hay algo que no te he contado —dijo Adrián con seriedad.

—Dime.

—Será mejor que te sientes.

—Vale —dijo Nicola totalmente intrigada.

—Yo... estoy enamorado de Marco.

—Pero Marco no es...

—¿Homosexual? Eso es lo que él quiere creer, pero no hubiéramos echado un polvo si eso fuera cierto.

Nicola le miraba boquiabierta.

—¿Tú y Marco...?

—Sí y ahora el muy cabrón no sólo finge que nada ha pasado —respondió Adrián cada vez más cabreado—, sino que se está follando a todas las zorras que se encuentra.

—Yo... no sé qué decir Adrián —Nicola estaba estupefacta con lo que le estaba contando.

—Ayer me emborraché porque fue la única forma de soportar verle con otra mujer y cuando me desperté esta mañana estaba en casa de su primo. Dice que pasó algo hace muchos años que provocó que Marco reniegue de su homosexualidad, me invitó a comer y prometió contármelo.

—Entonces tendrás que ir.

—¿Y tú no tienes algo que contarme? —preguntó Adrián con preocupación.

—¿Cómo qué?

—Como el motivo por el que lanzabas un pincel lleno de pintura contra la puerta.

—Estaba enfadada conmigo misma —reconoció Nicola avergonzada.

—¿Por qué?

—Porque hice algo de lo que me arrepiento.

—¿Debo saber? —preguntó Adrián con curiosidad.

—Mejor no. Ya tienes bastante con lo tuyo. Anda, date una ducha y cámbiate de ropa, hueles a alcohol que tumbas, ¿Qué hiciste? ¿Tirarte todas las copas encima?

—Ni idea, la verdad es que no recuerdo nada, pero casi mejor, seguro que hice el ridículo más absoluto, según Lucio no paré de hablar de Marco.

—Todavía no me puedo creer lo de ustedes dos —dijo Nicola meneando la cabeza con estupor—. En todos estos años, él... ha tenido muchas novias.

—Lo sé —dijo Adrián con tristeza—. Él afirma que no es homosexual. Necesito saber si merece la pena luchar por Marco, si algún día voy a tener una oportunidad con él o debo renunciar. Espero que lo que me cuente Lucio me sirva para saber lo que debo hacer.

—Yo también lo espero Adrián —le dijo Nicola abrazándole—. Te mereces ser feliz.

Con la luz del día Maya se despertó y al principio no sabía dónde estaba. Notó una presencia a su lado y se sorprendió, hasta que la inundaron los recuerdos de la noche anterior. Notó una mano que acariciaba su hombro con suavidad y se giró con una sonrisa.

Nikolay la miró en silencio, sin dejar de acariciarla.

—Buenos días —susurró Maya.

—Buenos días —correspondió Nikolay—. ¿Has dormido bien?

—Como los ángeles —respondió Maya al tiempo que se desperezaba—.

Gracias —le dijo suavemente.

—¿Gracias por qué?

—Por hacerme sentir especial.

—Es que lo eres —le dijo depositando un tierno beso en la nariz.

—A eso me refiero —dijo Maya riendo—. Me muero de hambre ¿Quieres desayunar?

—No estaría mal. Me han obligado a hacer mucho ejercicio y estoy agotado —le dijo juguetonamente—, lo menos que puedes hacer es alimentarme.

—¿Así que estás agotado?

—Destrozado más bien.

—Yo que te iba a proponer una cosa —dijo Maya con voz insinuante a la vez que deslizaba su mano bajando por el torso de Nikolay hasta depositarla en su cintura—Pero si estás tan cansado...

—No tanto —dijo Nikolay interrumpiéndola, al tiempo que cogía su mano y la guiaba un poco más abajo—. Creo que un poco de ejercicio no me vendría mal.

Pasó otra hora antes de que abandonaran la habitación.

—¿Y ahora qué? —preguntó Maya mientras desayunaban.

—Ahora nos terminamos el desayuno —respondió Nikolay con una

sonrisa.

—Me refiero...

—Sé a qué te refieres —interrumpió Nikolay acariciándole el rostro con ternura—. Tú decides lo que quieres. Podemos tener una relación de amistad o ir más allá, lo que tú quieras.

—Quiero ser sincera contigo —repuso Maya—, realmente no sé lo que quiero, sé que ya no voy a esperar a Iván, pero tampoco quiero tener una relación para no estar sola.

—Yo también quiero ser honesto contigo. Me gustas mucho. Lo de anoche fue maravilloso, pero no estoy enamorado de ti, aunque en el poco tiempo que te conozco te he cogido mucho aprecio. Creo que podemos ser... ¿cómo es que lo llaman?

—Amigos con derecho a roce —respondió Maya riendo.

—¡Eso! Amigos con derecho a roce. Me gusta.

—De acuerdo. Seremos lo que tú quieras que seamos.

—¿Vemos los diseños cuando acabemos de desayunar? —preguntó Maya cambiando de tema—. Creo que he encontrado el diseño perfecto. El que necesita tu diamante azul.

—Estoy deseándolo —dijo Nikolay cogiendo su mano y depositando un beso en ella.

Un poco más tarde, Nikolay miraba admirado el diseño que tenía en la mano.

—Es perfecto —murmuró con reverencia—. Sabía que lo conseguirías. —La abrazó y le dio un dulce beso en los labios—. Espera a verlo en ti, quedará perfecto. Ven, vámonos —dijo de pronto tirando de ella hacia la calle.

—Pero, ¿a dónde quieres llevarme? —protestó Maya riendo y clavando los talones para impedir que Nikolay la arrastrara fuera del cuarto.

Al ver que Maya oponía resistencia, Nikolay desistió de arrastrarla y cogiéndola firmemente por los hombros le dijo mirándola con pasión.

—Nos vamos a ver a Sergey, es un modisto amigo mío, se tarda unos

días en crear el vestido perfecto

—¿Perfecto para qué?

—Para que luzcas mis joyas. No creerías que te iba a permitir vestirme con cualquier cosa. Vas a llevar joyas dignas de una diosa, has de ir vestida como tal.

En el momento que pronunció estas palabras, la soltó lentamente retrocediendo al tiempo que le recorría el cuerpo de arriba abajo como evaluándolo.

—Eso es —murmuró.

A Maya la cabeza le daba vueltas.

—¿El qué?

—Tienes el cuerpo, la cara, el cabello... digno de una diosa—dijo Nikolay con reverencia sin dejar de mirarla—. El motivo de la fiesta será el Olimpo. Los modelos irán como dioses y diosas del Olimpo y tú serás Hera.

—¿Y quién hará de Zeus? —preguntó Maya con humor.

—Yo. Por supuesto ¿Quién más? —contestó Nikolay con solemnidad.

—Cierto ¿Quién más? —dijo Maya riendo—. Pero creía que ya estaba planificada la presentación de las joyas. ¿Vas a cambiarlo ahora todo?

—Por supuesto —dijo Nikolay con firmeza— Mi colección sólo es digna de la perfección y ahora estoy seguro de haberla encontrado. Hoy voy a enseñarte una lección muy importante.

—¿Cuál es?

—Que el dinero mueve montañas.

Y tenía razón.

Nikolay insistió en que le acompañase, porque quería que ella viera los entresijos que rodeaban al montaje de una exposición, no sólo quería que en un futuro le ayudara con los diseños de sus joyas, sino también con el diseño de las próximas exposiciones.

En primer lugar visitaron Sergey, el modisto que Nikolay quería que diseñara el vestido, le explicó lo que quería que llevara Maya, ésta estaba

fascinada viendo a Nikolay poseído por la inspiración, hablaba a toda velocidad, acompañando sus explicaciones de dibujos que hacía en una pequeña libreta que portaba a todos lados. Hizo que le tomaran las medidas y convenció a su amigo para que hiciera el vestido en una semana. A continuación la llevó de un sitio a otro planificando el resto de los detalles necesarios para la exposición. Cuando ya creía que iba a caer desmayada de cansancio puesto que Nikolay no había permitido que pararan ni un minuto, les dio a ambos un descanso proponiendo que fueran a comer.

Pero incluso mientras comían, Nikolay no paraba de darle vueltas a nuevas ideas. Sacó la libreta y cada poco paraba para añadir una idea nueva. Maya estaba fascinada, nunca había conocido a nadie tan apasionado como él.

No podía evitar compararlo con Iván, él jamás se dejaba arrastrar por sus sentimientos, siempre se mostraba frío e indiferente, únicamente... el episodio del avión y el día que fue a buscarla a casa, en esas ocasiones no sólo no había estado frío, sino que incluso... Desechó rápidamente esos pensamientos dañinos, había roto para siempre con el pasado, a partir de ahora miraría sólo hacia el futuro, si era sola o acompañada aún no lo sabía, pero iba a disfrutar de la vida hasta el último minuto. El primer paso ya lo había dado. Se había entregado a otro hombre, sin buscar una relación a largo plazo y lo había disfrutado.

Miró a Nikolay con una sonrisa, él había seguido hablando sin ser consciente de que Maya durante unos minutos no le había escuchado, sumergida en sus pensamientos.

—¿Acabaste? ¿No quieres más? —dijo Nikolay al ver que no comía.

—No. La verdad es que no tengo mucha hambre.

—Perfecto —dijo levantándose de un salto—. Entonces podemos continuar.

A las dos de la tarde, Adrián se paseaba con nerviosismo mientras esperaba que Lucio le abriera la puerta.

—Eres puntual —le dijo Lucio con una sonrisa.

—No me dijiste lo que ibas a poner para comer así que te traje una botella de tinto y otra de blanco —le dijo Adrián tendiéndole ambas botellas.

Lucio las cogió haciendo un gesto de aprobación al ver la etiqueta.

—Veo que entiendes de vino.

—Mi familia es dueña de varios viñedos. Me crié haciendo catas de vino.

—Pasa, tomaremos el tinto. Espero que no seas vegetariano o vegano porque hay carne para comer.

Adrián no pudo evitar reírse al oírle.

—No te preocupes, soy más bien carnívoro.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien —respondió Lucio con humor invitándole a pasar

—¿Así que eres el Lucio de “Hablando con Lucio” —preguntó Adrián cuando empezaron a comer.

—Sí. ¿Oyes mi programa?

—La verdad es que no, pero mi prima sí y al hablarle de ti, en seguida se dio cuenta de quién eras. ¿Cómo te animaste a hacer un programa así? ¿Eres psicólogo?

—Sí. Trato de ayudar a la gente con sus problemas.

—Tendrás miles de anécdotas para contar.

Lucio estaba encantado de hablar de su programa, pero también quería saber cosas de Adrián, así que entre anécdota y anécdota le hacía alguna pregunta personal. Antes de que ninguno se hubiera dado cuenta habían pasado dos horas en animada conversación y la comida había concluido.

—Haré café y te contaré la historia que deseas escuchar —dijo Lucio apreciando los esfuerzos que había hecho Adrián para no hablar de Marco en toda la comida.

—Los padres de Marco y los míos han sido amigos desde hace muchos años —comenzó diciendo Adrián— ¿Por qué ni Nicola ni yo habíamos oído hablar nunca de ti? Nicola se enteró de que eras el primo de Marco a través de

una entrevista que te hicieron hace años en una revista.

—Porque como te dije por la mañana, soy un sucio secreto del que nunca han querido hablar.

—¿Por qué estabas en la fiesta si dices que hace años que no hablas con Marco? No creo que él te invitara.

—No, Marco y yo hemos coincidido en otras ocasiones, pero nunca hemos pasado del saludo. Me invitó Alexei, es dueño de la emisora de radio en la que emiten el programa.

Adrián le miró fijamente, aunque Marco y él eran primos y el parecido físico era evidente, la personalidad no podía ser más diferente. Marco era un poco como Clark Kent, con ese aire tímido y de buen chico y un permanente aire de melancolía, sin embargo Lucio era diferente, no se avergonzaba de su homosexualidad, al contrario, la exhibía con orgullo, como una seña de su identidad y eso hacía que Adrián le admirase por ello.

—Lo que te voy a contar sucedió hace muchos años. Concretamente hace veintitrés años. —le dijo Lucio mirándole de arriba a abajo antes de continuar. —Si tienes la edad de Marco, eras un niño.

—¿Cuántos años tienes?

—Más que tú seguro —contestó con una sonrisa—. ¿Cuántos me echas?

—¿Cuarenta? —preguntó dubitativamente.

—Justo y clavado. Hace veintitrés años el tema de la homosexualidad no era como ahora y menos en un pueblo pequeño. A pesar de que mis padres tenían una casa en la ciudad, vivíamos habitualmente en una hacienda situada en un pequeño pueblo rodeado de viñedos, mi padre era el dueño absoluto de todo lo que nos rodeaba.

—He oído hablar de la hacienda, aunque nunca la he visitado.

—Después de lo que pasó, creo que los padres de Marco no han querido volver nunca, aunque no me extraña. Si te ha resultado difícil a ti reconocer tu homosexualidad hoy día, no quieras imaginar las dudas y el sufrimiento por los que yo pasé. Con doce o trece años empecé a tener deseos, pero pronto

comprendí que no estaban provocados por las mujeres. En el colegio empecé a sentirme atraído por alguno de mis compañeros. No comprendía lo que me pasaba, era distinto al resto pero no entendía por qué. En aquella época la homosexualidad todavía era tabú, no se hablaba de ello y menos a los niños, pero yo necesitaba contarle a alguien lo que me pasaba, que me ayudara a entenderlo.

—¿Qué hiciste?

—Hablar con la única persona que pensé que me ayudaría a entender lo que me pasaba, mi madre.

—¿Qué dijo cuando se enteró?

Una sonrisa triste cruzó el rostro de Lucio mientras recordaba.

—No dijo nada, se limitó a mirarme horrorizada. Se lo contó a mi padre y éste decidió que me curaría.

La manera en que lo dijo le produjo escalofríos a Adrián.

—Me llevó al cobertizo, me arrancó la camisa y empezó a darme latigazos hasta que se cansó. Decía que tenía el mal en el cuerpo pero que conseguiría sacármelo.

—¿Y tu madre se lo permitió? —Adrián estaba horrorizado, él que se quejaba de su padre sólo porque había renegado de él.

—Mi madre fue testigo de ello. Mientras él me azotaba, ella rezaba. Estuve encerrado en mi cuarto hasta que se me curaron las heridas. En el colegio dijeron que estaba enfermo. En cuanto me pude levantar, mi padre me llevó a un prostíbulo y me obligó a acostarme con una prostituta. Fue asqueroso, no pude hacer nada, lo hizo todo ella, pero lo peor fue que consiguió que me corriera, sentí como si me hubieran violado. A partir de ahí traté de controlar mis sentimientos y jamás volví a mencionar el tema.

—Es horroroso lo que me has contado, pero no entiendo cómo eso ha podido afectar a Marco. Si tú tenías doce o trece años, él tendría... ¿dos o tres?

—No. Eso no fue lo que afectó a Marco. Sólo estaba poniéndote en antecedentes para que pudieras comprender lo que pasó posteriormente. Pasaron cuatro años en los que fingí que todo era normal, que estaba "curado", hasta que

conocí a Luigi. Aquel verano, mis tíos trajeron a Marco para que pasara las vacaciones en nuestra casa, querían irse de viaje y mi primo tenía seis años, era un niño muy inquieto y ruidoso.

—¿Marco inquieto y ruidoso? —Adrián no pudo relacionar esa imagen con el Marco que él conocía, ni siquiera cuando lo conoció siendo un adolescente era así.

—Cómo te imaginarás —continuó Lucio—, Luigi también era homosexual. Era el hijo de unos turistas que habían alquilado una casa cercana, trabamos amistad y poco a poco nuestros sentimientos empezaron a evolucionar. —Una sonrisa melancólica se dibujó en su rostro mientras recordaba—. Éramos dos adolescentes con las hormonas revolucionadas y más preguntas que respuestas. Empezamos a vernos en secreto, para besarnos y acariciarnos. Sus padres lo sabían y lo aceptaban. ¡Qué ingenuo fui en aquella época! A pesar de lo que me había pasado, aún pensaba que podíamos tener una relación. Fantaseaba con que mis padres aceptaban cómo era y vivíamos todos juntos. ¡Divina juventud! —murmuró con una triste sonrisa.

—Supongo que os descubrieron y tus padres no lo aceptaron.

—Efectivamente. El capataz de la hacienda empezó a sospechar, mi padre le había pedido que me vigilara por si volvía a descarriarme como él decía. Una tarde decidió seguirnos. Nos pilló con los pantalones bajados y digamos que en cierta aptitud impropia, aunque en aquel momento no dijo nada, corrió a decírselo a mi padre y esperaron a que volviera a casa para darme una lección que jamás olvidaría.

En cuanto entré me cogieron entre cuatro, me desnudaron y me llevaron ante mi padre que estaba avergonzado y escandalizado. Me dijo que ya no era su hijo, que su hijo no era una aberración, que si no me podía curar por lo menos evitaría que mi mala semilla se reprodujera.

Al oír eso una horrible sospecha se formó en la mente de Adrián.

—¿Qué te hicieron? —murmuró con voz ahogada.

—Me castraron y obligaron a Marco a presenciarlo —dijo Lucio con voz

rota—. En cuanto me recuperé huí de casa y no he vuelto jamás.

Adrián sentía ganas de vomitar al imaginar la dantesca escena. No sólo por la barbarie que habían cometido con Lucio, sino por el trauma que debía haber supuesto para un niño de seis años presenciar eso. No le extrañaba que renegara de la homosexualidad.

—¿A dónde fuiste cuando huiste de tu casa?

—A casa de Luigi. Al final pude cumplir mi sueño de vivir con él y con sus padres, quedaron horrorizados cuando descubrieron lo que había pasado.

—¿No lo denunciaron a la policía?

—Lo intentaron, pero estamos hablando de hace veintitrés años. Eran unos turistas con un hijo "rarito" y mi padre era íntimo amigo del capitán de policía. Les dijeron que un padre tenía que hacer lo que creyese necesario para educar a su hijo y que no se volviera un perverso. Tuvieron miedo de que le hicieran algo también a su hijo y huyeron, pero lograron a través de un joven que trabajaba en la hacienda darme un número de teléfono, si estaba dispuesto a ello me ayudarían y así lo hicieron. En cuanto tuve oportunidad cogí el poco dinero que tenía y escapé de casa, lo primero que hice fue llamarles, me vinieron a buscar y me llevaron a vivir con ellos.

—¿Tus padres no te buscaron?

—En realidad creo que les hice un favor. No querían saber nada de mí y no sabían que hacer conmigo, era una vergüenza para ellos, no sé cómo hubiera acabado la cosa si no me hubiera ido, quizás ahora mismo estuviera muerto.

—¿Los padres de Marco estuvieron de acuerdo con eso?

—Honestamente, no lo sé. No sé si llegaron a descubrir lo que pasó o no. De cara a todo el mundo soy el hijo rebelde que huyó de casa y bueno, es una historia que yo también mantengo. A mí también me avergüenza lo que pasó, pero por otros motivos.

—Sí hubiera pasado hoy día, tu padre estaría en la cárcel, y no sólo él sino todos los que participaron en esa barbaridad.

—¿Amas a Marco? —interrumpió Lucio.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque vas a tener que luchar mucho si quieres ayudarlo a superar lo que pasó.

—¿Alguna vez hablaste con él de lo que pasó?

—Sí. Estuve años sin verle, piensa que los padres de Luigi temían a mi padre. Él era rico y poderoso y no estaban seguros de que no me fuera a buscar, así que nos fuimos a vivir al otro extremo del país. No volví hasta veinte años después. Llevaba tiempo ejerciendo la sicología y a través de un amigo me enteré de que buscaban un profesional como yo para un programa de radio. Me presenté, me escogieron y cuando mi programa empezó a funcionar, coincidí en una fiesta con Marco, traté de acercarme a él, pero me insultó y me trató con desprecio. Por las cosas que me dijo es evidente que no sólo no recuerda lo que pasó, sino que le han llenado la cabeza de historias retorcidas. Lo que tengo claro es que si reniega de su homosexualidad tiene algo que ver con lo que ocurrió.

—¿Y qué pasó con Luigi?

—Eso es otra historia —dijo Lucio poniéndose en pie—. Quizás algún día te la cuente. Ahora ¿qué te parece si vamos a dar una vuelta y tomar algo?

Al ver que Adrián dudaba dijo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

—Si después de lo que te he contado te da reparos estar conmigo lo entenderé. A fin de cuentas te saco unos cuantos años. Quizás preferirías pasar el rato con alguien de tu edad.

Adrián le detuvo agarrándole del brazo.

—Lo que me has contado me demuestra que eres una persona digna de admiración —le dijo mirándole a los ojos—. Soy yo el que me siento avergonzado.

—¿Por qué?

—Porque todos estos años escondiendo lo que soy, sufriendo por el qué dirán, me resultan ridículos al lado de lo que tú has pasado y sin embargo no sólo

no te avergüenzas de tu homosexualidad, sino que la aceptas con naturalidad. Me haces sentir como un niño frente a un hombre

Lucio le acarició el rostro con ternura.

—Eres un encanto, no me extraña que le gustes a mi primo. Quizás lo que mi primo necesite sea ayuda profesional ¿Lo entiendes? No sé hasta dónde le pudo afectar lo que vio, pero si quieres podemos presionarle un poco.

—¿Cómo?

—¿No estás cansado de que te restriegue sus conquistas?

—¿Y tú cómo sabes que hace eso? —preguntó Adrián con extrañeza—
¿No decías que no tienes relación con él?

—Efectivamente, pero ayer en la fiesta le observé atentamente. Todo ese espectáculo con la rubia lo montó única y exclusivamente para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque comenzó justo cuando llegaste y su comportamiento cambiaba cuando mirabas tú y cuando no.

—¿Y cómo pretendes presionarlo?

—Bueno, si te parece bien, podemos fingir una relación. Sentir el aguijonazo de los celos no le vendría mal, quizás eso le haga reaccionar.

Adrián no estaba seguro de que fuera a funcionar, pero estaba dispuesto a intentar lo que hiciera falta.

—¿No tienes pareja?

—Si la tuviera no te plantearía esto.

—No, supongo que no. ¿Y tú qué ganas con todo esto?

—¡Ah! —dijo Lucio riendo— Inocente, pero no tonto. ¿No crees que lo haga por la bondad de mi corazón?

—¿Teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer? No.

—Está bien. Digamos que he roto una relación hace poco y me interesa que él piense que he rehecho mi vida.

—¿Qué buscas? ¿Hacerle sufrir?

—No, quiero que se olvide de mí y siga adelante. Si piensa que estoy con

otra persona quizás se de cuenta de que no merezco la pena y se olvide de mí.

—No creo que sea tan fácil, pero como quieras, por mi parte podemos intentarlo, no tengo nada que perder.

—Bien, entonces empecemos ya mismo. ¿Qué te parece si vamos al club del que eres socio? Te aseguro que si te presentas conmigo será toda una declaración de intenciones, en primer lugar de tu homosexualidad.

—De acuerdo entonces, vamos, el club nos espera.

Una hora después Adrián y Lucio estaban en el club, sentados en una mesa cogidos de la mano. La gente que pasaba se les quedaba mirando, sin atreverse a saludar a Adrián. Estaban tan sorprendidos de verle en actitud cariñosa con otro hombre que no sabían ni qué decir.

—Hola padre —dijo Adrián al ver pasar a su padre quién estaba intentando hacer verdaderos esfuerzos por fingir que no le había visto.

Nico Ferrani se puso lívido al oír a su hijo que le llamaba, sentado en una mesa, de la mano de otro hombre.

—Estoy seguro de que en este club hay normas respecto a eso —dijo señalando con desprecio sus manos unidas. No esperaba que su hijo hubiera dado rienda suelta tan pronto a esa homosexualidad a la que se refirió en su última conversación.

—Pues aunque te parezca sorprendente padre, no las hay. No están prohibidas las demostraciones de afecto entre las parejas —le dijo Adrián con humor.

—Sabes que no me refiero a eso —le dijo con furia.

—Sé perfectamente a qué te refieres —contestó Adrián con seriedad—, pero no, no hay normas respecto a esto.

—Supongo que mañana entregarás tu renuncia —le dijo su padre evitando en todo momento mirar hacia Lucio.

—¿Mi renuncia? ¿Qué renuncia? —dijo Adrián fingiendo no saber a qué se refería.

—Pues a la de la empresa, por supuesto, no pretenderás seguir trabajando

como relaciones públicas de la empresa en estas circunstancias.

—Pues lamento decirte que precisamente eso es lo que pretendo.

—¿No vas a renunciar? —preguntó su padre rígido de furia—. Entonces tendré que despedirte.

—Bueno —dijo Adrián mientras bebía un trago de su copa de forma totalmente despreocupada—. Buena suerte con eso. Quizás deberías consultar antes con tus abogados.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pero hoy día un juicio por despido improcedente a consecuencia de la condición sexual de tu propio hijo... No creo que sea buena publicidad para la empresa. Pero ¿qué se yo? Sólo soy el mejor relaciones públicas que has tenido jamás.

La furia de Nico Ferrani era palpable, así como su indecisión, sospechaba que quizás fuera cierto lo que le decía su hijo, pero se negaba a aceptarlo.

—Lo consultaré con los abogados —masculló con furia.

—Hazlo. Nos vemos mañana en la oficina y me cuentas —dijo con una sonrisa dándole a Lucio un beso en la boca que provocó que su padre estuviese a punto de sufrir un infarto.

—Tú no eres mi hijo —rugió con furia antes de marcharse.

Lucio miraba a Adrián con asombro.

—Has tardado, pero cuando decides hacer algo lo haces con contundencia ¿no?

—Estoy harto de fingir. Es como cuando haces un agujero a un dique, aunque trates de taponarlo, la fuerza del agua te lo impide. Es lo que yo siento, una marea en mi interior que me impide volver a fingir lo que no soy, ya no lo puedo hacer otra vez. ¿Lo entiendes?

—Te envidio.

—¿Tú me envidias a mí? Pues te puedo asegurar que no tienes motivos para ello.

—Te envidio por tu fuerza, tu juventud, a tu lado me siento como un

anciano, llevo años viviendo mi vida como he querido y sin embargo, jamás he sentido esa pasión, te envidio a ti y envidio a mi primo.

—¿Quién es? —preguntó Adrián mirándole con interés.

—¿Quién es quién?

—La persona por la que estás haciendo esto, la que quieras que te olvide. Lucio lanzó un suspiro cansado.

—¿De verdad quieres que te aburra con mi vida?

—Tú sabes por qué lo hago yo, creo que lo más justo es saber por qué lo haces tú —respondió Adrián mirándole con interés.

—Es por Luigi.

—¿Luigi? ¿El de tu historia?

—Sí. No te conté que nuestra relación continuó a lo largo de los años, hasta hace seis meses.

—¿Qué pasó hace seis meses?

—Que rompimos nuestra relación.

—¿Puedo saber por qué?

—Él quería tener un hijo y yo no. Al final al ver que yo no cedía dijo que no le importaba, pero yo sé que es mentira, al final eso iba a destrozarnos nuestra relación, así que preferí dejarle libre para poder iniciar una relación con otra persona que desee ser padre tanto como él.

—¿Pero qué cojones me estás contando? ¿Ahora eres adivino? —dijo Adrián con indignación—. Que yo me entere. Como estás seguro de que con el tiempo él te va a dejar, prefieres dejarle tú antes. ¿Es eso?

—Básicamente sí —contestó Lucio con rigidez.

—Eres un gilipollas.

—Tú no lo entiendes.

—No. No lo entiendo, en eso tienes razón. Si yo tuviera conmigo a Marco, te puedo asegurar que jamás le dejaría ir.

—Quiero que él tenga lo que más desea y eso es tener un hijo.

—¿No quieres tener un hijo? o ¿no puedes... —A Marco le costó un

poco terminar la frase— ... por lo que te hicieron?

—No. No es por eso, a fin de cuentas no podemos ser padres los dos. Aunque yo no pueda, él sí podría. No. En realidad no quiero tener hijos. No me veo educando a nadie, me gustan los niños pero en casa de otros. No creo que fuera un buen padre.

—Creo que en el fondo lo que tienes miedo es llegar a ser como tu propio padre.

—Jamás seré como ese cabrón —dijo Lucio con ferocidad.

—Creo que Marco no es el único de la familia Lombardi que necesita ayuda profesional.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que aún sigues traumatizado por lo que te pasó ¿Lo has hablado con Luigi?

—Esa fue la razón por la que rompimos. Él opina lo mismo que tú. Quería que fuera a un sicólogo, como si lo necesitara, yo mismo soy sicólogo.

—No entiendo cómo puedes ser tan inteligente para unas cosas y tan obtuso para otras. A Marco lo has calado desde el principio y sin embargo no eres consciente de que tú también tienes problemas. ¿Te das cuenta de que tienes algo que muy poca gente posee y lo estás mandando a la mierda?

—Creo que ya hemos hablado bastante de mí —dijo Lucio con incomodidad—. Hablemos de lo que vamos a hacer para que Marco acepte su homosexualidad. Te puedo asegurar que en un par de días el que va a sufrir va a ser él viéndote con otra persona.

Adrián decidió dejar el tema, a fin de cuentas no era la persona más adecuada para darle lecciones a nadie de cómo debía vivir su vida.

18

Marco miraba con furia a Lucio y a Adrián. Estaba en un restaurante con Alexei, pero desde que había entrado y los había visto no había podido dejar de mirarlos, no se podía creer la poca vergüenza que tenían, paseándose como si tal cosa por todas partes.

Desde la fiesta en el barco, se habían dejado ver juntos sin ningún pudor. Eran la comidilla del club, nadie podía creerse que Adrián fuera homosexual y que no le importara demostrarlo por ahí, tocándose continuamente como si no pudieran mantener las manos alejadas uno del otro. Era repugnante.

—Podría ser su padre —escupió con furia intentando leer la carta del restaurante, pero sin ser capaz de hacerlo.

—No le saca tantos años —respondió Alexei con cansancio quien a su vez también trataba de leer la carta para poder pedir, pero le resultaba imposible concentrarse, ya que los continuos comentarios de Marco le distraían. Llevaban diez minutos en el restaurante y lo único que había oído durante los mismos era lo repugnante que era esa relación y los supuestos motivos por los que según Marco, no deberían estar juntos.

—A mí me parecen dignos de admiración —dijo Alexei ganándose una mirada furiosa de Marco.

—¡Admiración! ¡Admiración! —replicó Marco cada vez más enfadado — Y qué coño de admiración hay en esa relación contra natura.

Alexei dio un golpe en la mesa con la carta del menú al tiempo que le respondía con enfado.

—Me parece increíble estar oyéndote decir eso. Es de tu primo de quién estamos hablando y Adrián en algún momento fue tu amigo. ¿No te puedes alegrar de que sean felices?

—No deberían estar juntos —respondió Marco con furia.

—¿Por qué si se puede saber? Y no me vengas con que son

homosexuales porque nunca te he tenido por una persona tan retrógrada. Siempre te has jactado de ser diferente a tu padre y tu tío y te estás comportando exactamente como ellos lo harían.

Cuando vio que iba a abrir la boca para rebatirlo, lo interrumpió diciendo:

—Y no me vengas con la chorrada de la diferencia de edad. Si no supiese que es imposible, pensaría que estás celoso —dijo sumergiendo de nuevo la cabeza en la carta del menú.

El silencio sepulcral que le acompañó hizo que Alexei levantara la cabeza para mirar fijamente a Marco que había enrojecido y a su vez fingía examinar la carta.

—Marco —dijo mirándole fijamente.

—¡Qué! —respondió Marco sin apartar la vista del menú.

—Marco —repitió Alexei.

—¡Queeé! ¡Qué coño quieres que te diga! —gritó Marco dejando de fingir que miraba el menú y lanzándolo al suelo de tal manera que todos a su alrededor se quedaron en silencio, observando el drama que se desarrollaba frente a sus ojos. Únicamente Lucio y Adrián les ignoraron, tan sumergidos parecía que estaban el uno en el otro que no les permitía ser conscientes de nada de lo que sucedía a su alrededor. Darse cuenta de que ni siquiera su exabrupto había hecho que le prestasen la más mínima atención enfureció de tal manera a Marco que se levantó para abandonar el local.

—Se me ha quitado el hambre —le dijo a Alexei antes de dirigirse hacia la puerta de salida.

Adrián desde el otro extremo del restaurante vio a Marco abandonar el lugar con un peso en el corazón, removiéndose en su asiento hizo un gesto como si fuera a levantarse para ir detrás de él.

—Ni se te ocurra —le dijo Lucio sujetándole del brazo.

—No iba a hacer nada —le dijo Adrián soltándose de su agarre.

—No. Sólo ibas a correr detrás de él echando a perder todo lo que hemos

logrado.

—¿Y se puede saber que hemos logrado? —respondió Adrián con un suspiro cansado— porque de momento lo único que hemos conseguido es que esté cabreado conmigo. Ya ni siquiera me habla.

—Lo que está es muerto de celos. Que pruebe su propia medicina.

—No tengo claro que sean celos.

—Lo son. Créeme, lo son.

Alexei hacía días que no sabía de Nicola, desde lo que había ocurrido en el yate no la había vuelto a ver. No quería presionarla. Quería que fuera ella la que diera el siguiente paso, pero estaba empezando a creer que esto nunca ocurriría.

Frustrado por la situación y enfadado porque Marco le hubiese dejado tirado, escribió furiosamente una nota en una servilleta y acercándose a Adrián se la dio en la mano.

—Toma. Dale esto a Nicola —le dijo dándose la vuelta y saliendo él también del restaurante.

Adrián desdobló la servilleta, en la que se podía leer destacando en rotulador rojo una sola palabra.

COBARDE

Nicola estaba furiosa. Adrián le había entregado la servilleta con una sonrisa maliciosa en cuanto llegó a casa. Llevaba días intentando convencerla para que llamase a Alexei, pero ella no podía, no después de lo que había pasado, no se veía con fuerzas para hacerle frente. No le había contado nada a Adrián de lo ocurrido, no se atrevía. Pero esto, ¿cómo se atrevía a decir que era una cobarde? ¿Ella una cobarde? ¡Y él un cabrón!

Estaba tan furiosa que las manos le temblaban mientras tecleaba, pero se las arregló para mandarle un mensaje.

Nic_17:10

CABRÓN

Escribió esa única palabra.

Se mordía las uñas dando vueltas a la habitación mientras esperaba que él contestase. Sabía que había visto el mensaje segundos después de que lo escribiera, pero no contestaba. Cuando ya no pudo aguantar más la espera, le llamó. Un tono, dos tonos, pero no contestó.

Con un grito de frustración lanzó el teléfono al otro extremo de la habitación. Llevaba días enfadada, angustiada. Lo que había pasado no sólo no le había liberado en forma alguna del influjo que Alexei había producido en su vida, sino que sentía como si la hubiera unido a él mediante cadenas invisibles.

Quería gritar, romper cosas, pero ya lo había hecho y no había servido de nada. Llorar tampoco. Sólo sabía que el dolor que sentía en el corazón, ya no era un dolor sordo, relativamente soportable, sino que ahora era un escozor que la ahogaba ¿Y el cabronazo ese se atrevía a llamarla cobarde? Se iba a enterar.

Furiosa pasó cómo una exhalación frente a Adrián, mientras gritaba:

—En seguida vuelvo.

Subió al coche y a los pocos minutos estaba llamando a la puerta de la casa de Alexei. Aún notaba la furia corriendo por sus venas. En el momento que Alexei abrió la puerta, se abalanzó sobre él y empezó a darle golpes en el pecho con furia.

—¡CABRÓN! ¡CABRÓN! —gritaba mientras le golpeaba.

Alexei casi ni sentía los golpes. Pero verla tan furiosa le alegró. Era evidente que aún sentía algo por él, aunque fuera furia. Dejó que le golpeará, hasta que el agotamiento provocó que los golpes se fueran distanciando para al final detenerse y comenzar a sollozar. Alexei le acarició el pelo con ternura rezando para que no le rechazara.

—Nicola —murmuró—. Amor mío ¿Qué te ocurre?

Oírle llamarla así, fue más de lo que pudo soportar, llevaba varios días en un estado de nervios tan grande que colapsó y se derrumbó desmayada a sus

pies.

Cuando despertó, estaba tumbada en una cama en un cuarto desconocido. Alexei dormía en un sofá junto a la cama. Nicola no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, sólo podía presuponer que mucho, ya que a través de la ventana de la habitación, pudo ver que ya había oscurecido. Trató de levantarse sin hacer ruido, buscando sus zapatos para poder marcharse. Pasado un rato sin ser capaz de encontrarlos, decidió renunciar y abandonar esa casa aunque fuera descalza.

—No te vayas. —La ronca voz de Alexei la detuvo cuando se disponía a abandonar la habitación.

—Tengo que irme —dijo con voz rota sin darse la vuelta. No le podía mirar.

Un dedo acarició su brazo, trazando sencillas figuras que le produjeron escalofríos haciendo flaquear su resolución.

—Déjame marchar —murmuró mientras temblaba.

—No puedo —susurró Alexei acercando su cuerpo al de ella de tal forma que si bien no la tocaba más que con un dedo, el calor de su cuerpo la bañaba, dejándole sensaciones que la dejaron húmeda y temblorosa.

—Quiero irme —murmuró Nicola sin moverse del sitio.

—No te vayas —susurró Alexei acercando la boca a su cuello y lamiéndolo, despacio, con ternura provocando en Nicola unas sensaciones que jamás había sentido. Los temblores se incrementaron y el deseo estalló en el mismo centro de su cuerpo, deseando más, sin saber muy bien de qué.

Viendo que no sólo no se apartaba de él, sino que inconscientemente se acercaba buscando su contacto, posó las manos en su cuerpo, acariciándola, pero sin poseerla, más bien adorándola, como a una diosa, como a la dueña de su corazón.

Nicola empezó a jadear por el deseo, las sensaciones amenazaban con ahogarla y no sabía cómo contenerlas.

Alexei la abrazó con ternura y poco a poco, despacio, para no asustarla la

giró hasta que estuvo frente a él. Nicola no había abierto los ojos en ningún momento. No quería ver, sólo sentir. Tenía miedo de que si abría los ojos y le veía, el miedo le invadiría.

—Nicola, mírame —susurró Alexei posando un dedo en su barbilla y levantando el rostro para que le mirara, pero Nicola se negó a hacerlo.

—No —susurró—. No quiero.

—Como desees —murmuró Alexei al tiempo que volcaba todo su amor en un beso. Un beso que supo a dolor, pero también a perdón. Posó las manos en sus pechos y Nicola le correspondió con un jadeo ahogado. Deslizó la lengua por su cuello, descendiendo poco a poco hasta llegar al nacimiento de sus pechos, introdujo la lengua entre los mismos y los mordisqueó con suavidad.

Un rayo de deseo atravesó a Nicola desde el punto que Alexei torturaba con su boca, descendiendo hasta el mismo centro de su femineidad. Notó como la humedad se deslizaba entre sus piernas, separándolas instintivamente, invitándole silenciosamente a poseerla.

Alexei trataba de contenerse para no asustarla, pero estaba tan duro que hasta le dolía. Introdujo una de sus manos a través del escote liberando uno de sus pechos y lamiéndolo hasta que se convirtió en un duro botón.

La otra mano se fue deslizando suavemente por el cuerpo de Nicola, introduciéndose entre sus piernas, buscando.

Cuando Nicola notó como la mano de Alexei tironeaba de su ropa interior, apartándola, un recuerdo surgió de un resquicio de su mente, arrojándola cruelmente a la realidad de lo que estaba ocurriendo y sacándola del sopor en el que estaba sumida.

—¡No! —gritó angustiada sin poder evitarlo, apartándose bruscamente de Alexei al tiempo que le empujaba temblorosa y aterrorizada.

—¡No! —Volvió a gritar al dar Alexei un paso al frente intentando acercarse a ella—. ¡No me toques! —Estaba a un paso de romperse en pedazos.

Alexei bajó las manos que había levantado para intentar alcanzarla y la miró con tristeza.

—Perdóname. Nicola.

—Quiero irme —murmuró Nicola mientras silenciosas lágrimas caían por sus mejillas.

—Está bien. ¿Dejarás que te lleve?

Nicola asintió brevemente antes de añadir con voz ronca.

—Pero no me toques.

Alexei se juró que aunque le fuera la vida en ella, no la tocaría.

Nicola se arregló la ropa en silencio, poniéndose los zapatos que Alexei le tendió, los había guardado en un armario y por eso no había sido capaz de encontrarlos. La acompañó en silencio hasta el garaje, abriéndole la puerta del coche procurando no tocarla en el proceso.

La llevó en coche hasta su casa, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Cuando llegaron, en el momento que Alexei paró el coche, Nicola hizo ademán de bajar del mismo sin pronunciar una palabra.

—Espera. —La detuvo Alexei con voz suave—. Quiero verte mañana.

Nicola cerró los ojos e inspiró profundamente.

—De acuerdo —le dijo con un temblor en la voz, descendiendo del coche sin mirar hacia atrás.

Alexei observó en silencio como se alejaba, apoyando con cansancio la cabeza en el respaldo del asiento.

—Gracias, Dios mío —murmuró con un suspiro.

Al día siguiente a primera hora de la mañana Alexei se presentó en casa de Nicola. No se atrevió a llamarla por teléfono por miedo a que le dijera que no fuera, anoche había estado de acuerdo en que se vieran, pero no quería darle tiempo a que cambiase de opinión.

Cuando Adrián abrió la puerta y vio que era él, le lanzó una sonrisa maliciosa.

—Pasa Alexei. No sabía que ibas a venir hoy. Nicola está en el salón.

Creo que voy a acompañarte, va a ser divertido —le dijo sin dejar de sonreír.

A Alexei le parecía un poco sospechosa la actitud de Adrián. Según se fueron acercando al salón le sorprendió el sonido de una conversación, pero lo que más le sorprendió fue el sonido de la risa de Nicola. Cuando entró ella aún continuaba riendo y un desconocido la tenía cogida de la mano.

—Nicola —dijo con voz acerada por los celos. Ella se giró con sorpresa y al ver quién era soltó la mano del desconocido mientras le miraba avergonzada.

El hecho de que ella sintiera vergüenza le hizo preguntarse quién era ese hombre y por qué le permitía que la tocara.

—Creo que no conoces a nuestro vecino Patrick —dijo Adrián con diversión en la voz. Era evidente que estaba disfrutando con la situación.

—¿Y tú eres? —preguntó Patrick tendiéndole la mano a Alexei.

—Alexei —masculló dándole la mano y sin dejar de mirar a Nicola—. Así que eres su vecino ¿y has venido por...?

Patrick sonrió con amabilidad al tiempo que volvía a sentarse junto a Nicola.

—He venido a ver a la dueña de mi corazón, quería pedirle si podía devolvérmelo, estuve de viaje y lo dejé aquí con ella.

Nicola enrojeció aun más sin atreverse a mirarle a la cara, lo que hizo que Alexei se cabrease, ¿por qué no le miraba? Adrián mientras tanto se había apoyado en el quicio de la puerta y observaba toda la escena con una gran sonrisa.

—Pues coge tu puto corazón, lárgate con él, y no vuelvas —masculló Alexei con furia tratando de aguantarse las ganas de partirle la cara al tipo.

El silencio que acompañó a sus palabras sólo se vio interrumpido por las risas de Adrián. Patrick le miró con la boca abierta por la sorpresa, mirando alternativamente de Alexei a Nicola.

—¿Quién habías dicho qué eras? —preguntó con sorpresa.

—Alexei. El dueño del corazón de Nicola. —respondió con voz acerada,

con los ojos fijos en Nicola.

Ella no se había atrevido a mirarle ni una sola vez desde que había entrado. Al oír sus palabras enrojeció aún más si eso era posible.

—Vale —dijo Patrick lentamente mirando a Nicola. Al ver que ella no decía nada para negarlo, se levantó y cogiendo de nuevo su mano depositó un suave beso en ella.

—Me voy, princesa. Si necesitas ayuda con el gorila ese, me avisas.

Alexei tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no arrastrar al tipo y sacarlo de la casa a patadas.

—Lo siento, Patrick —le dijo Adrián dándole palmaditas en la espalda mientras lo acompañaba a la salida dejando a Alexei y a Nicola a solas en el salón.

—Nicola, mírame —susurró Alexei. —Al ver que ella le ignoraba, se acercó despacio arrodillándose frente a ella.

—Nicola. Amor mío. —Cogió su mano despacio y la puso en su propia mejilla, cerrando los ojos. Cuando había entrado había querido interrogarla, que le explicara quién era ese tipo, por qué permitía que la tocara, de qué se reía... pero el hecho de que no hubiese dicho nada cuando había declarado ser el dueño de su corazón, le hinchó el pecho de alegría e hizo que se olvidara de todo lo demás.

Nicola empezó a temblar sin poder evitarlo. Mientras desayunaba le había sorprendido la visita de Patrick. Como él mismo había dicho, había estado de viaje y siempre que volvía lo primero que hacía era visitarla. Siempre decía lo mismo, que era la dueña de su corazón, que la amaba... pero se lo decía a todas. Cuando le conoció le cohibía su actitud, pero pronto se dio cuenta que no era en serio, aunque Alexei no lo sabía.

Al verle entrar se había sentido culpable, más que nada porque pensó que él podía malinterpretar la situación, como así había sido. Cuando dijo que era el dueño de su corazón... Debería haberse indignado, haber gritado que era mentira, que nunca le había entregado su corazón, pero no había sido capaz.

—Ven conmigo —le dijo Alexei acariciándole el rostro con un dedo. La caricia vino acompañada de una corriente que le recorrió el cuerpo entero y le hizo contener un jadeo. Alexei no había soltado su mano y tiraba de ella tentándola, Nicola no se sintió con fuerzas para decir que no. No podía.

En silencio, con las manos entrelazadas salieron de la casa, Alexei la guio hasta su coche, se puso al volante y condujo hasta que llegaron a su propia casa. Una vez allí, detuvo el coche y se giró hacia ella.

—Quiero que entres conmigo —le dijo dándole la oportunidad de irse si así lo deseaba.

Nicola sabía que no sólo le estaba pidiendo que entrase con él en la casa, le estaba pidiendo algo más, mucho más. En ese momento supo que tenía que dárselo. En el último mes se había sentido más viva que en los últimos diez años. No sabía lo que pasaría, pero sí sabía que no quería volver a sentirse como antes, como muerta en vida.

Sin decir nada se bajó del coche y se dirigió hacia la casa. Alexei la siguió sin decir nada tampoco. Entraron en silencio y Nicola se dirigió hacia el salón, frotándose las manos con nerviosismo.

—¿Qué quieres comer? —preguntó Alexei acercándose por detrás.

—¿Qué? —preguntó a su vez Nicola con voz temblorosa.

—Que qué quieres comer —repitió Alexei tomando un mechón de sus cabellos, cerrando los ojos y oliéndolo con un anhelo que le provocó dolor físico—. No tenemos prisa —murmuró con una voz que sonó como una caricia—. Quiero que te quedes conmigo y no te vayas nunca, así que primero tendré que alimentarte.

Nicola lanzó una sonrisa temblorosa sintiendo que parte de sus nervios se disolvían.

—Yo pensé... —empezó a decir girándose hacia él, pero al ver lo cerca que él estaba y la forma en la que la miraba quedó sin aliento, y no pudo continuar.

—¿Pensabas que iba a lanzarme sobre ti como una bestia? —dijo Alexei

con suavidad.

Nicola enrojeció negando.

—No. Sólo que... yo creí...

—¡Shhh! —interrumpió Alexei posando un dedo en sus labios—. No digas nada. No hace falta. Sólo dime lo que quieres comer.

—La verdad es que no tengo hambre.

—En ese caso pediré lo que yo quiera —dijo Alexei con una sonrisa sacando su teléfono.

—¿Vas a llamar a la cocinera por teléfono? —preguntó con extrañeza.

—No —dijo Alexei riendo—. Voy a llamar a un restaurante para pedir que nos traigan algo.

—¿Y el servicio? ¿No tenías gente trabajando en la casa?

Ahora fue el turno de Alexei de enrojecer.

—La verdad es que la gente que viste aquel día en la casa, los había contratado exclusivamente para ese día. Temía que si te decía que no había nadie más en la casa, te negaras a venir a comer.

—Probablemente tuvieras razón. No creo que hubiera venido —reconoció Nicola.

Mientras Alexei pedía algo para comer, Nicola recorrió la casa despacio. Nunca la había visto entera, en realidad sólo la había visitado en dos ocasiones anteriores, cuando había comido allí con Adrián, no hacía mucho, aunque le daba la impresión de que habían pasado siglos desde entonces y el día de la fiesta, hace diez años. En aquella ocasión además del jardín, sólo había visto la biblioteca.

Sin darse cuenta, sus pasos se detuvieron delante de la puerta de la misma, el corazón le latía desacompañado y le costaba respirar, quiso abrir la puerta, pero al levantar la mano para girar la manilla, se dio cuenta de que le temblaba y de que a pesar de estar delante de la puerta tenía la sensación como si esta se alejara y no fuera capaz de alcanzarla.

—Ya no está —murmuró Alexei a su espalda.

—¿El qué? —preguntó con la voz entrecortada.

—La biblioteca. Ha desaparecido. Hice que se la llevaran.

—¿Cómo puedes hacer que se lleven una biblioteca? —Estaba tan sorprendida que su voz sonó sorprendentemente firme.

—No quería que si conseguía que volvieras a esta casa, nada te recordara a aquella noche. Abre la puerta —le dijo al tiempo que cogía su mano para ayudarla a abrir.

Nicola cerró los ojos con temor, a pesar de lo que le acababa de decir, tenía miedo de que la atenazaran los recuerdos.

—Abre los ojos, Nicola —dijo Alexei suavemente tirando de ella hacia el interior de la estancia.

Poco a poco, con temor, Nicola abrió los ojos dejando escapar un jadeo sorprendido. Efectivamente lo que era la biblioteca había desaparecido y a pesar de que adoraba los libros lo que vio era incluso más maravilloso. En vez de estantes llenos de libros, lo que vio fue una habitación vacía de muebles, excepto un caballete con un lienzo en el centro de la estancia, junto con un sillón y un taburete y en las paredes, decorando la estancia muchos de sus cuadros.

—¿Cómo...? —Estaba tan sorprendida que no pudo acabar la frase. Algunos de los cuadros que allí había los había pintado hace años. ¿Cómo los había podido adquirir en tan poco tiempo?

—Los compré hace años —le dijo Alexei mientras la abrazaba con cuidado, con temor a que ella se apartara.

—Pero... yo creía... —Nicola aún no se lo podía creer.

—Ya te he dicho que nunca dejé de amarte. Me engañaba a mí mismo, me decía que los necesitaba para no olvidar lo mucho que te odiaba, pero en realidad me servían para recordar lo mucho que te amaba. Cuando le pedí a Iván que me consiguiera invitaciones para la exposición le hice creer que nunca había visto tu obra —le susurró al oído mientras le pasaba la lengua por el lóbulo de la oreja haciendo que se estremeciera—. Pero los tenía en mi dormitorio, los veía mientras follaba con otras.

Nicola se quedó helada al oírle decir eso y Alexei la apretó contra sí con más fuerza para que no se alejara, mientras continuaba diciendo—, una vez que acababa, cuando volvía a estar solo con mis recuerdos, me masturbaba mientras los miraba, pensando en ti.

La crudeza de sus palabras primero la horrorizó y luego al imaginárselo sólo en su cuarto, masturbándose pensando en ella, se excitó.

Sin darle tiempo a que procesara lo que le estaba diciendo Alexei continuó susurrándole al oído.

—Mi mayor fantasía sería poner una cama en este cuarto, para poseerte rodeada de tus cuadros tal y como llevo años imaginando. —Nicola tuvo que tragar con fuerza para poder hablar y aun así la voz le salió ronca, estaba tan excitada que tenía la garganta seca

—¿Y porque no la has puesto? —jadeó.

—Porque tenía miedo de asustarte y que te fueras.

Nicola se giró hacia él con un sollozo ahogado y le abrazó. Alexei la acarició con ternura y le dijo al oído lo mucho que la amaba, mientras poco a poco fue quitándole la ropa, le bajó la cremallera del vestido, bajándolo por los brazos, depositando tiernos besos en cada punto de su cuerpo que iba descubriendo. Ella temblaba. El vestido cayó al suelo y Nicola cerró los ojos.

—Abre los ojos, amor mío —le dijo mientras ella negaba con temor—. No tienes nada que temer, no va a pasar nada que tú no quieras. —Nicola abrió los ojos y cuando miró a Alexei quedó impactada por lo que vio en su mirada. Amor y deseo a partes iguales. Alexei se arrodillo frente a ella y la abrazó por la cintura.

—¿Qué haces? —susurró Nicola que aún temblaba.

—Lo que debí hacer hace tantos años, adorarte como a una diosa, como a la dueña de mi corazón.

Nicola sintió cómo el amor de Alexei la inundaba y por primera vez en mucho tiempo se sintió completa, se sintió capaz de perdonar.

—Bésame Alexei, bésame como soñaba.

Y así lo hizo, la besó como debería haberlo hecho hace tantos años y ella lloró todo el tiempo.

—¿Por qué lloras, amor mío? —le preguntó Alexei asustado porque le estuviera haciendo daño.

—Porque te amo y nunca he sido más feliz.

Alexei la cogió en brazos y se la llevó al dormitorio. Cruzó el umbral con ella en brazos y la bajó despacio sin dejar de abrazarla.

—Mira —le dijo girándola hacia una de las paredes. Allí presidiendo la habitación colgaba la última obra de Nicola, aquella que había pensado que jamás podría enseñar a nadie.

—¿Cómo...?

—Adrián me la dio. Me dijo que le pediste que la guardara, que no querías exponerla al público, pero cuando la vio, pensó que la tenía que tener yo. A fin de cuentas ¿no era para mí? —le dijo con emoción en la voz sin dejar de abrazarla.

Nicola no pudo evitar llorar, porque efectivamente, había depositado toda su rabia y todo su amor en la obra y el resultado reflejaba sus sentimientos de forma totalmente descarnada, por eso no había querido que nadie lo viera.

Alexei la cogió en brazos mientras sollozaba y la echó en la cama, cubrió su cuerpo de besos calmando sus temores, demostrándole lo mucho que la amaba, y cuando finalmente la poseyó ambos quedaron impactados por las sensaciones.

Alexei había estado con muchas mujeres pero jamás se había sentido como en ese momento, completo, podría morir en ese momento y no le importaría, jamás había sido tan feliz. Nicola sintió como si le arrastrase la marea y cuando creía que iba a ahogarse encontrase la luz. Gimió y gritó sin poder evitarlo al ritmo de las embestidas, hasta que una explosión invadió todo su cuerpo dejándola temblorosa y sin aliento. No podía pensar, sólo sentir.

Cuando Alexei sintió el orgasmo de Nicola trató de aguantar, no quería que terminara, pero le resultó imposible, empujó un par de veces más y se

derrumbó sin aliento, sentía como si le hubieran robado la vida.

—Cásate conmigo —le dijo cuando pudo volver a hablar.

Nicola miró hacia él con temor en la mirada.

—¿Por esto? —preguntó con la voz enronquecida.

—No —dijo Alexei mirándola con ternura—. Porque te amo, porque hace diez años ya quería casarme contigo. Porque la vida sin ti es oscura y triste, porque me robaste el corazón y necesito recuperarlo.

Nicola tenía miedo, era tan feliz que estaba aterrorizada pensando que nada de esto fuera real. Alexei cogió su mano y abriéndosela depositó un beso en su palma.

—Permíteme que te ame lo que nos queda de vida, sé mi esposa, mi amante, mi vida entera.

Nicola no era capaz de hablar, tal era el cúmulo de emociones que la desbordaban que no le salía la voz, simplemente le abrazó.

—¿Eso es un sí? —preguntó Alexei mientras le acariciaba el pelo.

Pasó un rato hasta que ella por fin encontró su voz.

—Sí —murmuró.

19

Marco miraba el atardecer por la ventana de su apartamento, sin verlo en realidad.

—¿Qué miras? —Unas manos de uñas cuidadas acariciaron su pecho mientras un cuerpo caliente le abrazaba por detrás, restregándose contra él en un intento de conseguir alguna respuesta.

Marco no se inmutó, continuó mirando la ventana con indiferencia.

—Si ya has acabado, vístete y vete.

—No sé porque te aguanto —dijo Juliette con furia—, un día voy a hartarme de ti y te mandaré a la mierda.

—Estoy deseando que llegue ese día —murmuró Marco mientras bebía del vaso de whisky que sostenía en la mano. Necesitaba algo que le anesthesiara. Se repugnaba a sí mismo. Acababa de echar un polvo, no por deseo, sino por demostrar que había superado el deseo malsano que sentía por Adrián. Pero no era más que una mentira de mierda y él no era más que un puto farsante.

Diez minutos después de salir Juliette del apartamento, tocaron al timbre, pensando que se había olvidado algo abrió la puerta diciendo:

—Coge lo que sea que hayas olvidado y lárgate de una puta vez. Quiero estar solo.

Sin embargo, con sorpresa vio que al otro lado de la puerta no se encontraba Juliette como pensaba, sino su primo Lucio. Al principio no supo que decir. Hacía años que no hablaba con su primo. Éste había abandonado la casa siendo él muy pequeño. Apenas tenía recuerdos de aquella época, sólo sabía lo que le habían contado. Que había intentado abusar de un niño y por eso le habían echado de la casa.

Hace unos años se le había acercado para tratar de retomar algún tipo de relación, pero él se había negado. Había crecido oyendo a su tío contar horribles historias sobre la incapacidad de su primo para satisfacer sus apetitos sexuales, y

ahora se daba cuenta de que él era igual, por eso ninguna relación le satisfacía.

—¿Qué quieres? —preguntó con acritud. Aún estaban frescas en su memoria las imágenes de Lucio y Adrián en el restaurante.

—Tengo que hablar contigo.

—¿De qué? Dudo que tú y yo tengamos algo de que hablar

—Quisiera hablar contigo de...

—No tengo nada que hablar contigo de Adrián —cortó Marco con furia.

—¿Puedo pasar? No he venido a hablar de Adrián contigo.

—¿Entonces qué coño quieres?

—¿Puedo pasar? —insistió Lucio.

—Si no hay más remedio —contestó Marco con resignación apartándose para que pasara.

—Quizás quieras ponerte algo encima —dijo Lucio señalando su pecho desnudo.

—Ahora vuelvo —masculló Marco de malas maneras mientras se dirigía al dormitorio para ponerse una camiseta.

—Veo que has estado ocupado —dijo Lucio lanzando una mirada conocedora a la cama toda revuelta.

De pronto imágenes de Lucio y Adrián follando como lo había estado haciendo él hace apenas media hora le asaltaron, provocándole malestar físico.

Lucio se paseaba tranquilamente por el salón, examinando las fotos que decoraban la estancia. Se detuvo frente a una imagen que mostraba a Adrián de pequeño con un joven que le llevaba en cuello, ambos sonreían a la cámara.

—Salvatore —murmuró Lucio cogiendo la fotografía y mirándola con tristeza—. Nunca le volví a ver, siempre tuve el temor de que mi padre descubriera que me había ayudado y le hiciera algo a él también.

—¿Algo a él también? ¿De qué hablas?

Lucio no sólo ignoró sus preguntas, dejándolas sin respuesta, sino que él a su vez pronunció la suya propia.

—Adrián me dijo que sigue trabajando para la familia, ¿es cierto?

Antes de que Marco pudiera contestar se oyó el ruido de la puerta principal que se abría.

—¿Ya se fue la zorra? —dijo una voz masculina desde la entrada—. Estuve esperando hasta estar seguro de que no me la encontraba, ya sabes que...

Las bolsas que llevaba cayeron al suelo al reconocer a la persona que se encontraba junto a Adrián.

—Lucio —susurró.

—Hola Salvattore —respondió Lucio con una sonrisa triste—. Vine a preguntarle a Marco por ti, pero jamás imaginé que te encontraría personalmente.

Después de todas las historias que Marco había oído sobre las actitudes depravadas de su primo, supuso que Salvattore se escandalizaría de que le hubiera permitido entrar en su casa, por lo que Marco sabía, ya trabajaba para ellos en la época en la que Lucio aún estaba en la casa, pero su sorpresa fue mayúscula al comprobar que no sólo no se escandalizaba con la presencia de Lucio, sino que una vez repuesto de la sorpresa inicial, corrió a abrazarle con lágrimas en los ojos.

—Lucio, ¡Dios mío! —dijo abrazándole con fuerza.

—Salvattore ¡Cuánto te he echado de menos! —dijo Lucio con emoción—. Jamás pude agradecerte todo lo que hiciste por mí. Me salvaste la vida.

—Me alegro. Me enteré de tu regreso, pero nunca me atreví a buscarte, no sabía si querrías verme.

—Por supuesto que hubiera querido. Yo nunca me puse en contacto contigo porque no quería comprometerte, no sabía si mi padre había llegado a descubrir quién me había ayudado.

—Creo que siempre lo supo, pero no le importó.

—Ya, en realidad le hiciste un favor, no sabía qué hacer conmigo.

Marco escuchaba la conversación con estupefacción, ¿De qué demonios hablaban?

—¿Alguien me puede explicar de qué coño habláis?

—No recuerda nada —dijo Salvattore mirando a Marco.

—No me extraña —dijo Lucio—, tuvo que ser muy traumático para él. Estuvo días sin hablar. Y cuando volvió a hablar, jamás lo mencionó.

—¿Sabéis que estoy en la habitación? —dijo Marco con indignación—. ¿Podéis hacerme puto caso de una vez y dejar de fingir que no os oigo?

—Eras muy pequeño —dijo Salvattore mirándole con tristeza—, pero fuiste testigo de algo que tu mente prefirió no recordar.

—¿Testigo de qué?

—Del motivo por el que me fui de casa —añadió Lucio.

—Querrás decir de por qué te echaron. Lo sé todo, mi tío me lo explicó en reiteradas ocasiones.

—Marco... —Salvattore le miraba avergonzado.

—¿Qué pasa? ¿Cómo puedes abrazarle después de las cosas que hizo? ¡Intentó abusar de un niño! Así es ésta gente, se dejan arrastrar por sus deseos antinaturales.

—¿Eso te dijeron? —preguntó Lucio con tristeza— ¿Qué intenté abusar de un niño?

—¿Acaso lo niegas?

—Marco... —Volvió a decir Salvattore—. Eso no es cierto.

—¿Qué eso no es cierto? ¡Pero qué coño dices! Llevo años oyendo los retorcidos actos de mi primo y¿ ahora vienes a decirme que no es cierto? ¡De qué coño vas!

—Cuando eras pequeño, no podía contradecir a tu tío. Me hubiera despedido y cuando ya fuiste mayor, no vi la necesidad de contarte la verdad. No pensé que Lucio y tú os volvierais a encontrar. A tu primo no le echaron de casa, él tuvo que huir y yo le ayudé a hacerlo.

—Le echaron... huyó... ¡qué diferencia hay! Es un maldito degenerado.

—Creo que deberías contarle la verdad —dijo Lucio mirando con tristeza a Marco—. Creo que el ocultarle lo que pasó le ha hecho más mal que bien.

Acercándose a Marco le dijo con firmeza:

—Llevas mucho tiempo luchando contra tus deseos, quizás temiendo ser como yo. No sé qué clase de historias te habrán contando sobre mí, aunque supongo que no serían las mejores, pero quiero que sepas que no hay nada malo en ti y si no te aceptas a ti mismo jamás serás feliz.

—¿Pero se puede saber de qué vas? —Marco estaba indignado—. ¡Dádmeme putos consejos! ¡No sabes una mierda de mi vida!

—Vine porque Adrián me dijo que Salvattore trabajaba en esta casa. Supuse que si venía yo a contarte la verdad no me creerías, pero si te lo decía Salvattore sería más probable que lo creyeras.

Marco se acercó a Lucio amenazadoramente.

—¡Me tienes hasta los cojones! Di de una puta vez lo que hayas venido a decir y lárgate.

Por segunda vez en poco tiempo Lucio se encontró recordando su historia, esa historia que se había esforzado tanto en olvidar.

—No me demoraré contándote cómo descubrí mi homosexualidad. Los sentimientos que me invadieron, las dudas, porque supongo que tú también lo has pasado.

—¡Pero qué cojones dices! ¡Yo no soy un puto maricón! —replicó Marco con los dientes apretados con furia.

Lucio le ignoró para continuar con su historia.

—Sólo te diré que con doce años, le hablé a mi madre de mis sentimientos. En aquellos momentos no entendía lo que me pasaba y pensé que ella me ayudaría a aclararme. Y vaya si me ayudó. —Una agria carcajada salió de la boca de Lucio antes de continuar—. La solución de mi padre fue darme de latigazos mientras yo le suplicaba que parara. Sólo lo hizo cuando le juré que jamás volvería a decir o a sentir nada de eso. Como si fuera posible controlar los sentimientos —terminó con tristeza—. Supongo que eso sí serás capaz de entenderlo.

Marco claro que lo entendía. Llevaba años luchando contra su propia naturaleza. Pensando que era un degenerado. Nada de lo que había hecho para

suprimir sus sentimientos le había servido. Pero no se podía creer la historia que Lucio le estaba contando.

—No te creo —le dijo con enfado—. No sé por qué te estás inventando esta historia sacada del medievo, pero no te creo ni media palabra.

—Pues deberías —intervino Salvatore—. Porque es la verdad.

—¿Qué le dieron de latigazos por ser homosexual? Mi tío puede ser un capullo integral, pero no creo que llegara a esos extremos.

—Eso no fue nada, Marco —dijo Salvatore—. Lo peor vino después. ¿Quieres que siga yo? —pregunto dirigiéndose a Lucio.

—Será lo mejor. Quizás si lo oye de tu boca se lo crea.

—Empecé a trabajar para tu tío un año después de lo que te cuenta Lucio —continuó contando Salvatore.

—¿Entonces cómo sabes que es verdad lo que cuenta si ni siquiera trabajabas en la casa en aquella época? —inquirió Marco con escepticismo.

—Porque yo mismo vi las marcas del látigo. Un día entré en su cuarto mientras se cambiaba y las vi, no me atreví a preguntarle y Lucio no me dijo nada, él también se avergonzaba.

—¿Entonces cómo supiste lo que había pasado?

—Me lo contó la misma persona que le dio los latigazos, una noche que había bebido en exceso, estaba orgulloso, decía que lo había curado. Fue Mauro, supongo que lo recuerdas, era la mano derecha de tu tío.

Al oír ese nombre Marco no pudo evitar que un escalofrío le recorriese el cuerpo. Nunca le había gustado ese hombre. De niño le tenía pavor, de hecho fue la causa de que sus padres dejaran de llevarle a la hacienda.

Como bien decía Salvatore, era la mano derecha de su tío. Siempre acompañándole como una sombra. No recordaba claramente sus rasgos, ya que era un niño la última vez que le vio, pero recordaba claramente el miedo que le tenía, hasta el punto de que se orinaba encima cada vez que le veía. Su padre le había pedido a su tío que le despidiera, a lo que este se había negado, así que sus padres habían decidido que entonces no volviera a visitar a sus tíos en la

hacienda y así había sido.

—Un verano llegó un matrimonio a la isla con su hijo de dieciséis años —continuó Salvattore—. Él y Lucio se enamoraron y comenzaron una relación a escondidas. Mauro les descubrió y cómo te imaginarás no le hizo gracia que volviera como él dijo “a las andadas”.

Un sudor frío inundó a Marco. No quería oír el final de la historia, cualquiera que éste fuera. No sabía por qué pero empezaba a sentirse mareado y la bilis le subía a la garganta.

—No me encuentro bien —dijo sentándose pesadamente en una silla.

—¿No recuerdas nada? —pregunto Lucio.

—¿Nada de qué? —El malestar de Marco aumentaba por momentos.

—De lo que me hicieron —contestó Lucio con voz grave.

—¿Y por qué iba a recordar nada? —Marco se cubrió la cara con las manos con cansancio.

—Porque lo presenciaste.

—¿Y se puede saber qué presencié? —Estaba harto de todo esto, sólo quería que le dejaran en paz.

—Viste cómo me castraban —dijo Lucio con voz tensa.

Marco apartó las manos de la cara lentamente y miró a Lucio con horror.

—¿Qué has dicho?

—Que me castraron y te obligaron a presenciarlo y por eso creo que no eres capaz de reconocer ante ti mismo que eres homosexual. Creo que el ver lo que me hicieron te traumatizó hasta ese punto.

Salvattore miró a Lucio con sorpresa ¿Marco homosexual? No podía ser. Tenía que estar equivocado, porque si eso fuera cierto, él era culpable de que viviera ocultándolo, por haber guardado silencio durante todos estos años.

—¿Marco? —preguntó con suavidad— ¿Qué está diciendo Lucio?

—¡Chorradas! —respondió con furia sin apartar la mirada de Lucio—. Lo único que dice son chorradas. Si eso era lo que me querías contar, ¡Bravo por ti! —dijo con amargura dirigiéndose a Lucio— Y ahora ¡Lárgate de mi puta

casa! —gritó poniéndose en pie—. Aunque pensándolo bien —dijo mirando también a Salvatore con furia— ¡Largaros los dos de una puta vez!

—Será lo mejor —dijo Lucio cogiendo del brazo a Salvatore—. Ven, tiene muchas cosas en las que pensar.

Marco se dejó caer al suelo con desesperación, mientras Lucio y Salvatore abandonaban la casa. El dolor de cabeza que tenía se había incrementado. Se cogió la cabeza con las manos. ¡Qué coño había pasado! ¿Cómo podía creer una historia tan surrealista? Y a la vez ¿Cómo podía no creerla? Trató de recordar, pero un pinchazo agudo en las sienes se lo impedía.

Estaba harto de todo, de sufrir, de odiarse a sí mismo. ¿Podría ser que lo que pasó le hubiera afectado hasta ese punto? Pensar que eso fuera posible le produjo una extraña tranquilidad. Por primera vez en su vida, sintió que quizás no había nada malo en él, sólo puro y a su vez sencillo miedo. Miedo a que si aceptaba su verdadera naturaleza le podría pasar lo que le había ocurrido a Lucio.

Inspiró y espiró varias veces tratando de calmarse y poco a poco la tensión que sentía en las sienes disminuyó. Hizo lo único que se le ocurrió en ese momento. Cogió el teléfono y sin darse tiempo a arrepentirse marcó un teléfono.

—Padre, necesito hablar contigo...

Marco miraba a su padre sin saber muy bien como iniciar la conversación. Cuando le había llamado por teléfono tenía muy claro lo que le iba a decir, pero ahora, viéndole frente a él, tenía la mente en blanco, se le atascaban las palabras en la garganta y no sabía que decir.

Benedetto Lombardi era un hombre imponente, los años le habían tratado bien, aún conservaba gran parte del atractivo que había tenido de joven, aunque la fuerza y el vigor que le habían caracterizado se habían diluido un poco en el tiempo, pero su presencia seguía impactando, sobre todo a aquellos que le veían por primera vez. Alto, con su más de un metro y ochenta centímetros, fuerte, con

unos brazos como árboles, aún lucía una abundante cabellera teñida de plata.

Cuando Marco era pequeño había adorado a su padre. Sabía que con él a su lado jamás nada malo le podría pasar. Sin embargo, en algún punto del camino se habían perdido, su padre siempre había pretendido marcarle el camino a seguir, despreciando todos sus sueños de futuro, por eso, en cuanto le había sido posible había abandonado la empresa familiar y se había independizado económicamente.

Esto último tenía que agradecerlo a la asociación que había formado con Alexei e Iván, pero aun así su padre había tratado de intervenir en su vida a través de Juliette, la hija de un socio de uno de sus múltiples negocios, desde hacía años trataba de convencerlo para que se casara con ella.

Marco no se imaginaba cómo reaccionaría ante lo que le iba a decir.

—Tu madre y yo te hemos echado de menos estos meses, ya no vienes a casa, apenas sabemos de ti y ahora de pronto, en mitad de la noche me llamas porque te urge hablar conmigo en persona ¿qué te ocurre? —le preguntó su padre con extrañeza.

Marco se sintió culpable, porque era cierto, cada vez le costaba más relacionarse con sus padres.

—Hoy vino a verme mi primo Lucio.

Su padre le miró con asombro.

—¿Tu primo Lucio? Dios mío ¿Cómo está? ¿Ha hablado con su padre? Nunca ha superado que Lucio se fuera de casa.

—¿Me lo estás diciendo en serio, papá? ¿Vas a hacerte el tonto? Lucio me lo ha contado todo.

Su padre palideció al oírle.

—¿Y qué es ese todo que te ha contado?

Marco le miró con tristeza.

—Hasta que he llegado aquí y he visto tu cara, aún no me lo creía, pero ahora me doy cuenta de que toda la historia es verdad.

—No creí que necesitaras saberlo —dijo su padre con tristeza.

—¡Que no necesitaba saberlo! —se rió amargamente—, papá perdona que te lo diga pero no tienes ni puta idea de lo que necesito saber. ¿Estabas de acuerdo?

—De acuerdo ¿con qué?

—¿Con qué coño va a ser? Con lo que le hicieron ¡joder! ¿con qué si no! ¿Es verdad que lo vi todo?

—Sí

—¿Y no te pareció importante que lo supiera?

—No parecías recordar nada, tu madre y yo creímos que era lo mejor para todos.

—¿Para todos? ¿Incluso para Lucio? ¿Intentasteis ayudarle siquiera?

—¡Por supuesto que lo intentamos! —contestó su padre ofendido—. Cuando regresamos del viaje nos dijeron que Lucio se había ido, mi hermano dijo que habían tenido una discusión y había huido por su propia voluntad, en ese momento aún no habíamos descubierto la verdad de lo sucedido. Fuimos a la policía para que nos ayudaran a encontrarlo, pero se negaron. Sabía que el jefe de policía era amigo de mi hermano, pero no sabía que se negaba a buscar a Lucio siguiendo las órdenes que le había dado él mismo.

Cuando te recogimos en la hacienda, no hablabas, no comprendíamos por qué, hasta que descubrimos lo que había pasado realmente y de que lo habías sido testigo. Me encaré con mi hermano y traté de que despidiera a Mauro pero se negó.

—Lo sé, me lo contasteis muchas veces que por eso no íbamos a la hacienda, porque se había negado a despedir a Mauro y yo sentía pavor por él, pero no cortaste la relación con mi tío, a él seguimos viéndolo y es más culpable que el propio Mauro. ¡Era su propio hijo! ¡Joder! ¡Cómo fue capaz! ¿Mamá lo sabe todo?

—Sí —respondió su padre avergonzado.

Marco permaneció unos segundos en silencio, no se podía creer que le hubieran ocultado algo así durante años.

—¿Qué harías si te dijera que soy homosexual? —le dijo con furia—
¿Que llevo años luchando contra ello? Pensando que algo estaba mal en mí,
aterrado de mis deseos y mis sentimientos.

—Marco, no tiene gracia.

—¿Que no tiene gracia? —empezó a reírse históricamente mientras decía
— Tiene toda la puñetera gracia del mundo. Llevo años follando con mujeres
sintiéndome sucio, como si hubiera algo malo en mí, porque no podía aceptar
que en realidad me gustaban los hombres.

—Marco yo... no sé qué decir. —Su padre estaba impactado por la
vehemencia y la furia con la que le estaba hablando su hijo.

—Luchando contra mis deseos —continuó diciendo Marco como si no le
hubiera escuchado—. Aterrorizado de que alguien supiera cómo era de verdad.

—No soy mi hermano, tendrías que haber hablado conmigo.

—No, no eres tu hermano, pero llevas años intentando decidir mi vida,
tratando de obligarme a que me casara con Juliette, y ¿quieres saber lo que
siento cada vez que me toca?

—Marco, no sigas por favor. —le suplicó su padre, pero Marco ya no
podía para de hablar.

—Siento asco. Me repugna y aun así me la follo una y otra vez, intentado
en algún momento sentir algo distinto y la única vez que he estado con alguien
deseándolo de verdad, al final también me sentí sucio, como si fuera un
degenerado.

—Marco. Tú no eres un degenerado. —Su padre estaba horrorizado por
todo lo que le estaba contando. No podía comprender cómo no se había dado
cuenta del enorme sufrimiento de su hijo—. Reconozco que me ha pillado de
sorpresa lo que me has dicho y que no es lo que desearía para ti, pero la
homosexualidad no es ninguna enfermedad, no es algo que se pueda decidir si
quieres serlo. O lo eres o no lo eres.

Marco volvió a reírse históricamente.

—Esto es el colmo, mi propio padre dándome consejos sobre

homosexualidad. No tienes ni puta idea ni de lo que siento. ¡ESTOY ROTO! ¡JODER! —terminó gritando con desesperación.

—Marco. —Su padre se acercó intentando tocarlo, pero él reculó para evitarlo mientras no paraba de repetir:

—¡ESTOY ROTO! ¡ESTOY ROTO! —Hasta que se derrumbó en el suelo llorando. Sólo entonces permitió a su padre acercarse hasta él y abrazarlo.

—Marco, hijo mío. Te quiero. No me importa si eres homosexual o no, sólo quiero que seas feliz.

—No puedo, padre, no puedo seguir así —murmuró entre sollozos.

—No te preocupes, te conseguiremos ayuda —le dijo su padre sin dejar de abrazarlo.

Benedetto Lombardi se encontraba con el corazón roto. Nunca hubiera imaginado lo que le había dicho su hijo, ¡qué equivocado estaba con él! Ignoraba el profundo dolor que arrastraba. Si bien saber que su hijo era homosexual no era algo que le agradara especialmente, lo único que deseaba era que fuera feliz y era evidente que ahora mismo no lo era. Le buscaría ayuda, porque él no creía tener la capacidad para hacerlo y estaba claro que lo necesitaba.

Con esos pensamientos continuó abrazándole con todo el amor de padre que tenía en su corazón.

—Te quiero hijo mío, te voy a ayudar, te voy a ayudar —no dejó de repetir mientras le abrazaba.

20

Antes de que Maya se diera cuenta llegó el día de la inauguración de la exposición. Dos días antes había tenido que acudir al taller del modisto para probarse el vestido que Nikolay había pensado para ella.

Era una maravilla. De un azul profundo como la noche se amoldaba a su cuerpo de sirena. Semejaba una toga romana dejando sus brazos al descubierto y uno de sus hombros, todo el vestido estaba cubierto por una capa de encaje finísimo de un tenue color amarillento que simulaba las constelaciones sobre el firmamento. Destacaba sobre su hombro cubierto, un puñado de encaje con la forma de la luna, entre el encaje iban cosidas lentejuelas doradas de tal manera que al caminar el movimiento de la tela producía el efecto de miles de estrellas brillando a través de ella. El efecto era espectacular

—Estás preciosa —le dijo Sergey, el modisto amigo de Nikolay—. Espera a ver el peinado y el maquillaje. Creo que Nikolay no lo ha pensado bien.

—¿El qué?

—Creo que vas a destacar más que las propias joyas.

Sergey se había presentado con un equipo de personas en su casa, peluquera, maquilladora y una fotógrafa. Nikolay le había pedido un reportaje fotográfico de todo el proceso.

Maya estaba tan nerviosa que no había sido capaz de comer nada desde que se había levantado, tenía miedo de no ser capaz de retener nada en el estómago.

El timbre de la puerta los sorprendió a todos.

—Justo a tiempo —murmuró Sergey dirigiéndose a la puerta.

Maya oyó cómo Sergey abría la puerta a Nikolay. Algunas palabras sueltas llegaron a sus oídos, pero en ese momento la maquilladora le pidió que cerrara los ojos para terminar con el maquillaje.

Cuando los abrió Nikolay estaba frente a ella vestido con smoking y

sosteniendo una caja en la que supuso que estaba la joya diseñada para el diamante azul.

Nikolay no podía apartar la mirada de Maya, estaba muy hermosa. Le habían recogido el pelo en una larga trenza de la que prendían decenas de adornos que simulaban estrellas y refulgían con el movimiento de su cabeza. El maquillaje destacaba el azul de sus ojos y los oscurecía de tal forma que parecían un reflejo del vestido.

—Selene —murmuró Nikolay con admiración.

—¿Selene? —preguntó Maya intrigada.

—Así llamaré a estas piezas. Selene, la diosa luna. —Con un movimiento reverente abrió la caja que portaba.

Al ver el contenido de la caja, Maya ahogó una exclamación. Ver su diseño convertido en algo real, tangible, le pareció fascinante.

El diseño representaba la historia de amor entre el sol y la luna. Eternamente unidos, eternamente separados. Únicamente en un eclipse son capaces de encontrarse

Una fina tira de oro representaba el camino del sol y otra fina tira de platino el camino de la luna y en medio unidos mediante un eclipse, representado por el diamante azul. A lo largo del camino de la luna, engarzados diminutos diamantes blancos que representaban las estrellas.

Siguiendo el mismo diseño Nikolay había creado unos pendientes y un anillo a juego.

—Hoy vas a refulgir más que las estrellas.

La fiesta estaba en su máximo apogeo cuando Iván llegó a la misma. No sabía cómo se había dejado convencer por Sonya para acudir. Era la presentación de la colección de joyas de no sabía ni quién, esperaba que después de la fiesta, Sonya le compensara por haberle hecho acudir. Había roto su relación con ella cuando se marchó de Rusia con Alexei y Maya porque estaba harto de sus reclamos, pretendía que se casara con ella, pero en cuanto Sonya se había enterado de su

regreso, le había perseguido y si bien al principio se había negado a volver con ella, al final se había dado cuenta de que otra mujer era lo que necesitaba para poder sacarse esos extraños pensamientos que estaba teniendo con Maya.

Desde aquel día en su casa, no había vuelto a verla, se había negado a cogerle el teléfono, no había contestado a ninguno de sus mensajes, ni le había abierto la puerta las veces que había ido a la casa de Alexei a buscarla. No quería saber nada de él y eso le estaba volviendo loco. No sabía lo que le pasaba, pero esperaba que la relación con Sonya le ayudase a sacársela de la cabeza.

Se había inventado una supuesta reunión que le había permitido llegar convenientemente tarde y perderse la presentación de las joyas, no se imaginaba nada más soporífero, por eso en este momento, buscaba a Sonya entre la multitud con aburrimiento.

Algo llamó poderosamente su atención desde el otro extremo del salón. Una mujer, iba del brazo del que supuso que era el anfitrión, ya que en ese momento le estaban entrevistando. Desde donde estaba no llegaba a distinguir los rasgos de ella, pero por lo poco que podía ver, le parecía fascinante. Tenía el cuerpo de una diosa e iba vestida como tal, supuso que sería una modelo.

En ese momento se alejaba del hombre para dirigirse a la terraza. Iván no pudo hacer otra cosa que observarla fascinado. Era como si... brillase.

Tenía que conocerla. Quizás ella fuese la que le arrancase a Maya de sus pensamientos. Maya tan inocente, con su ropa recatada, sin mostrar una curva de más. Salvo aquella vez, hace tantos años...

Esa mujer tenía un físico parecido, pero estaba vestida para seducir. Esperaba que no le costase mucho convencerla para que se acostase con él.

Según se acercaba a la terraza, más convencido estaba de que esa era la solución a sus problemas, no se trataba de buscar una mujer totalmente diferente a Maya, como Sonya, sino que quizás lo que tenía que buscar era una parecida.

En cuanto entró en la terraza la vio de espaldas a él.

—Hola ¿Quién eres? ¿Selene? —le dijo en referencia a los carteles que había visto en la exposición donde hablaban de esa diosa.

Notó como ella se tensaba brevemente al oírle y con un suspiro cansado le decía sin volverse hacia él y en un tono de voz tan bajo que le costó oírla.

—Tal vez. ¿Qué quieres?

—Un beso de una diosa.

—¿Nada más? —Maya no se podía creer que Iván no la hubiera reconocido, pero así debía ser, si no, estaba segura de que jamás le hubiera pedido un beso.

Iván se acercó a ella, no sólo porque se moría de ganas de abrazarla y besarla, sino porque hablaba tan bajo que apenas distinguía sus palabras.

—De momento me conformo con eso —murmuró al tiempo que la giraba.

Las sombras de la terraza no le permitieron distinguir su rostro, sólo sus labios. Sus manos recorrieron su cuerpo con codicia, acariciándola hasta que ella empezó a temblar. Al percatarse, una sonrisa satisfecha cruzó su rostro mientras se inclinaba para besarla. Eso era lo que necesitaba, le lamió los labios lentamente, recreándose, imaginando que eran los labios de Maya los que besaba, porque estaba seguro de que sabrían igual.

Un jadeo ahogado se escapó de la boca de Selene, o como quiera que se llamara, en ese momento no le importaba, para él era Maya. Le devoró la boca con fervor y ella le respondió igualando su pasión.

Comenzó una batalla de voluntades que duró hasta que se quedaron agotados y sin aliento. Iván la cogió de la cintura para acercarla a la luz y poder ver su rostro. Tenía que saber cómo era esta mujer que le estaba ayudando a exorcizar sus demonios.

—¿Maya? ¿Estás ahí? —Oyó una voz masculina a su espalda—. Ven querida, quieren entrevistarte.

—Ya voy Nikolay. Dame un minuto —dijo Selene con voz sospechosamente igual a la de Maya.

Iván se quedó paralizado cuando se dio cuenta de que la diosa que le había robado la voluntad no era otra que la propia Maya. Su Maya. Empezó a

retroceder alejándose de ella como si quemase.

Maya se acercó al tiempo que él se iba alejando, hasta que llegó a la luz que la iluminó en todo su esplendor. Su visión fue como un puñetazo en el estómago. Sus labios, esos labios que había besado con pasión, ahora lucían hinchados después de haberlos torturado. Examinó su rostro enrojecido, los pechos que desbordaban a través del escote del vestido, después de haberlos acariciado, ya sabía lo turgentes que eran y de un tamaño perfecto para sus manos.

El deseo le atacó dejándole duro y necesitado, abrió la boca para decir ni siquiera sabía qué, pero Maya le interrumpió pasando a su lado al tiempo que murmuraba:

—Disculpa. Me están esperando —le dijo con una frialdad que le sorprendió. Y se marchó dejándole con la boca abierta y sin saber qué decir, como si a ella no le hubiera afectado el beso, no como a él.

Pasaron unos minutos hasta que Iván fue capaz de reaccionar, cuando pudo salir del estupor echó a correr detrás de Maya, pero ella ya se encontraba con ese hombre, el diseñador. La estaban entrevistando y sacando fotos. La furia amenazaba con ahogarle, quería cogerla en brazos y exigirle una explicación ¿Cómo se atrevía a estar tan hermosa? ¿Por qué le había permitido que la besara? Se pasó la lengua por los labios recordando su sabor, ¿Qué demonios pretendía que hiciera ahora que sabía cómo eran sus besos?

El diseñador pasó un brazo alrededor de la cintura de Maya y una explosión de celos atacó a Iván dejándole sin aliento.

—Mírame Maya —pensó —, mírame.

Quería ver en su mirada que ella estaba tan afectada por su beso como él, pero ella no le miró ni una sola vez.

—Aquí estás —dijo Sonya agarrándole por el brazo—. Estaba empezando a pensar que me habías dejado plantada. ¿Qué miras? —preguntó al ver que Iván la ignoraba y no había quitado la vista de algo que se desarrollaba más adelante. Buscó el origen de aquello que llamaba tanto la atención de Iván.

Cuando descubrió lo que era quedó con la boca abierta.

—¿Esa no es...?

—Sí —respondió Iván cortante.

Sonya le miró de forma evaluadora. Siempre había sospechado que la mosquita muerta de Maya estaba enamorada de Iván, pero nunca había pensado que él tuviera ningún interés en ella. Hasta ahora. La forma en la que la miraba, no le gustó un pelo.

—Parece que es muy amiga de Nikolay —dijo con malicia.

—¿Nikolay?

—El hombre que la abraza. Así que está es la famosa diseñadora de la joya principal de la colección.

—¿Diseñadora? —Iván cada vez estaba más sorprendido ¿Desde cuándo Maya diseñaba joyas?

—Esto es un aburrimiento —dijo Sonya con voz insinuante acariciándole el brazo. —¿Qué te parece si vamos a tu casa y te agradezco que hayas venido?

Iván apenas la escuchaba, tenía que hablar con Maya, pero era consciente de que este no era el lugar ni el momento. No soportaba mirarla, ver cómo ese Nikolay la tocaba. La fiesta terminaría en algún momento, la esperaría en casa y le pediría una explicación.

—Nos vamos —le dijo a Sonya, y sin darle tiempo a decir nada salió de la fiesta llevándosela consigo.

Horas después Iván estaba furioso. Estaba en el coche delante de la casa de Alexei, esperando a que apareciera Maya como si fuese un vulgar acechador. Sabía que la fiesta de la exposición había acabado hacía tiempo y sin embargo ella no aparecía. ¿Dónde coño estaba?

Había llevado a Sonya a casa y se había ido corriendo a esperar a Maya, pensando que no iba tardar en aparecer. Sonya le había cruzado la cara al darse cuenta de que efectivamente planeaba dejarla para ir a buscar a Maya, pero no le importaba. Lo único que le importaba era verla, hablar con ella, volver a besarla...

Se estaba volviendo loco. Esperando. Las luces de un coche le deslumbraron. Eran Nikolay y Maya. Cogió el volante del coche con tanta fuerza que se le pusieron los nudillos blancos al oír una risa suave y verlos descender del coche abrazados.

Con horror vio como el tal Nikolay besaba a Maya en la puerta de la casa y cómo está le correspondía. ¿Cómo podía besar a otro? Horas después de besarle a él ¿Cómo se atrevía? ¿No había sentido lo mismo que él? ¿No se daba cuenta de que era suya y de nadie más?

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, esperó hasta que el tal Nikolay se marchó. Por un momento temió que pretendiera quedarse, eso sí que no lo hubiera permitido. En cuanto las luces del coche de Nikolay se alejaron, se acercó hasta la casa y llamó a la puerta.

—¿Olvidaste algo Niko... —Maya calló sorprendida al darse cuenta de que la persona que estaba en su puerta no era Nikolay, si no Iván.

—Hola, Maya.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí? —preguntó con sorpresa. No pensó que fuera a querer nada con ella después de descubrir que la había besado confundiéndola con otra.

—¿Qué que quiero? —Iván estaba furioso— ¿Te atreves a preguntarme qué quiero? ¿Después de ver cómo te besuqueabas con el baboso ese? —dijo apartándola con brusquedad para introducirse en la casa y cerrar la puerta tras de sí —¿Cómo has podido besarte con él después de hacerlo conmigo? Cuando todavía tengo el sabor de tus labios en mi boca.

Maya le miró con la boca abierta. Antes de que pudiera reaccionar Iván la cogió por la cintura y empezó a besarla como si la vida le fuera en ello. Pasados unos instantes Maya le correspondió igualando su pasión, entonces Iván la apartó violentamente.

—¿Cómo puedes besarnos a los dos? —dijo mirándola indignado.

Aquello fue más de lo que Maya pudo soportar. Estaba harta de soportar sus vaivenes emocionales.

—¿Se puede saber qué te pasa? Primero no quieres nada conmigo, luego me empujas para que me case con Alexei. Te indignas cuando rompe su compromiso conmigo ¿Y ahora te ofende que me bese con otro hombre? ¿Sabes qué? ¡VETE A LA MIERDA! —Terminó gritando con frustración al tiempo que le empujaba tratando de sacarlo de la casa.

Iván estaba también furioso. Los vanos intentos de Maya de echarle no sirvieron para nada, no se movió ni un ápice de donde estaba.

—¿Qué yo me vaya a la mierda? —gritó indignado —¡VETE A LA MIERDA TÚ! ¡ERES UNA CALIENTAPOLLAS!

Eso fue más de lo que Maya pudo resistir, le cruzó la cara de una bofetada quedándose ambos inmóviles y sorprendidos mirándose uno al otro.

Maya fue la primera en reaccionar, rompió a llorar y huyó escaleras arriba dejando a Iván sólo en el hall.

Iván cerró los ojos con pesar. No quería decirle lo que le había dicho. Quería decirle que la amaba. Que ahora se daba cuenta de que siempre la había amado, pero que siempre había tenido miedo, miedo de no merecerla, miedo de hacerle daño y tratarla como habían tratado todos los hombres de su vida a su madre.

Maya se derrumbó en su habitación llorando. No podía más. Ojalá no le volviera a ver nunca más en su vida.

—¿Maya? —La voz de Iván en la puerta de la habitación la hizo volverse con sorpresa.

—¿Qué quieres, Iván? ¿Qué demonios quieres de mí? —preguntó con un hilo de voz.

—Quiero decirte que te amo —susurró Iván con voz ronca.

—¿Desde cuándo? —Maya no pudo evitar reírse con ironía— Llevas años ignorándome, tratando de empujarme a los brazos de cualquier hombre. Y ahora, que me entrego a otro de verdad ¿descubres que me amas?

Las palabras de Maya hicieron palidecer a Iván, necesitaba estar seguro de lo que le estaba diciendo.

—¿Qué quieres decir con entregarte a otro de verdad? ¿Acaso le amas? Si es así ¿cómo me pudiste besar como lo hiciste?

—No, Iván no le amo. Pero si me he acostado con él —dijo con crudeza—. Te amo a ti, pero me he hartado de esperarte.

Iván sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. Pensar que Maya se hubiera acostado con otro hombre, le produjo un malestar casi físico. Aunque sabía que se lo merecía. La había rechazado durante demasiado tiempo, engañándola a ella y a sí mismo. Pero no estaba dispuesto a perderla. Ahora no.

—Perdóname —dijo acercándose hasta la cama y sentándose a su lado sin atreverse a tocarla.

—¿Que te perdone? —dijo Maya con confusión—. No te entiendo, ¿qué quieres que te perdone?

—Haberme comportado como un imbécil. Empujarte a los brazos de otro hombre. No darme cuenta de que eres lo mejor que me ha pasado en la vida y que jamás habrá otra mujer en el mundo como tú. Eres mi mejor amiga, pero hoy me he dado cuenta de que quiero que seas algo más.

Maya le miraba con la boca abierta. No sabía qué decir.

—¿Me estás diciendo que no te importa que me haya acostado con otro hombre?

—Tú sabes que no soy virgen ¿No? —contestó él a su vez.

Maya le miró como si se hubiera vuelto loco.

—Te estoy diciendo que entiendo que lo hayas hecho —aclaró con tristeza—. Yo llevo años acostándome con otras mujeres. Lo que no quiero es que dejes de amarme. Lo que quiero es que me asegures que aún no es tarde y que tú también quieres que estemos juntos.

—Es lo que siempre he querido —dijo Maya con lágrimas en los ojos.

—Entonces déjame intentar que con mis besos olvides otros besos. Déjame amarte hasta que olvides que nunca has pertenecido a otro hombre. Quiero tener por siempre el sabor de tus labios en mis labios, de tu cuerpo en mi cuerpo, hasta que no sepamos donde empieza uno y acaba el otro.

Maya no se atrevía a hablar ni a decir nada. Después del beso de la terraza no había podido concentrarse en nada más. Fue perfectamente consciente del momento en el que Iván abandonó la fiesta y el hecho de que lo hiciese acompañado de Sonya le dolió más de lo que quiso admitir. Mientras ella aún continuaba temblorosa por todo lo que había sentido, él se iba con otra. No merecía la pena. Incluso después de acabar la fiesta no había querido irse a casa, ¿para qué? ¿Para amargarse por lo imbécil que era? Amando a un hombre que no la deseaba, por eso Nikolay había tratado de animarla después de la fiesta paseando y hablando. Ella le contó lo que había pasado con Iván y él lo entendió.

—Si quieres, puedo ayudarte a olvidarlo —le dijo con ternura mientras la abrazaba.

—Gracias, pero tampoco es justo para ti, cuando estemos juntos debería pensar en ti y no en otro hombre.

—De acuerdo. Vamos, te llevo a tu casa entonces.

Cuando llegaron a la puerta la besó apasionadamente y ella se entregó a ese beso, intentando borrar el sabor de Iván de sus labios, pero no lo consiguió. Por eso no le invitó a pasar y él tampoco se lo pidió.

Y ahora miraba a Iván frente a ella, suplicándole que le diera una oportunidad. Tenía tanto miedo de dársela y que luego él se arrepintiera.

—Vete —le suplicó apenas sin fuerzas para resistirse.

—Maya —murmuró Iván intentando abrazarla.

—No —dijo ella levantándose de la cama y alejándose de él lo más posible. —No te creo.

—Está bien —dijo Iván con un suspiro—. Lo entiendo. Pero, por favor, déjame que te demuestre que hablo en serio.

—¿Y Sonya? —preguntó sin poder evitar que un dejo de amargura se trasluciera en su voz.

—¿Sonya? —Iván estaba confuso, no entendía por qué motivo Maya la mencionaba.

—Sí. Sonya. La mujer con la que te fuiste de la fiesta.

—Me limité a llevarla a casa y venir hasta aquí a esperarte. —Al recordar cómo la había visto llegar riéndose y besándose con el tipo ése volvió a enfadarse—. Estuve tres horas en el puto coche esperando por ti, para verte llegar feliz y riéndote con ese gilipollas.

—¿Qué querías? ¿Qué viniera a casa a llorar por ti?

Iván inspiró profundamente tratando de tranquilizarse.

—No, Maya, sólo esperaba que hubieras sentido lo mismo que yo cuando te besé. —Se acercó a ella sin dejar de mirarle a los ojos—. Esperaba que hubieras sentido que la tierra se había movido de su eje. Esperaba que hubieras comprendido que a pesar de que llevo años luchando contra ti, luchando contra tu amor. Me has vencido. He podido resistir porque no te había probado, pero ahora que te he tenido entre mis brazos. Ahora que sé a qué saben tus labios. Jamás podré probar otros, sin recordarlos.

Maya le miró con los ojos anegados de lágrimas y el corazón roto. Tenía tanto miedo de que no lo dijera de verdad, de que se arrepintiera de lo que estaba diciendo.

—Iván, te lo ruego, no me mientas, no lo podría resistir —rogó con la voz rota por el dolor.

Iván le tendió la mano, en el momento en el que Maya se la tomó con la suya propia, la acercó hasta él abrazándola. Besó sus párpados limpiándole las lágrimas con sus dedos.

—Amor mío —susurró antes de besarla—. Déjame que te demuestre cuanto te amo.

Iván dedicó toda la noche a borrar con sus besos otros besos hasta que Maya olvidó que en algún momento se había entregado a otro hombre, puesto que aunque había entregado su cuerpo, no había entregado su corazón. Y él también olvidó otras mujeres y comprendió que nada se podía comparar al amor de Maya. Y por fin entendió que el amor no te hace más débil, sino más fuerte.

Maya se despertó con la luz del amanecer, temerosa de que todo lo

ocurrido durante la noche hubiera sido un sueño, pero al girarse vio a Iván que a su vez la miraba silenciosamente.

—¿Qué haces? —murmuró con temor de que le dijera que se iba.

—Mirarte preguntándome cómo se puede ser tan imbécil.

Maya sintió dolor al oír esas palabras, era evidente que estaba arrepentido de lo que había sucedido.

—¿Tanto te arrepientes? —dijo con voz rota al tiempo que se levantaba para abandonar la cama y poder vestirse.

—No me arrepiento de nada —dijo Iván con voz firme al tiempo que la sujetaba del brazo para que no pudiera irse—. Soy un imbécil por haber tardado tantos años en darme cuenta de que eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Maya se giró hacia él con asombro mientras continuaba diciendo— Y todavía voy a tener que darle las gracias al cabrón de Alexei por haber roto contigo, porque te amo y por eso me pregunto cómo he podido ser tan imbécil, tan gilipollas, tan....

No pudo seguir hablando porque Maya le calló con un beso, que dio paso a otro hasta que pasaron minutos en los que ninguno fue capaz de hacer otra cosa más que amarse. En ese momento sonó el móvil de Iván interrumpiéndoles.

—Hablando del rey de Roma —dijo Iván al ver que era Alexei el que llamaba—. Dime Alexei, ¿no llamas un poco temprano? ¡Queeé!, pero ¿cómo...? Está bien. Eres mi mejor amigo, allí estaré —dijo con resignación cortando la llamada.

—¿Qué quería? —preguntó Maya con extrañeza.

—Decirme que se va a casar con Nicola y que quiere que sea su padrino.

—¡Queeé! —dijo Maya con asombro— ¡Cuánto me alegro!

Iván la miró con una sonrisa.

—Yo también me alegro, aunque de otra cosa —le dijo al tiempo que la abrazaba.

—¿De qué te alegras?

—De que no te importe que se case con otra.

—Nunca he dejado de amarte —dijo Maya mirándole a los ojos—. Lo he intentado, con Alexei, con Nikolay, pero ninguno de ellos ha conseguido que te saque de mi corazón.

—¿Ni siquiera Nikolay? —dijo con celos. Aunque aceptaba lo que había pasado, porque sabía que había sido él el culpable, no podía evitar odiarle.

—Ni siquiera Nikolay —respondió Maya acariciando su rostro mostrándole cuánto le amaba con su mirada— ¿Y cuándo es?

—¿Cuándo es qué? —preguntó confuso, estaba tan perdido en los ojos de Maya, sintiendo cómo derramaba su amor sobre él, que al principio no supo bien de qué le hablaba.

—La boda, tonto —dijo Maya con dulzura.

—Dentro de tres meses —masculló Iván besándola el cuello—. Tienes tiempo de sobra.

—¿Tiempo para qué? —murmuró Maya con voz ahogada mientras olas de deseo inundaban su cuerpo allá por dónde Iván la besaba.

—Para buscar un vestido apropiado para la boda.

Maya el principio no escuchó, pero cuando comprendió lo que estaba diciendo, se apartó de él mirándole con extrañeza.

—¿Quieres que vaya contigo? ¿No resultará un poco raro? A fin de cuentas hasta hace poco tiempo Alexei y yo estábamos comprometidos para casarnos.

—Me importa una mierda si es raro o no —dijo Iván con firmeza—. No pienso separarme de ti y dejarte aquí con el Nikolay ese.

—Yo... —Maya le miró con duda—. No voy a dejar de trabajar con Nikolay, quiero que lo sepas.

Iván inspiró varias veces tratando de calmarse. Cuando se encontró lo suficientemente tranquilo para hablar sin alterarse, la cogió de la mano y apoyó su propia mejilla en la palma de la de Maya al tiempo que le decía:

—Lo sé. Lo entiendo. Pero quiero que él sepa que a partir de ahora eres mía. Habla con él, trabaja con él si quieres, pero yo no me voy de Rusia sin ti.

Vamos juntos a la boda y si quieres, al día siguiente volvemos, pero bajo ninguna circunstancia voy a dejar que te vuelvas a alejar de mí.

—Está bien —dijo Maya abrazándole, aunque no pudo evitar que las dudas atenazaran su mente preguntándose hasta cuándo. Llevaba demasiados años esperando que la amase como para aceptarlo así tan fácil, aún se preguntaba en qué momento se arrepentiría.

Iván consciente de las dudas que transmitía su mirada le dijo:

—Te amo Maya, y te juro que te lo voy a demostrar hasta que te des cuenta de que jamás habrá otra mujer para mí salvo tú.

Adrián se miraba en el espejo probándose el traje que iba a llevar en la boda de su prima. Hacía ya un mes desde que Nicola se había presentado con Alexei en casa para contarle que se iban a casar. Adrián se alegró por ella, sabía que no había dejado de amar a Alexei y por fin había sido capaz de perdonarle.

Estaba en una tienda con Lucio ya que iba a ir con él a la boda. Sentía un dolor sordo en el corazón al pensar que ese día iba a volver a ver a Marco, desde aquel nefasto día en ese restaurante, cuando Marco se había ido después de discutir con Alexei, no había vuelto a saber de él. Le había pedido a Nicola que le preguntase a Alexei, pero éste se había limitado a decirle que había abandonado la ciudad, pero que volvería para la boda.

Sólo pensar en él, en volverle a ver, hacía que la ansiedad le secase la boca.

—Antes de que se fuera de la ciudad estuve con Marco —le dijo Lucio de pronto al ver cómo la angustia se dibujaba en su rostro—. Le conté lo que me pasó y que creía que eso le había afectado a él y a sus relaciones.

Adrián le miró con sorpresa.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿qué te dijo? —preguntó Adrián sintiendo un atisbo de esperanza.

—Me echó de su casa. —Al ver la mala cara que ponía Adrián, añadió—

Eso me lo esperaba. ¿No creerías que por contarle eso de pronto iba a ser capaz de aceptar su homosexualidad?

—No. Pero...

—He sembrado dudas en él, pensamientos que seguramente hasta ahora nunca había tenido, pero el camino va a ser largo, ya te dije que yo creo que va a necesitar ayuda profesional.

—Lo sé —dijo Adrián sintiendo cómo la esperanza moría poco a poco. Después de la conversación con Lucio debía ser cuando había decidido irse de la ciudad. Así que no creía que eso fuese muy positivo.

—Me alegro de que no te hayas enfadado —le dijo Lucio mirándole con extrañeza—. No me atrevía a decírtelo, porque no estaba seguro de que estuvieras de acuerdo con que hubiera hablado con él.

—Al contrario —dijo Adrián con una sonrisa triste—. Me has hecho un favor, porque así no vas a poder cabrearte conmigo.

—¿Y por qué iba a cabrearme contigo— preguntó Lucio a su vez con extrañeza.

—Porque yo también he hablado con alguien y no estoy muy seguro de que te haga mucha gracia.

—¿Con quién has hablado? —preguntó Lucio palideciendo al pensar en una posibilidad.

—Con Luigi.

—¿Con Luigi? ¿Y cómo coño has podido hablar con Luigi? —preguntó con enfado—. ¡Si ni siquiera lo conoces!

—Anoche se presentó en mi casa.

—¡Queeé!

—Se enteró de que manteníamos una relación y vino a hablar conmigo —. Adrián meneó la cabeza con tristeza—. Ojalá Marco sintiese por mí la mitad de lo que Luigi siente por ti—. Me dijo que te amaba y que lo único que quería era asegurarse de que yo te hacía feliz.

Lucio sintió un dolor en el corazón como si lo hubieran apuñalado. ¡Le

echaba tanto de menos!

—Le conté toda la verdad. —Oyó que Adrián decía.

—¡Qué has dicho!

—Que le conté toda la verdad. Que no éramos pareja, que sólo me estabas haciendo un favor, que le amabas y que eras un auténtico gilipollas.

Lucio no se podía creer lo que le estaba diciendo. ¿Cómo iba a poder mantenerle alejado si ya sabía la verdad?

—¿Por qué lo has hecho? —le dijo dolido.

—Por lo mismo por lo que tú fuiste a hablar con Marco. Porque te mereces ser feliz. ¿Quieres saber lo que él me dijo?

Lucio se moría por saberlo pero no se atrevió a decir nada, pero a Adrián no le importó.

—Me dijo que eras un gilipollas si pensabas que iba a dejar de amarte y que si lo que pretendías era que fuera feliz lo estabas haciendo de pena porque llevaba meses sufriendo. Que si le amaras tanto como decías te darías cuenta de que jamás serás como tu padre. Me dio una dirección y un teléfono.

—¿Suyo?

—Sí. Toma —le dijo tendiéndole una tarjeta—. Me dijo que te amaba desde que erais unos niños, que podía vivir sin ser padre, pero que no podía vivir sin ser tu marido. No me habías dicho que os habíais casado.

—Lo sé. Yo... le mandé los papeles del divorcio.

—Me dijo que los había quemado y que jamás los iba a firmar.

Lucio miró la tarjeta que le tendía Adrián como si le quemara.

—También me dijo que les habías prometido a vuestros padres que no permitirías que el pasado te impidiera ser feliz.

Lucio sintió un gran dolor en el corazón. Los padres de Luigi siempre le habían dicho que le querían como a un hijo y él sabía que era verdad. Habían muerto en un accidente de tráfico hace dos años. Eso les había unido aún más a Luigi y a él. Los echaba tanto de menos, a ellos y a él.

Adrián aún tenía la tarjeta extendida hacia él. Una imagen de la madre de

Luigi sonriéndole acudió a su mente y sin darse cuenta de lo que hacía, se encontró cogiendo la tarjeta y apretándola entre sus dedos. Se dio cuenta de que era verdad, que al igual que Marco, estaba permitiendo que lo sucedido en el pasado afectara a su futuro, quizás había llegado el momento de dejarlo atrás.

—Gracias Adrián. Creo que... voy a llamar por teléfono.

—Hazlo.

—Yo... ¿te importaría si no te acompaño a la boda?

—No, no me importaría. Sólo quiero que seas feliz, te lo mereces.

—Gracias —le dijo Lucio mientras le abrazaba.

—Llámame y cuéntame lo feliz que eres —le dijo Adrián rompiendo el abrazo.

—Lo haré —dijo Lucio con una gran sonrisa, despidiéndose de él.

Adrián quedó solo con sus pensamientos. Se alegraba por Lucio y por Nicola, pero también sentía envidia. Trató de animarse mientras se miraba en el espejo. Ojalá Marco no fuera a la boda y si lo hacía, lo único que esperaba era que no lo hiciese acompañado, no sabía si su corazón lo podría resistir.

21

Dos meses después...

Adrián miraba a su prima Nicola con dulzura. Estaba preciosa, parecía una princesa y lo más maravilloso era su sonrisa. Se notaba que era feliz.

—¿Estás lista? —le preguntó tendiéndole la mano para llevarla al altar.

En contra de todas las tradiciones, en esta boda en vez de padrinos y damas de honor, sólo había padrinos, Iván era el de Alexei y él el de Nicola.

Iván y Maya habían llegado hacía unos días procedentes de Rusia. Cuando Adrián le había preguntado a su prima si no era un poco incómodo tener en la boda a la antigua prometida de Alexei, ésta le había explicado que Maya llevaba toda la vida enamorada de Iván y que en realidad se iba a casar con él por despecho, así que no tenía motivos para tener celos, de hecho en los pocos días que se conocían se habían hecho amigas.

Adrián aún no había podido conocerla, puesto que su padre en un vano intento de que renunciase a su trabajo, le había obligado a viajar personalmente a Austria para solucionar unos problemas, que cuando había llegado, había descubierto que hubiera podido resolver desde la oficina con una simple llamada de teléfono. Todo formaba parte de la estrategia que había urdido su padre para que se hartase y abandonase la empresa, pero Adrián no estaba dispuesto a ello.

De Marco no había vuelto a saber nada, Alexei le había asegurado que acudiría a la ceremonia, que había hablado con él y se encontraba bien, pero nadie le había visto desde la noche en que Lucio había acudido a su apartamento.

La ceremonia iba a celebrarse en el jardín de la casa de Alexei, que ahora compartía con Nicola, desde el día en que le había pedido que se casara con él, no se habían vuelto a separar, decían que tenían que recuperar el tiempo perdido.

Adrián le cogió la mano a Nicola con orgullo y juntos bajaron las

escaleras, ella sujetando la cola del vestido para no tropezar, cuando llegaron a la puerta de acceso al jardín, al pasar junto a lo que antiguamente era la biblioteca, Adrián no pudo dejar de observar que ésta había sido transformada en un cuarto que Nicola debía utilizar para pintar, a juzgar por el caballete en el que había un cuadro a medio terminar, sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la cama que parecía presidir la estancia, le pareció un sitio muy extraño para poner una cama, pero ¿quién era él para decirles como decorar la casa?

Nicola estaba exultante de felicidad. Adrián abrió la puerta del jardín y allí esperándola, al final de un camino bañado de pétalos de rosa estaba Alexei, más guapo que nunca, mirándola con un amor que jamás hubiera imaginado, Nicola cruzó el jardín del brazo de su primo, hasta llegar junto a él .

—Amor mío, te he echado de menos —le dijo Alexei con ternura depositando un beso en la palma de su mano.

Mientras cruzaba el jardín del brazo de Nicola, Adrián no había podido evitar buscar entre los asistentes, hasta que localizó a Marco. Hacia meses no lo veía y le pareció que estaba más guapo que nunca, éste le miró fijamente al pasar a su lado y una leve esperanza aleteó en su corazón, hasta que se fijó en la mujer que estaba a su lado y que era evidente que le acompañaba. Era preciosa, rubia como le gustaban a Marco, con el cuerpo de una modelo. Sintió las garras de los celos destrozándole las entrañas y a partir de ese momento ya no pudo disfrutar de la ceremonia, echaba continuas miradas por encima de su hombro, observando cómo la rubia se inclinaba de vez en cuando para hablar con Marco en su oído, haciéndole quién sabe qué tipo de confidencias. Le hubiera gustado poder acercarse a la rubia y apartarla de su lado, pero se dio cuenta de que no tenía sentido, no tenía derecho.

En un momento de la ceremonia, la rubia se tambaleó como si se fuera a desmayar y antes de poder procesar lo que estaba ocurriendo, Iván que estaba de pie junto a Alexei, abandonó el altar haciéndole entrega a Adrián de los anillos de boda y se acercó a toda velocidad a la rubia, llegó justo a tiempo para cogerla en brazos antes de que cayera desmadejada al suelo, Marco se apartó dejando

paso a Iván que se adentró en la casa sin soltar su preciada carga.

Mientras que a Adrián toda la escena le había parecido extrañísima, ni Alexei ni Nicola se alteraron lo más mínimo, al contrario sonrieron.

—Creo que se lo va a tener que decir —dijo Alexei.

—¿Decir qué? —preguntó Adrián— ¿Soy el único al que todo esto le parece muy raro? ¿Por qué Iván se lleva en brazos a la pareja de Marco?

—Esa mujer no es la pareja de Marco, es la novia de Iván, Maya —dijo Nicola con una sonrisa—. Está embarazada pero no se lo había querido decir todavía, creo que ya no le va a quedar más remedio.

—¿Y Marco?

—¿Qué pasa con él?

—Yo... —Adrián no sabía qué decir. ¿Cómo preguntar lo que en realidad deseaba saber? Si había venido solo. Si había pensado en él en todos estos meses, tantas preguntas que se hacía en ese momento y de las que no sabía si en realidad quería saber la respuesta, así que prefirió no decir nada.

Tras ese breve paréntesis, la ceremonia continuó sin más interrupciones y sin uno de los padrinos.

Al ver cómo Maya se ponía pálida y se tambaleaba como si se fuera a desmayar, Iván sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho, corrió hacia ella llegando justo a tiempo para recogerla antes de que cayera al suelo, la cogió en brazos y entró en la casa, depositándola en el sofá del salón.

—Maya —llamó con preocupación. Miró alrededor para pedir que alguien llamara a un médico y se sorprendió al darse cuenta de que tanto Alexei como Nicola no sólo no le habían acompañado sino que seguían tranquilamente con la ceremonia, como si lo ocurrido no tuviera la más mínima importancia.

—Iván —gimió Maya abriendo los ojos con lentitud— ¿qué ha pasado?

—Te desmayaste —contestó Iván con preocupación.

—¡Oh! ¿Y la boda?

—La boda sigue adelante —dijo Iván molesto ante la aparente despreocupación por parte de Alexei y Nicola por la salud de Maya.

—Bien —dijo Maya con un suspiro tratando de sentarse.

—¿Bien? ¿Te parece bien? —dijo Iván con enojo—. ¡No me lo puedo creer! ¡Ni siquiera han tenido la consideración de preguntar qué te pasaba! ¡Esto es el colmo! ¡No me puedo creer... —No pudo seguir hablando porque Maya se lo impidió con un beso.

—Alexei y Nicola seguramente no se han preocupado porque ya saben lo que me pasa —le dijo con una dulce sonrisa.

—¿Y se puede saber qué es lo que te pasa que lo saben ellos y yo no? —preguntó Iván mirándola con enojo.

—Nicola lo sabe porque se lo conté anoche y supongo que Alexei lo sabe porque se lo habrá dicho ella —dijo Maya con suavidad mirando al suelo.

Iván estaba cada vez más mosqueado, ¿qué le pasaba? ¿por qué no se lo había dicho a él?

—¡Joder! Maya, dímelo de una vez —dijo Iván exasperado— ¿se puede saber qué te pasa?

—Iván, ¿de verdad que no te lo imaginas? —Maya no sabía cómo decírselo, se retorcía las manos con nerviosismo. Tenía tanto miedo de que cuando lo supiera se alejara de ella.

—No, Maya. No tengo ni puta idea de lo que te pasa y te juro que como no me lo digas voy a ponerme a gritar de un momento a otro —dijo con desesperación.

Iván últimamente no se reconocía a sí mismo, Maya era la única capaz de sacarle de quicio.

—Estoy embarazada —dijo Maya con un susurro tan bajo que Iván tuvo que esforzarse para escucharla.

—¿Embarazada? ¿Has dicho que estás embarazada? —Iván se quedó en estado de shock, no se lo esperaba—. Pero, ¿cómo...? quiero decir, siempre hemos usado protección.

—No siempre, Iván —dijo Maya enrojeciendo.

De pronto recordó, una tarde, hace más de un mes, se habían acabado los

preservativos y pensaron que por una vez, no pasaría nada, pero era evidente que no había sido así.

Maya quería morirse. Era evidente que no estaba muy contento. Se sentía tan insegura de su relación, por eso no se había atrevido a decirle nada. Se lo había dicho a Nicola, porque necesitaba contárselo a alguien y ella le había animado a decírselo a Iván, pero tenía tanto miedo, miedo de que se alejara de ella. Nunca hablaban del futuro pero él siempre había dicho que no quería tener hijos porque creía que no podría ser un buen padre, por eso ahora, viéndole frente a ella, pálido y mirándola con auténtico horror en su rostro, no pudo evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—¡Shhh! —le dijo Iván abrazándola con ternura—. No llores cariño, no pasa nada.

—Si pasa —dijo entre lágrimas apartándose de él—. Es evidente que no estás contento. Por eso no me había atrevido a decirte nada.

—Maya —dijo Iván con dulzura—. Mírame.

Pero Maya no sólo no le miraba sino que incluso se alejó más de él dirigiéndose hacia la venta mientras la sacudían los sollozos.

—Maya —insistió Iván abrazándola por detrás—. No llores. No creo que eso sea bueno para el niño —le dijo deslizando una de sus manos por su estómago con una caricia—. No me puedo creer que hayamos creado una vida y que crezca aquí, en tu interior.

Maya se quedó inmóvil al oír sus palabras, girándose hacia él, le miró a los ojos y vio que sonreía.

—¿No estás molesto?

—Claro que estoy molesto —le dijo con una sonrisa—, pero no por lo que tú crees, sino porque no te atrevieras a decírmelo.

—Nunca has querido tener hijos —dijo con un hilo de voz.

—Es cierto —le dijo Iván con dulzura— pero tampoco quería enamorarme de ti, aunque si hubiera sabido lo feliz que me harías, te juro que te hubiera pedido que te casaras conmigo hace mucho tiempo. ¿Lo harás?

—¿El qué? —preguntó Maya confusa.

—Casarte conmigo.

—¿Por el niño?

—Por el niño y porque te amo. No te lo pedí antes porque tenía miedo de que me dijeras que no. Sé que aún desconfías de mí, pero espero que nuestro hijo me ayude a convencerte.

Maya reía y lloraba al mismo tiempo.

—Sí, me casaré contigo —contestó finalmente con alegría.

—No te arrepentirás —dijo Iván cogiéndola en brazos para bailar con ella por la habitación.

—¿Qué haces, loco? —dijo Maya riendo.

—Practicar para la boda.

Mientras todo esto ocurría en el interior de la casa, en el exterior la ceremonia transcurría con normalidad.

—Puede besar a la novia —decía en ese momento el párroco.

Alexei no se hizo de rogar y besó a Nicola con toda el alma.

—Te amo —le dijo limpiando las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Una vez acabada la ceremonia, mientras todos los invitados se acercaban a felicitar a los novios, Adrián se fue apartando poco a poco, buscando sin poder evitarlo, a Marco con la mirada, pero no le veía por ninguna parte, sintiendo una gran tristeza en el corazón, se apartó de los invitados acercándose a la casa.

A través de la ventana vio a Maya y a Iván bailando por el salón, transmitiendo tanto amor que le provocó una envidia tan grande que sintió malestar físico.

Había esperado la boda con tanta expectación, imaginando que volvería a ver a Marco y que tal vez... ¡qué iluso había sido! Nada había cambiado.

Se alejó un poco más del bullicio yendo por un camino lateral que desembocaba a un pequeño estanque con un banco, donde se sentó con un suspiro, pensando en sus opciones, largarse de la fiesta o fingir que ver a Marco no le afectaba.

—Hola Adrián. —La voz de Marco le sorprendió haciendo que se girase para verlo envuelto en la oscuridad, sin apenas ser capaz de distinguir su rostro.

—Hola Marco —le dijo fingiendo una alegría que no sentía—. Hace mucho que no te veía.

—No he estado en la ciudad.

—Yo tampoco —dijo Adrián con despreocupación—. Creo que voy a unirme a la fiesta —dijo mientras se levantaba disimulando las ganas de gritarle que dónde coño se había metido.

—No te vayas —le dijo Marco con rapidez al ver que se alejaba—. Por favor.

Adrián se detuvo con el corazón en un puño.

—¿Para qué? ¿Qué quieres marco? Creo que tú y yo ya nos dijimos todo lo que nos teníamos que decir hace tiempo, no creo que tengamos nada más de lo que hablar.

—¿Qué tal está Lucio? —preguntó Marco a su vez— ¿Por qué no está contigo?

De pronto Adrián se sintió muy cansado, cansado de fingir que todo iba bien y que no tenía el corazón destrozado.

—¿Y a ti qué te importa?

Marco avanzó hacia él saliendo de las sombras.

—Me importa, más de lo que crees. Yo... —durante un momento pareció avergonzado— quería pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué? ¿Por follarte a todas esas mujeres? o sólo por follar conmigo. ¿De qué te arrepientes más? —dijo Adrián con rabia—. ¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! —dijo alejándose de él.

—Adrián —llamó Marco acercándose a toda velocidad y sujetándole por el brazo para impedir que se marchara—. Por favor, Adrián. Necesito hablar contigo.

Adrián sentía como si le ardiera el punto exacto en el que Marco le sujetaba. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, mientras se maldecía a sí mismo

por permitir que le afectara su contacto.

—Adrián —repitió Marco—. Quiero hablar contigo, quiero contarte lo que he hecho desde la última vez que nos vimos.

—Como si me importara una mierda —dijo Adrián tirando del brazo para obligarle a que le soltara y girándose hacia él.

—Sé que me porté como un cerdo contigo y que ahora es muy tarde porque estás con Lucio, pero... quisiera... ¡joder! esto es más difícil de lo que había imaginado.

—¡Qué coño quieres! ¡Dilo de una puta vez y déjame en paz! —Adrián estaba harto de esta conversación sin sentido.

—Hace unos meses Lucio fue a verme a casa y me contó algunas cosas... cosas de mi infancia —dijo Marco con tristeza.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Marco con sorpresa.

—Lucio me lo contó.

—¿Qué te contó? —preguntó Marco con angustia.

—Todo —respondió Adrián con voz ronca—. Me contó lo que le había pasado a él y que tú habías sido testigo de todo. Me dijo que fue a tu apartamento, pero que no le creíste.

—No le quería creer —le dijo con expresión torturada—. Hablé ese mismo día con mi padre y él me confirmó que todo era verdad. Yo... llevo años luchando contra mis sentimientos... luchando contra ti —le dijo mirándole a los ojos.

—¿Contra mí? —Ahora el turno de Adrián de sorprenderse—. No te entiendo, hace años que ni nos hablábamos.

—Lo sé ¿Nunca te preguntaste por qué rompí nuestra amistad?

—Siempre supuse que había sido por lo sucedido entre Alexei y Nicola.

—En parte, pero en realidad fue porque cuando Alexei me dijo que Nicola y tú erais amantes, sentí como si me hubieras traicionado y eso unido a lo que me pasaba contigo, me hizo decidir que lo mejor era apartarte de mi lado.

—¿Y qué es lo que te pasaba conmigo?

Marco tomó aire. Esto estaba resultando más duro de lo que había imaginado.

—Tenía fantasías contigo —dijo con voz enronquecida.

—¿Qué clase de fantasías? —preguntó Adrián con la boca repentinamente seca.

—Fantasías —replicó Marco—. ¿Qué coño importa cuáles fueran?

—A mí me importan. ¿No querías hablar conmigo? Pues habla.

—No era exactamente eso lo que te quería decir —dijo Marco con tirantez.

—Entonces creo que no tenemos nada más que hablar —dijo Adrián repentinamente enfadado. No iba a permitir que él marcara el tono de la conversación, de lo que podían hablar y de lo que no. Estaba hasta los cojones de bailar al son que él tocaba, así que se dio la vuelta dispuesto a irse.

—No me lo vas a poner fácil ¿no? ¡joder! ¡Adrián! —le gritó Marco al ver que se alejaba de él—. ¡Soñaba contigo! Haciéndome... cosas —terminó con un murmullo.

Eso hizo a Adrián detenerse.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —preguntó con curiosidad. Marco enrojeció de vergüenza sin saber como continuar.

—¿Te besaba? —preguntó Adrián acercándose a él. Marco asintió sin decir nada.

—¿Dónde? —continuó preguntando Adrián mientras deslizaba una de sus manos por su polla—. ¿Aquí? —le susurró al oído— O en la boca.

—En ambos —murmuró Marco con voz estrangulada mientras las caricias de Adrián le endurecían, éste introdujo la mano dentro de sus pantalones.

—¿Sabes cómo descubrí que era homosexual? —preguntó Adrián cogiendo su polla y moviendo su mano arriba y abajo—. Gracias a ti. Me pasaba el día imaginando que te besaba, que te follaba —continuó diciendo mientras fue

aumentando la velocidad de sus movimientos—. La primera vez que follé con un hombre sólo pude pensar en ti.

Marco no aguantaba más, estaba a cien y esto último, saber que pensaba en él mientras follaba con otro le provocó un orgasmo que le hizo temblar mientras se aferraba a él.

Adrián le lamió la oreja y le susurró al oído antes de alejarse de él.

—Seguro que ninguna de tus zorras puede hacer que te corras así —le dijo alejándose de él.

Marco no podía hablar, aún se estaba recuperando.

—Adrián no te vayas —le susurró con voz ahogada, pero él ya se había ido. No le había permitido que le explicase lo que quería.

Un poco más adelante, Adrián se apoyó en un árbol mientras temblaba, le había costado un triunfo fingir indiferencia, pero la verdad es que lo sucedido con Marco le había afectado también a él. La mano con la que le había masturbado le temblaba y sentía un dolor extraño en el corazón. Había querido vengarse, que se diera cuenta de que él era lo mejor que le había pasado en la vida y que nunca, ninguna mujer iba a conseguir darle tanto placer como él, pero no pensó que eso le iba a costar un precio también a él.

Se incorporó a la fiesta fingiendo una alegría que estaba lejos de sentir.

—Adrián ¡Joder! Quiero hablar contigo —dijo Marco con furia cuando llegó a su lado, agarrándole del brazo.

—¿Para qué? ¿Necesitas que te hagan otra paja? Seguro que en esta fiesta hay unas cuantas mujeres dispuestas, apuesto que hasta podrás echar un polvo con alguna de ellas —le dijo a su vez desasiéndose de su agarre.

Marco estaba desesperado, no sabía cómo hacer para que le escuchara. De pronto se dio cuenta de lo único que podía hacer, de lo único que haría que Adrián le escuchara. Cogiéndole de nuevo por el brazo le dio la vuelta para que le mirase.

—Adrián —Fue lo único que susurró antes de besarle en los labios.

Adrián se quedó totalmente paralizado. No podía ser verdad. Marco no

podía estar besándole en mitad de la fiesta, delante de todo el mundo. Antes de que se diera cuenta estaba respondiéndole, besando sus labios como siempre había querido hacerlo, con pasión, pero también con ternura, no como un castigo o con desesperación como habían sido sus últimos encuentros, sino como si ambos lo desearan. Estuvieron unos minutos besándose, hasta que ambos se separaron con la respiración agitada y se quedaron inmóviles mirándose sin atreverse ninguno en ser el primero en hablar.

Finalmente fue Adrián el que rompió el silencio.

—¿Por qué has hecho eso?

—Perdóname —dijo Marco con tristeza—. Sé que me merecía lo que pasó antes. Y a pesar de que tienes una relación con Lucio...

—No tengo ninguna relación con Lucio, nunca la he tenido.

Marco le miró con una mirada confusa.

—¿No teníais una relación de verdad? Pero yo... os vi juntos muchas veces.

—Sí, salíamos a comer, a divertirnos pero como amigos —Adrián sonrió con amargura—. Lucio tenía la teoría de que te ibas a morir de celos cuando nos vieras juntos.

—Y no se equivocaba —Marco inspiró profundamente antes de hablar—. Me moría de celos cuando te veía con él, pero a su vez me repugnaba desearte.

Adrián palideció por la crudeza de sus palabras, dolido se dio la vuelta para alejarse de él, pero Marco le detuvo sujetándole por el brazo.

—Adrián, por favor, te lo suplico —le dijo con desesperación—. Necesito que escuches lo que tengo que decir, si después no quieres volver a verme nunca más, lo entenderé, pero por favor, no te vayas.

Adrián le miró fijamente tratando de decidir qué hacer, al final, decidió ceder, más daño del que le había hecho no creía que le fuera a hacer.

—¿Podemos ir a un sitio en el que estemos a solas? —le pidió Marco.

Adrián asintió dirigiéndose al jardín donde se habían visto antes. En

cuanto llegaron se sentó en el banco y le hizo un gesto a Marco invitándole a que se sentara junto a él, pero éste estaba tan nervioso que en lugar de sentarse se paseó delante de él, mientras trataba de encontrar las palabras para explicarle lo que le había pasado.

—Ya te dije que después de hablar con Lucio fui a buscar a mi padre, quería una confirmación de que todo lo que me habían contado él y Salvatore era verdad, cuando me lo confirmó fue doloroso, pero por otra parte fue un alivio.

—¿Por qué? —preguntó Adrián.

—¿Recuerdas cuando éramos amigos? —preguntó a su vez Marco.

—Sí, lo recuerdo. Hasta que ocurrió lo de Nicola y me retiraste la palabra.

—Ya te dije que cuando Alexei me contó que tú y Nicola erais amantes, sentí como si me hubieras traicionado—. Adrián abrió la boca como para replicar pero Marco le detuvo con un gesto—. En ese momento me di cuenta de que lo que sentía por ti era algo más que amistad. Llevaba un tiempo teniendo esos extraños sueños contigo.

—Yo me pasaba el día pensando a qué sabrían tus labios —dijo Adrián con voz enronquecida.

—Sin embargo yo me sentí fracturado —le dijo a su vez Marco con tristeza—. Te quería, eras mi mejor amigo y de pronto... te deseaba... pensé que estaba enfermo, no podía aceptar que era homosexual y desde luego no sospechaba que tú también lo fueras, al contrario, lo de Nicola sirvió para que pensara que no lo eras, eso hizo que mis fantasías se volvieran aún más, algo... sucio, indeseable. Por eso rompí la relación. Al día siguiente de que Alexei me contara lo de Nicola, fui a un club y follé con una mujer, pero al acabar me sentí también asqueado. Llevo años en un círculo vicioso. Deseándote y odiándote a partes iguales.

—Entonces ¿por qué estoy aquí? ¿por qué me has besado? ¿qué demonios quieres de mí?

—Hablé con mi padre y le conté lo que me pasaba, cómo me sentía y lo más increíble fue que me apoyó, y que me dijo que me ayudaría.

—¿Y lo hizo? —Adrián sintió envidia, la reacción de su padre había sido renegar de él como hijo, de hecho parecía haber convertido el objetivo de su vida en hacerle la vida imposible, por lo menos a nivel laboral.

—Me buscó ayuda profesional. Llevo un par de meses acudiendo a un psicólogo y me ha ayudado a aceptar que mis deseos y mis sentimientos no son aberraciones, sino algo perfectamente natural, y el apoyo de mis padres me ha servido de mucho. Sé que aún me queda mucho camino por recorrer, pero, yo... quisiera pedirte una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué?

—Vine aquí dispuesto a contarte cómo me sentía y a dejarte ir, porque pensé que tenías una relación con Lucio, pero si no estáis juntos, yo... quisiera... —dudó durante unos segundos antes de decirle con firmeza—. Quisiera que tuviéramos una relación.

—¿Qué tipo de relación? —preguntó Adrián con duda, quería que lo tuvieran perfectamente claro desde el principio.

—La relación que tú quieras. Te amo Adrián. Estos meses han sido un suplicio, pero a la vez me han servido para darme cuenta de que estar contigo, amarte han sido los únicos momentos de paz que he tenido en años. Sé que te he hecho mucho daño, pero te juro que si me das una oportunidad no te vas a arrepentir.

—Está bien —dijo Adrián tras unos segundos en silencio—. Yo también te amo y estoy harto de sufrir. Estoy dispuesto a intentarlo.

—Sé que no va a ser fácil —añadió Marco—. En ocasiones necesitaré que seas fuerte por los dos, pero si tú estás dispuesto, haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

Nicola se sentía como en una nube, abrazada a Alexei pensaba que no se

podía ser más feliz.

—¿Nos vamos? —le susurró Alexei al oído.

Tenía el coche preparado con las maletas en él. Le había ofrecido a Nicola llevarla de luna de miel al lugar del mundo que ella quisiera, y ella le había pedido que la llevara a Rusia, al pueblo en el que había nacido. El avión les estaba esperando y la verdad es que estaba emocionado, feliz, deseaba compartirlo todo con ella, pero antes tendrían que despedirse de Adrián, de Marco, de Iván y de Maya.

—Iván y Maya no han vuelto a aparecer —dijo Nicola con una sonrisa.

—¿Por qué sonrías?

—Porque sólo se me ocurre un motivo por el que no estén aquí —le dijo con picardía —Ven, vamos a buscarlos —le dijo tirando de él hacia la casa.

Alexei se dejó llevar, entraron en la casa, pero no estaban en el salón y aunque les llamaron en voz alta, nadie les contestó. De pronto Nicola con una pícaro risa se dirigió a la puerta de su estudio y sin hacer ruido la abrió muy despacio mirando en el interior de la habitación.

Alexei se asomó por encima de ella y allí les vio. Habían descubierto la cama que presidía la habitación y era evidente que la habían usado, yacían abrazados el uno al otro, cubiertos únicamente por una sábana. Alexei sonrió. Los quería a ambos y se alegraba de que fueran felices. Estaba claro que Maya le había contado a Iván lo de su embarazo y por lo que suponía, él se había alegrado, les llamarían al día siguiente para felicitarles como correspondía.

Nicola cerró la puerta despacio procurando no despertarles y le dijo suavemente.

—Vamos a buscar a Adrián.

Salieron de nuevo al jardín y Alexei tropezó con Nicola al detenerse esta de forma repentina mientras dejaba escapar un jadeo ahogado.

—¡No me lo puedo creer! —dijo entusiasmada mientras daba saltos de alegría.

—¿Qué pasa? —dijo Alexei extrañado tratando de ver que era lo que

había entusiasmado tanto a Nicola.

En el centro de la pista estaban Adrián y Marco bailando juntos y no de una forma discreta, se notaba que ambos eran consumados bailarines, la gente había hecho un círculo alrededor de ellos y les miraba con envidia, cuando terminaron de bailar, todo el mundo rompió en aplausos.

Nicola empezó a llorar emocionada.

—¿Por qué lloras? —dijo Alexei abrazándola.

—Porque soy muy feliz y porque todas las personas que queremos también lo son.

—¡Marco! —llamó Alexei.

Al oírle, durante un segundo pareció que Marco dudaba si soltar la mano de Adrián, pero finalmente la cogió aún con más firmeza y juntos se acercaron a hablar con Alexei y Nicola.

—¡Felicidades! —dijo Nicola abrazándoles con emoción.

—¿No somos nosotros los que tenemos que felicitaros? —dijo Adrián con una sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó a su vez Alexei a Marco, sabía que había sufrido mucho antes de ser capaz de dar este paso.

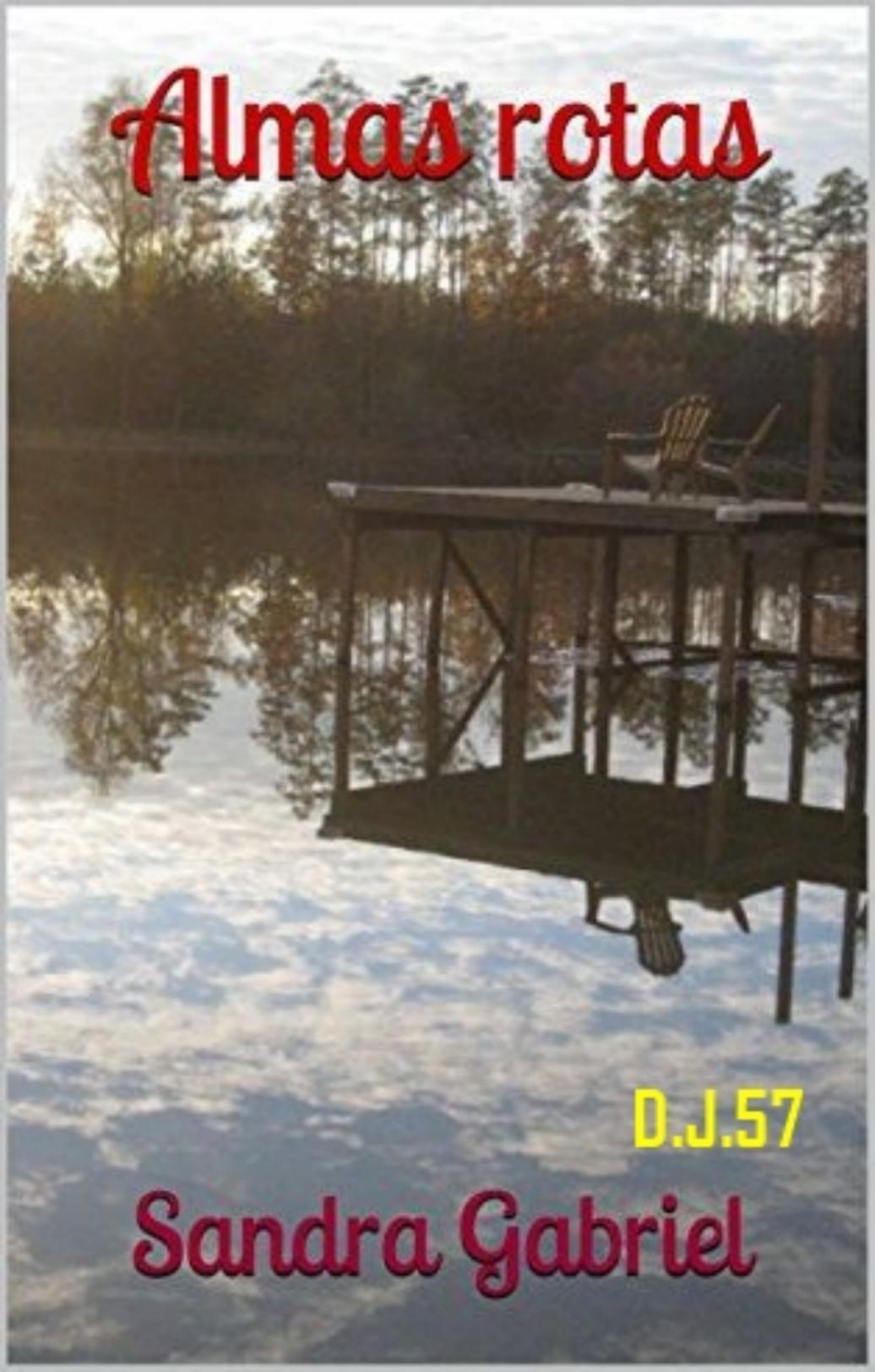
—Ahora sí —respondió él sujetando la mano de Adrián con orgullo—. ¿Dónde están Maya e Iván?

Alexei y Nicola intercambiaron una mirada cómplice.

—Creo que tendréis que esperar a mañana para informarles de vuestra relación. Nos vamos —dijo Nicola acercándose a Marco y dándole un beso en la mejilla—. Haz feliz a mi primo.

—Lo haré, te lo prometo.

Y con esa promesa Alexei y Nicola se subieron al coche, Nicola miró hacia atrás con un suspiro y nuevas lágrimas de felicidad cayeron por sus mejillas. Era increíble cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo. Si le hubieran dicho hace unos meses que sería tan feliz, no se lo hubiera podido creer.



Almas rotas

D.J.57

Sandra Gabriel

Nunca hubiera podido pensar que un alma rota se podía curar, y sin embargo, todos ellos habían encontrado la felicidad.